

Donald Bain

La manipulación de Candy Jones



EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F.

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	15
 PRIMERA PARTE	
1. La boda	23
2. La noche de bodas	29
3. Al día siguiente	33
4. Un recuerdo consciente de la infancia	41
5. La primera cita.....	63
6. La chica de Conaver	81
7. La organización	95
8. Emerge el triángulo.....	105
9. El despacho de Oakland	135
10. La «incubación» de Arlene.	155
11. Las primeras misiones	171
12. Oakland. El programa continúa	179
13. Entrenada para odiar	207
14. Reconocimiento mutuo.....	235
15. El ataque.....	255
 SEGUNDA PARTE	
16. Las misiones	269

17.	El regreso a Taiwan.....	291
18.	La demostración	311
19.	Intentos de dejarlo	331
20.	El presente.....	345

APÉNDICE 1		
	El perfil de inducción hipnótica	367

APÉNDICE 2		
	Informe al presidente elaborado por la comisión de investigación de las actividades de la CIA dentro de los Estados Unidos	375

A Candy Jones...
mujer extraordinaria
Todos los hechos relatados en este libro son

*ciertos. Se han modificado únicamente
algunos nombres, localizaciones e iden-
tidades.*

Prólogo

He tenido ocasión de llegar a conocer muy bien a Candy Jones y a John Nebel en estos últimos años, tanto como invitado en sus programas radiofónicos como en mi calidad de psiquiatra. En sus esfuerzos por desentrañar muchas de las desconcertantes incógnitas del pasado de Candy, ambos me rogaron que la examinara, especialmente para averiguar su capacidad de ser hipnotizada.

Tras elaborar una detallada historia clínica, la sometimos a un exhaustivo examen utilizando pruebas psicológicas corrientes, incluido el Test de Apercepción Temática (TAT) y el de Rorschach. Dichas pruebas revelaron que estaba sujeta a períodos episódicos de tensión, aunque sin llegar, a extremos psicóticos o esquizofrénicos.

Utilizamos después una medición clínica de la hipnotizabilidad, es decir, el Perfil de Inducción Hipnótica (PIH), para establecer la capacidad hipnótica de Candy. Esta prueba ha sido desarrollada y normalizada a lo largo de diez años en una vasta población de pacientes y parece indicar con precisión el grado hasta el cual un individuo es hipnotizable. Dichas pruebas son importantes porque la hipnosis es una propensión que los individuos poseen en distintos grados y que se modifica muy poco en una persona determinada con el paso del tiempo. La hipnosis no es una cualidad que un hipnotizador proyecta en una persona; se trata, por el contrario, de condiciones inherentes al individuo.

La respuesta de Candy al perfil de Inducción Hipnótica reveló que ésta era una persona extremadamente hipnotizable, resultado que confirmaron independientemente otros dos psiquiatras. Su propensión la sitúa en el reducido grupo de individuos sumamente hipnotizables, correspondiente a no más del diez por ciento de la población.

Esta elevada hipnotizabilidad hace posible regresar a épocas pasadas de su vida y actuar como si se encontrara en el presente. Y es también coherente con su amnesia global; es decir, con el completo «olvido» de muchos acontecimientos de su vida. Es importante hacer esta distinción porque, normalmente, aquellos que poseen una baja capacidad de hipnosis son mucho menos susceptibles a una influencia externa como la que se describe en la presente obra. La respuesta de John Nebel al Perfil de Inducción Hipnótica, por ejemplo, reveló que éste no es hipnotizable más que en grado mínimo. En caso de que él se hubiera referido a una historia de influencias secretas y amnesia en relación con extensas porciones de su vida y hubiera afirmado haber experimentado espontáneos accesos de regresión, yo me hubiera mostrado más bien escéptico.

La hipnosis, al igual que muchas otras técnicas médicas, puede utilizarse tanto para el bien como para el mal. Un individuo hipnotizado está en condiciones de optar por obedecer o no cualquier sugerencia. De todos modos, cuanto más hipnotizable sea una persona, tanto más inclinada se mostrará a obedecer las señales u órdenes y a suspender su habitual juicio crítico. Caer en estado de hipnosis es algo así como cambiar a la máxima velocidad en un automóvil... Cualquier cambio en la dirección del movimiento se amplía. De ahí que muchos individuos se

hayan beneficiado considerablemente del conocimiento y la utilización de sus propias capacidades hipnóticas. Nuestras investigaciones han demostrado, además, que algunas personas altamente hipnotizables llevan a cabo, en estado hipnótico, actos relativamente atípicos.

En uno de nuestros experimentos, un sujeto altamente hipnotizable cayó en estado hipnótico y se le ordenó creer que había una conspiración comunista cuyo propósito era el de apoderarse de las cadenas de televisión. Semejante creencia era claramente contraria a su habitual orientación política. Y, sin embargo, tras abandonar el estado hipnótico, defendió ardorosamente su creencia en el transcurso de una acalorada entrevista filmada con el ya fallecido comentarista de noticias de televisión Frank McGee. El sujeto llegó hasta el extremo de crear nombres y lugares e incluso de empezar a sospechar abiertamente del propio McGee. Algunos meses más tarde, al ver la filmación, el sujeto se sorprendió y desconcertó ante su comportamiento. Sufrió una total amnesia en relación con aquel episodio filmado.

Ésta y muchas otras experiencias clínicas me han llevado a creer que los individuos altamente hipnotizables son especialmente vulnerables a determinadas formas de influencia y manipulación exteriores. Es posible que tales individuos acaben haciendo cosas que hasta cierto punto no estén en consonancia con su habitual escala de valores. En casos extremos, es posible incluso que sean manipulados de tal forma que lleven a cabo actos de violencia física. Todas las personas manifiestan cierta tendencia a ser manipuladas por la influencia externa. El pequeño grupo de personas altamente hipnotizables, si cae en manos de individuos poco escrupulosos, es, a este respecto, mucho más vulnerable.

Otra lección que se extrajo de la entrevista filmada con el sujeto a quien se había ordenado creer que los comunistas se habían hecho con el dominio de las cadenas de televisión es la de que los sujetos hipnotizados son también vulnerables al engaño. Su deseo de obedecer, tanto en estado formal de hipnosis como fuera de él, es tan profundo que puede llevarlos a inventarse una convincente información en su esfuerzo por ofrecer al

hipnotizador lo que éste parece querer. Pueden llegar incluso al extremo de engañarse a sí mismos. De este modo, las pruebas que utilizan la regresión temporal hipnótica para obtener información deben ser llevadas a cabo con mucho cuidado e imparcialidad. Por otra parte, los datos de confirmación son esenciales para la verificación del material obtenido en un estudio de regresión. Sin una confirmación externa de los datos, no está excluida la posibilidad de una alucinación causada por la tensión.

Se ha demostrado, sin embargo, que, bajo condiciones cuidadosamente vigiladas, las personas altamente hipnotizables pueden retroceder en el tiempo y revelar experiencias materiales y espirituales increíblemente precisas y sutiles enterradas en el remoto recuerdo del pasado.

La manipulación de Candy Jones es un libro fascinante y emotivo. Creo que John, Candy y el autor Donald Bain se han esforzado por poner al descubierto la verdad, si bien comparto su frustración ante las dificultades que entraña la obtención de documentación externa. Yo no intervine en la efectiva regresión temporal hipnótica, espontánea e inducida, de Candy a que se hace referencia en el libro, si bien de mi labor con ella se desprende claramente que es capaz de estas profundas experiencias hipnóticas. Para valorar la historia de Candy son importantes ulteriores pruebas externas y yo concibo este libro como un informe provisional en el convencimiento de que Candy, John y Donald Bain están decididos a revelar cuanta información sea posible. La paciencia y sensibilidad de John ante las claves inesperadas corren parejas con el persistente deseo de Candy de conseguir que afloren a la superficie todos los recuerdos.

Respeto, finalmente, su valentía al haber expuesto abiertamente una historia personal tan inquietante y aterradora.

HERBERT SPIEGEL, doctor en medicina

Introducción

Han transcurrido casi dos años desde la primera vez que me invitaron a escuchar unos fragmentos de unas cintas que habían sido grabadas en el pequeño apartamento de la Zona Este que compartían John Nebel y Candy Jones, es decir, el señor y la señora Nebel. Recuerdo que permanecí sentado allí en un caluroso y agobiante día de agosto de 1974 con un trago en la mano, un cuaderno de notas de hojas amarillas sobre las rodillas y un asfixiante nudo de inquietud en el estómago.

—No lo entiendo —dije.

Repetiría varias veces esta misma frase en el transcurso de aquella larga tarde.

—¿Te parece bien que ponga ésta? —le preguntó Nebel a Candy, refiriéndose a otra cinta.

Esta pregunta se la repetiría varias veces.

—Si le vamos a decir algo, será mejor que se lo digamos todo —repuso ella.

Éstos fueron los comienzos de mi intervención en *La manipulación de Candy Jones*. A medida que avanzaba la tarde y yo era sometido a un fuego concentrado de información —un trozo aquí, una rebanada allá, un «co-llage» de material facilitado por John y Candy y por el magnetófono colocado sobre la mesita del café— me vi apresado por un conflicto de emociones. Soy, por naturaleza, cínico y no ya escéptico. Sin embargo, aquel día me mostré escéptico, no debido a un conflicto de información sino al hecho de que la historia rebasara cualquier cosa que yo estuviera dispuesto a creer. Siempre he sido capaz de aceptar el mal como símbolo abstracto, pero al igual que le ocurre a la mayoría de las personas, me resulta más cómodo negar la realidad del mal. Aceptar el mal que se me mostraba a través de las cintas equivalía a aceptar el temor y la inquietud que el verdadero mal es capaz de provocar en último extremo.

Prefería mostrarme escéptico.

Pero el escepticismo es un acto intelectual en perenne conflicto con las emociones. Me resultaba imposible ignorar la potencia de las cintas de Candy Jones y a medida que aumentaba el número de éstas —he escuchado más de doscientas horas de ellas—, empezando a consumir mi vida profesional, la urgencia de su mensaje transformó mi escepticismo en simple cobardía intelectual. El escéptico avisado no se equivoca jamás.

No obstante, La manipulación de Candy Jones me llevó varios meses de investigación y de sucesivas redacciones. Cada fragmento de recuerdo de Candy tenía que insertarse dentro de la estructura del rompecabezas ya completado. Ello resultaba a menudo muy difícil. Y, a veces, era imposible. Pero, al igual que sucede en el caso de los rompecabezas, cuando se han conseguido conjuntar varias piezas, la imagen ya resulta discernible.

Ha habido también problemas de tipo personal en relación con la publicación del libro. John Nebel es un amigo y las dificultades que este proyecto le han ocasionado se han traducido también, hasta cierto punto, en problemas para mí. John Nebel cuenta 64 años. Está aquejado de cáncer. Trabaja en la radio seis noches a la semana durante seis horas cada noche. Duerme muy poco.

Lo más extenuante para él ha sido, sin embargo, la angustia de ver en la mujer que ama los trágicos resultados de lo que otros le habían hecho en el pasado, en colaboración con sus médicos. Nebel se halla actualmente, al igual que en los últimos cuatro años, enzarzado en una lucha por anular el dominio ejercido sobre su esposa por esos individuos a lo largo de un período de doce años.

La cantidad de información contenida en las cintas resultó demasiado enrevesada para una transcripción de los originales. La transcripción total de las cintas hubiera ocupado unos cuatro mil o cinco mil folios a un solo espacio. Por consiguiente, estudiamos en su lugar un sistema por el cual, mientras se pasaba una cinta a través de los audífonos, yo grababa en otro magnetófono mi «versión condensada» de los acontecimientos descritos en la cinta original. Utilicé, además, un cronómetro indicando el paso de cada minuto durante segmentos individuales de media hora de duración. Los contadores instalados en los múltiples magnetófonos utilizados en este proyecto estaban ajustados a cuentas de minutos. De este modo, podía identificar rápidamente cualquier punto de la grabación original, independientemente del aparato que se utilizara, calculando el número de minutos en los contadores. Mi transcriptor, Donna Pelini, transcribió mis comentarios a las cintas originales. Incluso así, las transcripciones condensadas (es decir, mis comentarios) ocupaban más de setecientos folios a un solo espacio. Aparte las cintas, había aproximadamente unas sesenta horas de entrevistas con John y Candy.

Un problema de otro tipo surgió cuando intenté localizar al principal médico directamente responsable de la manipulación de Candy Jones. No lo encontré hasta empezar a escribir el libro y las direcciones de su domicilio particular, así como de su consultorio, se hallan ahora incluidas en mis bien protegidos archivos. Por consejo de mis abogados, me he abstenido de establecer contacto con él a causa de la posibilidad de que interpusiera querrela contra mí.

La historia de Candy Jones, tal y como se presenta en las grabaciones, señala con un áspero dedo crítico a la Agencia Central de Inteligencia porque, a pesar de que no llegue a causar el mismo impacto mundial que la locura chilena o el fracaso cubano, dicha historia constituye una poderosa condena personal contra la

Agencia. Uno no puede evitar, sin embargo, atribuirle mayor importancia que a aquellos distantes contratiempos, puesto que se trata de la historia de lo que le ocurrió, en forma dolorosamente personal, a una persona —Candy Jones—, dejándola sumida en una pesadilla en la que tal vez tenga que vivir durante el resto de su vida. No tengo nada en contra de la CIA como concepto. Supongo que tales organizaciones son unas desdichadas realidades de nuestra tensa sociedad mundial.

Sin embargo, cuando un vasto y poderoso organismo gubernamental como la CIA alienta y estimula el resurgir de las fantasías infantiles de intriga, manipulación y aventura en hombres y mujeres adultos, dicho organismo debe estar dispuesto también a aceptar las censuras, en caso de que este juego de policías y ladrones entre adultos se estropee.

Jamás he conocido a una persona más valiente que Candy Jones. Y no me refiero únicamente a su valentía en el transcurso de los años comprendidos entre 1960 y 1972, en que se verificaron sus aventuras, sino que elogio y admiro, además, su interés por ver publicado este libro. Me ha manifestado, empero, no sólo temor por su vida sino también temor de que un día algún lector de este libro la mire preguntándose si los intentos de dominarla y manipularla a lo largo de tantos años no la habrán marcado con carácter indeleble. Me limitaré a decir, por mi parte, que Candy Jones, que cada noche actúa en la radio al lado de su esposo Long John Nebel en la emisora WMCA de la ciudad de Nueva York, es una de las mujeres más cuerdas que conozco.

Algunos comentarios finales.

Para poder escribir este libro eran necesarios ciertos conocimientos sobre la hipnosis y, aunque los textos sobre esta materia me permitieron iniciarme en el tema, la necesaria comprensión me la facilitó la paciente y generosa colaboración de varios expertos en este campo.

Uno de ellos es el doctor Herbert Spiegel, psiquiatra, que ejerce su profesión en la ciudad de Nueva York y profesor asociado de psiquiatría en el College of Physicians and Surgeons de la Universidad de Columbia, donde lleva explicando la asignatura de hipnosis médica desde el año 1960. Su labor en el campo de la

hipnosis médica ha empezado a revolucionar este sector no sólo por el hecho de aplicarse a la hipnosis en su calidad de instrumento terapéutico sino también por su relación con todo el concepto del psicoanálisis. La práctica de la terapia a corto plazo ha experimentado considerable impulso gracias a la labor de Spiegel, sobre todo a través del desarrollo del Perfil de Inducción Hipnótica (PIH). Esta técnica posee unas ramificaciones muy superiores al simple hecho de permitir a un hipnotizador valorar la capacidad potencial de un sujeto para la hipnosis. El PIH facilita al médico una visión impresionantemente rápida y precisa de la personalidad del paciente, lo cual constituye una ventaja de valor incalculable a la hora de planear la estrategia del tratamiento.

Otros dos excelentes médicos, ambos estudiosos del sistema de Spiegel en relación con la hipnosis, así como de su Perfil de Inducción Hipnótica, contribuyeron en gran manera a incrementar mis conocimientos acerca de esta materia. Uno de ellos es el doctor Robert T. London, psiquiatra que ejerce la práctica privada en la ciudad de Nueva York y también la docencia en el Centro Médico de la Universidad de Nueva York. El segundo es el in*

ternista doctor Frederick Dick, posiblemente el único médico de Nueva York que aplica regularmente el PIH en los exámenes médicos de rutina. La tercera es la doctora Barbara DeBetz, una psiquiatra de Nueva York, y colega del doctor London en la universidad neoyorquina.

Los doctores Spiegel, London y Dick han intervenido conmigo en el «Programa de Long John Nebel», lo cual debo reconocer que fue para mí un medio muy cómodo y adecuado de observar su extraordinaria inteligencia a lo largo de períodos de seis horas.

Deseo hacer también extensivo mi agradecimiento al director de la Playboy Press, Bob Gleason, que me ofreció una sensata mezcla de juicio crítico y agradable estímulo.

Finalmente, quiero expresar mi gratitud a mis colaboradores en este proyecto, la miríada de magnetófonos grandes y pequeños sin los cuales no hubiera podido escribirse el presente libro.

PRIMERA PARTE

La boda

La boda se efectuó en la ciudad de Nueva York el 31 de diciembre de 1972.

La novia era Candy Jones, nacida con el nombre de Jessica Wilcox en Wilkes-Barre, Pennsylvania, aquel mismo día del año 1925.

El novio era Long John Nebel, nacido con el nombre de Jack Zimmerman en Chicago, Illinois, el 11 de junio de 1911.

Candy Jones había sido la más célebre modelo de los Estados Unidos en la década de los cuarenta. Sus fotografías adornaron las portadas de diecisiete revistas en un solo mes del año 1943. Ella y Betty Grable formaban el más poderoso equipo de «pin-ups» de la segunda guerra mundial; las fotografías de Candy enfundada en un bañador blanco con lunares rojos aparecían pegadas a las paredes onduladas de los barracones de los soldados norteamericanos por todo el Pacífico Sur, prometiendo cosas mejores a miles de ellos una vez que se hubiera ganado la última batalla. Candy realizó frecuentes desplazamientos a la zona bélica, constituyendo su presencia una inyección de impresionante suavidad en la realidad de la dureza de la guerra.

En 1946 Candy contrajo matrimonio con uno de los máximos exponentes del sector publicitario norteamericano, Harry Conover,

inventor del concepto de la «cover girl». Con una inversión análoga a la suya de quinientos dólares por parte de un joven modelo masculino que compartía un apartamento con él, Gerald Ford, el anterior presidente de los Estados Unidos, Conover había fundado la más prestigiosa agencia de modelos de la nación. La unión entre Candy y él daría por fruto tres hijos, muchas pesadumbres, el divorcio en 1959 y unas deudas de vértigo.

Tras divorciarse de Conover, Candy consiguió reunir las piezas de un matrimonio roto y de un negocio económicamente exhausto y crearse una nueva vida para sí misma y sus tres hijos. Fundó una empresa propia utilizando para impulsarla el poder de su nombre y su fama. Entró en el mundo de la radio y se convirtió en la principal figura del programa de fin de semana «Monitor» de la cadena NBC. Dedicaba mucho tiempo a las actividades benéficas y su presencia era habitual en los estrenos de Broadway y las inauguraciones de salas de fiestas, manteniendo, además, estrechas relaciones con los representantes del mundo del espectáculo, los políticos y el estamento militar.

El nuevo esposo de Candy, Long John Nebel, era el más popular de los presentadores de programas radiofónicos de Nueva York. Ha reinado durante veinte años en el programa de medianoche hasta el amanecer, y su voz cáustica y estridente les era tan familiar a los noctámbulos de Manhattan como las sirenas y las bocinas de los automóviles. Con su metro noventa de estatura y su delgadez de modelo, se deslizaba por su mundo nocturno envuelto en toda clase de temas polémicos y un extenso vestuario de magníficos trajes. Estaba pálido porque se iba a acostar cuando salía el sol. Hasta su cabello parecía descolorido. Era una figura imponente en una ciudad imponente.

John Nebel inició su carrera radiofónica a la edad de cuarenta y tres años cuando la WOR, emisora decana de la Mutual NetWork de Nueva York, le ofreció su programa nocturno. Aquel programa era considerado un irremediable cementerio para los anunciadores, pero Long John lo convirtió en un programa lucrativo, con un público de oyentes fanáticamente leales. Ocho años más tarde, a causa de desavenencias económicas con la

dirección de la WOR, pasó a la cadena WNBC, en la que permaneció otros ocho años. Después se incorporó a la WMCA, otra emisora en la que perpetuó todo el encanto y el buen hacer del Nebel-a-Medianoche. En su carrera radiofónica, Nebel había sido el adelantado que abrió paso a los temas más controvertidos. En posesión de una simple instrucción secundaria, trajo consigo a la radio su vasta experiencia de vendedor que, junto con su insaciable curiosidad intelectual, le permitió generar en sus oyentes auténtica emoción y electricidad seis horas cada noche durante seis noches a la semana. Sus intereses y los temas que trataba eran tan variados como sus antecedentes: jazz, platillos volantes, psiquiatría, derecho, percepción extrasensorial, el circo, oro, medicina interna e hipnosis.

John y Candy se conocieron en 1941, cuando él trabajaba como fotógrafo independiente. Le habían encargado que la fotografiara con vistas a un anuncio que se iba a publicar en una importante revista, en el cénit de su carrera. Se fueron viendo por la ciudad en el transcurso de los años siguientes mientras cada cual seguía su respectiva carrera, pero hubo muy escasa comunicación entre ambos. Candy reconoce haber estado ligeramente enamorada de él en los años sesenta, en los que lo suponía casado. No lo estaba a pesar de haber mantenido una larga serie de prolongadas relaciones con distintas mujeres tras divorciarse de su primera esposa, Lillian, en 1960.

El noviazgo de John Nebel y Candy Jones tuvo la duración de los noviazgos entre colegas. Antes de casarse, habían estado saliendo juntos veintiocho días. Los numerosos amigos de Nebel, a pesar de mostrarse sorprendidos ante su decisión de volver a casarse, tuvieron una reacción unánimemente favorable a Candy. Su belleza natural y sin artificio y su sencilla y cordial personalidad cautivaron sin excepción al vasto surtido de íntimos amigos de su futuro esposo, incluido al que esto escribe. Carecía de la afectación que se suele asociar con las modelos y, a pesar de ser una mujer espigada, no se movía con la típica gracia profesional de las modelos... Es más, en algunas ocasiones, ponía de manifiesto una conmovedora torpeza. Era, por otra parte, muy modesta: «Tengo buenos huesos» solía responder, no sin cierta turbación, a los bienintencionados elogios a su belleza, añadiendo a menudo una

risa nerviosa con la que suavizar este comentario.

La boda se celebró en el elegante, espacioso y moderno apartamento de Kenneth Knigin, el abogado de Nebel. Asistieron a la ceremonia aproximadamente unos cuarenta amigos de John. Asistió también la madre de Candy. Estuvo también presente una joven que trabajaba en la escuela de maniqués de Candy, si bien más en calidad de acompañante de la madre de Candy que de invitada propiamente dicha.

—Es curioso que ella no haya traído a ningún invitado —le comenté a mi esposa.

Pero más curioso si cabe fue el cambio que se operó en Candy al empezar unos camareros uniformados a distribuir entre los invitados pastelillos y champaña en copas de plata. Tal como Nebel dijo más tarde: «Ocurrió algo que no acierto a expresar con palabras. Hubieras tenido que conocer a Candy tal como yo la conocía para darte cuenta del cambio que en ella se había producido. En su rostro se dibujó una expresión que no era propia de Candy, por lo menos no de la Candy de la que yo me había enamorado. Jamás había visto aquella expresión: tensa, enojada, preocupada. Le pregunté que si le ocurría algo y me contestó con un lacónico "no". No podía creer que fuera la misma mujer. Me molestó verla tan preocupada.»

Yo lo atribuí a la tensión del momento. Había trabajado profesionalmente como músico en centenares de bodas. Las novias suelen mostrarse invariablemente tensas y a menudo se enojan por detalles insignificantes.

Sea como fuere, mientras conversaba con los amigos de Nebel, resultó evidente que Candy se hallaba bajo los efectos de la tensión latente y reprimida. Nada importante, nada definitivo, pero allí estaba. Cuando llegó la hora de que se marcharan los invitados, Candy y John permanecieron de pie junto a la puerta, despidiéndose cortésmente de cada uno de los invitados que abandonaban el lujoso apartamento, disponiéndose a salir a un día de diciembre insólitamente tibio y brumoso. Aquella noche algunos de nosotros nos reuniríamos con el novio y la novia en el Ho Ho, el restaurante chino en el que Nebel instalaba su corte

todo los años por Nochevieja en atención al patrocinador de su programa y a sus oyentes.

John y Candy Nebel formaban una pareja extraordinariamente bien parecida de pie junto a la puerta. No cabía la menor duda de que Nebel era en aquellos instantes un hombre dichoso. Y no había motivos para suponer que Candy no compartiera aquellos mismos sentimientos.

Sin embargo, una inquietante pregunta de mucho mayor alcance hubiera podido suscitarse en aquel momento si los amigos allí reunidos hubieran podido conocer los hechos que se registrarían en los meses y años siguientes.

Expresada en palabras sencillas, la pregunta hubiera sido: ¿Era la mujer que se encontraba junto a John Nebel realmente Candy Jones?

La noche de bodas

El señor y la señora de John Nebel pasarían la noche de bodas en sus habitaciones del Hotel Drake, que se levanta en la confluencia de la Calle Cincuenta y Seis y la Avenida Park. Pero primero acudirían a la fiesta del Ho Ho. Tras un breve alto en el Drake para tomarse un baño y cambiarse de ropa, se trasladaron en automóvil al restaurante, que se halla en la Calle Cincuenta Oeste, a pocos pasos de los estudios de la WNBC, en los que Nebel había trabajado antes de pasar a la WMCA.

Se les pudo ver de muy buen humor mientras los invitados empezaban a llegar, reuniéndose con ellos en el salón de cócteles, una llamativa zona del conocido restaurante, suavemente iluminada y provista de hermosas mesas y sillones. Candy, que posee una extensa colección de pelucas, había persuadido a John de que utilizara una de color plateado, lo cual provocó la risa de los invitados sentados a las mesas. Unas incondicionales oyentes —sabiendo que le encontrarían allí— le ofrecieron a Nebel varios regalos, la mayoría de ellos realizados personalmente.

A las nueve, los invitados que iban a reunirse a cenar con John y Candy acompañaron a éstos al comedor principal, dominado por unos enormes óleos de escenas pastorales chinas. Mientras se servían las humeantes bandejas de especialidades de la casa y los oyentes seguían acercándose a la mesa de John Nebel, percibí nuevamente un cambio en el —hasta aquellos momentos— buen humor de Candy. Parecía como si se hubiera distanciado del ambiente que la rodeaba y sus respuestas a las preguntas eran lacónicas y escasamente cordiales. Una vez más, pensé estar en posesión de la explicación de aquel cambio de humor. Al fin y al

cabo, el que se había convertido en su esposo hacía apenas unas horas se hallaba totalmente entregado a sus admiradores. Le llamaron al teléfono más de doce veces a lo largo de la velada, para recibir la enhorabuena de amigos y comprendí el efecto que tales hechos podían ejercer en una novia. Sin duda Candy hubiera preferido permanecer a solas con John en la noche de bodas en lugar de tener que compartirlo con amigos, admiradores y colegas.

En realidad, Candy había tenido suerte de que aquel año la Nochevieja coincidiera con una noche de domingo. De otro modo, se hubiera visto obligada a compartir su marido con un micrófono de los estudios, inmediatamente después de la cena, puesto que el programa ha sido siempre la vida de Long John Nebel. Éste no podía disfrutar de vacaciones, ni de noches libres, ni de viajes ni de lunas de miel. Cuando Nebel fue hospitalizado en enero de 1971 y le fue diagnosticado que padecía cáncer lías ser sometido a una intervención quirúrgica de carácter exploratorio, se las apañó para poder abandonar el hospital cada noche, trasladándose en automóvil a los estudios con adecuadas bolsas ajustadas a su cuerpo, permaneciendo Je pie a lo largo de las seis horas que duraba el programa.

Sea como fuere, los Nebel abandonaron el Ho Ho poco después de medianoche para dirigirse a sus habitaciones del Drake. Recuerda Nebel: «Había una enorme cama e hicimos los adecuados preparativos con vistas a compartirla. Es curioso, pero los “románticos enamorados” suelen mostrarse reacios a reconocet que utilizan ei cuarto de baño o cosas por el estilo. Estuve tentado de bajar y utilizar el lavabo del vestíbulo. En cualquier caso, Candy emergió del cuarto de baño enfundada en un precioso salto de cama y entonces entre yo. Salí con mis calzoncillos cortos... que siempre llevo. Ni siquiera me había traído una bata, y Candy me ofreció uno de sus caftanes. Supongo que éste me debía conferir un aspecto más bien afeminado, pero me lo puse de todos modos. Nos acostamos y estuvimos hablando un rato y después hicimos lo que se supone que hacen los recién casados. Cuando todo hubo terminado, le pregunté con aire indiferente si se sentía feliz. Ella

extendió la mano y tomó una vela del Cuatro- de-Julio que había sobre la mesilla, la encendió y la sostuvo por encima de nuestras cabezas. Yo me sentí emocionado, satisfecho y contento... Me sentía extraordinariamente a gusto.»

Pero después, según Nebel, ocurrió algo extraño. Candy se levantó de la cama, se dirigió al cuarto de baño y, al regresar, le dijo algo que él no recuerda. Lo que dijo, sin embargo, carece de importancia porque el hecho que provocó la reacción de Nebel fue el *cómo* lo dijo, según éste lo describe: «Salió del cuarto de baño y vi a alguien que se parecía a la mujer con quien me había casado. Subrayo la palabra "se parecía". Sabía que era mi esposa porque el cuarto de baño no disponía de ninguna otra puerta. Poseía la misma estatura y configuración de Candy pero me dijo algo con una voz totalmente distinta. No recuerdo sus palabras pero recuerdo que su voz era amarga y mordaz. Me aterró. Le pregunté qué ocurría. Ella me contestó: "No ocurre nada" con una voz que poseía el mismo efecto cortante que una cuchilla de afeitar. No sabía qué decirle y opté por dirigirme a la salita.»

Nebel bebe raras veces, pero se escanció un vaso de whisky de la botella que les había facilitado la dirección del hotel, se tomó medio bocadillo de pollo y encendió el aparato de televisión para ver cómo se estaba celebrando la Nochevieja en otros lugares del país. Llamó hacia el dormitorio e invitó a Candy a reunirse con él para tomarse un trago y un bocadillo, a lo cual ella accedió.

«Parecía otra vez Candy —dice Nebel—, la Candy con quien yo me había casado. Cordial, cariñosa y adorable. "Eres maravilloso, John —dijo—. Eres un hombre maravilloso y me has hecho la mujer más feliz de la tierra".»

Se levantaron y se besaron y John Nebel trató de olvidar, de momento, aquella otra voz que tanto le había inquietado en el dormitorio.

Al día siguiente

El 1 de enero de 1973 fue un vigorizante y soleado día de invierno. Tras desayunar huevos con jamón en el hotel, John y Candy salieron a dar un paseo tomados de la mano por la Avenida Park. Se tropezaron con un viejo amigo de Nebel, el célebre abogado O. John Rogge que dio a la pareja su enhorabuena por la boda.

«Éramos la pareja más dichosa del mundo —afirma Nebel recordando aquel día—. El cambio en el comportamiento y la voz de Candy se habían borrado de mis pensamientos.»

Al día siguiente, Nebel hizo una breve aparición como invitado en el «Programa de León Lewis», de la WMCA. Aquella noche, él y Candy cenaron juntos en otro de los restaurantes preferidos de Nebel, el Antolotti's, ubicado en la Calle Cuarenta y Nueve Este, cerca de la Primera Avenida. Una vez terminada la cena, compraron varios diarios y se retiraron a sus habitaciones del Drake, dispuestos a pasarse la noche leyendo tranquilamente, durmiendo y gozando de la novedad de permanecer juntos a solas. Más tarde, se trasladaron a la WMCA, donde Nebel presentó su habitual programa del lunes. Candy observó con orgullo a su marido mientras éste se deslizaba por la noche haciendo lo que siempre había hecho mejor que nadie.

El martes por la mañana disfrutaron de un desayuno europeo

tras haber hecho el equipaje con el fin de abandonar el hotel y regresar al apartamento de Nebel, que iba a convertirse en su hogar.

—Llamaré a recepción para que envíen a alguien por las maletas —dijo Nebel tras terminarse el pastelillo danés y el café.

—No te preocupes. Yo me encargaré de todo —dijo Candy, con expresión severa y encolerizada.

John la miró desde el otro lado de la mesa. No podía entenderlo. ¿Por qué estaba enojada? ¿Cuál habría sido la causa de aquel drástico y repentino cambio de humor? Se lo preguntó.

—No estoy enojada —dijo *la voz* a través de la boca de Candy—. Pero eso tampoco quiere decir que teng^o que estar contenta por todo.

La voz era profunda y cortante.

—¿Qué sucede? —preguntó Nebel.

—Nada —repuso Candy mirando en la distancia con ojos fríos.

Para evitar una discusión, Nebel reprimió su impulso de interrogarla ulteriormente. En su lugar, le sugirió que bajara a recepción y pagara la cuenta mientras él esperaba al botones. Candy tomó el dinero que él le entregaba y abandonó la estancia.

Llegó el botones y Nebel le acompañó hasta el lugar en que aguardaba el automóvil. Le preocupaba tener que compartir el automóvil con Candy, dado el temor de que lo que había ocurrido arriba pudiera repetirse delante del chófer. Pero no sucedió tal cosa. Le recibió una sonriente Candy Jones-Nebel que besó a su marido en la mejilla y comprimió su mano.

Una vez en el apartamento, Nebel se puso unos viejos pantalones y Candy se enfundó en una vaporosa bata.

Se tendieron en la cama y estuvieron leyendo el *Times* y el *News* hasta que llegó la hora en que él tenía que trasladarse a los estudios. Nebel le había pedido a Candy que lo acompañara, pero ella había declinado la invitación porque a la mañana siguiente tenía que acudir temprano a su despacho con motivo de unas reuniones. John se despidió por tanto de ella con un beso y se marchó a hacer su programa. Puesto que había llegado temprano, decidió llamar a Candy a través de uno de los teléfonos de su despacho. Tras mantener con ella una breve charla, se dirigió al estudio y saludó a

su viejo amigo, escritor y asesor de relaciones públicas Sandy Teller, que iba a intervenir en el programa de aquella noche.

Cinco minutos antes de que se iniciara el programa, Nebel volvió a llamar a casa. Por una extraña razón, los acontecimientos del Drake habían vuelto a aflorar a la superficie y le tenían inquieto. Candy contestó a la llamada.

—¿Todo bien? —preguntó Nebel.

—Pues claro.

—Te quiero, Candy.

Ella suspiró. Hubo silencio unos instantes y después *una voz* dijo:

—¿Por qué tienes siempre que pensar que algo marcha mal?

Era la misma voz áspera que Nebel había escuchado en el Drake. Esta vez podía percibirse en ella cierto tono de burla.

—Candy, ¿qué te sucede?

—Estoy bien, John.

Volvía a ser la misma voz de Candy, suave y soñolienta.

—Candy, pero, ¿qué sucede? A veces tu voz suena distinta y enojada.

—John, yo nunca me he enojado contigo. No tengo ningún motivo para enojarme contigo.

—Entonces, ¿por qué te *comportas* como si estuvieras enfadada?

—No lo sé, John. Pero te aseguro que no estoy enojada contigo en absoluto. Te quiero mucho.

—Y yo te quiero a ti. Quiero que los dos colaboremos y alcancemos gran éxito.

Nebel siguió diciéndole a Candy lo mucho que la amaba y hablándole de sus esperanzas con vistas a su futuro. Se percató, sin embargo, de que no había respuesta desde el otro extremo de la línea.

—¿Candy?

Nada. No le había oído colgar el aparato y parecía como si la línea estuviera todavía conectada y abierta. La llamó por su nombre otras dos veces, pero no obtuvo respuesta.

Nebel colgó el teléfono y se dirigió corriendo al estudio. El

noticiario estaba a punto de terminar; dentro de un minuto, estaría en las ondas con su conocido *Hola a todos, aquí Long John Nebel*. Sandy Teller advirtió su inquietud, pero no tuvo tiempo de dirigirle ninguna pregunta al respecto, porque se encendió la luz roja y Nebel empezó a presentar el programa. Una vez iniciado éste, Nebel le pasó una nota a Sandy diciéndole que tenía que ausentarse de la emisora durante una media hora y que se hiciera cargo del programa. Teller, un veterano de más de doscientos programas de Nebel, pasó inmediatamente a ocupar su puesto de presentador invitado, mientras John se alejaba a toda prisa, tomaba el ascensor hasta la planta baja y mandaba detener un taxi en la confluencia entre la Séptima Avenida y la Calle Cincuenta y Siete. El trayecto hasta su casa sólo duró cinco minutos, pero a él se le antojó mucho más largo. Tras decirle al taxista que esperara, entró apresuradamente en el edificio, subió hasta la segunda planta, abrió la puerta y penetró en el pequeño dormitorio de la parte de atrás. Candy se hallaba durmiendo en la cama con el teléfono descolgado descansando a su lado. Nebel la sacudió suavemente por los hombros.

—¿John?

—Sí. Estaba hablando contigo y te has esfumado.

—¿Qué estás diciendo?

—Estábamos hablando por teléfono y...

—¿Ya son las seis? —preguntó ella, en la creencia de que ya había pasado la noche y John había regresado del trabajo.

—No, y tengo un taxi esperando abajo. Candy, parecías tan enojada conmigo por teléfono...

—John, eso es ridículo. Yo no estoy enojada contigo.

—¿No recuerdas haber hablado conmigo por teléfono?

—Sí, pero no estaba enojada.

—Tu voz sonaba muy distinta. Candy, yo... Mira, tengo que regresar. Debes de haberte dormido. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. Lo siento.

—No te preocupes.

Nebel le dio un beso, bajó a la calle y regresó a los estudios, donde se hizo nuevamente cargo del programa, guiando a su invitado y colaborador a lo largo de toda la noche.

Cuando Nebel regresó a casa aquella madrugada tras su trabajo, Candy se encontraba en el cuarto de baño y entró en el dormitorio en el momento en que él se disponía a acostarse.

—¿Qué tal ha ido el programa?

—Estupendamente. Y tu, ¿cómo estás?

—Muy bien —repuso ella.

—Mira, Candy, no quiero armar jaleo ni nada de todo eso pero, ¿qué demonios ocurre aquí?

—Pero, ¿de qué estás hablando?

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. Estos cambios de humor. Tu enojo. Nunca sé por dónde vas a salir. Lo digo en serio, Candy. Eres una cosa y, al cabo de un minuto, pareces otra.

—Eso no es cierto y tú lo sabes.

Nebel se levantó y se le acercó. Apoyó las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos.

—Candy, yo sé que ocurre algo y será mejor que lo aclaremos ahora antes de que la situación empeore. ¿Existe algún problema?

Candy se mostraba molesta a causa del interrogatorio.

—Te he dicho que no existía ningún problema. Eres tú quien se lo imagina.

—Ni hablar —dijo Nebel, enumerándole varias ocasiones en las que había observado un cambio en su personalidad. Y añadió: —Me gustaría que me dijeras cuál es la causa.

Candy fingió buscar algo en el pequeño escritorio que había en el dormitorio y John Nebel volvió a acostarse. Estuvieron cinco minutos sin decirse nada el uno al otro. Al final, Candy se acercó a la cama, se sentó en ella y acarició el rostro de su marido.

—John, hay algo que tal vez debiera decirte.

—¿De qué se trata?

—Es algo que ni siquiera había pensado que mereciera la pena mencionarte, pero tal vez la merezca. Algunas veces, es posible que tenga que emprender algún viaje.

—¿Para qué?

—Ah, pues para pronunciar alguna conferencia o algo así.

—No me convence nada esa idea —dijo Nebel, incorporándose.

Después siguió explicando el porqué de su reacción negativa ante aquel anuncio. Candy escuchó pacientemente sus protestas. Cuando Nebel terminó, Candy se levantó y se apoyó contra la librería adosada a una de las paredes del dormitorio.

—John, hay algo más que el simple hecho de pronunciar una conferencia.

Rápida y sencillamente, Candy reveló que en el pasado había realizado algún trabajo por cuenta de uno de los organismos de nuestro gobierno. Algunos de sus viajes estaban relacionados con este tipo de trabajo.

Nebel encendió un cigarrillo y le pidió aclaraciones acerca de lo que acababa de decirle. Pareció que Candy se mostraba dispuesta a contestar a sus preguntas diciéndole que, tras divorciarse de Harry Conover en 1959, había sido abordada por la FBI.

—¿Qué hiciste por ellos? —preguntó Nebel.

—Muy poco. Utilizaban mi despacho para el envío de correspondencia. Y yo llevé algunos mensajes por cuenta suya.

Nebel consideró, como es lógico, interesante la revelación pero no le atribuyó demasiada importancia. Le preguntó a Candy si seguía trabajando con ellos y Candy contestó que no.

Una vez que ella se hubo marchado, Nebel encendió otro cigarrillo y se sentó en el borde de la cama para pensar. Al principio, el hecho de que su mujer hubiera desarrollado actividades clandestinas por cuenta de la FBI le pareció divertido. Las circunstancias bajo las cuales había sido abordada eran normales, teniendo en cuenta que los organismos como la FBI suelen contratar los servicios con dedicación parcial de miles de ciudadanos corrientes con el fin de alcanzar sus objetivos, con los cuales siempre se había mostrado Nebel filosóficamente de acuerdo. Sin embargo, mientras reflexionaba acerca de la historia que Candy le había contado a propósito de la primera vez que había sido abordada por un agente de la FBI, empezó a experimentar inquietud.

—¿No debió haber alguna otra cosa? —se preguntó en voz alta.

Un recuerdo consciente de la infancia

La madre de Candy Jones se llamaba Jessica Wilcox e impuso este mismo nombre a su única hija. El nombre, sin embargo, no constituyó la única manifestación del deseo de la madre de Candy de dejar su huella en su hija. Estaba, además, su áspero, implacable y cerrado puritanismo. En la creencia de que el mundo y especialmente los hombres, eran inherentemente malos, la señora Wilcox educó a su hija con mucha severidad. De haber conseguido salirse su madre con la suya, Candy hubiera asistido a los cursos de una escuela de secretariado, lo cual, según la lógica de su madre, hubiera logrado borrar cualquier idea que la hija pudiera tener de adentrarse por caminos más exóticos y, por consiguiente, más peligrosos.

La actitud de la madre en relación con los hombres estaba justificada. El padre de Candy las había abandonado cuando ella contaba tres años. Se llamaba James Gordon Wilcox, pero prefería ser conocido como J. Gordon Wilcox, para que se reflejara mejor su posición en el mundo de los negocios. Y no es que fuera precisamente un gigante de las finanzas. Había conocido y cortejado a la madre de Candy cuando trabajaba de receptor de entradas en el Capital Theatre de Wilkes-Barre y el noviazgo en-

tre ambos había sido desaprobado por sus respectivas familias. J. Gordon Wilcox vivía en Kingston, una zona muy poco recomendable en opinión de los residentes en la localidad de Wilkes-Barre. Era, además, católico y polaco, lo cual constituía una mortífera combinación según Ella Mae Jevons, la abuela materna de Candy.

La actitud de Ella Mae no obedecía, empero, a la simple afectación ni a los prejuicios religiosos. Se había divorciado de su marido Arthur Roscngrant cuando su hija y su hijo Eugene eran pequeños y, a pesar de que sus puntos de vista en relación con la vida eran mucho más liberales y tolerantes que los de la madre de Candy, no cabía duda de que su reacción contraria al inminente matrimonio de J. Gordon y Jessie se debía a los efectos de su fracaso matrimonial. Se mostraba firmemente contraria al mismo, con lo cual contribuyó a precipitar lo que era inevitable.

La pareja contrajo matrimonio y, tras una breve permanencia en la casa de la abuela, se trasladó a Buffalo, estado de Nueva York, donde J. Gordon pasó a convertirse en vendedor de automóviles por cuenta de la Packard. Poco después, la empresa le envió a su sucursal de Atlantic City, conduciendo a la pareja más cerca de casa e introduciendo a la madre de Candy en el ambiente de aquella localidad de vacaciones que, por aquel entonces, era la meca del aire puro, de la arena blanca, de los elegantes hoteles y de un lujoso *modus vivendi*. Esta última característica de Atlantic City revestía mucha importancia para Jessie Wilcox que abrigaba grandes esperanzas en este sentido tanto para sí misma como para la hija que nació un año más tarde. Los frutos de estas esperanzas no se alcanzarían, sin embargo, con J. Gordon Wilcox a su lado. Éste trabajó muy duro en Atlantic City y llegó a convertirse en el mejor vendedor de la Packard. Al mismo tiempo, aprovechaba la ventaja de las numerosas mujeres disponibles que se daban cita en aquella ciudad de convenciones. Era alto y delgado y sentía gran inclinación al palique, razón por la cual cada vez fue acudiendo con menos frecuencia junto a su esposa. Al final, cuando Candy tenía tres años, su madre se fue a vivir a casa de la abuela en la Avenida Carey.

«No conocí a mi padre hasta que fui mayor —recuerda Candy—. En realidad, no recuerdo que hubiera ningún hombre en mi vida cuando era pequeña. El hermano de mi madre nos visitaba de vez en cuando, pero sólo para ver cuánto dinero podía sacarle a mi abuela.

Era joyero en San Francisco y había sido conductor de una ambulancia durante la primera guerra mundial. Es lo único que sé de él. Cuando llegaba, mi madre solía decir: “Bueno, aquí lo tenemos. Vamos a ver cuánto le pedirá esta

“
vez.»

La primera visita de su padre que Candy recuerda se efectuó cuando ella tenía unos cuatro años, un año después de que su madre se hubiera separado de él. Cenó en la casa y, a continuación, la madre y la abuela lo dejaron a solas con su hija. Ambos permanecieron sentados juntos en el salón. La niña se había sentado en el sofá con expresión muy grave, observando tímidamente la figura de su padre, tan impresionante, con la espaciosa estancia escasamente iluminada, como los grandes muebles de color oscuro.

—Ahora tengo que marcharme —le dijo el hombre a la niña, al cabo de quince minutos; ella no contestó—. ¿No te da pena de que me vaya?

—No —repuso Candy.

—Las niñas buenas sienten pena cuando su papá se marcha —dijo Wilcox.

Candy no sabía ni qué hacer ni qué decir. Pero sabía que la palabra «papá» la molestaba. Durante la cena le había llamado «señor» y, a pesar de que él había tratado de disimular el desagrado que le producía el hecho de que su hija se dirigiera a él utilizando un término tan ceremonioso, la niña se había dado cuenta.

—¿No vas a llorar cuando me vaya? —preguntó Wilcox.

—No.

Si la respuesta le molestó, Wilcox no lo dio a entender.

—Pues claro que vas a llorar —dijo.

—No, no lo haré.

—Bueno, pues tengo que irme —dijo Wilcox levantándose y tendiéndole la mano. Ella se la tomó y dejó que la acompañara a la cocina. Pero, en lugar de dirigirse a la cocina, Wilcox abrió una puerta que daba acceso a una despensa. Una vez dentro, abrió un cajón y sacó un cascanueces plateado: —Puedo hacerte llorar —dijo.

—Yo no lloro —dijo Candy.

Wilcox introdujo uno de los dedos de Candy en el cascanueces y lo apretó. Ella cerró los ojos a causa del dolor y se esforzó por no

llorar. El tomó otro de sus dedos y se lo introdujo en el cascanueces apretando con más fuerza. Candy se hubiera echado a llorar de no haber abierto su madre la puerta en aquellos momentos.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó ésta.

—Estábamos jugando un poco —repuso Wilcox, arrojando el cascanueces al interior del cajón—. ¿No es cierto, Muñeca? —le preguntó a Candy utilizando el apelativo con que se conocía a ésta desde muy pequeña. En su tono se percibía un matiz de advertencia a la niña.

—Sí —contestó Muñeca frotándose los doloridos nudillos contra la cadera.

—Nos estábamos divirtiendo un poco —dijo Wilcox—. Ven aquí, Muñeca, y dale un beso a papá antes de que se vaya.

Candy lo besó en la mejilla y él la abrazó.

Una vez que Wilcox se hubo marchado, Candy se dirigió a una cómoda victoriana que había en el comedor y tomó una fotografía enmarcada de su padre que éste le había ofrecido antes de la cena. La arrojó al suelo y empezó a pisotearla.

—¡Basta! —le gritó su madre recogiendo el marco con el cristal roto y arrebatándoselo a Muñeca.

«Jamás comprendí por qué mi madre había salvado la fotografía —dice Candy—. Al parecer, odiaba a mi padre y siempre estaba dispuesta a llevarlo ante los tribunales por impago de los gastos de mi manutención.»

Candy apenas tuvo contacto con su padre en el transcurso de los diez años siguientes. A los cinco años, la invitaron a visitar a los padres de Wilcox que vivían en Kingston, Pennsylvania. Un hombre acudió a recogerla y la acompañó en automóvil hasta la casa que, según Candy recuerda, era impresionante. Su abuelo era criador de perros Doberman y a Candy le permitieron jugar con ellos. Su padre tenía muchos hermanos y hermanas y todos ellos parecían jóvenes y despreocupados en comparación con la atmósfera de gente mayor que reinaba en su propio hogar. «Todos iban en traje de tenis —dice Candy— y, al parecer, habían docenas de primos. Me los presentaron a todos y me encantó.»

Candy recuerda, sobre todo, que su abuelo la sentó sobre sus rodillas. La apartó un poco y se quedó mirándola largo rato. La gente comentaba que se parecía a su padre; otros decían que, cuando

creciera, se parecería a su abuela, la cual, según Candy, poseía el rostro de una muñeca de porcelana, era rubia y tenía los ojos castaños. Un la familia de su padre, exceptuando a la madre de éste, todo el mundo era pelirrojo y tenía los ojos azules y la tez clara.

Cuando el mismo hombre la acompañó de nuevo a casa a primeras horas de la tarde, había unos vehículos del servicio de extinción de incendios frente a la puerta y su madre se encontraba de pie en la calle con los brazos cru

zados. Candy corrió hacia ella con los ojos muy abiertos a causa de la emoción.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ha habido un incendio —contestó su madre—. Ahora todo ha terminado.

Minutos más tarde, Candy fue conducida a su habitación en la que le mostraron los resultados del incendio. La caldera de la calefacción se había incendiado y las llamas se habían propagado por todas las tuberías. La cama de Candy aparecía chamuscada en el lugar en el que las llamas habían prendido a través de la reja regulable instalada en la pared, al lado de la cama.

—¿Has pasado un buen día? —le preguntó su madre. —Sí.

—Me alegro de que hayas ido. El incendio se ha producido a la hora en que tú sueles dormir la siesta.

En el transcurso de su noviazgo con Long John Nebel, Candy apenas le habló a éste de su infancia. Le habló a John de su padre y, como es natural, le presentó a su madre, con quien vivía en el número 1.199 de la Avenida Park. En respuesta a las preguntas de John acerca de sus primeros años en general, Candy solía limitarse a contestar: «Fueron muy solitarios.»

—¿No tenías amigos? —le preguntaba Nebel.

—No. A mi madre no le gustaba que tuviera amigos.

La soledad de los primeros años de vida de Candy Jones estuvo suavizada por su amor a los animales y por su abuela Ella Mae Jevons. Divorciada con anterioridad al comienzo del siglo —comportamiento muy poco convencional en aquella época—, Ella Mae se hizo cargo de la manutención de sus dos hijos así como de otros miembros de su familia. Un hermano menor, que trabajaba en uno de los comercios de pinturas propiedad de los parientes, andaba siempre pidiendo dinero con que pagar sus deudas. Su hermana menor Kate, de tendencias hipocondríacas, se casó con un empleado sin ambiciones de los Ferrocarriles de Pennsylvania. Tanto su hermano como su hermana, con sus respectivas familias, vivían en dos de las más de veinte casas de que Ella Mae era propietaria. Siempre se hablaba de la posibilidad de que pagaran un alquiler, pero la posibilidad jamás llegó a materializarse. Candy conserva todavía en su poder diversos pagares por valor de 5.000 dólares cada uno,

firmados a su abuela por distintos miembros de su familia.

Cuando la Depresión llegó a Wilkes-Barre en 1929, la abuela de Candy lo perdió prácticamente todo menos la casa de la Avenida Carey y la casa que poseía junto al lago Nuangola. El dinero en efectivo lo perdió como consecuencia de la quiebra de los bancos, y todas las demás casas que poseía le fueron embargadas al no pagar los impuestos. A pesar de todos estos contratiempos, Ella Mae consiguió sobrevivir gracias a su previsión e ingenio. Con posterioridad a su divorcio, había dado un insólito paso, tratándose de una mujer de una época tan distante de la era de la Liberación Femenina. Era enfermera sin titular y se matriculó en osteopatía en un centro universitario de Filadelfia, obteniendo el correspondiente diploma. Entonces abrió consulta en el edificio comercial más elegante del centro de Wilkes-Barre, que daba a una plaza.

De vez en cuando, Candy tenía ocasión de observar a su abuela, a quien ella siempre llamaba «Ma-Ma», manipulando los brazos y las piernas de sus pacientes en busca de una cura para sus difíciles dolencias. Era una mujer orgullosa y bien parecida que calzaba zapatos de tacón alto, contribuyendo con ello a aumentar su estatura ya superior a la normal (medía aproximadamente un metro setenta y parecía más alta si cabe gracias a su postura rígidamente erguida). Ella Mae, en la jerga de Long John Nebel, sabía cómo «ganarse la pasta». Utilizando el mercado de sus pacientes, organizaba para éstos viajes a Europa con los que sufragar sus propias estancias anuales de un mes de duración en el viejo continente, habiéndose visto obligada a recurrir a este sistema por culpa de la maldita Depresión. Siguió unos cursillos médicos en la Sor-bona, y asistió durante tres décadas consecutivas a las representaciones de la Pasión que se efectuaban cada diez años en la localidad bávara de Oberammergau. Regresaba de sus viajes a Europa llena de relatos acerca de los lugares y personas que había visto... y siempre con regalos para Muñeca. A la edad de cinco años, Candy poseía dos abrigos de pieles, uno blanco y otro negro, regalo de Ma- Ma. De su abuela, que hablaba el francés y el alemán con fluidez, aprendió, además, los rudimentos del francés.

La casa de la Avenida Carey en la que Candy creció tenía 16 habitaciones y estaba pintada de color gris acorazado. Unos profundos y graciosos porches corrían a lo largo de toda la fachada y de una de las paredes laterales. Las casas del barrio eran de tamaño

parecido.

El salón del primer piso era la estancia más espaciosa. Estaba dominada por un piano negro decorado con unos grabados rococó que eran la pesadilla de Candy, cuya tarea de todos los sábados era la de sacar el polvo del piano. Junto al piano había un escritorio lacado de tapa corredera, muy estimado por la madre de Candy. No se podía colocar nada encima del mismo.

Tres ventanas que se extendían desde el suelo hasta el techo aparecían adornadas con pesados cortinajes bordeados con flecos dorados y púrpura. Los vistosos cortinajes reflejaban los cálidos tonos de la enorme alfombra oriental, muy estimada por su madre. Los cortinajes estaban siempre corridos.

El cuadrado comedor, cuyas ventanas daban al jardín, estaba separado del salón por una puerta corredera. Candy prefería esta soleada estancia al oscuro salón. La mesa podía dar cabida a doce comensales, aunque raras veces se sentaban junto a la misma otras personas que no fueran Candy, su madre y su abuela. Su madre y su abuela to-

maban asiento a ambos extremos y Candy se sentaba
ju
nto a la parte
ala
rgada que daba
a
las ventanas.

Candy compartía con su madre el dormitorio frontal del piso de arriba. Las paredes del mismo se hallaban recubiertas por un papel cuya muestra estaba integrada por unos ramilletes de violetas sobre un fondo tostado. Cinco grandes ventanas daban al tejado del porche frontal. En la parte de la estancia correspondiente a su madre había un espejo y dos tocadores, en uno de los cuales podía verse una lámpara de sobremesa con pantalla rizada y una bandeja con frascos de perfume y un juego de cepillo, peine, calzador, pulidor de uñas y polvera redonda de concha. Cada objeto se hallaba cuidadosamente colocado y su posición no variaba jamás.

La cama de Candy se encontraba adosada a la pared más alejada, junto a la reja de la calefacción. Candy disponía de un tocador, una percha y un pequeño armario.

«Era una habitación alegre y soleada —recuerda Candy—, con los suelos abrillantados por la grasa de los codos de Pearl. Es curioso, pero yo me creía en serio que Pearl poseía en sus codos algún ingrediente mágico capaz de hacer brillar la madera. Un día se lo pregunté y ella me contestó, como me lo merecía.»

El dormitorio frontal daba a un estrecho pasillo de unos seis metros de largo que después giraba bruscamente a la izquierda, hacia la zona destinada a Ma-Ma. El pasillo aparecía iluminado por unos candelabros de pared color ámbar en forma de llama. Unas cortinas de terciopelo color púrpura del techo al suelo cubrían las estanterías de libros adosadas a la pared del pasillo, en las que Ma-Ma guardaba su extensa colección de libros médicos, publicaciones y archivadores.

La cama de Ma-Ma era de bronce y toda la estancia olía intensamente a perfume de lilas; la abuela tenía por costumbre empapar de perfume de lilas algunos trozos de algodón que después colocaba debajo del travesaño de la cama y ajustaba con alfileres detrás de las cortinas. Un enorme semihemisferio de cristal color ámbar cubría las tres bombillas de la lámpara del techo. Había más archivadores, publicaciones médicas y folletos de viajes esparcidos por

todas partes, así como un gran tocador cuyos espejos se extendían rodeando a la persona por tres lados. Sentado frente a él, uno podía ver seis o siete imágenes de sí mismo.

La zona de la casa correspondiente a Ma-Ma poseía para Muñeca características de misterio y mal agüero, así como una fuerza magnética que la atraía diariamente. MaMa podía ser muy severa pero raras veces regañaba a Muñeca por jugar con su ropa o bien organizar partidas de té sobre la gran mesa del tocador para el grupo de imaginarios amigos que Muñeca se había inventado, con objeto de que llenaran sus solitarias horas.

Su madre, por otra parte, molesta tal vez por el creciente apego de la niña a la abuela y por su creciente desapego hacia ella, se convirtió en una especie de exigente capataz, insistiendo en que Muñeca aprendiera a coser y pintar perfectamente a la edad de seis años, para lo cual se servía de un látigo de montar que siempre tenía al alcance de la mano. Una puntada errónea o una línea mal trazada eran causa de un fuerte latigazo sobre las rodillas de Muñeca. Su madre cuidaba, sin embargo, de no utilizar jamás el látigo en presencia de la abuela, convencida de que ésta intercedería en favor de Muñeca. Para cubrir las ronchas causadas por el látigo, Muñeca se veía obligada a llevar largas faldas y calcetines de hilo que le llegaban más arriba de las rodillas.

«Mi madre era una excelente nadadora y amazona —recuerda Candy—. Le gustaba el aire libre y yo aprendí de ella a quererlo también. Practicaba además, el deporte de la vela y jugaba al tenis. Yo jamás jugué al tenis, pero a los tres años ya sabía nadar y a los cinco ya montaba a caballo.»

El verano y el aire libre le permitían a Candy escapar de la opresiva atmósfera de la enorme y vetusta casa y de la inflexible disciplina de su madre. Con su perro y su gato, Muñeca solía pasarse el día entero fuera. Le gustaba pescar o simplemente permanecer sentada a la orilla del lago Nuangola soñando acerca de cómo sería su vida algún día. Permanecía fuera hasta que anochecía o bien hasta que su madre la llamaba. Al terminar el verano, una profunda tristeza se apoderaba de ella porque sabía que se avecinaban un otoño y un invierno en casa con el único consuelo de la presencia de Ma-Ma, la cual disipaba en parte su aburrimiento y amortiguaba los nerviosos estallidos de su madre.

Durante el período escolar, Muñeca tenía que regresar directamente a casa para hacer todos sus deberes. Una vez terminados éstos, tenía que realizar sus demás tareas. Después se vestía para la cena, que siempre se servía a las cinco y, en el transcurso de la comida sólo hablaba cuando se dirigían a ella. A las seis tenía que acostarse. Sólo cuando cumplió los doce años se le permitió acostarse a las siete.

«Mí madre no quería que llevara a casa a ningún compañero del colegio porque temía que le desordenáramos la casa. Eso le ponía muy nerviosa.»

La única compañera de juegos de Muñeca en el transcurso de los meses invernales era una niña negra, hija de la mujer de la limpieza, a quien ésta llamaba cariñosamente Copo de Nieve. Se les permitía jugar juntas durante breves períodos que no abundaban demasiado, puesto que Copo de Nieve sólo acudía a la casa en muy contadas ocasiones. En verano, podía jugar con otros niños, sobre todo cuando Muñeca y su madre se acercaban al lago Nuangola. Pero en invierno sólo podía gozar de sus encuentros ocasionales con Copo de Nieve. Y, como es lógico, estaba también el enorme tocador de Ma-Ma con sus tres espejos en los que Muñeca podía ver a sus imaginarios amigos cuando se reunían con ella a tomar el té.

«A Ma-Ma le encantaba que organizara meriendas en su tocador —dice Candy—, siempre y cuando no me calzara sus chinelas. Se traía chinelas nuevas de París y a mí me encantaba ponérmelas cuando organizaba mis reuniones imaginarias. A mi madre no le gustaba que soñara despierta de aquella manera y se ponía furiosa cada vez que me sorprendía haciéndolo.»

Su madre solía sorprender a Muñeca haciendo cosas que no eran de su agrado y en tales ocasiones, cuando su madre no tenía el látigo de cuero a mano o bien cuando la protectora presencia de Ma-Ma se encontraba cerca, Muñeca era castigada a menudo a permanecer encerrada en un pequeño dormitorio del tercer piso. Cuando este castigo ocurría de día no resultaba tan traumático como cuando ocurría de noche, puesto que su madre solía quitar todas las bombillas de la estancia antes de encerrar en ella a Muñeca. Permanecía sentada en la oscuridad durante horas, a veces en silencio y a veces llorando y suplicándole a su madre que abriera la puerta. Ma-Ma solía perder la paciencia ante esta forma de castigo y solía

abrirle la puerta a Muñeca a pesar de las vehementes protestas de Jessie.

Todo ello acabó convirtiéndose en un juego de tira y afloja entre la madre y la abuela, cuyo objetivo era Muñeca. Muñeca se enfrentaba con cada día en la esperanza de que Ma-Ma se quedara en casa y su madre se fuera. Las ausencias de Jessie eran, sin embargo, muy poco frecuentes. No era una persona muy sociable y prefería quedarse en casa a coser. Era especialmente aficionada a coser vestidos de muñeca y a menudo solía reprender a Muñeca precisamente por su indiferencia a las muñecas. Pertenecía a la iglesia local y jugaba a las cartas una noche a la semana... Una noche que, sin que ella lo supiera, resultaba muy estimada para su hija.

«Mi abuela era Catalina la Grande, Katharine Hepburn y Tom Mix (seguía montando a caballo a los sesenta y tantos años) todo en una pieza —afirma Candy—. Solía permanecer de pie lo que a mí se me antojaban horas contemplándola cepillarse su largo cabello castaño y después me iba a mi habitación y hacía lo mismo imaginándome que era ella. La quería mucho y la reverenciaba. Era una mujer impresionante, pero podía cambiar de actitud y hacer toda clase de suertes maravillosas, para horror de mi madre.»

Una de las «suertes» que más le gustaban a Ma-Ma consistía en arrojar un plato a través de una de las ventanas del comedor para ver si podía lanzarlo al otro lado de la calzada cochera sin que se rompiera.

«Vamos a abrir la ventana e invitar a entrar al sol», le decía Ma-Ma a Muñeca sonriendo al percatarse de que la niña ya sabía lo que iba a ocurrir.

Allá iba el plato, un Frisbee de porcelana brillando al sol y volando por encima de la calzada hasta aterrizar sin romperse sobre la suave hierba del otro lado.

—Yo también, Ma-Ma —decía Muñeca riéndose y yendo por un plato. Pero su madre era más rápida. Se dirigía hacia la ventana, la cerraba de golpe y corría las cortinas: —¿Qué van a pensar los vecinos? —preguntaba enojada.

—No van a pensar nada porque no piensan —contestaba Ma-Ma—. No van a hacerlo porque no pueden.

Se trataba de un habitual intercambio entre la madre y la abuela

de Muñeca, tras el cual la madre solía marcharse enfurecida. Una vez que su madre había abandonado la estancia, Muñeca y Ma-Ma se miraban la una a la otra y se echaban a reír.

«Todo era distinto cuando estaba con Ma-Ma —recuerda Candy—. Cuando ella se encontraba en casa siempre había afecto y risas. Cuando estaba ausente, sólo quedaban la cólera y los estallidos nerviosos de mi madre. Una de sus peores amenazas consistía en decirme que me mandaría al orfelinato.»

El orfelinato se encontraba en la Calle Franklin Sur, al otro lado de la avenida en la que Ma-Ma poseía una casa. Se trataba de un edificio de ladrillo rojo de tres plantas, rodeado por una valla de hierro de tres metros.

Un día, la madre de Candy quiso llevar al orfelinato unos dulces de chocolate así como algunas prendas de vestir que a Candy se le habían quedado chicas. Lo hacía tres o cuatro veces al año, pero aquel día insistió en que Candy la acompañara. Candy tenía seis años por aquel entonces.

—¿Por qué tengo que ir? —le preguntó Candy a su madre.

—Para que te hagas una idea de cómo es aquello en caso de que tenga que llevarte —repuso su madre.

Candy se asustó un poco. Al preguntarle su madre si se había despedido de su perro Sandy y de su gato Tommy, la niña fue presa del pánico. Corrió al piso de arriba, buscó al gato y lo acunó entre sus brazos sentada en el suelo de su dormitorio: —Jesús me quiere, eso lo sé... porque lo dice la Biblia —gimoteó abrazando a Tommy mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Baja! —le gritó su madre desde el pie de la escalera.

Candy volvió a colocar al gato en la sombrerera de su armario y se reunió con su madre en el vestíbulo. Tomaron un autobús para dirigirse al orfelinato, tocaron el timbre de la verja y fueron escoltadas hasta el interior del edificio por la directora, una gorda y grasicnta mujer con unas líneas rectas de lápiz por cejas. La madre de Candy siguió a la directora hasta su despacho, dejándola a ella en un espacioso refectorio. Una niña de diez años entró con un cubo y una bayeta para fregar el suelo y miró nerviosamente a Candy mientras cumplía su cometido.

Al cabo de un rato, Candy se acercó a las grandes ventanas que

daban al patio de atrás en el que unos niños estaban jugando. Una niñita estaba llorando porque había sido alcanzada por la «pelota», un calcetín viejo con una naranja dentro. Candy estuvo observando la escena hasta que la niña del cubo y la bayeta le preguntó suavemente:

—¿Eres nueva aquí?

—No —repuso Candy evitando sus ojos.

Momentos más tarde, su madre y la directora entraron en el refectorio.

—Ya es hora de irnos —dijo su madre.

Candy se echó a llorar y abrazó las piernas enfundadas en medias de seda de su madre.

—Te prometo que seré buena —dijo Candy.

—Perdone este espectáculo —le dijo su madre a la directora—. Es una niña muy nerviosa. Se parece mucho a mí.

Abandonaron el orfelinato con el áspero olor del amoníaco del cubo de fregar grabado en la nariz y en la mente de Candy.

«Perder a mi abuela fue la peor desgracia que hubiera podido ocurrirme —dice Candy recordando los días que precedieron a la muerte de Ma-Ma—. Sabía que iba a morir y penetré subrepticamente en su dormitorio, sentándome al lado de su cama. Había estado muy enferma y, al verla tan grave, me eché a llorar.

»—Las lágrimas son muy buenas para limpiar las pestañas pegadas —dijo Ma-Ma, tomando la mano de la niña—. Además, yo siempre estaré cerca de ti, Muñeca. Cuidaré de ti de la misma manera que un día tú cuidarás de aquellos a los que ames.»

Más tarde, en la inminencia de su muerte, Ma-Ma le dijo a su nieta que se encontraba junto a su cama: —Cuida de tu madre. Necesita ayuda, amor y cariño.

Muñeca cepilló el cabello de Ma-Ma, que aguardaba la visita del médico y, cuando éste llegó, la niña esperó fuera junto a la puerta del dormitorio.

—¿Cómo está Ma-Ma? —le preguntó Muñeca al médico al abandonar éste el dormitorio.

—Muy bien —contestó el médico—. Tu abuela se va a reponer muy pronto.

Seis meses más tarde, a la edad de sesenta y cinco años, Ma-Ma sucumbió de cáncer. Muñeca contaba once años.

A finales del verano de 1936, Jessie Wilcox hizo las maletas y regresó con su hija a Atlantic City donde Muñeca, ahora demasiado crecida para que la siguieran llamando así, se matriculó en la escuela superior.

«Sólo medía un metro cincuenta cuando nos trasladamos a vivir a Atlantic City —dice Candy—, pero crecí veinte centímetros durante mis cuatro años de estudios secundarios. Mi madre dijo que era el aire y tal vez fuera cierto. El aire de Wilkes-Barre estaba muy contaminado por culpa de las minas de carbón y mucha gente padecía tuberculosis. Yo tuve la difteria de niña. Atlantic City era un hermoso lugar para crecer.»

A los dieciséis años, Candy, llamada Jessica en la escuela, decidió cursar estudios universitarios. «Quería ser médico como mi abuela.» Pero su madre se negó a gastarse el dinero en semejante frivolidad. Sin decírselo a su madre, Candy le escribió una carta a su padre J. Gordon Wilcox, que había dejado la industria del automóvil y trabajaba por aquel entonces en el departamento de ventas y publicidad de la Paramount Pictures, en Chicago. Le habló de sus planes de cursar estudios universitarios y le pidió dinero. Dos semanas más tarde, recibió un paquete desde Chicago. En su interior había un giro por valor de doscientos dólares y una muñeca de gran tamaño. La muñeca, le decía su padre en la nota adjunta, era el regalo para su décimo sexto aniversario.

«Yo sabía que incluso en 1941 doscientos dólares no me iban a permitir estudiar en la universidad —dice Candy—. Mi madre cobró la cantidad y la utilizó para pagar algunas facturas y yo cambié de idea y traté de decidir qué iba a hacer una vez que terminara mis estudios secundarios. Mi madre se mostraba inflexible en su deseo de que cursara estudios de secretariado, a pesar de que también había pensado en la posibilidad de que estudiara para enfermera. No llegué a hacer ninguna de las dos cosas porque di un paso que supongo determinante en relación con mi incorporación a la carrera de modelo. Aquel año participé en el concurso de Miss Atlantic City en representación de las Girl Scouts.»

A pesar de que no participaba en el concurso de Miss América que cada año se celebraba en aquella ciudad, Miss Atlantic City actuaba de anfitriona oficial en dicho concurso de belleza y era

objeto de considerable publicidad durante la semana que duraba el concurso. A sus dieciséis años, Candy se sentía emocionada. Su madre no lo estaba en absoluto. Sentada en silencio en el Hotel Traymore, observó cómo las participantes en el concurso de Miss América desfilaban por el espacioso salón de baile, acompañadas por su hija, Miss Atlantic City, frente a personajes tales como el gobernador de Nueva Jersey, el alcalde de Atlantic City, los presentadores de las distintas cadenas de radio, Jimmy Dorsey y su orquesta, junto a la que actuaban los cantantes Bob Eberle y Helen O'Connell, el zar de la moda John Robert Powers, la ilustradora de la Twentieth Century Fox, Vivian Donner, y el cantante de ópera Conrad Thibault. Miles de personas abarrotaban el salón de baile admirando a Candy, que se esforzaba por caminar lo más elegantemente posible con los escaupines de cristal, varios números demasiado pequeños, que había colocado en sus pies un «príncipe encantador» oficial. La voz de trueno del anunciador de la Pasarela de Acero retumbaba por el salón mientras Candy trataba de distinguir la mirada y, a ser posible, la sonrisa de su madre. Pero su madre permanecía sentada con aire impasible mirando fijamente hacia adelante mientras la emoción del momento, la música, la voz del entusiasta anunciador, los aplausos y las sonrisas de los miles de espectadores presentes en el salón iban progresivamente en aumento, dejando aturdida a la muchacha.

Al terminar el gran desfile, Candy fue acosada por los periodistas que deseaban entrevistarla. Un reportero de la Atlantic City Press Union le preguntó, anhelante, si su insólita manera de andar se debía a algún ataque de poliomielitis infantil. El experto en relaciones públicas de la Oficina de Prensa de Atlantic City intervino en un intento de establecer cierto orden en las entrevistas a que se deseaba someter a la soberana reinante de su ciudad. Candy miró por encima de las cabezas de los reporteros, buscando a su madre, y vio que esta abandonaba el salón de baile. Candy se abrió paso entre los periodistas y la muchedumbre de espectadores hasta llegar a la puerta y, finalmente, al vestíbulo en el que alcanzó a su madre a punto de abandonar el hotel.

—¿A dónde vas? —le preguntó Candy tras darle alcance.

—Esto es el principio del final, Jessica —le dijo su madre en

tono decidido—. Es el comienzo de tu caída. Buenas noches y adiós.

Tras la marcha de su madre, Candy siguió desempeñando su papel de anfitriona en el concurso de Miss América. Fue entrevistada por los representantes de todos los medios de difusión, incluidas las cadenas radiofónicas de costa a costa. A las tres de la madrugada fue acompañada a casa por su carabina oficial. Su madre estaba despierta.

—Cuelga el vestido, porque es posible que quieras ponértelo alguna otra vez —le dijo ésta a su hija—. Y arréglate el cabello.

—Buenas noches, madre —dijo Candy.

Su madre no contestó.

«Jamás me había sentido tan mal desde que cumplí los once años —dice Candy, recordando aquella noche y aquella madrugada de Atlantic City—. Todo era limpio, puro e inocente, pero mi madre me hacía sentir sucia.»

El undécimo cumpleaños a que Candy se refería se había celebrado en Wilkes-Barre. Aquel año cayó en sábado, lo cual significaba que tendría que realizar algunos trabajos adicionales, dado que Pearl no trabajaba los fines de semana y Candy tenía que suplirla. La mañana de su cumpleaños bajó por la escalera de la parte de atrás y empezó a quitar el polvo del comedor, el salón y los pasillos. Sabía que iban a celebrar su cumpleaños, porque había visto un paquete envuelto en el comedor.

Su madre bajó a las diez, se fue directamente a la cocina y llamó a su hija.

—Toma —dijo su madre entregándole un cepillo, un cubo y una pastilla de jabón de nafta—. Eres lo suficientemente mayor como para limpiar el suelo de la cocina. Quiero que lo dejes impecable.

Candy se arrodilló y empezó a fregar el suelo, que era tan espacioso como una pista de patinaje. Estaba sucio de ceniza y hollín y tardó casi dos horas en dejarlo limpio. Una vez terminado el trabajo, llamó a su madre para que lo inspeccionara.

—Me parece bien —dijo su madre regresando rápidamente al salón, donde había estado confeccionando una lista de compras. Diez minutos más tarde, Candy fue llamada al comedor. Su madre había puesto la mesa para el desayuno; el paquete del regalo de Candy se encontraba situado junto a su plato con un gran sobre de color gris.

Se sentaron a la mesa y su madre tomó el sobre, entregándoselo al tiempo que le decía:

—Bueno, aquí tienes tu primer regalo del día.

Candy miró el sobre. Lo habían enviado desde Nueva York e iba dirigido a su madre en Wilkes-Barre. Candy abrió el sobre y extrajo del mismo el libro de cubiertas duras que había en su interior. Se trataba de un manual para adolescentes acerca de la sexualidad y el embarazo.

—Es para ti —le dijo su madre—. Vete a tu cuarto y léelo. ¡Si alguna vez tienes un niño, te mataré!

Candy se quedó en su habitación hasta primeras horas de la tarde leyendo el libro que le habían regalado. No deseaba leerlo por lo que representaba: una amenaza de su madre. Pero no se atrevía a no leerlo por temor a que su madre pudiera dirigirle alguna pregunta acerca de su contenido.

Después del almuerzo, Candy fue autorizada a abrir los paquetes que contenían sus demás regalos. Le regalaron un pijama y dos libros de Nancy Drew. El pastel de cumpleaños era de nueces con una espesa capa de crema.

Aquella noche le permitieron escuchar la radio hasta las nueve, pero ella le rogó a su madre que la dejara permanecer despierta hasta el comienzo del Año Nuevo. Su madre accedió a regañadientes a despertarla pocos minutos antes de medianoche. Cumplió la promesa diciéndole a su hija: «Tu cumpleaños está a punto de terminar, Jessica». Candy se levantó de la cama y se acercó a la ventana que daba a la calle. Las demás casas aparecían brillantemente iluminadas mientras los festejantes aguardaban el silbido de la sirena de la mina que anunciaría la medianoche. La sirena se utilizaba para indicar los cambios de turno en las minas, pero no había ningún turno de medianoche la víspera de Año Nuevo.

Candy había confeccionado unos confetis con papel de envolver amarillo y anaranjado y sacó del armario la bolsa de papel marrón en el que los había guardado. Abrió la ventana y contempló el inclinado y negro tejado del porche cubierto de nieve y los gigantescos arcos y olmos que dominaban el jardín frontal cuyas ramas arrojaban sombras sobre la nieve del suelo.

Sonó la sirena y Candy se asomó a la ventana arrojando los confetis y golpeando conjuntamente dos sartenes de la cocina que se

había llevado a su habitación después de cenar. Se abrió la puerta de la casa de unos vecinos y salieron varias personas.

—¡Feliz Año Nuevo! —les gritó Candy golpeando las sartenes. Ellos levantaron la mirada, la vieron y le devolvieron el saludo. El gato Tommy pasó junto a ella y saltó al tejado. Candy lo observó mientras pisaba la nieve y humeaba los confetis de colores que se habían pegado al hielo.

—Tommy vuelve a entrar —le dijo ella—. Te vas a caer.

Hizo ruidos para llamarlo y el gato regresó junto a la ventana y saltó al interior de la habitación. Candy cerró la ventana y se metió bajo las mantas de su cama. El gato se reunió con ella. Candy pronunció sus oraciones que, como de costumbre, eran muy largas e incluían deseos de paz y amor para todas las personas pobres y tristes y para todos los animales de cuatro patas.

Sus oraciones, además, terminaban *siempre* con esta frase: «Y, por favor, Dios mío, haz que mañana sea una niña buena para que mamá no se ponga tan nerviosa conmigo.»

La primera cinta

El matrimonio entre Candy Jones y Long John Nebel se deslizó sin contratiempos a lo largo de los primeros cinco meses de 1973. El programa nocturno de Nebel en la WMCA prosperó hasta convertirse en el primero de los programas nocturnos de Nueva York. Lo cual no constituyó ninguna sorpresa para nadie, teniendo en cuenta el éxito previamente alcanzado por John en las emisoras WOR y WNBC. Se observaba, sin embargo, una diferencia en la forma en la que él consideraba su éxito en la nueva emisora. En la WNBC Nebel se había empezado a enemistar con la dirección, especialmente tras la incorporación de un nuevo equipo directivo destinado a elevar la deficiente calidad de algunos programas. Los nuevos jefes deseaban captar el mercado de la música rock y empezaron a presionar a Nebel con el fin de que éste modificara su programa de tal forma que se consiguiera atraer al público adicto a este tipo de música. Nebel se resistió a hacerlo y

ello condujo a su partida de WNBC.

El estilo de John Nebel siempre había sido muy libre. Puesto que disponía cada noche de un período de seis horas, a Nebel le gustaba utilizar el estilo espontáneo y casual al que sus numerosos oyentes habían respondido

favorablemente a lo largo de los años. Lo cual no quiere decir que sus programas resultaran lentos y aburridos. Muy al contrario, el típico programa Nebel constituía una experiencia eléctrica y chispeante. Su habilidad en descubrir los puntos débiles de los invitados a sus programas ya se había convertido en una característica legendaria.

En las escuelas radiofónicas de todo el país se pasaban cintas de los programas de Nebel como parte de los estudios de los aspirantes a locutores. Era el maestro indiscutible de la entrevista polémica, a pesar de que él consideraba como el mejor entrevistador radiofónico a Barry Gray, el hombre cuyo programa había sido el origen del suyo en la WMCA.

Los invitados de Nebel representaban una muy variada gama de temas y participaban en el programa sabedores del riesgo que corrían. Nebel era capaz de descubrir la falsa fachada de un personaje antes incluso de empezar a interrogarle, y no era nada insólito que un invitado abandonara los estudios presa de la cólera a causa de lo que, en su opinión, había sido un tratamiento áspero e injusto por parte del presentador del programa. A veces, el tratamiento *era* efectivamente injusto, si bien, desde el punto de vista de Nebel, cualquier cosa que contribuyera al buen éxito del programa estaba justificada. Algunas veces el productor de Nebel se acercaba a un invitado que aguardaba en la sala de espera firmando documentos de cesión de derechos y le preguntaba con aire indiferente si había algún punto de discusión que deseara evitar. Un micrófono oculto le transmitía la respuesta a Nebel, que escuchaba desde otra estancia. En cuanto se encendía la luz roja del estudio, el invitado podía dar por seguro que aquel tema de discusión prohibido sería la base de la primera pregunta de Nebel.

A lo largo de toda su carrera John Nebel había suscitado controversias. Era aborrecido por muchos oyentes a quienes molestaba su perversa y discordante forma de tratar a ciertos invitados, con los que ellos se identificaban, y a menudo protestaban de este trato llamando por teléfono al programa en los momentos dedicados a recibir llamadas exteriores. A pesar de lo cual, seguían escuchando como un fiel rebaño para el que la voz de Nebel había pasado a formar parte integrante de sus familias. Nebel sabía que su

público era muy adicto, razón por la cual prefirió estructurar su acuerdo con la WMCA siguiendo el modelo de Barry Gray: ningún sueldo, pero el 50 por ciento de todos los ingresos publicitarios que se obtuvieran a través del programa.

Ai cabo de algunos meses, Nebel ya ganaba más dinero del que jamás hubiera ganado en la WNBC o en la WOR y eso que su sueldo en la WNBC era superior a los 100.000 dólares anuales. Los patrocinadores tenían que ser rechazados por falta de tiempo. En conjunto, la base económica de John Nebel resultaba una situación sólida y satisfactoria para un hombre que en su juventud se había conformado con ganar un dólar o dos por las calles de Nueva York vendiendo exprimidores de naranjas a la gente que conseguía congregarse a su alrededor.

La posición económica de Candy no era tan afortunada. Ella era, por confesión propia, una mala mujer de negocios. Sus escuelas de maniqués, respetadas instituciones en el sector de la moda, no eran rentables. Nebel le aconsejó que clausurara las escuelas y se uniera a él en el programa. Candy accedió y entonces los abogados y contables de Nebel iniciaron el largo proceso de reducción de sus actividades empresariales.

Los cambios de humor de Candy, que tanto habían inquietado a John, seguían produciéndose, si bien jamás con la suficiente regularidad o intensidad como para provocar desavenencias entre ellos. Ambos estaban sumamente ocupados y apenas veían a sus antiguos amigos. Según Nebel, la única inquietud real de sus vidas en aquellos momentos era el resultado del creciente insomnio de Candy.

dy. Esta no lograba conciliar el sueño a pesar de lo mucho que le hacía falta. Trabajaba en doble turno: los días los dedicaba a la miríada de problemas de sus negocios y sus noches formaban parte de la vida de su esposo. Se sentía agotada, pero sus intentos de dormir se traducían simplemente en unos superficiales y agitados sueños muy ligeros, independientemente de la hora que fuera.

El domingo por la mañana, 3 de junio de 1973, regresaron a su apartamento una vez terminada su labor en la WMCA. Candy llevaba presentando el programa conjuntamente con su marido desde el mes de mayo y estaba todavía ocupada en la reducción progresiva de sus propias actividades empresariales. Aquella mañana trató de dormir pero, según Nebel, se limitó a dar vueltas en la cama matrimonial de la pequeña alcoba. Tenía el rostro chupado y las ojeras que le rodeaban los ojos conferían a éstos una apariencia hundida. Se incorporó en la cama al borde de las lágrimas y le habló a su marido de los efectos que el cansancio estaba ejerciendo en ella. Nebel se ofreció para ayudarla.

—¿Cómo? —preguntó Candy.

—Te hipnotizaré.

—A mí no me pueden hipnotizar, John —dijo ella, soltando una risa forzada.

—Bueno, pues déjame probar a mí. Jamás lo he hecho, pero creo que sabré hacerlo. Será simplemente cuestión de relajarte, como en la meditación.

A pesar de que jamás había tratado de provocar el estado hipnótico en ninguna persona, Nebel confiaba en poder hacerlo gracias a sus extensas lecturas acerca del tema. Le preocupaba, sin embargo, la puesta en práctica de la teoría. Sabía, como es lógico, que los médicos amigos suyos que practicaban la hipnosis fruncían el ceño ante las personas que se entremetían en la ciencia sin disponer de sólidos conocimientos médicos. Sabía también, no obstante, que, a no ser que un hipnotizador utilizara deliberadamente el estado hipnótico para «obrar el mal», tal como su amigo el doctor Herbert Spiegel, psiquiatra y profesor adjunto del College of Physicians and Surgeons de la Universidad de Columbia prefiere decir, pocos perjuicios podían derivarse para el sujeto.

La situación del momento era indudablemente propicia para la

inducción del estado hipnótico. Candy era, y sigue siendo, una persona altamente sugestionable, y buena parte de sus fracasos empresariales cabe atribuirlos precisamente a este rasgo de su personalidad. Confiaba grandemente en su marido, requisito éste extraordinariamente útil para cualquier persona que practique la hipnosis. Lo más importante, sin embargo, era que Nebel no pretendía servirse del estado hipnótico para manipularla. Sólo pretendía provocar la relajación, una de las finalidades más habituales de la hipnosis, y especialmente de la autohipnosis, y emplear posteriormente una técnica de inducción llamada «relajación progresiva». Existen tantas técnicas de inducción como hipnotizadores (la comunidad científica prefiere llamar a los hipnotizadores «operadores», pero a lo largo de este libro se utilizará el término «hipnotizador»). La relajación progresiva en la cual el hipnotizador *sugiere* que cada una de las partes del cuerpo pase al estado de relajación constituye el método preferido de los profanos que dirigen clínicas especializadas en combatir el vicio del tabaco y el peso excesivo. Los médicos raras veces lo utilizan, a causa del tiempo que se tarda en provocar el estado hipnótico. Otros métodos, que serán explicados en distintas fases de este libro, son más rápidos y, en general, más eficaces.

El único objetivo de Nebel, sin embargo, era el de relajar a su esposa con el fin de ayudarla a conciliar el sueño. A pesar de que la primera sesión con Candy y las dos que siguieron poco después no fueron grabadas, Nebel repitió para mí el proceso de inducción a finales de 1974 y yo lo grabé. En el transcurso de la primera sesión, ambos se hallaban acostados. Todas las luces del dormitorio estaban apagadas, porque John temía que la luz inhibiera el proceso de inducción hipnótica. No ocurre tal cosa, razón por la cual la mayor parte de las sesiones siguientes se verifican con una lámpara encendida por lo menos. El texto que sigue es una transcripción literal de la inducción hipnótica a cargo de John Nebel. Mis comentarios figuran entre paréntesis.

«...Quiero que cierres los ojos y quiero que pienses en tu frente y quiero que relajes la frente... Vas a sumirte en un profundo y

reparador sueño natural ... [Apoya suavemente las yemas de los dedos sobre la frente de Candy y después sobre sus párpados. El tacto puede utilizarse para centrar la atención en aquellas partes del cuerpo que se desea relajar.] Quiero que relajes los músculos que rodean la boca [Apoya las yemas de los dedos sobre su boca.] ... y ahora quiero que relajes los pómulos. [Sólo es necesario tocar las zonas del cuerpo iniciales. Ya no se siguió utilizando el tacto.] Y ahora el cuello ... Quiero que relajes los músculos del cuello y después el hombro derecho ... La sensación de relajación está descendiendo hasta tu codo y tu muñeca y las puntas de los dedos ... Y ahora vamos a hacer lo mismo con el brazo izquierdo ... Relajado ... una profunda y agradable relajación. ... Más profunda y profunda ... Vas a sumirte en un profundo, profundo y reparador sueño natural ... más profundo y profundo ... Y ahora quiero que relajes el abdomen y las caderas ... Relajadas, relajadas ... [Nebel comentó que Candy se había revuelto en la cama para sentir más relajadas las zonas abdominal y pélvica.] Y ahora las piernas, hasta los pies y los dedos de los pies; cada dedo se va relajando progresivamente [La voz de Nebel resulta tranquila y natural, sin ninguna inflexión.] ... Y ahora todo tu cuerpo está completamente relajado y quiero que pienses que estás flotando en una vaporosa y blanca nube de un día estival ... Un cielo magníficamente azul ... El sol te ilumina el cuerpo ... Estás descansando ... Más profundo y profundo ... Más soñolienta y soñolienta y soñolienta [Estas palabras se dijeron muy despacio y con deliberación.] ... Un sueño natural y profundo, profundo, relajador ... Y ahora voy a levantarte el brazo izquierdo. [Nebel había observado que la respiración de Candy era lenta y regular, señal de que había entrado en estado hipnótico. Sabía, por lo menos, que había alcanzado el estado de relajación. Pero deseaba cerciorarse y decidió comprobar si el estado hipnótico era lo suficientemente profundo como para permitirle provocar la catalepsia de los miembros, lo cual consiste, por ejemplo, en que el hipnotista le sugiera al sujeto que tiene el brazo rígido y no puede moverlo sin permiso del hipnotizador. Si se ha conseguido inducir el estado hipnótico, el sujeto debiera aceptar esta sugerencia. Nebel rodeó con los dedos la muñeca del brazo izquierdo de Candy y le levantó el brazo.] ... Ahora que te he levan-

tado el brazo, observas que se te está quedando rígido y que desea permanecer en esta posición elevada ... No puedes bajarlo. Te resulta imposible bajar el brazo ... Está rígido y permanecerá en esta posición ... Voy a empezar a contar hacia atrás, de tres a uno y, cuando llegue a uno, te resultará imposible bajar el brazo. Tres: Te estás sumiendo en un sueño natural profundo, profundo y relajado ... profundo y profundo ... Dos: El brazo se te está quedando cada vez más rígido ... Más profundo y profundo ... Uno: Baja el brazo. [Nebel advirtió que los músculos del brazo de Candy se tensaban en un intento de ésta por bajarlo. Pero Candy no lo consiguió.] Ahora voy a permitirte que bajes el brazo ... Es más, el brazo lo tienes ahora tan relajado que no lo puedes levantar. Relajado ... relajación profunda, profunda ... No puedes levantar el brazo. [El brazo de Candy bajó, Nebel lo levantó pero el brazo siguió cayendo sobre la cama cada vez que lo levantaba.] Y ahora has alcanzado un estado de profundo y reparador sueño natural ... Estás profundamente dormida; y, cuando despiertes, tu cuerpo estará enteramente relajado ... sin tensión ... sin problemas ... Un simple sueño natural, profundo y reparador ... Tu cuerpo flota sobre una blanca nube en el cielo azul; el calor del sol te envuelve ... más profundo y profundo ... y, cuando despiertes, te sentirás vigorizada, relajada y rejuvenecida.» [Nebel la dejó sumida en su estado hipnótico, desde el que posteriormente Candy pasó al sueño natural.]»

El primer intento de hipnosis por parte de John Nebel constituyó un éxito absoluto que lo llenó de satisfacción. Había conseguido ayudar a Candy a disfrutar de su primera noche entera de sueño desde hacía varios meses, y había demostrado que era capaz de inducir el estado hipnótico. No se le ocurrió pensar en el hecho de que, a pesar de la afirmación de Candy de que no podía ser hipnotizada, había resultado un buen sujeto. Los cálculos a este respecto son variables, pero se considera que aproximadamente un setenta por ciento de la población es capaz de entrar en estado hipnótico con distintos grados de profundidad.

La simple inducción del relajado sueño natural, que es lo que llevó a cabo Nebel en su experimento con Candy, es una de las

experiencias en las que el sujeto hipnótico no debe temer lo que pueda ocurrirle en caso de que el hipnotizador desaparezca o muera tras haberle inducido el estado hipnótico, posibilidad que suele constituir uno de los temores más comunes de los sujetos neófitos. En casi todos los casos, el sujeto pasa simplemente del estado hipnótico al sueño natural, y despertaría al cabo de un número normal de horas... sorprendiéndose tal vez de ver al hipnotizador muerto a sus pies, pero sin haber sufrido el menor daño como consecuencia del experimento hipnótico.

¿Fue prudente John Nebel al hipnotizar a Candy? Este no poseía una preparación adecuada en relación con la hipnosis o, lo que es más importante, con la psicología y la psiquiatría. Su intención no era, como es lógico, la de sumergirse en aguas tan profundas. Su finalidad inicial había sido únicamente la de suscitar un estado de relajación general en la esperanza de que ello permitiera a Candy conciliar el sueño.

Sin embargo, este bienintencionado uso de la hipnosis por parte de John Nebel muy pronto acabaría convirtiéndose en una situación mucho más profunda y peligrosa. Candy empezó a retroceder espontáneamente en el tiempo en el transcurso de las subsiguientes sesiones. Este impresionante fenómeno de la hipnosis, que sólo puede darse en sujetos de elevada capacidad hipnótica, es mejor dejarlo en manos de los profesionales. Lo cual no significa que un profano como John Nebel no sea capaz de suscitar una regresión en un buen sujeto. Para ser más exacto, diremos que es el sujeto quien fomenta la regresión a épocas y lugares del pasado no siendo a menudo el hipnotizador profano más que un interesado espectador de lo que «hace» el sujeto. Así ocurrió en el caso de las regresiones temporales experimentadas por Candy y grabadas por John a lo largo de los muchos meses que duró esta aventura hipnótica.

En un ambiente científico en el que el médico utiliza la regresión temporal como parte de la estrategia de un tratamiento, se registra un planteamiento mucho más estructurado en el cual el médico, por regla general un psiquiatra, aplica unas técnicas y principios muy específicos encaminados a encauzar la regresión del paciente en un intento de llegar hasta los recuerdos reprimidos, considerados de vital importancia por el psiquiatra.

Le pregunté al doctor Herbert Spiegel, uno de los más destacados expertos de nuestro país en hipnosis y regresión temporal, autor del prefacio de este libro, si un profesional especializado en hipnosis, y más particularmente un psiquiatra, hubiera estado más capacitado para obtener de Candy la información que constituye el núcleo de esta obra.

«Probablemente —repuso Spiegel— hubiera preferido que tratara a Candy un profesional, alguien que hubiera estado al margen de la situación y que tal vez hubiera podido mostrarse más selectivo en el encauzamiento y dirección de las regresiones. En una exploración de carácter más estructurado y distanciado, es posible que el hipnotizador no hubiera facilitado inadvertidamente ciertas insinuaciones. Por otra parte, un profesional posee un repertorio mucho más amplio de acciones correctoras en caso de que el sujeto experimente una hiperreacción o estallido emocional inesperado. Éste es el principal motivo de que las personas altamente hipnotizables precisen protegerse de la intervención de los profanos.»

Spiegel se refirió también, sin embargo, a los factores tiempo y dinero que hubieran excluido prácticamente la utilización de un profesional a lo largo de los muchos meses de sesiones hipnóticas con Candy. Se dispone actualmente de más de 200 horas de cintas grabadas durante sus regresiones temporales. «Me imagino que podría considerarse algo así como una compensación —dice Spiegel—. Para obtener semejante abundancia de material fue necesario todo el profundo interés y la paciencia de John que estuvo junto a Candy noche y día, lo cual hubiera constituido una tarea imposible para un extraño.»

En el transcurso de la reciente fase previa a la publicación de este proyecto, el editor sugirió la conveniencia de que un psiquiatra imparcial intentara revisar parte del material grabado por John Nebel durante las regresiones de Candy. Se solicitó la opinión del doctor Spiegel acerca del valor potencial de semejante experimento.

«Hacerlo como es debido en esta fase, exigiría unas cantidades exorbitantes de tiempo y dinero —fue la respuesta de Spiegel—. Tendría que llevarse a cabo a lo largo de un prolongado período y no se sabe si resultaría o no fructífero. El hecho de realizar una

breve regresión de prueba con Candy no demostraría nada. Es probable que cualquier hipnotizador profesional obtuviera el mismo material, válido e inválido, que ya ha obtenido y grabado John.»

Existe, como es lógico, la cuestión de la licitud en relación con la continuada utilización de la hipnosis con Candy por parte de John, sobre todo cuando las sesiones empezaron a producir regresiones temporales.

«Permítanme explicarlo del siguiente modo —comenta el doctor Spiegel—. Si alguien realiza una apendicectomía sobre una mesa de cocina y la operación da resultado, no tiene más remedio que reconocerse que ésta ha dado resultado. A pesar de lo cual, dicha experiencia no debe convertirse en modelo de todas las apendicectomías. El hecho de que John Nebel pudiera recoger y grabar tanta información en el transcurso de las regresiones de Candy no constituye y no puede constituir un modelo para aventuras similares con otras personas.»

Los comentarios finales de Spiegel a propósito del valor de la intervención de un psiquiatra exterior reflejan, hasta cierto punto, su vasta experiencia en calidad de asesor de distintos organismos encargados de velar por el cumplimiento de la ley, entre ellos, el FBI. El doctor Spiegel estuvo recientemente en Ann Arbor, Michigan, donde hipnotizó a algunos de los enfermos supervivientes del Hospital de Veteranos de la Administración de Michigan en el que once pacientes habían fallecido como consecuencia de colapsos respiratorios. Se sospechaba que algún miembro del equipo del hospital había inyectado a los pacientes Pavulon, variante del curare, la mortífera toxina vegetal sudamericana. Spiegel hipnotizó a un paciente que, bajo estado hipnótico, recordó ciertos acontecimientos que habían ocurrido en la sala y que no habían sido recordados en el transcurso de anteriores interrogatorios en estado de vela. Basándose en esta información, el FBI pudo ampliar el alcance de sus investigaciones llegando posteriormente a la identificación de dos personas sospechosas, ambas enfermeras.¹

«Lo que ocurre —afirma Spiegel— es que la información

1 Según la información publicada en el *Time* del 22 de marzo de 1976.

obtenida a través de la utilización de la hipnosis no es, en sí misma, legalmente válida. De todos modos, sirve para ampliar ulteriormente las áreas potenciales en las que sea posible buscar una validez externa. En el caso del Hospital de Veteranos de la Administración de Michigan, ello facilitó al FBI una mayor cantidad de material con la que poder trabajar. La increíble cantidad de material grabado por John Nebel durante los estados hipnóticos de Candy debe considerarse bajo esta misma perspectiva. Las cintas contienen un extenso campo del que pueden extraerse muchos indicios con vistas a la prosecución de las investigaciones acerca de su pasado. Me complace muchísimo que dichas investigaciones estén teniendo lugar.»

Le pregunté al doctor Spiegel si le sorprendía que un profano como John Nebel hubiera podido obtener de Candy tal cantidad de material hallándose ésta bajo hipnosis.

«En absoluto —me contestó él—. La mayoría de los estados hipnóticos, sobre todo en las personas con la misma elevada capacidad hipnótica que Candy ha puesto de manifiesto, se producen espontáneamente. Los amantes caen en estado hipnótico pero la experiencia no se califica de este modo por la ausencia de un tercero que pueda aplicarle dicha etiqueta. Una de las mayores falsedades a propósito de la hipnosis es la afirmación según la cual el poder se halla en manos del hipnotizador. Ello no es cierto en absoluto. La capacidad hipnótica reside durante toda la vida en el sujeto. Candy pertenece probablemente a este cinco por ciento de la población en el que se registra una capacidad hipnótica extremadamente elevada. En realidad, cuando se tropieza con semejantes pacientes en situaciones terapéuticas, el problema no estriba en provocar el estado hipnótico sino en enseñar al paciente cómo evitar caer en estados hipnóticos espontáneos en el transcurso de su vida cotidiana.»

Nebel repitió la experiencia al día siguiente, al regresar ambos de la WMCA, y una vez más al cabo de unos días. En el transcurso de este tercer intento descubrió algo más que simple relajación progresiva. Durante esta tercera sesión, Candy empezó a hablar con

una voz muy extraña; no con la áspera y cortante voz de la «otra persona», que tanto había inquietado a Nebel en su noche de bodas y en otras ocasiones posteriores, sino con la de una niña. Se enzarzó en un diálogo imaginario con una persona a la que no nombró, y Nebel, actuando instintivamente, decidió interpretar el papel verbal de aquella persona.

La conversación duró sólo unos pocos minutos pero, cuando ésta hubo terminado y Candy ya se encontraba profundamente dormida, Nebel se dirigió al salón, encendió un cigarrillo y buscó uno de sus muchos libros sobre la hipnosis. Al llegar a un capítulo que se refería a la regresión infantil, empezó a leer. No sabía si lo que acababa de ocurrir en el dormitorio era significativo o no, pero sabía que su esposa había retrocedido por unos momentos en el tiempo. Sentía curiosidad y deseaba averiguar más cosas al respecto por si volviera a ocurrir.

Volvió a ocurrir. La siguiente regresión de Candy a su infancia tuvo efecto el 15 de junio de 1973. Para entonces, ya se había producido toda una serie de regresiones mucho más dramáticas y extrañas que habían inducido a Nebel a adquirirle a su amigo Irving Miller, de la Bryce

Audio, un magnetófono Sony TC-142. Nebel eligió este aparato porque, aparte de sus múltiples aplicaciones, era lo suficientemente pequeño como para poderse acoplar a la cabecera de la cama. Nebel empezó entonces a grabar algunas sesiones hipnóticas seleccionadas, una de las cuales fue precisamente la regresión infantil del día 15 de junio.

Ésta se registró aproximadamente hacia las ocho de la mañana. Habían terminado el programa y Candy le había pedido a John que la ayudara a relajarse. Todavía no creía que Nebel la estuviera hipnotizando y prefería atribuir sus recientes y satisfactorios intentos de conciliar el sueño al simple hecho de «sentirse relajada». Su reacción es muy corriente: muchas personas se someten a la hipnosis y más tarde se niegan a creer que han sido hipnotizadas. Estas personas suelen hacer prácticamente cualquier cosa que les ordene el hipnotizador y, tras ser despertadas, insisten en afirmar que lo que han hecho lo han llevado a cabo para complacerlo. Incluso en el caso de que sea cierto, ello revela exactamente lo que

es la hipnosis: un nivel de acrecentada concentración y sugestionabilidad. Su misterio no estriba más que en eso, y aquellos que esperen pruebas extrañas o tangibles de haber sido hipnotizados sufrirán siempre una decepción. Y seguirán «complaciendo al hipnotizador».

Aquel viernes por la mañana Nebel volvió a inducir en Candy un relajado estado hipnótico y, a los pocos momentos, ella empezó a hablar con la misma voz de niña pequeña que John ya había escuchado en la sesión anterior. Nebel extendió la mano, puso en marcha el magnetófono y acercó el micrófono a Candy, preguntándole:

—¿Dónde estás ahora?

—No sé a dónde ir —contestó ella.

—¿A dónde quieres ir hoy?

—A pescar.

—¿Dónde crees que vas a ir a pescar?

—Al pantano.

—¿Quién irá contigo?

—Tommy.

—¿Quién es Tommy?

—Tommy es mi gato —dijo, riéndose—. Hay que vigilarle porque se come los peces.

—¿Le gustan a Tommy los peces? —insistió Nebel.

—No demasiado —contestó ella, riéndose de nuevo.

—Lo que quiere es jugar con ellos.

—Tengo que ir a buscar gusanos... No los puedo traer a casa.

—¿Los consigues tú misma escarbando la tierra?

—Sí —murmuró en tono complacido—. Tengo algunos en el dormitorio.

—¿Y en qué sitio del dormitorio los tienes? —preguntó Nebel, riéndose con ella.

—Debajo de la cama —le contestó ella, muy satisfecha aún con su secreto.

Nebel le siguió la corriente, riéndose y hablando con ella en susurros. Cabe señalar que el diálogo de esta y de otras escenas

sacadas de distintas grabaciones de sesiones hipnóticas no se desarrolló con la fluidez que se desprende de la lectura. Se trataba de diálogos muy naturales y, como tales, puntuados por largas pausas, a veces como resultado natural de lo que se decía y a veces porque a Nebel se le hacía difícil proseguir la conversación o comprender quién era o dónde estaba en determinada situación:

—Ssssssss, no se lo digas (refiriéndose a su madre. Nebel promete no hacerlo. Le pregunta qué época del año es).

—Julio.

—Es un mes precioso.

(Candy se ríe como una niña y después, al cabo de una prolongada pausa, se queja de haberse golpeado contra el bote. Se trataba evidentemente de una canoa colocada boca abajo junto a la orilla, y ella se encontraba bajo la misma.)

—¿Rezas alguna vez? —le pregunta Nebel.

—Pues claro.

—¿Y atiende Dios tus oraciones?

—Jamás le he oído hablar.

—¿Por qué no pruebas a rezar una oración pidiéndole a Dios que te haga desaparecer el dolor que te produjo ese golpe en la cabeza?

(Candy, al cabo de un buen rato, en cuyo transcurso trata Nebel de conseguir que rece una oración, acepta.)

—Dios mío querido... ah... *(se ríe)*. Haz que desaparezca el dolor... ¡por favor!

Candy afirma después que su abuela Ma-Ma la libraré del dolor. Y le dice a John, cuya identidad se desconoce en esta sesión, que todo el mundo está durmiendo en la casa y que son las seis de la mañana. Comenta que tiene un terrier Airedale y John le dice que es la misma clase de perro que tiene la Huerfanita Annie. Ella se ríe. John le pregunta después que cómo va vestida:

—Con pantalones y descalza —contesta Candy.

—¿Cómo es tu blusa?

—De color rojo. Me la puse ayer.

Nebel le pregunta después qué quiere para su cumpleaños, pero ella se limita a reírse. Nebel le sugiere después que Dios ha atendido sus oraciones y que el dolor de cabeza le ha desaparecido. Ella se muestra de acuerdo a regañadientes, y termina así la sesión. Ésta había durado siete minutos, a cuyo término Candy pasó al estado natural de sueño.

Este primer ejemplo grabado de la regresión de Candy a una edad anterior constituyó una experiencia muy agradable para ambos. John le pasó la cinta a Candy y, al escucharla, ésta recordó conscientemente haberse golpeado la cabeza una mañana en una canoa cuando era pequeña.

—Has regresado a una edad anterior —le dijo él—. Eso suele ocurrir a veces bajo la hipnosis.

Candy se echó a reír:

—No ha sido más que un sueño. No estaba hipnotizada. No me *pueden* hipnotizar.

John se rió también e introdujo otra cinta en el aparato.

Centenares de horas más tarde, ya no se mostraría tan liberal en la utilización de las cintas y no esperaría con tanto anhelo las futuras regresiones, dado que muy pronto pudo descubrir que en el pasado de su esposa había algo más que simplemente perros Airedale, gusanos y canoas.

La chica de Conover

Entre los jueces del concurso de Miss Atlantic City de junio de 1941, ganado por Jessica Wilcox, de dieciséis años, se encontraba John Robert Powers, el célebre agente de modelos. Tras su coronación, la muchacha saludó a los tres jueces, uno de los cuales era Powers como ya se ha dicho.

—Tendrá usted noticias mías —le dijo éste.

En septiembre de aquel año la joven Jessica recibió un telegrama de Powers, que decía: «Quisiera reunirme con usted en mi despacho para discutir la posibilidad de un anuncio de la

Chesterfield.»

La madre de Candy no respondió favorablemente al telegrama de Powers, pero accedió a detenerse con su hija en Nueva York de camino hacia Boston, donde, haciendo caso omiso de las protestas de Candy, tenía intención de matricular a ésta en la escuela de secretariado de Katherine Gibbs. La señora Wilcox decidió convertir la parada en Nueva York en unas vacaciones de dos semanas de duración y, en su segundo día de estancia en Manhattan, Candy, conocida todavía como Jessica Wilcox, visitó el despacho de John Robert Powers. Tras haberle rogado que pasara por la estancia ante él y tras haberle indicado que se sentara en una silla de espaldas a él y después volviera la cabeza para mirarle, Powers le dijo:

—Tiene usted arrugas en el cuello.

—Lo siento —repuso ella.

Powers se enzarzó a continuación en la propaganda de su escuela de modelos:

—Muchas triunfadoras en los concursos acuden a Nueva York y utilizan el premio en metálico obtenido en el concurso para sufragarse el adiestramiento que yo ofrezco —dijo.

Candy le dijo que el premio del concurso de Miss Atlantic City había consistido en un vestuario, parte del cual lucía en aquellos momentos, y en veinte dólares, dieciséis de los cuales guardaba en el sujetador. Powers sacudió tristemente la cabeza y Candy sospechó que iba a darle una mala noticia.

—¿Qué hay del anuncio de la Chesterfield? —preguntó Candy.

—Ya he contratado a otra modelo.

A sus dieciséis años Candy se mostró muy valerosa, insinuándole al agente la posibilidad de que decidiera llamar a los organizadores del concurso de Miss Atlantic City, informándoles del juego que, al parecer, Powers se llevaba entre manos. Su ligera amenaza dio resultado, porque Powers tomó el teléfono, ordenándole a su secretaria que permitiera a Candy aguardar en la sala de espera en el transcurso de las dos semanas siguientes para el caso de que se presentara alguna ocasión en la que «su tipo» resultara adecuado. Candy le dio efusivamente las gracias y ocupó su

lugar en el toril junto con otras seis modelos.

Aquellas dos semanas de vacaciones en Nueva York se convirtieron para Jessica Wilcox en una mina de oro, si bien John Robert Powers nada tuvo que ver con su éxito. En su lugar, fue Harry Conover, el máximo rival de Powers, quien inició a Jessica Wilcox en la carrera que ía conduciría hasta la cumbre en su calidad de modelo publicitaria.

Candy acudió a las oficinas de Conover al término de su segunda semana en Nueva York, tras haber obtenido únicamente, por medio de Powers, dos trabajos de modelo, por cada uno de los cuales cobró cinco dólares. Su madre, furiosa ante las vehementes negativas de Jessica de matricularse en la escuela de Katherine Gibbs, en Boston, se resignó a la inevitable decadencia de su única hija.

Las oficinas de Conover se hallaban instaladas en la octava planta del número 52 de la Avenida Vanderbilt y constituían un reflejo de los refinados gustos de su fundador. Conover, un hombre apuesto y meticuloso, de cabello oscuro perfectamente peinado y deslumbrantes ojos verdes, había aprovechado su posición de principal modelo masculino de Nueva York, así como su innato y astuto sentido de las relaciones públicas, para fundar una agencia capaz de convertirse en una digna rival del imperio Powers. Las oficinas estaban lujosamente decoradas y amuebladas con valiosas piezas de mobiliario provincial francés y él se desenvolvía en aquel ambiente con toda la seguridad del hombre que ha nacido para escujo. Sin embargo, el más destacado rasgo del aspecto de Harry Conover tal vez fueran sus manos: unas manos perfectas de modelo exhibidas a través de la gesticulación, al modo en que una llamativa mujer suele exhibir su busto procurando disimular el acto de la exhibición.

«No acudí a la agencia de Conover buscando trabajo — recuerda Candy—. Le había prometido a una muchacha de Atlantic City que trataría de localizar a su hermana en Nueva York. Su hermana era modelo y trabajaba por cuenta de Conover.»

La modelo se llamaba Jewel Lindsay y se encontraba trabajando fuera cuando Jessica llegó. La recepcionista le sugirió que la aguardara en la sala de espera de las modelos. La recepcionista que, además, era modelo, le preguntó dos veces a Jessica si no le gustaría

ser modelo también. «Podría hacerlo, ¿sabe?» Jessica se sentía confusa. Se consideraba ligada a Powers pero respondía más positivamente al ambiente que reinaba en las oficinas de Conover. Su confusión, sin embargo, desapareció una hora más tarde al entrar un joven fotógrafo llamado Eliot Clarke. Tras estudiar a Jessica durante lo que a ésta se le antojó una eternidad, desapareció en los despachos interiores. A los pocos momentos le pidieron a Jessica que entrara con objeto de ser presentada al señor Conover.

—Muy buenas; soy Jessica Wilcox —dijo ella, tendiéndole a éste la mano. Conover permaneció sentado tras su escritorio.

—Es usted... Johnson —le dijo él—. Candy Johnson, creo.

—¿Candy Johnson?

—Sí, y su tarifa serán cinco dólares la hora. El fotógrafo que acaba de entrar busca a una chica como usted.

Fue lo único que hizo falta. Conover le escribió una carta a Powers informándole de que su cliente trabajaría, a partir de aquel momento, por cuenta de la agencia. Conover, tras lo cual se inició la labor de una imagen. Conover creó toda una imagen alrededor del nombre de Candy. En el nuevo vestuario de ésta se incorporó un diseño a rayas que se repetía también en los accesorios. Había cajitas de cerillas, pendientes e incluso una bicicleta con el motivo de las rayas blancas y rojas. Conover ordenó imprimir

10.0 tarjetas de visita grabadas en acero a rayas blancas y rojas con la leyenda *Candy Jones ha estado aquí*. (Candy Johnson se transformó en Candy Jones porque ella no acertaba a recordar el apellido de Johnson y constantemente se refería a sí misma como Jones, lo cual indujo a Conover a aceptar finalmente este apellido.) Las tarjetas se distribuyeron por todos los taxis, restaurantes y mostradores de recepción de la ciudad. La Warner Brothers se dejó arrastrar por la publicidad y firmó con ella un contrato a pesar de las reservas que le inspiraba su excesiva estatura. Candy tomó lecciones de interpretación y de modulación de voz y muy pronto se incorporó al grupo de los famosos que solían asistir a todos los estrenos y todas las fiestas de Nueva York. Su saludable y natural belleza bronceada empezó a aparecer con regularidad en las portadas de las revistas y los anuncios a todo color de diversos productos nacionales. Uno de dichos anuncios, por cuenta de la Borden

Company, fue fotografiado por un joven e inexperto fotógrafo llamado Jack Knebel, que más adelante se convertiría en el célebre presentador radiofónico Long John Nebel y en el esposo de Candy. En 1943 fue elegida Modelo del Año porque, según Loretta Young, que era uno de los jueces, «parecías una chica de verdad con el rostro bronceado por el sol, no una modelo». Desde el punto de vista profesional, las cosas le estaban saliendo a Candy bastante bien en conjunto.

Desde el punto de vista personal, en cambio, no podía decirse lo mismo. La madre de Candy se trasladó a vivir a Nueva York y decidió compartir con ella un apartamento en la parte alta de la Zona Este. Los nervios de su madre, que tanto habían dominado la infancia de Candy, siguieron dominando su existencia de joven adulta. A pesar de su madurez, Candy se veía impotente para luchar contra el dominio de su madre, razón por la cual decidió escapar del mismo. Por aquel entonces, el camino que eligió, una gira por el Pacífico Sur organizada por la USO para distraer a los soldados, que ya estaban hartos de la guerra, no constituyó para ella por aquel entonces, en 1944, una huida. Sólo en estos últimos años, ha comprendido, retrospectivamente, cuáles fueron los verdaderos motivos que la impulsaron a ello y especialmente a la decisión de ampliar la gira de seis meses a casi dieciocho meses. Viajó por toda la zona bélica del Pacífico, actuando en un espectáculo escrito especialmente para ella «Cover Girls Abroad», y fue ascendida al grado de capitán hasta que un altercado con un general se tradujo en su degradación a teniente.

No viajó al Pacífico en calidad de desconocida para los soldados. Aparte de la famosa fotografía en la que aparecía en bikini, era también muy popular otra foto en la que Candy se mostraba enfundada en un traje que le llegaba hasta los pies, confeccionado con nylon de para- caídas, y más exhibida en los cuarteles que la otra, tal vez porque los capellanes preferían la relativa modestia de la misma en comparación con la imagen del traje de baño. Candy era, además, la modelo utilizada en los letreros de propaganda oficial de las fuerzas auxiliares femeninas del ejército.

«Me sentía muy a gusto actuando en el espectáculo —dice

Candy—. Acababa de actuar durante ocho meses en el espectáculo “Mexican Hayride” producido por Mike Todd en Broadway, y no me importaban los rigores de un apretado programa. Presentamos el espectáculo en Fort Dix, Nueva Jersey; en Cherry Point, Carolina del Norte; en Fort Benning, Georgia; y en varios hospitales de veteranos. Era como si presentáramos un espectáculo de Broadway en Boston y Filadelfia. Para nosotros, Broadway iban a ser Nueva Caledonia, Nueva Guinea y las Filipinas. Teníamos que causar buena impresión porque, una vez terminado el espectáculo, los oficiales de los servicios especiales redactaban un informe con los críticos de servicio en las fuerzas armadas.

Las aventuras de Candy en el Pacífico Sur durante la segunda guerra mundial son fascinantes y constituyen una considerable parte del argumento de uno de los diez libros escritos por ella, es decir, del titulado *More than Beauty*, publicado por Harper y Row en 1970. La experiencia la encantó por brindarle la oportunidad de verse libre del apartamento de Nueva York y de la agencia de Conover. Tuvo ocasión de conocer el reto de actuar en un ambiente desconocido y de sobrevivir lejos de las comodidades de los Estados Unidos. En realidad, las dificultades y la consiguiente necesidad de vivir al día por sus propios medios le resultaron agradables.

Sin embargo, muy pocas cosas pudo hacer para luchar contra la combinación de dolencias que súbitamente empezaron a aquejarla en abril de 1945 en Morotai. Acababa de beberse un litro de leche recién traída de Australia por un piloto de las fuerzas aéreas del ejército, la primera leche fresca que probaba desde que había abandonado los Estados Unidos. Por desgracia, no estaba pasteurizada y contrajo una grave fiebre de Malta. Enfermó al mismo tiempo de malaria a pesar de su cotidiana ingestión de pastillas de atabrina. Estas dos enfermedades fueron suficientes para convencer al oficial de los servicios especiales Bill Taiman, que posteriormente actuaría en el papel de fiscal de distrito en la serie televisiva de Perry Masón, de la necesidad de ingresarla en un hospital de las Filipinas. A los dos días de su ingreso en el centro hospitalario y de gozar de lo que a ella le habían parecido unas sábanas limpias, Candy fue víctima de un hongo contagioso, cono-

cido comúnmente en aquella zona bélica como «hongo de la selva». Al cabo de una semana, el cabello se le empezó a caer a mechones. Combinada con su tez amarillo verdosa, la pérdida de cabello no resultaba demasiado alentadora para una mujer que se ganaba la vida como modelo. Una enfermera completó el trabajo rasurando toda la cabeza de Candy, y los médicos se esforzaron por curarla de la malaria y de la fiebre de Malta.

Candy trabó amistad con varios médicos, incluido un oficial al que llamaremos Gilbert Jensen, el cual le entregó una fotografía suya anotando su dirección militar en el reverso de la misma, con la esperanza de que ella le escribiera. Al cabo de seis semanas, Candy se repuso lo suficiente como para poder viajar y aceptó la invitación de un general del estado mayor para asistir a un estreno teatral en Manila. Candy había efectuado algunos viajes privados a esta ciudad tras haberla recuperado McArthur, liberando a los prisioneros de guerra de Santo Tomás en febrero de 1945, y aceptó, entusiasmada, la invitación del general.

Permaneció en el Pacífico hasta agosto de 1945 y entonces, con gran valor, subió a bordo del *Charles H. Muir* y zarpó rumbo a los Estados Unidos vía Canal de Panamá. Tardó otros ocho meses antes de que su cabello y su piel estuvieran lo suficientemente recuperados como para enfrentarse con el primer plano de una cámara. Entre tanto, Candy aceptó un papel en una comedia musical de Broadway titulada «Polonaise», basada en la vida de Chopin. En el espectáculo lucía una peluca para disimular sus heridas de guerra y se cubría el rostro con un pesado maquillaje teatral, para que el público no pudiera ver el color de la malaria. Y el 4 de julio de 1946 contrajo matrimonio con su jefe Harry Conover.

No fue un matrimonio bajado del cielo.

A la boda de Harry Conover y Candy Jones asistieron dos mil invitados, y la ceremonia se celebró en la catedral de Hamilton, Ontario, siendo los anillos nupciales de Candy de color rojo, blanco y azul. Inmediatamente después de la boda, la pareja se trasladó al otro extremo de la ciudad para participar en el jurado del concurso de Miss Canadá. El Canadá estaba celebrando sus cien años de progreso.

Aquella noche, Candy puso a su madre en un avión con destino a las Cataratas del Niágara, donde la señora Wilcox había deseado que su hija pasara la luna de miel. Pero, en su lugar, Candy y Harry permanecieron en Hamilton, mientras la señora Wilcox pasaba la luna de miel de su hija en el tradicional refugio de los recién casados de Norteamérica.

El nuevo matrimonio ocupó la suite presidencial del mejor hotel de Hamilton. Fue una noche tibia e indiferente y, mientras Candy permanecía sentada junto a la ventana escuchando la música interpretada por una banda de carnaval que actuaba en un parque del otro lado de la calle, unos fuegos artificiales se elevaron desde el parque hacia el húmedo aire, sobresaltándola. Su marido estaba durmiendo. Le había dicho que la amaba en el transcurso de una conversación telefónica que ambos habían mantenido antes de la boda.

—¿Me quieres ahora? —le había preguntado Candy aquella tarde, mientras regresaban al hotel una vez terminado el concurso de belleza.

—Con toda mi alma —le había contestado él—. Pero no me atosigues. Nada es perdurable. No quiero que me aten.

Candy permaneció despierta toda la noche. A la mañana siguiente, se trasladaron en avión a Nueva York y se fueron a vivir al apartamento de Harry.

«Consumamos el matrimonio un día cualquiera del período que medió entre el día de la boda y Navidad —dice Candy—. Dio lo mismo. A mí me gustaba que me abrazaran y me acariciaran, pero a Harry eso no le gustaba y muy pronto me dio lo mismo una cosa que otra.»

Candy Jones constituyó una decepción para Harry Conover. En primer lugar, a éste no le gustaba su busto relativamente exuberante, prefiriendo a las mujeres más aniñadas:

—Tu busto exuberante me repugna —le dijo. Y, además, Candy era virgen: —No quiero forzar a una virgen —proclamó.

A los seis meses de la boda, Candy Jones inauguró sus propias oficinas en el edificio de al lado, en el número 52 de la Avenida Venderbilt. Había dejado la agencia Conover porque algunas de las modelos habían empezado a quejarse, alegando que ella recibía un trato de favor por parte de su marido. Al enterarse Tohn

Powers, la invitó a trabajar con él pero, a pesar de que hubiera deseado aceptar el ofrecimiento de éste, Candy pensó que ello constituiría una deslealtad con Harry. En su lugar, siguió sirviendo a los clientes para los que había trabajado como modelo y obtuvo otros nuevos. El más impresionante de todos ellos fue sin duda Colgate-Palmolive, pero Harry quería el prestigio de esta cuenta para su empresa. Candy atendió la cuenta pero todas las facturas se canalizaron hacia el grupo empresarial de Conover. Lo mismo ocurrió con otras prestigiosas cuentas que siguieron a continuación.

En el transcurso de los doce años que duró el matrimonio nacieron tres hijos: Harry, Gary y Chris. Dos embarazos subsiguientes terminaron en aborto por voluntad de Harry Conover. Lo más curioso fue, sin embargo, que Harry insistiera también en que Candy pagara de su propio bolsillo los gastos ocasionados por los nacimientos de sus tres hijos.

A medida que el matrimonio iba declinando, Harry se pasaba cada vez menos tiempo en casa. Cuando *estaba* en casa, se pasaba horas y horas en el cuarto de baño y se ponía como una furia si alguien le interrogaba acerca de esta costumbre. La mayoría de las noches salía «con los chicos».

«No comprendí que Harry Conover era bisexual hasta que llevábamos doce años casados —dice Candy—. Es posible que suene a ingenuo y tal vez lo fuera, pero cuando nuestras relaciones se limitaron al simple hecho de compartir una vivienda, ya no me importó que casi nunca me hiciera proposiciones sexuales. En realidad, me sentía incluso aliviada y agradecida. La única vez que se presentó en mi dormitorio con estas intenciones había estado bebiendo como una cuba.»

La madre de Candy se percató de que no todo marchaba bien en el matrimonio de su hija, pero lo atribuyó a una causa errónea: le decía constantemente a Candy que Harry andaba por ahí con llamativas mujeres. Era lógico llegar a semejante conclusión. Conover era un caballero encantador que gozaba de la compañía de las bellas mujeres. Sus modales eran exquisitos, poseía una risa contagiosa y un agudo ingenio, cualidades todas que habían cautivado a

Candy al principio... Eso y la desesperada necesidad de ser estimada por un hombre de la talla de Conover. Lo veía como a un padre y,

cuando él le propuso el matrimonio poco después de divorciarse, Candy se sintió halagada, emocionada y aturdida en cierto modo.

Sin embargo, el máximo placer de Conover en la vida consistía en la lisonjera atención que le prestaban sus muchos amigos varones. Se pasaba noches enteras hablando por teléfono, y sus cuentas de restaurante ascendían a menudo a mil dólares mensuales. Invitaba a cualquiera que se le acercara, tanto si se trataba de camareras como de taberneros o muchachas encargadas del guardarropa. Adoraba ser objeto de la atención de los demás, a menudo a expensas de su mujer. Por si fuera poco y en más de una ocasión, según Candy, introducía subrepticamente a sus amigos en su dormitorio y los ocultaba en el armario mientras le hacía a ella proposiciones sexuales.

«Detestaba nuestro matrimonio —dice Candy—, pero adoraba a los tres preciosos y encantadores hijos que me dio. Éstos se convirtieron en mi vida y la existencia de Harry Conover dejó de importarme totalmente.»

El 18 de mayo de 1958 Conover desapareció.

«Hice lo que suele hacer una esposa cuyo marido desaparece —dice Candy—. Lo busqué en los hospitales y los depósitos de cadáveres y, finalmente, denuncié su desaparición en la sección de personas desaparecidas del Departamento de Policía de Nueva York. No recibí noticias suyas hasta agosto.»

La desaparición de Conover constituyó una gran noticia en Nueva York una vez que hubo corrido la voz. Candy no está segura de a dónde se fue para desaparecer con tanta eficacia, pero, más tarde supo que había alquilado una suite en el Hotel Plaza. La suite constituía el escenario de las fiestas nocturnas que organizaba Harry y a las que asistían dos modelos adolescentes que trabajaban por cuenta de Candy. A Conover siempre le habían gustado las muchachas jóvenes y Candy lo sabía (contaba apenas veintiún años cuando se casó con él). Sin embargo, el hecho de descubrir que aquellas dos modelos con las que tanto había trabajado participaban en las orgías organizadas por su marido constituyó para ella un duro golpe. Para mayor escarnio, Conover envió a un amigo suyo a sus oficinas un fin de semana y se llevó todos los muebles con objeto de amueblar con ellos un elegante apartamento de la Zona Este en el que siguió viviendo por todo lo alto.

Sin embargo, por dolorosos que pudieran ser los golpes morales sufridos, los que más sangre le arrancaron fueron los golpes económicos. Conover retiró todas las cantidades de sus cuentas corrientes conjuntas, incluidas las de una cuenta de ahorro en la que se habían depositado los

125.000 dólares correspondientes a los servicios publicitarios prestados a la empresa Colgate-Palmolive. Candy no se enteró de ello hasta la partida de Conover; durante los trece años de matrimonio no había retirado ninguna cantidad de aquella cuenta y ni siquiera había examinado el saldo de la misma. En lugar de recabar inmediatamente ayuda profesional (los contables y abogados de sus empresas eran hombres de confianza de Conover), adoptó toda una serie de decisiones unilaterales que se tradujeron en un desastre. Se hizo cargo voluntariamente de todas las deudas de la agencia de Conover, guiada por un admirable si bien equivocado sentido del deber, y hasta incluso firmó el nuevo arriendo de las oficinas por haber expirado el antiguo, poco después de la partida de su esposo. Cuando, al final, decidió echar un vistazo a sus recursos, descubrió que no poseía nada. La cuenta de ahorro conjunta, en la que se habían depositado los 125.000 dólares de la Colgate-Palmolive arrojaba un saldo total de 36 dólares.

Conover sólo visitó las oficinas en una ocasión, y su visita constituyó para Candy un auténtico sobresalto. Se encontraba reunida en su despacho con tres abogados, dos de los cuales representaban a la empresa mientras que el tercero había sido contratado por Candy para que se encargara de sus asuntos legales personales, cuando se abrió la puerta y apareció Conover tan apuesto y elegante como siempre. Era la primera vez que Candy lo veía desde hacía algo más de un año. Su sentido de la oportunidad, que solía ser perfecto, estuvo aquel día ligeramente fuera de lugar. En el preciso momento de su llegada, Candy y los abogados estaban discutiendo los planes de una demanda de divorcio sobre la base de abandono. Se demandaría también judicialmente a Conover por el dinero de la Colgate-Palmolive así como por impago de asignaciones atrasadas y de los gastos de manutención de los hijos.

Los procesos saltaron a los titulares de la prensa de Nueva York y la batalla legal fue larga y dolorosa. Los tres muchachos, que

estudiaban en centros particulares, fueron mantenidos al margen de las disputas. Al final, los tribunales pronunciaron sus distintos veredictos y Harry Conover fue enviado a cumplir una sentencia de prisión de dos años en la isla de Hart. Se trataba de pagar o de ir a la cárcel, y Conover se había gastado hasta el último céntimo del dinero que se había llevado.

El matrimonio se había anulado y disuelto; la guerra emocional había terminado y el campo de batalla se hallaba despejado para cualquier cosa que pudiera presentarse a continuación.

«Me alegré de que todo se hubiera resuelto —afirma Candy—, pero a continuación tuve que enfrentarme con la verdad última de mi situación. No sólo me encontraba sin un céntimo sino que, además, parecía que le debiera dinero a todos los habitantes de la ciudad, no sólo a causa de las demás deudas de Harry sino también de las mías propias. Los gastos de matrícula de mis hijos eran muy elevados, tenía que mantener a mi madre y necesitaba deshipotecar mis negocios para poder ampliarlos en el futuro. Sinceramente, no sabía qué hacer. Me molestaba reconocerlo, pero tenía miedo y estaba desesperada.»

La organización

Candy siguió dirigiendo su agencia y lo que quedaba de la agencia de Conover desde las oficinas del número 52 de la Avenida Vanderbilt. «No se hicieron demasiados progresos — dice—; fue una simple labor cotidiana de apuntalamiento.»

Las oficinas ocupaban buena parte de la octava planta. Se trataba, en realidad, de una serie de locales individuales, del 807 al 812, destinados a maquillaje de grupo, maquillaje individual, consulta, lecciones de arte dramático (France Nuyen, Julia Meade, Leslie Parrish, Joyce Bulifante y Sandra Dee se contaron entre sus alumnas), peluquería, circuitos cerrados de televisión (su agencia fue la primera en utilizar esta técnica) y guardarropa. Candy se pasaba casi todo el rato en el local 808, un pequeño despacho situado justo frente a otro análogamente pequeño que tenía alquilado al antiguo campeón del mundo de los pesos pesados Gene Tunney. Según Candy, Tunney era un hombre muy reservado, y todos los años que se pasaron el uno frente al otro a ambos lados de un pasillo no dieron por resultado más que simples conversaciones de carácter intrascendente. Al parecer, Tunney no dirigía ningún negocio desde aquel despacho, y Candy suponía que lo utilizaba

como centro desde el cual dirigir sus inversiones personales.

A diferencia de Candy, que organizaba clases para sus alumnos los martes y los jueves por la tarde, Tunney raras veces se pasaba las tardes en su despacho. Candy sabía cuando llegaba y cuando se marchaba porque mantenía abierta la puerta de su despacho mañana y tarde. La puerta del despacho de Tunney, al igual que todas las demás del edificio, poseía un grueso cristal opaco acanalado, a través del cual podían distinguirse las sombras confusas de las figuras. Candy solía ver a Tunney moviéndose por su despacho o, por lo menos, una silueta lo suficientemente voluminosa como para haber pertenecido a su mole de boxeador.

Un martes por la tarde, a eso de las siete y media, Candy se encontraba sentada en su despacho cuando vio a una mujer de mediana edad junto a la puerta de Tunney. La mujer iba vestida como solían ir las mujeres de la limpieza que trabajaban en los edificios comerciales de Manhattan, incluido el del número 52 de la Avenida Venderbilt: traje de andar por casa, delantal y jersey. Candy las conocía a todas, pero no así a aquella mujer de estatura y peso corriente y de corto cabello castaño. A pesar de lo cual, Candy no mostró curiosidad ni siquiera cuando la mujer empezó a probar toda una serie de llaves en un intento de abrir la puerta. Todas las demás mujeres de la limpieza disponían de una llave maestra que llevaban colgada del cinturón. Al final, la mujer encontró la llave adecuada y penetró en el despacho, cerrando la puerta tras sí. Candy esperó a que se encendieran las luces pero éstas no se encendieron. Se observaba un resplandor que se desplazaba y que Candy supuso que se trataba del haz de luz de una linterna. En aquellos momentos se enfrentó con el dilema con el que todos nosotros solemos enfrentarnos en tales situaciones: ¿y si intervenimos y metemos la pata? Una alumna interrumpió sus pensamientos. Cuando Candy prestó una vez más su atención al despacho de Tunney, la mujer ya había cerrado la puerta y se estaba alejando por el pasillo. Candy no volvió a pensar en ello hasta que por la tarde del día siguiente se enteró de que habían robado en el despacho de Gene Tunney.

—¿Se han llevado muchas cosas? —le preguntó Candy a este al tropezarse con él en el pasillo.

—No. Algunos sellos, un poco de dinero, nada importante —repuso Tunney.

Candy le habló de la extraña mujer de la limpieza y él le dijo que transmitiría aquella información a la policía. Candy le habló también de la mujer al encargado del edificio, pero no recibió ninguna visita de nadie, ni siquiera de la policía.

Dos días más tarde, el jueves, Candy se encontraba en su despacho cuando una joven pareja se acercó a la puerta del despacho de Tunney y se detuvo frente a la misma. El joven sacó unas llaves y empezó a probarlas en la cerradura. Candy salió al pasillo y se les acercó.

—Teníamos que reunimos aquí con el señor Tunney —dijo el joven.

—No está —repuso Candy—. Lo he visto marcharse hace unas horas.

La joven parecía nerviosa e insistió en marcharse empujando al muchacho en dirección a los ascensores. Candy les vio entrar en un ascensor y regresó a su despacho. Al día siguiente, le comentó a Tunney la visita de la pareja.

—Ah, ¿de veras? —fue la respuesta de éste.

Una semana más tarde, cuando regresaba a su despacho tras haber tenido una reunión al otro lado de la ciudad, Candy fue abordada frente al edificio por un antiguo conocido suyo del Pacífico Sur, un general retirado. Se había tropezado con él varias veces en Manhattan y, según ella afirma, éste «no se había mostrado jamás particularmente amable conmigo». Ambos penetraron en el edificio y subieron en ascensor hasta la octava planta, donde el general

comentó que iba a almorzar con Gene Tunney. Candy le hizo pasar a su despacho y le mostró las distintas dependencias. Después cruzaron el pasillo y acudieron a saludar a Gene Tunney el cual, según recuerda Candy, se mostró muy sorprendido de que ella conociera al general. Los hombres se fueron a almorzar y Candy se pasó la tarde entregada a sus ocupaciones.

Al cabo de unos días recibió la visita en su despacho de un joven que dijo ser agente de la FBI. La identificación que le mostró confirmó este extremo. Sólo recuerda su nombre propio: Ted.

El joven le preguntó acerca del robo que se había cometido en el despacho de Tunney y Candy le contó lo que ya les había contado a Tunney y al encargado del edificio. El joven la escuchó con atención pero, tras haber escuchado todo lo que ella podía decirle, cambió de tema. En su lugar, hizo un comentario acerca del micrófono que se encontraba sobre el antepecho de la ventana.

—Es un micrófono muy bueno —le dijo Candy—. Se lo compré a Alien Funt.

Funt estaba fabricando por aquel entonces el «Micrófono Candid», precursor audiofónico de su versión para televisión, es decir, de la «Cámara Candid». Funt se hallaba en trance de adquirir un nuevo equipo de grabación y le había vendido a Candy dos de sus antiguos aparatos, unos magnetófonos excelentes. En la venta se habían incluido, además, dos micrófonos, uno de los cuales estaba siendo admirado en aquellos momentos por el agente de la FBI.

—¿Para qué lo utiliza usted? —le preguntó éste.

—Para adiestrar a mis modelos. Si no saben conversar con soltura, pueden perder muchos trabajos.

El agente de la FBI se acercó a la ventana y tomó el micrófono: —Es posible que le parezca una petición estúpida —dijo—, pero ¿le importaría prestarme este micrófono?

—¿Por qué?

Él le explicó que estaba efectuando una vigilancia a largo plazo en la Calle Cincuenta y Siete Oeste y que no había conseguido aquel tipo especial de micrófono, el cual le era muy necesario para hacer bien el trabajo que le habían encomendado. Candy le dijo que se lo prestaría, incluso tras haberle advertido el agente que tal vez lo

necesitara durante dos meses. Candy disponía de otros que podría utilizar durante aquel tiempo y, francamente, le resultaba emocionante la idea de que uno de sus micrófonos fuera utilizado por un agente de la FBI en un caso oficial. El hombre le dio las gracias y se marchó con el micrófono.

Al cabo de un mes, aproximadamente, se lo devolvió. Iba acompañado de otro joven que presentó a Candy como perteneciente también a la FBI. Los tres permanecieron sentados charlando durante cosa de media hora antes de que «Ted» le hiciera a Candy otra petición.

—¿Permitiría usted que nos enviaran cierta correspondencia aquí? —le preguntó—. ¿Le molestaría?

Candy le preguntó que a qué se refería.

—Necesitamos un lugar al que nos puedan enviar ciertas cartas. Usted recibe diariamente mucha correspondencia, ¿verdad?

Candy reconoció que, efectivamente, se recibía considerable volumen de correspondencia relacionada con su negocio, así como de correspondencia enviada a las modelos que trabajaban por cuenta de la agencia.

El hombre de la FBI se explicó: se recibirían cartas dirigidas a personas imaginarias que trabajaran por cuenta de la agencia y, una vez al mes, pasaría un hombre y le pediría la correspondencia dirigida a aquellas personas. Lo único que tendría que hacer Candy sería entregarle las cartas. Además, era posible que recibiera correspondencia desde Europa dirigida a *ella* o bien a un nombre imaginario previamente establecido. En tal caso, tendría que llamar a un número que le facilitarían y comunicar la llegada de dicha correspondencia.

—Me encantará ayudarles —dijo Candy.

Al cabo de dos semanas, Gene Tunney se mudó de oficina y ocupó otro local en el número 200 de la Avenida Park, pero el general retirado siguió manteniendo contacto con Candy durante todo el período en el que las oficinas de ésta fueron utilizadas para el envío de correspondencia de la FBI, es decir durante casi un año. El general empezó a invitarla a los cócteles organizados por él y su mujer y, aquel año, Candy recibió por primera vez una tarjeta suya

de felicitación de Navidad.

A finales del verano de 1960 Candy recibió una carta en su apartamento del número 1.199 de la Avenida Park. Era de «Ted» y estaba escrita en papel normal blanco. Lo único que le decía era que recibiría una llamada al cabo de unos días.

La llamada se recibió en su apartamento dos días más tarde. Era el general, pero Candy le dijo que no podía hablar con él en aquellos momentos. Su madre se encontraba en la estancia y Candy sabía, en cierto modo, sin necesidad de que le hubieran facilitado instrucciones al respecto, que el tema de la conversación telefónica tendría que constituir un secreto entre ella y su comunicante.

El general la visitó en su despacho al día siguiente.

—Tengo entendido que va a emprender usted un viaje —le dijo. Se refería a los planes de Candy relativos a la semana anterior al Día de Acción de Gracias. Candy tenía previsto desplazarse a Den ver para hablar en el Club de la Cena del Martes por la Noche, en la única noche del año en la que los socios de aquel club exclusivamente masculino estaban autorizados a asistir a la cena acompañados de mujeres, y después seguiría viaje a San Francisco, donde iba a ser la comentarista de un desfile de modas conjunto organizado por tres de los más importantes almacenes de San Francisco.

—Puesto que de todos modos va usted a California, ¿le importaría llevar una carta y entregársela a alguien de allí?

—¿Qué carta? ¿La va usted a mandar?

—Es una carta destinada a un organismo gubernamental, Candy. Lo único que tendrá que hacer será entregársela a un hombre que le llamará a su hotel. Se alojará usted en el Saint Francis, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Querrá usted hacerlo?

—Sí, lo haré. ¿Cómo recibiré la carta?

—Le será enviada. Por cierto, creo que se alegrará de ver a ese hombre de California. Me parece que usted ya le conoce.

—¿Cómo se llama?

—Señor Jensen.

—No conozco a ningún señor Jensen.

—Bueno, tal vez no. Muchas gracias, Candy.

La carta llegó a sus oficinas dentro de un gran sobre tres días antes de su partida. Prendida a un sobre más pequeño que se encontraba en el interior había una nota en la que se le indicaba que se llevara la carta y esperara la llamada en el hotel. La nota iba firmada por «Ted».

Su intervención en Denver transcurrió sin contratiempos y, una vez finalizada la misma, Candy se trasladó en avión a San Francisco, donde habló con los coordinadores de los tres almacenes. Al llegar el tercer día, que, según la información que he podido reunir, era el miércoles 16 de noviembre de 1960, Candy recibió la llamada en el Saint Francis.

—Candy, soy Gil Jensen —le dijo el comunicante; Candy se devanó los sesos en un intento de encontrar algún eslabón que lo identificara, pero no lo consiguió—. ¿No me recuerda de las Filipinas? Yo era médico allí.

—¡*Doctor* Jensen! —exclamó ella—. Pues claro.

Permanecieron conversando unos minutos antes de que Candy le preguntara si era la persona a quien debería entregar la carta.

—Podremos hablar de eso durante la cena —le dijo él.

Cenaron en el Hotel Mark Hopkins. El aspecto físico de Jensen apenas había cambiado a lo largo de quince años; su abundante y rizado cabello castaño había retrocedido un poco sobre la frente y una ligera barriga había invadido su cintura, si bien cabe señalar que su figura de metro ochenta toleraba muy bien el ligero exceso de peso. Iba vestido con un conservador traje oscuro, camisa blanca y corbata de tonos apagados. El verdadero cambio se había producido en su personalidad. En Ley te era un hombre mucho más tranquilo y jovial que el que ahora se encontraba sentado frente a Candy en el restaurante. Por lo menos, ésa había sido la percepción que Candy había tenido de su personalidad entonces y ahora. Estuvo muy simpático hablando de nombres y lugares del pasado y comentando las respectivas vidas de ambos desde el fin de la guerra. Jensen dijo que ejercía la medicina privada en Oakland, al otro lado de la bahía de San Francisco. Candy se refirió a la carta en

varias ocasiones, pero Jensen rechazó sus comentarios diciéndole que podrían hablar mejor en su despacho al día siguiente.

—Tenía el propósito de regresar mañana a Nueva York —le dijo Candy.

—Creo que merecería la pena que se quedara —dijo Jensen—. Hay un trabajo interesante que podría usted hacer por cuenta de la Agencia Central de Inteligencia, Candy, y podría compaginarlo con sus actividades. Podría ser muy lucrativo.

Aquello fue el comienzo. Candy prolongó su estancia en la ciudad y, al día siguiente, fue conducida en un sencillo automóvil oscuro hasta el consultorio del doctor Gilbert Jensen, ubicado en Oakland, al otro lado del Puente de la Bahía. Lo que ocurrió aquel día en el consultorio y lo que ocurriría a lo largo de los doce años siguientes lanzó a Candy Jones a una aventura que la condujo hasta el Lejano Oriente en calidad de agente secreto de la CIA. La hostigaron, persiguieron e incluso torturaron. Su papel era insignificante, el de un simple correo portador de mensajes, pero el hecho de que accediera a desarrollar esta labor a cambio de un precio convirtieron las desgracias que le ocurrieron en «riesgos del oficio». Lo que ella no imaginó, sin embargo, es que llegaría a convertirse en un conejillo de Indias humano en un proyecto científico secreto de la CIA cuyo objetivo era la *manipulación mental*. Fue un involuntario y desconocedor sujeto de laboratorio durante doce años y sólo el casual matrimonio con John Nebel la salvó de la fase final de su aventura y de los experimentos que en ella se habían llevado a cabo: su propio suicidio, según lo había coreografiado el doctor Gilbert Jensen.

Emerge el triángulo

El mes de junio de 1973 resultó muy atareado para Long John Nebel y para el magnetófono instalado en la cabecera de la cama. Durante dicho mes se grabaron trece cintas,² casi todas ellas

² Las trece cintas de junio de 1973 son aquellas en las que Nebel anotó la

resultado directo de los intentos de Nebel de ayudar a Candy a conciliar el sueño. Las que no fueron el resultado de sus intentos de hipnotizarla son significativas porque constituyen una muestra de la creciente frecuencia de los estados hipnóticos espontáneos por parte de Candy.

Existen, en general, dos formas de autohipnosis. En la

fecha efectiva de la sesión. Un problema constante con vistas a la organización de las cintas de las sesiones hipnóticas me lo plantearon aquellas en las que no figuraba ninguna fecha anotada. Es posible que en junio se grabaran más de 13 cintas. Nebel me fue facilitando las cintas a lo largo de un período de un año en remesas de 10. Sin embargo, no me las entregó en el orden en que habían sido grabadas y los números 1 aplicados a las mismas no reflejan su cronología. Las cintas correspondientes a junio de 1973 son, de acuerdo con mi sistema de numeración (Cinta, Cara A o B, Fecha); las siguientes: 48, B-22; 49, A-25; 49, B-26; 51, A-18; 52, A-15; 53, A-22; 54, A-31; 54, B-31; 55, A-26; 55, B-26; 56, A-30; 57, A-27 y 57, B-30.

primera de ellas, se puede enseñar a un sujeto a inducir en sí mismo un estado hipnótico que, en sentido amplio, puede corresponder a un estado de meditación. La auto-hipnosis reviste gran importancia con vistas a incrementar y reforzar las sugerencias posthipnóticas planteadas por un hipnotizador, y es practicada generalmente por aquellas personas que buscan en la hipnosis un medio de dominar su propio comportamiento, con el fin, por ejemplo, de abandonar el hábito de fumar o de seguir un régimen alimenticio.

Existe también, sin embargo, el estado hipnótico espontáneo que es precisamente el que empezó a producirse en Candy Jones. La mayoría de nosotros solemos experimentar el estado hipnótico espontáneo cuando soñamos despiertos y, súbitamente, nos damos cuenta de que ha transcurrido el tiempo sin que nos percatáramos de ello. No obstante, la profundidad del estado hipnótico cuando soñamos despiertos es generalmente superficial o *hipnoidal*. En el caso de Candy, ésta empezó a deslizarse a un estado hipnótico lo suficientemente profundo como para permitir una regresión temporal espontánea.

En una de las sesiones, grabada el 18 de junio de 1973, Candy retrocedió a la edad de 11 años.³ Tras haberle inducido Nebel el estado hipnótico, Candy empezó a sollozar. Él le preguntó que por qué estaba triste y ella le contestó con voz llorosa e infantil:

—Está enferma.

—¿Quién está enferma? —le preguntó Nebel.

—Ma-Ma.

A través de ulteriores preguntas, Nebel pudo establecer que era el mes de septiembre y que Ma-Ma se encontraba en un hospital de Filadelfia. Se había trasladado a aquella ciudad simulando un viaje de placer, pero le había revelado a Muñeca el verdadero motivo de su viaje. Ma

Ma no le había comunicado a la madre de Muñeca sus planes de hospitalización. A través de aquella llorosa sesión hipnótica pudo establecerse, además, que Muñeca iba enfundada en un pijama, se encontraba en el patio de atrás de la casa (no se sabe si era la casa de la Avenida Carey o bien la de un lugar de veraneo) y tenía frío. El diálogo se desarrolló en la forma siguiente:

3 Cinta 51, Cara A.

—¿Por qué has salido al patio?
 —Porque tengo miedo —contesta Candy todavía llorando.
 —¿Tienes miedo en la casa?
 —Sí.
 —¿Sabes cuándo volverá tu madre a casa?
 —No sé dónde está.
 —¿Te quiere tu madre?
 —Supongo que sí —contesta ella, asintiendo.
 —¿Pero no lo demuestra?
 —*Es muy nerviosa... Yo la pongo nerviosa (empieza a llorar con más fuerza)... Siempre la pongo nerviosa... [Nebel le dice que es una niña buena.] Procuro serlo. [Súbitamente, le pregunta a Nebel quién es.]*
 —Soy tu amigo —contesta él.
 —¿Cómo sabías que iba a estar aquí?
 —Sabía que ibas a bajar.
 —¿Me conoces?
 —Sí.
 —¿Has estado en mi casa?
 —Pues, en realidad, no, pero te he visto a ti y te conozco. Soy el viejo. ¿Nunca me has visto pasar? *(Ella guarda silencio, confusa.)* ¿No te parece que deberías regresar a la casa?
 —Quiero esperar.
 —Esperar, ¿qué?
 —No debiera hablar contigo
 —¿Por qué no?
 —No sé quién eres.
 —Soy tu amigo.
 —*¿No dirás que me has visto? (Él le asegura que no.)*

Muñeca sigue explicando que se había acostado y que, al descender a la planta baja aquella noche, su madre se había ido. Nebel le aconseja que regrese al interior de la casa y encienda la luz. Muñeca dice que no puede porque debería estar durmiendo y su madre se enojará con ella cuando regrese. Al cabo de otros cinco minutos de conversación, en cuyo transcurso Muñeca se tranquiliza y deja de llorar, ésta dice: «Ya está encendida» (se refiere a la luz de la casa). Nebel afirma que ve la luz, y prosigue:

—Ven, vamos a rezar una pequeña oración para que Ma-Ma se ponga buena. La rezaremos juntos. Por favor, Dios mío, haz que Ma-Ma se ponga buena. (*Ella repite las palabras.*) Ahora sube corriendo; adiós.

—Adiós. (*Abandona la imaginaria escena y corre hacia la casa co?t el propósito de alcanzar su dormitorio, encaramándose a un árbol.*)

Aquel mismo día de junio de 1973 se registraron otras dos sesiones, contenidas ambas en la misma cinta. Estas dos sesiones adicionales se referían a otros temas, al igual que la mayoría de sesiones hipnóticas restantes que se verificaron y grabaron aquel mismo mes. Parte del material que contienen reviste gran importancia y se reproduce más adelante cuando se hace referencia a ciertos antecedentes en relación con los cuales pueden analizarse las cintas con mejor perspectiva. De momento, será mejor seguir introduciendo al lector en las características de la regresión temporal.

De entre todos los fenómenos asociados con la hipnosis, el más emocionante de todos ellos tal vez sea la regresión temporal. Su utilización parte de los psiquiatras y psicólogos como medio de indagar en el pasado de un paciente y de descubrir ocultos y olvidados recuerdos ha permitido alcanzar extraordinarios resultados. Posiblemente no exista ningún practicante de la hipnosis que discuta la afirmación según la cual la hipnosis se traduce en una agudización de la memoria. De igual modo, nadie niega que un sujeto sumido en un estado hipnótico lo suficientemente profundo y guiado por un hábil hipnotizador, pueda regresar a determinados momentos de su pasado y revivirlos.

Algunos, sin embargo, se preguntan si la efectiva edad actual del sujeto, así como su estado mental, no influirán en cierto modo en el acontecimiento captado en el transcurso de la regresión. Y una extensión de dicha pregunta consiste en el hecho de si el estado de acrecentada sugestionabilidad, que *siempre* se halla presente en la hipnosis, no constituirá un campo abonado para las alucinaciones capaces de «colorear» el material evocado por el sujeto en el transcurso de su vivencia de una escena pasada. Los científicos que plantean este problema no ponen en duda la veracidad y honradez

de aquellos que se refieren a historias clínicas de absoluta y *pura* regresión temporal, exenta de los efectos de la alucinación o de los sentimientos y actitudes actuales del sujeto. Lo que ocurre es que la regresión, al igual que la propia hipnosis, está sujeta a muchas variables y resulta extremadamente difícil establecer las rígidas comprobaciones que la ciencia considera siempre necesarias con vistas a la demostración de un axioma.

Existen dos formas básicas de regresión temporal. La primera, que es aquella en la que el sujeto retrocede efectivamente en el tiempo y revive una parte de su vida, se considera la *auténtica* regresión temporal. La segunda forma es aquella en la que el sujeto *evoca* una época pasada viéndola desde el presente. La diferencia consiste en el tiempo verbal: «Lo estoy haciendo» (regresión temporal auténtica) o bien «lo hacía» (evocación de un acontecimiento pasado). Ambas formas de regresión son importantes para el terapeuta, puesto que le facilitan el acceso a un material perteneciente al pasado del sujeto que tal vez esté relacionado con las actuales dificultades de éste. En ambas formas, es necesario resolver el problema de la posible coloración de dicho material como consecuencia de los acontecimientos actuales de la vida del paciente, así como el de la posibilidad de que la alucinación haya interpretado algún papel en la regresión.

Como es lógico, en el transcurso de una *auténtica* regresión temporal, existen menos probabilidades de influencia de los acontecimientos actuales y de la alucinación, porque, si la regresión es genuina, el sujeto no podrá tener conocimiento de los acontecimientos que se han producido en el período subsiguiente. Un sujeto que retrocede a la fiesta de su quinto cumpleaños no debería hablar y pensar, independientemente de la edad efectiva que pueda tener, más que como un niño de cinco años y debería mostrarse incapaz de conducirse en forma distinta a la que corresponde a esta edad física y mental.

Se han realizado numerosos estudios utilizando las pruebas de inteligencia de Binet-Simon con el fin de establecer la edad mental de un sujeto en estado de regresión. Muchos de estos estudios han permitido demostrar la veracidad de la afirmación según la cual, cuando se produce una regresión temporal auténtica, el sujeto actúa en todos los sentidos de acuerdo con el nivel correspondiente a la

edad a la que ha retrocedido. Las mismas pruebas, sin embargo, utilizadas por investigadores médicos análogamente capacitados y competentes, han arrojado otros resultados. Los escépticos se suelen basar en un estudio realizado por Paul Campbell Young, de la Universidad del Estado de Louisiana, que fue reproducido en 1940 en el *Journal of Abnormal and Social Psychology* y en el que se llegaba a la conclusión de que los adultos que habían retrocedido a la edad de tres años y cuyo cociente de inteligencia se

había analizado actuaban a un nivel más próximo al de los niños de seis años. A partir de estos resultados, Young apuntaba la hipótesis de que en los sujetos bajo prueba la regresión temporal no había sido auténtica. Otros subrayan, en cambio, que los sujetos de Young retrocedieron efectivamente a la infancia, lo cual es, en definitiva, mucho más importante que la comprobada diferencia de dos o tres años. No obstante, aquellos que evalúan los resultados de la regresión temporal, y en este caso la de Candy Jones, deben tener en cuenta que no todos los aspectos de la regresión pueden ser válidos al cien por ciento, y que, en caso de que las discrepancias alteren, aunque sea en grado mínimo, el efectivo material obtenido a través de la regresión, dichas discrepancias deben ser sopesadas e incorporadas a la valoración final.

El doctor Lewis R. Wolberg, psiquiatra de la ciudad de Nueva York y destacada autoridad en el campo de la hipnosis, ha sido el adelantado de su utilización en el psicoanálisis desde hace más de cuarenta años. En su libro *Hipnosis: Is It for You?* [La hipnosis: ¿es para usted?], (1972), somete a análisis los distintos estudios que se han realizado en un intento de establecer el valor y la validez de la regresión temporal. En uno de los casos el sujeto era un epiléptico. Al retroceder éste a una edad anterior a su primer ataque, el electroencefalograma que le fue practicado mostró un comportamiento cerebral normal. Al avanzar a una edad posterior a la aparición de la epilepsia, las lecturas se hicieron anormales.

Se han llevado a cabo muchos estudios similares en un intento de determinar el grado hasta el cual un recuerdo puede re-crearse en un sujeto. Los experimentos realizados al objeto de restablecer el reflejo del nervio del pie (reflejo de Babinski) han sido positivos. Otros científicos han evaluado el comportamiento de los sujetos durante la regresión temporal hipnótica y han utilizado dibujos y caligrafías a través de los cuales se ha podido deducir la edad física y mental de los mismos. El doctor Wolberg reproduce en su excelente libro unos dibujos realizados por un sujeto en el transcurso de una regresión temporal. La forma y el estilo de los dibujos se van haciendo progresivamente más infantiles a medida que retrocede la edad cronológica.

El debate, sin embargo, sigue abierto y Wolberg, al igual que todos los científicos prudentes, no olvida los puntos de vista de

quienes sustentan opiniones contrarias, y se refiere a otros estudios en los que se obtuvieron resultados conflictivos, señalando que el reflejo de Babinski puede obtenerse también durante un sueño normal (tal vez porque, durante el sueño natural, el sujeto experimenta una regresión espontánea). Y se refiere, además, a los experimentos realizados por Robert Rubenstein y Richard Newman de la Escuela Médica de Yale, en los cuales éstos *progresaron* a unos sujetos adultos a una edad *futura*. Dichos sujetos se mostraron capaces de vivir una experiencia futura, lo cual significa que la imaginación interpreta un importante papel en el transporte de un sujeto a otros lugares y tiempos de su vida... tanto futuros como pasados.

Incluso entre aquellos que creen en la regresión temporal se discute a propósito del extremo hasta el cual es posible hacer retroceder a un sujeto. Algunos opinan que la regresión es válida incluso en relación con el período prenatal y que, a través de una hábil utilización de la hipnosis, se pueden evocar los recuerdos de la vida intrauterina del sujeto. Otros han llegado a afirmar incluso que la hipnosis es capaz de retrotraer al sujeto a una vida anterior, hipótesis esta que fue la base de los populares libros acerca de Bridey Murphy. La prensa ha publicado recientemente algunos reportajes a propósito de ciertos casos en los que los sujetos regresaron, a través de la hipnosis, a una existencia anterior. Uno de dichos casos se refería a la esposa de un ministro protestante que, súbitamente, empezó a expresarse en alemán a pesar de haberse asegurado que jamás en su *vida actual* había conocido esta lengua. Ha habido casos de norteamericanos nacidos en el extranjero que no sabían hablar su lengua natal y que consiguieron hacerlo al regresar hipnóticamente al punto de su infancia en el que todavía vivían en sus países de origen. Tras haber retrocedido en el tiempo, pudieron hablar el idioma según el nivel de sus años infantiles.

La lista de expertos y de estudios acerca de esta materia es interminable. Mientras trabajaba con John Nebel y Candy Jones en esta obra, me pase simultáneamente un año estudiando la hipnosis y, especialmente, la regresión temporal. Llegué a la conclusión de que el hecho de que la regresión se detenga a la edad de cinco años o a la de dos o bien consiga alcanzar hasta la vida intrauterina carece de importancia como no sea desde el punto de vista intelectual. A los fines de la exacta presentación del caso que nos

ocupa, creo que es justo afirmar que la regresión temporal, tanto si ésta consiste en la re-vivencia de un acontecimiento como si se trata de un recuerdo del mismo, constituye un hecho médico válido y demostrable. Al creerlo así, comparto la opinión de Lewis Wolberg, quien afirma en *Hypnosis: Is It for You?*: «El punto de vista más generalizado actualmente es el de que la regresión reproduce efectivamente un comportamiento previo en forma tal que excluye cualquier posibilidad de simulación. Mis propios estudios me han convencido de este hecho a pesar de que la regresión nunca es estacionaria. Constantemente se ve alterada por la intrusión de funcionamientos mentales correspondientes a otros niveles. ... A veces el paciente reacciona como si estuviera reviviendo una escena, exactamente tal y como sucedió, sin referencia alguna a acontecimientos posteriores de su vida. A veces reacciona como si estuviera juzgando un acontecimiento pasado desde su punto de vista actual.»

Wolberg sigue refiriéndose a la delgada línea divisoria que separa la auténtica regresión a acontecimientos pasados de la alucinación, al decir: «Las exageraciones dramáticas y los vividos adornos de la fantasía se entremezclan a menudo con las experiencias de la vida real. Estas invenciones no deben considerarse ingeniosas maniobras rechazables como tales, puesto que están motivadas por defensas y necesidades neuróticas...»

Existen algunos fragmentos de las cintas en las que se basa este libro que tal vez contengan elementos de alucinación o bien hayan sufrido la influencia de la vida actual de Candy Jones. Cabe señalar, sin embargo, que la alucinación no constituye un acto consciente por parte del sujeto. Es más, una de las pruebas más significativas de que se vale el hipnotizador para cerciorarse de que se ha alcanzado un profundo estado hipnótico consiste en la capacidad de crear alucinaciones en el sujeto. A un sujeto en profundo estado de hipnosis se le puede hacer creer que el vinagre es un vino exquisito, consiguiendo que se lo beba con satisfacción y que lo paladee y se relama los labios de gusto. Se puede hacer creer a un sujeto que es un perro, un elefante o cualquier otra cosa. (Los hipnotizadores teatrales suelen utilizar esta capacidad para divertir al público, lo cual no contribuye, desgraciadamente, a fortalecer la imagen de la hipnosis en su calidad de instrumento médico.) Yo mismo he sido hipnotizado hasta el extremo de ver alterada toda percepción

gravedad y densidad: nadaba en un agua que carecía totalmente de densidad y volaba hacia el sol poniente a lomos de un ganso sin la menor consideración de carácter gravitatorio. Esta experiencia hipnótica formaba parte de un seminario médico de Los Ángeles dirigido por el Instituto for Comprehensive Medicine, al que yo asistía como observador y en el que acabé actuando de sujeto voluntario. A pesar de su extraño carácter, la experiencia constituyó para mí un medio muy gráfico y personal de con ver time en un creyente, un creyente *auténtico*, en la capacidad de la hipnosis de alterar

la percepción y de inducir un comportamiento alucinatorio.

A pesar de haber alcanzado este nivel de creencia en la hipnosis y en la regresión temporal y a pesar de mostrarme totalmente de acuerdo con las citas de la obra del doctor Wolberg anteriormente apuntadas, he optado por hacer caso omiso de los buenos consejos de éste en el sentido de no desechar las «invenciones» resultantes de las alucinationes hipnóticas. Y he preferido, en su lugar, rechazar deliberadamente cualquier material de las cintas de Candy Jones susceptible de proceder de alucinaciones o bien de haber sufrido el influjo de su actual edad cronológica. En los puntos en los que he considerado necesario incluir parte de este material «dudoso», me he tomado la molestia de calificarlo de opinable en cuanto pudiera configurar o modificar el significado efectivo del material.

En el caso de Candy Jones, la mayor parte de las regresiones fueron espontáneas, es decir que John Nebel no la guió hacia otro lugar y época de su vida. En las ocasiones en que deliberadamente la dirigió hacia un lugar y época específicos, utilizó el que se considera el método clásico de establecimiento de la regresión temporal: la confundió, no permitiéndole descansar en un lugar y época de su elección. Por regla general, el sujeto suele molestarse ante esta incapacidad de detenerse y acepta de buen grado, en calidad de refugio, la fecha y el lugar que le sugiere el hipnotizador. En el caso de Candy, cuando se producía la regresión espontánea, era suficiente que Nebel le preguntara: «¿Dónde estás ahora?» Candy contestaba y Nebel podía entonces interpretar un papel en la escena a la que ella había retrocedido.

Resulta interesante observar que, de vez en cuando, el presente influía en la regresión induciéndola a elegir un determinado momento de su pasado correspondiente a un período similar de su vida actual. Al analizar las cintas me fascinó comprobar cómo, si una sesión hipnótica con John tenía efecto, por ejemplo, en determinada festividad o cercana a la misma, la regresión espontánea de Candy la llevaba algunas veces a aquella misma festividad de hacía treinta o cuarenta años. Ejemplo de ello fueron el Día de Acción de Gracias, Navidad y el Cuatro de Julio. El momento al que ella regresaba no siempre era exactamente el mismo momento en el que tenía lugar la sesión hipnótica, pero la diferencia jamás era superior a una semana.

El mes de julio de 1973, al igual que el de junio, produjo también trece cintas correspondientes a las sesiones que se efectuaron entre John y Candy. (En dichas cintas figura anotada únicamente la fecha de la sesión.) Muchas de ellas contenían regresiones a determinadas épocas de su infancia y fueron para Nebel tan inherentemente emocionantes como las cintas de junio.

En una de las cintas, grabada el 30 de junio de 1973, Nebel le preguntaba a Candy si podía acordarse de cuando tenía cinco años.* Tras establecer con ella que la localización era Wilkes-Barre, Nebel le preguntó si aquella época de su vida había sido dichosa o bien triste (añadió el adjetivo «triste» al verla esbozar una mueca ante la sugerencia de que hubiera sido una época dichosa):

—Es buena... —está diciendo Candy.

—¿Es tu madre cariñosa contigo o simplemente lo es tu abuela?

—Son unas señoras muy buenas —contesta Candy en voz de niño pequeño—. Ma-Ma ha salido a montar. ¿No las ves?

—Ah, sí.

(Candy empieza a reírse.)

—Mírala por dónde va. *(Se ríe con fuerza.)* Ése es Billy *(refiriéndose al caballo y sin dejar de reírse).*

* Cinta 57, Cara B.

En esta escena, en la que se está verificando una auténtica regresión, Muñeca se queja de que tiene frío. Nebel le aconseja que regrese a la casa por un jersey, pero ella se niega. Habla de su abuela y dice que ella es médico. Nebel le pregunta acerca de las diferencias entre la forma de tratarla de su madre y la de su abuela:

—¿Crees que tu madre te quiere tanto como tu abuela? (*Ella no contesta.*) Vamos, no le contaré a nadie lo que me digas.

—Me porto mal... Soy mala —confiesa Candy.

—Lo dice ella, ¿verdad? ¿Tu madre?

—Sí. Hago cosas malas.

—Pero tu abuela no cree que hagas cosas malas, ¿verdad?

—A veces. No cerré el establo.

—Hubieras debido hacerlo, ¿no es cierto?

—Sí —contesta Candy con voz chillona—. No hubiera debido entrar, pero entré para ver a Billy. Es viejo y le he dado la hierba.

—¿Sabes lo que vamos a hacer?

—¿Dónde está? —pregunta Candy refiriéndose a Ma-Ma.

—Me parece que ya vuelve. Ya la oigo.

(*Candy reconoce que también oye los cascos de Billy.*)

Nebel le hizo regresar después a la época en que contrajo matrimonio con él, y se produjo un diálogo acerca de su vida actual.

En otra sesión, grabada el 31 de junio de 1973, Nebel interpretaba el papel del *alter ego* de Candy.* Había empezado a hacerlo cuando no existía ningún papel definido para él en alguna regresión o bien cuando deseaba discutir algo con ella en su calidad de tercer interlocutor. A menudo, Candy y su *alter ego* (Nebel) terminaban hablando de John Nebel desde un distanciado punto de ventaja. En esta sesión Nebel la hizo retroceder a la infancia y le sugirió que pensara en recuerdos agradables:

—Soy un mono —asegura Candy.

—¿Que eres *qué*?

—Tengo un mono.

—¿Cómo se llama el mono?

—Mono. Es rojo.

* Cinta 54, Cara B.

Al principio de esta regresión a la infancia su voz es todavía la de la adulta Candy Jones. Ésta le explica a Nebel que el mono lo encontró en el paseo marítimo, refiriéndose evidentemente al de Atlantic City, pero después dice que no lo compró porque era demasiado pequeña para tener dinero. Al final, niega haber poseído jamás un mono. Pero esta vez empieza a hablar lentamente en tono infantil.

Nebel sigue interrogándola acerca de la actitud de su madre con ella, y Candy, que ahora se llama Muñeca, le habla de algunas de las cosas que tiene que hacer: ser buena, irse a dormir, no ensuciarse y procurar que no se le arrugue el vestido. Nebel le pregunta después acerca de sus amigas:

—No tengo ninguna. Conozco a Copo de Nieve.

—¿Y a quién más?

—No tengo amigas.

—¿No le gusta a tu madre que tengas amigas?

—No. (*Parece triste.*) No me permiten jugar con nadie más que con Copo de Nieve... (*Ahora se anima.*) Tengo mis libros. Tengo mi perro y mi gato. Son mis amigos.

A pesar de que algunas de las regresiones infantiles de estas primeras cintas eran más bien tristes, Candy reaccionó con interés y agrado al escuchar las correspondientes grabaciones. El hecho de escucharlas le hizo recordar conscientemente algunos acontecimientos olvidados, y con mucho gusto llenó los huecos para su marido, que ahora se había convertido en su hipnotizador. Nebel afirma, a propósito de estas primeras sesiones: «Si estas otras cosas no hubieran empezado a ocurrir, me hubiera mostrado satisfecho de todos modos de los efectos que estaba ejerciendo la hipnosis. Candy dormía mejor y eso era precisamente lo que yo había tratado de conseguir al hipnotizarla. Todo resultaba muy agradable.»

La información acerca del pasado de Candy que afloró en las sesiones hipnóticas iniciales, y todo lo que Nebel pudo averiguar a través de lo que ella le reveló en estado consciente, no revestía para él ningún significado especial. Se trataba de fragmentos del pasado sin relación alguna entre sí y sin ningún eslabón aparente que permitiera encajarlos en una contextura más vasta.

Nebel rechazó, por ejemplo, por no considerarlo interesante, el dato que Candy le comunicó relativo a su visita al doctor Gilbert Tensen en California, como parte de su labor por cuenta de la FBI. El interés de Nebel por este dato se despertó cuando Candy le mencionó que Jensen había querido hipnotizarla: «Yo le dije que no era posible —le explicó Candy a John—, y él me dijo que ya se había dado cuenta de ello al hablar conmigo.» Nebel sabía, a través de sus numerosas lecturas acerca de la hipnosis, que la mejor forma de tratar a un sujeto que afirma no poder ser hipnotizado consiste en mostrarse de acuerdo a este respeto y después en mostrarle al sujeto, para su información particular, cómo actúan los hipnotizadores.

—¿Te enseñó cómo te hubiera hipnotizado si te hubiera podido hipnotizar? —le preguntó Nebel.

—Pues me enseñó algunas cosas —repuso Candy—, pero ya sabía que no podría hipnotizarme.

Nebel esbozó una sonrisa. A pesar de haberle pasado a Candy algunas de las cintas grabadas mientras ella se encontraba en estado hipnótico, Candy no creía que *él* la estuviera hipnotizando. Y calificó dichas regresiones de simples sueños en cuyo transcurso había hablado en voz alta.

Otra información fundamental facilitada por Candy y rechazada por Nebel estaba relacionada con el imaginario club de amiguitos que ella se había inventado durante sus solitarias horas infantiles en Wilkes-Barre. A Nebel, al igual que a ella, le hicieron gracia las descripciones de los miembros del club y ambos se rieron al referirse Candy a cómo Dorothy, que ella pronunciaba «Dot-ti», se andaba peleando siempre con Arlene que, según Candy, era la más fuerte y mandona y trataba siempre de imponer su dominio en el club. Y después estaba Willy, el único niño del club, que siempre pataleaba cuando no podía salirse con la suya.

—¿Y qué me dices de Pansy? —preguntó Nebel.

—Era muy tranquila y simpática —repuso Candy.

Todos los niños se inventan compañeros de juegos imaginarios en determinadas fases de su vida. Nebel lo sabía y se había imaginado por ello que su esposa había sido una niña normal que se había creado un mundo propio para compensar las restricciones, insólitamente severas, que le había impuesto su madre.

Este fragmentario conocimiento de la historia de su esposa empezó a adquirir una obligada perspectiva durante la primavera de 1973, al aparecer otra persona en el mundo de Candy y John Nebel. No se puede especificar la fecha exacta de la primera aparición de este nuevo ser, porque no se hizo ninguna grabación y porque ocurrió en forma tan rápida e inesperada que Nebel no pudo hacer otra cosa más que tratar de hacer frente a las dificultades del momento. Además, éste tardó algún tiempo en comprender que se las estaba habiendo con otra personalidad distinta, dado que, cuando se produjo la primera aparición, supuso que se trataba de un simple cambio de humor de aquellos a los que Candy era tan propensa. Aquella voz extraña, helada y antagonística, fue como un cuchillo oxidado que cortara la calma del apartamento.

«Lo que primero me hizo comprender que se trataba de un episodio distinto de los anteriores fue el hecho de que la Voz me hablara y permaneciera a mi alrededor —dice Nebel—. Con anterioridad, no había observado más que algún comentario, una mirada o algunos segundos de mal humor. Cuando por primera vez me vi en la necesidad de tener que tratar con ella, fue como si otra mujer se hubiera introducido subrepticamente en mi casa y quisiera fastidiarme a la manera en que suelen hacerlo en mi programa los invitados un poco pendencieros.»

El primer contacto de Nebel con la Otra Mujer en el transcurso de una sesión hipnótica tuvo efecto a principios de junio de 1973, antes de haber instalado el magnetófono en el dormitorio, y Nebel lo describe de memoria:

«Le pregunté que dónde estaba. Ella me dijo que estaba en mi despacho. Yo le dije que *eso* ya lo sabía y que no hacía falta que me dijera que estaba en mi despacho. Después le pregunté quién era yo. Me contestó, con aquel tono de voz despectivo que ya le había oído otras veces, que, si no sabía quién era yo, entonces ¿por qué estaba ella allí? Me sentía francamente confuso. No sabía de qué despacho me estaba hablando, dónde estaba éste y quién demonios se imaginaba ella que era yo. Candy estaba hablando directamente *conmigo* en estado hipnótico y yo trataba de averiguar con

quién creía que estaba hablando.

»Le dije que trataba simplemente de poner a prueba su memoria. Ella se rió con aspereza y me dijo que yo era el doctor Jensen. Le pregunté que si era la primera vez que acudía a mi despacho y me contestó

que ya *sabía* yo que no era la primera vez. Me hablaba como si fuera un estúpido, cosa que probablemente me tenía bien merecido a juzgar por lo que ella estaba experimentando. Le pregunté que dónde estaba ubicado mi despacho. Volvió a mostrarse muy despectiva conmigo por el hecho de dirigirle una pregunta tan estúpida pero, al final, me contestó que en Oakland, California.

»Le pregunté qué estaba haciendo en mi despacho. Me contestó que había acudido allí para que le administrara la inyección de vitaminas. Le pregunté que cómo se llamaba. Eso la puso francamente fuera de quicio y se enojó diciéndome que menuda cara la mía por preguntarle eso. Después me preguntó a su vez que cómo me llamaba yo. Le contesté que Jensen. Entonces volví a preguntarle su nombre: —Arlene —contestó. Le pregunté que cómo se apellidaba: —Grant —repuso. Le pregunté que dónde había nacido: —En Wilkes-Barre, Pennsylvania —dijo.

»Después le pregunté que si conocía a Candy Jones: —Pues claro —contestó—. Es débil. Carece de fuerza.

»Y eso fue todo. La saqué del estado hipnótico y me miró con la dulzura que es propia de ella diciéndome:

»—John, ¿qué ha ocurrido? ¿Te has despertado?»

Fue después de esta sesión cuando Nebel acudió a Irving Miller, de la Bryce, y compró el magnetófono TC-142.

El primer diálogo grabado entre John Nebel y Arlene Grant, la imaginaria compañera infantil de juegos de Candy, tuvo efecto a finales de junio de 1973, a pesar de no figurar ninguna fecha anotada en la cinta. Sólo tras pasarme varios días analizando las transcripciones pude estable-

cer que esta cinta había sido la primera de la serie.* La sesión entre Nebel y Arlene duró veinte minutos y sólo uno o dos minutos estuvieron dedicados a material personal, sin la menor significación. Con posterioridad a esta sesión, John indujo en Candy otro estado hipnótico y se enzarzó con ella en una conversación de diez minutos acerca de Arlene. La siguiente transcripción corresponde a estas dos importantes sesiones, condensadas en lo posible sin perder o alterar el material. Ruego una vez más al lector que tenga en cuenta que dicha transcripción, al igual que todas las demás que se reproducen en este libro, no refleja con precisión absoluta el tono y el ritmo de las sesiones. En la transcripción original se registran numerosas pausas de larga duración, respuestas inconexas y laboriosos intentos de obtener una respuesta a determinadas preguntas.

Poco antes de poner en marcha el magnetófono, y al darse cuenta de que estaba hablando con Arlene, Nebel le preguntó a ésta si era una persona fuerte. A continuación puso en marcha el aparato:

—Sí, soy fuerte —contesta ella.

—¿Cómo estás?

—No muy bien.

—¿Qué ha ocurrido?

—Está enojada.

—¿Quién?

—Candy.

—Hacía mucho tiempo que no sabía de ti, Arlene. ¿Dónde has estado?

—Esperando.

—Esperando ¿qué?

(Arlene contesta tras repetidos intentos de Nebel de obtener una respuesta.)

—La partida.

—¿A dónde quieres ir o a dónde quieres que vaya Candy?

—Es *ella* la que se va a ir —contesta Arlene en tono despectivo.

—¿Y a dónde se va a ir, Arlene?

—Adonde yo la mande. Adonde *nosotros* la mandemos.

* Cinta 16, Cara A.

—¿Quiénes somos nosotros?
 —Tú... yo...
 —¿Y quién más?
(Arlene en tono de oscura amenaza.)
 —No hace falta nadie más —replica.
 —¿Y por qué iba yo a querer enviarla a algún sitio?
 —Ya te oigo, ya te oigo... Te conozco.
 —Pues claro que me conoces. Sabes cómo me llamo, ¿verdad?
 —John.
 —¿Cómo es posible que hayas venido esta noche y a esta hora?
 —Ella es débil.
 —¿En qué sentido es débil, Arlene?
 —No ha sabido *conservarme* oculta.
 —Tú sabes que la quiero, ¿verdad?
 —No.
(Nebel trata de conseguir que le explique por qué considera que él no ama a Candy. Al final, Arlene reconoce que Nebel ha tratado bien a Candy.)
 —Ella es débil. Tendré que intervenir yo. *(Él le pregunta en qué forma va a intervenir.)* Ocuparé su puesto durante algún tiempo.
 —¿Crees que tienes ese derecho?
 —A ella le duele el estómago.
(Nebel le sigue dirigiendo a Arlene toda una serie de preguntas, pero ésta no le hace caso y se limita a hacer afirmaciones. Al final, él le pregunta que si le gusta Candy.)
 —Qué remedio. Estoy asociada con ella. ¿De qué otro modo podría manifestarme?
(Nebel trata de que le diga por qué desea manifestarse. Ella suspira mucho y se despereza sin hacer caso a sus preguntas. Al final, contesta.)
 —Porque es muy aburrido... no hacer nada.
 —¿No crees que Candy hace muchas cosas?
 —Está enojada.
 —¿Crees que tienes derecho a entremeterte en su vida?
 —Cuando ella se muestra débil, yo puedo manifestarme —
 contesta Arlene en tono despectivo.
 —¿Cuál sería, en tu opinión, una demostración de fuerza por

parte de Candy?

—Nada de lágrimas, nada de toda esta basura. (*Habla en tono hastiado.*)

—¿Lloraba alguna vez cuando era pequeña?

—Cuando *yo* estaba allí, no.

—¿Sabes si lloraba cuando tú no estabas?

—Era débil —vuelve a contestar, despectivamente—. Lloraba sola, *sola*. Se sentía *solitaria*. (*En tono sarcástico.*) Quería tener *amigos*.

Nebel encauzó después la conversación hacia el doctor Gilbert Jensen. En el transcurso de anteriores sesiones, había podido deducir que Jensen había tenido algo más que ver con la vida de Candy, aparte lo que ésta le había inducido a creer anteriormente. Ahora Nebel le preguntó a Arlene si Jensen le había hecho algún daño a Candy:

—Se lo hice *yo...* *Nosotros* no te gustamos. No te gusta ninguno de nuestro grupo.

—¿Te refieres a Willy y a los demás?

—Eso no es para ti.

—¿Qué es lo que no es para mí?

—Las tonterías. *Estas* tonterías. Tú *me* calificas de tontería.

(*Nebel encauza de nuevo la conversación hacia el doctor Jensen y le pregunta a Arlene si Jensen le hizo a Candy algún daño.*)

—Ella ni siquiera sabía lo que le estaba haciendo. Creía que era un médico que pretendía ayudarla.

—¿Y qué creías tú que estaba haciendo?

—Liberándome a *mí*.

—¿Qué método utilizó para conseguirlo?

—Inyecciones.

(*Candy le había dicho a John en una ocasión anterior que el doctor Jensen le administraba inyecciones de vita-fninas cuando ella visitaba su consulta. Nebel le pregunta a Arlene si las inyecciones a que se refiere eran de vita- minas.*)

—Sí lo eran. Y me dieron fuerza para poder manifestarme.

—¿Cómo sabes que eran vitaminas?

(*Nebel siempre había sospechado de aquellas inyecciones*

porque, según Candy, habían sido administradas por vía intravenosa y no ya intramuscular en el brazo o las nalgas.)

—No lo eran [vitaminas]. Lo eran [vitaminas] para ella.

—Pero tú sabías que no.

—Yo sabía que no. (*En tono enojado y haziado.*) Yo escuchaba.

Nebel planteó después otra cuestión en relación con el doctor Jensen. La cuestión había emergido del material que se había acumulado en el transcurso de anteriores conversaciones mantenidas en estado consciente y en estado hipnótico y que, a lo largo de los últimos meses, había sido causa de creciente tensión entre ambos. La cuestión tenía que ver con la aparente desconfianza e incluso odio de Candy hacia determinado número de personas, y especialmente hacia los grupos étnicos. Candy era, por otra parte, una persona sin prejuicios. Sin embargo, algunas veces los sentimientos que expresaba en relación con dichos grupos no estaban en consonancia con lo que Nebel había averiguado acerca de ella a través de sus observaciones cotidianas. En cierta ocasión, mientras la interrogaba a este respecto en estado consciente, Candy se había referido a Jensen. No había acusado a Jensen de nada, pero el hecho de que le mencionara en el contexto de aquella discusión indujo a Nebel a preguntarse qué papel habría podido interpretar Jensen en aquella extraña faceta del comportamiento de Candy:

—¿Crees que él la indujo a odiar a muchas personas?

—A todo el mundo —contesta Arlene riéndose—. Éste era el plan.

—¿Ése era el plan de Jensen? ¿Es eso lo que quieres decir?

—La mantenía apartada de la gente. (*Se vuelve a reír.*)

—¿La indujo a odiar a la gente?

—No a odiar a la gente sino a *evitarla*. *Evitar* las relaciones.

—¿Por qué ha utilizado Candy palabrotas para referirse a ciertos grupos étnicos?

—Ella no blasfema.

—Yo no he dicho que blasfemara. Ella no blasfema, ¿verdad?

—En realidad, no —reconoce Arlene, bostezando—. No dice palabrotas.

—Yo me refiero a la utilización de palabras despectivas para designar a los distintos grupos étnicos. ¿Le enseñó él a hacer eso?

—No sé qué quiere decir.

—¿Vas a dormirte ahora?

—Si lo hago, es posible que no esté aquí cuando despierte.

—¿Dónde estarás entonces?

—Ella intentará ocultarme... Yo quiero salir... Mirar hacia arriba... hacia arriba, hacia arriba, hacia el cielo.

—¿Sabes que su madre está enferma?

—Se está muriendo. Ella lo sabe. No quiere reconocerlo.

—¿Era buena su madre con ella cuando era una muchacha?

—Debes estar bromeando —replica Arlene soltando un bufido—. Sabes que no lo era.

—Yo no estaba allí. ¿Crees que su madre era mala con ella?

—La criticaba constantemente, constantemente... Le destrozaba el espíritu. De eso se trataba. Destrozarla, destrozarla... Su madre lo hacía; Harry [Conover] lo hacía. Yo lo observaba. No estaba con él, pero lo observaba.

—¿Te gustaba Harry?

—Si hubiera podido manifestarme, yo...

—¿Qué hubieras hecho?

—Lo hubiera asustado.

—A *mí* jamás me has asustado.

—Pero a *él* lo hubiera asustado.

Nebel decidió poner término a la sesión y le dijo a Arlene que apoyara la mano sobre el panel de madera que había al lado de la cama. Una noche había descubierto accidentalmente este método de dar por finalizadas las sesiones hipnóticas. En la creencia de que rozando la pared del lado de la cama, Candy se sentiría confiada y podría regresar al presente, había guiado la mano de ésta hacia la pared y la había restregado contra la misma. El procedimiento resultó eficaz y se convirtió en el método habitual utilizado por Nebel a partir de aquel momento para poner término a las sesiones, sobre todo cuando éstas empezaban a adquirir un sesgo difícil o peligroso. Más tarde Nebel hizo construir un pequeño cuadrado de aquel mismo revestimiento de madera para que Candy lo pudiera llevar en el bolso y lo pudiera utilizar fuera de casa.

Ahora le preguntó:

—¿Notas la pared, Candy?

La voz se despojó dramáticamente del tono profundo y desabrido de Arlene y adquirió el que era propio de Candy. Ésta se incorporó en la cama y empezó a hablar con él como si nada hubiera ocurrido.

La segunda sesión grabada en la cinta tuvo efecto aquel mismo día, algo más tarde. Tras inducir en Candy el estado hipnótico, Nebel aguardó a que ésta empezara a hablar, con la esperanza de que retrocediera espontáneamente a aquella parte de su vida susceptible de arrojar nueva luz sobre su segunda personalidad. Candy empezó a hablar en susurros diciéndole que no debía escuchar algo o que no debía escuchar a alguien:

—¿Qué es lo que no debo escuchar?

—A esa mujer que trata de manifestarse y decirte tonterías.

(Nebel refuerza el estado hipnótico repitiendo las palabras «más profundo, más profundo, más profundo».)

(Candy habla con voz soñolienta, casi como si estuviera intoxicada.)

—Está intentando abrirse paso. Lo sabes, ¿verdad?

—No, ahora no va a salir.

—No —repite Candy con firmeza—, no saldrá.

—Porque tú eres más fuerte —le explica John.

—Sí, lo soy. *(Gime.)* No puedo seguir luchando así, ¿comprendes? Estoy cansada de luchar. Ya no puedo luchar *(cansada, molesta)*. Va a hacer... que lo deje.

—¿Quién va a hacer que lo dejes?

El doctor Jensen —contesta Candy en tono vacilante.

—¿Qué te va a hacer?

—Él no tendrá que hacerme nada; va a hacer que lo haga yo misma. Que lo deje.

—Dejar ¿qué?

—No lo sé, lo que él diga.

—¿Te dijo él que tenías que dejarlo?

—No. Dijo que, si alguna vez tenía que hacerlo, él lo arreglaría para que pudiera hacerlo.

—Cuando dices «dejarlo», ¿te refieres a quitarte la vida?

—Él no dijo que fuera eso. Se limitó a decir... Estoy segura de que era eso lo que quería decir... creo.

—¿Te interesa el doctor Jensen? ¿Crees que te ha hecho algún beneficio?

—Creo que me ha hecho daño —exclama Candy como una niña—. Antes pensaba que me había hecho un bien pero ahora ya no lo pienso. Quería que bajara y me arrojara desde aquella roca.

—¿Eso te dijo?

—Dijo que sería muy bonito porque a mí me gustaba lo de allí abajo.

—¿Arrojarte desde una roca?

—Dijo que era mejor marcharse... ¿A qué esperar?

—Eso es lo que te aconsejó, ¿verdad?

—No. Dijo que cuando uno es desgraciado...

(Nebel prosigue diciéndole a Candy que el dominio que Jensen pudiera ejercer sobre ella ya ha terminado. Ella se muestra de acuerdo.)

—Ni siquiera sé si está todavía por ahí. A lo mejor ha muerto. El otro día lo llamé.

—¿Llamaste a California? —le pregunta Nebel, preocupado.

—Sí.

—¿Qué ibas a decirle?

—Iba a hablar con él... Quería su número telefónico.

—¿E ibas a hablar con él?

—No. Quería su número de teléfono y su dirección por si alguna vez iba por allí.

—¿Qué hubieras hecho si hubieras ido por allí?

—No hubiera acudido a verlo pero... mi último recurso hubiera sido ponerme en contacto con él. *Yo* no lo haría. Haría que él ... me hiciera escuchar sonidos mortales ... aunque me ha hecho mucho daño. No es mi amigo. En realidad, jamás me gustó. Jamás fuimos amigos.

—Él jamás fue tu amigo.

—Tiene cosas ... Tiene que decirme cosas ... Tiene que decirme que invierta las cosas ... *(Empieza a inquietarse profundamente.)* Cómo voy a ... Me dijo muchas cosas ... Ni siquiera sé lo que me dijo ... Tiene que haber otras muchas cosas.

En este momento se produjo una discusión de unos treinta segundos en cuyo transcurso Candy, refiriéndose a Nebel en tercera persona, murmuró que éste le hablaba de las cosas malas que ella hacía. Y terminó diciendo que Nebel la acusaba de odiar a la gente.

—¿No te lo dijo Jensen [que odiaras a las personas]?

—Sí, pero no voy a hacer lo que él me dice. Procuro no hacerlo. (*Muy animada.*) Tú no sabes... la de cosas que me dice. ... Las recuerdo constantemente... y las digo, pero ya no las hago. Es una cosa terrible y duele físicamente... Lucho contra él, lucho contra él y eso me va a matar.

—No ocurrirá tal cosa porque John va a salvarte.

—¿Podrá hacerlo?

—Siempre y cuando tú te lo metas bien en la cabeza: John es el único hombre que puede salvarte. ¿Y por qué piensas tú que va a salvarte?

—Porque se preocupa por mí.

—Porque te quiere.

Pocos minutos después, y esperando que Candy haya sido convencida, Nebel refuerza la hipnosis y sugiere a Candy que inhale el perfume de las lilas y piense en los frescos prados. Y ella recuerda:

—Teníamos unas lilas blancas y púrpura que aplastaban la casa.

Después se sumió en el sueño natural.

Desde aquellas primeras sesiones, John y Candy han estado viviendo una cotidiana y agotadora aventura en su intento de descubrir la verdad acerca de la vida pasada de ésta. Las sesiones resultan demoledoras, pero a veces constituyen también un motivo de alborozo cuando, súbitamente, se descubre alguna información mediante la cual se puede situar en perspectiva la información de que ya se dispone. Durante aquellos primeros días de junio y julio de 1973 hubo más preguntas sin respuesta que con ella. Pero Nebel consiguió, por lo menos, conocer la causa de los cambios de personalidad de Candy en el transcurso de los primeros días de su matrimonio. La culpa la había tenido Arlene, que había conseguido

asomarse. En el transcurso de una sesión hipnótica, Nebel le preguntó a Arlene acerca del día y de la noche de bodas:

—¿Estuviste en la boda cuando se casó con John?

—¿Que si estuve en la boda? ¿Acaso no me viste?

—¿Cómo iba a verte?

—Estaba allí mismo.

—¿Vas a decirme acaso que John se casó contigo en lugar de hacerlo con Candy?

—Desde luego que no. Pero yo estaba allí de pie detrás de la silla.

—¿Y estuviste también en el hotel durante su primera noche de casados?

(Arlene se limita a reírse.)

—Sabes que se fueron al Drake.

—Ah, ¿sí? ¿De veras? —contesta, divertida.

—Estabas allí, ¿verdad?

—Bueno, ¿acaso no lo sabes? —se burla ella.

—Tú eres muy distinta a como es ella, ¿verdad?

—Sí, a Dios gracias. Ella sigue interpretando el papel de la Rebecca de la Granja Suunybrook.

(Arlene empieza a cansarse de las preguntas. Ambos se enzarzan en un diálogo acerca de si él la está sometiendo a interrogatorio.)

—¿Estabas tú en el Hotel Drake la noche en que se casaron? ¿En su noche de bodas? ¿Estabas en la habitación?

—Han ocurrido tantas cosas...

—Contesta claramente a la pregunta. ¿Recuerdas cuando él le dijo: «Eres muy extraña.» ¿Eras tú?

—También se lo dijo al día siguiente.

—¿Eras tú?

—Pues, claro que era yo —reconoció, riéndose.

Las primeras sesiones con Arlene resultaron muy fructíferas y le facilitaron a Nebel el tema para muchas preguntas de ulteriores sesiones. Lo más importante para éste era el enigma del doctor Gilbert Jensen. Cuando le preguntaba a Candy en estado consciente alguna cosa acerca de Jensen, ésta apenas podía facilitarle detalle

alguno. Recordaba haberlo visitado en Oakland durante aquel primer viaje por cuenta de la CIA pero casi nada más. Al parecer, no recordaba lo que había ocurrido en el despacho de éste o bien fuera del mismo inmediatamente después de las visitas allí realizadas.

No obstante, las piezas del rompecabezas fueron encajando una a una, ofreciéndole a Long John Nebel una inquietante y turbadora imagen de comportamiento satánico por parte del doctor Jensen. Y siempre, oculta en el cerebro de Nebel, perduraba la observación de Candy en el sentido de que había llamado al doctor Jensen el otro día. El hecho de que siguiera en contacto con él, incluso tras su matrimonio con John Nebel, significaba que el dominio que Jensen ejercía sobre ella seguía subsistiendo.

El despacho de Oakland

Las circunstancias que rodearon la primera visita de Candy al despacho del doctor Jensen en Oakland, así como sus sucesivas visitas al mismo pudieron conocerse en el transcurso de toda una serie de sesiones hipnóticas entre ella y su esposo. El material acerca de Jensen y de todo lo que ocurrió entre éste y Candy no afloró hasta el verano de 1975. La principal dificultad en relación con la obtención de este material estribaba en el hecho de que Candy Jones había sido programada por Jensen de tal forma que *no* recordara, y la programación estaba resultando terriblemente eficaz.

Candy recuerda conscientemente el día de su primera visita al despacho de Jensen, tras haber cenado con éste la noche anterior, si bien el natural paso del tiempo ha borrado los recuerdos de ciertos detalles sin necesidad de programación por parte de Jensen. No recordaba, por ejemplo, la calle en la que se hallaba ubicado el despacho, porque siempre había sido conducida allí en automóvil. Sólo tras repetidas sesiones con Nebel pudo recordar finalmente que el despacho de Jensen se encontraba en una calle que tenía

nombre de árbol. Al final, reveló bajo hipnosis: «La calle del Ciprés».

El edificio descrito por Candy era una estructura de ladrillo de dos plantas. Tres peldaños conducían a una puerta de madera. El edificio carecía de número y no se observaba en él placa alguna en la que se indicara la presencia de un médico. A su lado se levantaba una vetusta casa de tres plantas pintada de verde, y toda la zona ofrecía, en general, un aspecto descuidado.

Dentro había una pequeña sala de recepción escasamente iluminada, con una mesa y dos sillas de respaldo recto. Encima de la mesa se observaban unas revistas, algunas de ellas de más de un año de antigüedad. De sus cubiertas se habían arrancado cuidadosamente las etiquetas de las direcciones.

Gilbert Jensen acompañó a Candy a su despacho, que era también muy pequeño. Candy se acomodó en una silla frente a un sencillo y pulcro escritorio de madera, mientras Jensen tomaba asiento. Una silla de la misma clase que la suya se encontraba vacía a su lado. Pesados cortinajes cubrían la ventana que Candy sabía que daba a la calle, y una librería empotrada revestía toda la pared. Los estantes situados directamente a la espalda de éste sólo contenían una lámpara en forma de gancho en la que brillaba una bombilla sin pantalla. Las estanterías de ambos lados contenían, al parecer, obras médicas de referencia. Candy se sorprendió de su reducido número. Observó entre ellos un diccionario Webster. A su derecha colgaba un gran espejo de pared. La estancia no estaba iluminada más que por la bombilla que se encontraba a la espalda de Jensen. Había sobre el escritorio una lámpara de sobremesa, apagada al igual que la lámpara de pared, instalada junto al espejo.

—¿Le molesta la luz? —preguntó Jensen al percatarse de que

Candy parpadeaba a causa de su resplandor.

—Sí, es muy fuerte.

Jensen torció un poco la lámpara hacia abajo pero, como es lógico, ello no sirvió de nada, porque la bombilla carecía de pantalla. Jensen no se ofreció a apagarla y a encender otra de las lámparas con pantalla.

—¿Le gustaría ver el resto del consultorio? —preguntó.

Ella dijo que sí y Jensen la acompañó a su «sala de examen». Tal como suele ocurrir en el caso de este tipo de salas, se trataba de una estancia pequeña y escasamente amueblada. Una elevada mesa de exploraciones parecía colocada en su centro, cubierta por una sábana blanca y, adosado a la pared, podía verse un armario blanco cuyo contenido resultaba invisible a causa de las cortinas opacas que cubrían los cristales de las puertas. Había una pequeña silla de respaldo recto y nada más. A Candy todo aquello no le causó muy buena impresión, pero no lo dijo.

Regresaron al despacho y Candy se acomodó, un poco ladeada en la silla, para evitar la luz directa de la bombilla. Jensen se inclinó hacia adelante apoyando los codos sobre el escritorio.

—Bueno, Candy, sigamos desde donde quedamos anoche.

A Candy no le apetecía seguir contándole detalles de su vida privada y profesional. Durante la cena de la noche anterior, había hablado abiertamente de su matrimonio con Conover, de sus hijos, de sus problemas profesionales y de la creciente sensación de fracaso que le estaban inspirando todos los aspectos de su vida. Jensen la había escuchado atentamente, interviniendo en el monólogo sólo cuando parecía que este empezaba a decaer o bien cuando a él le interesaba indagar acerca de alguna otra faceta de la vida de Candy. En aquel despacho, sin embargo, Candy experimentaba el deseo de interrumpir la conversación y de regresar al hotel.

La violencia de la situación resultaba aparente y la enfurecía por mucho que ella se esforzara en disimular sus sentimientos. De haberse tratado de una simple conversación entre dos viejos amigos, tal vez se hubiera comportado de otro modo. Pero, en realidad, se trataba de una implícita relación comprador-vendedor; es decir, de una entrevista de tipo laboral. Jensen no había mencionado la posibilidad de que ella trabajara por cuenta del

desconocido organismo gubernamental al que inicialmente se había referido el general, pero Candy sabía que dicha posibilidad constituía el motivo principal de su visita a aquel despacho. Le resultaba embarazoso ir directamente al grano y por esta causa siguió contestando a las preguntas.

—¿Cómo fue su infancia? —le preguntó Jensen.

—Solitaria.

—¿Y eso?

Candy se reclinó en su silla y se refirió a su época en la Avenida Carey, de Wilkes-Barre. Él la escuchó con aire impasible, asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Sólo cuando ella le habló de su imaginario club de amigos pareció mostrar cierto interés y la instó a que siguiera hablándole de Pansy, Arlene, Dot-ti y Willy, interrogándola con detalle acerca de cada uno de estos personajes.

—Eran imaginarios —dijo Candy riéndose—. Una tontería, supongo.

—Todo el mundo tiene amigos imaginarios en determinadas épocas —dijo él, riéndose también.

—Lo sé —Candy respiró hondo—. ¿Podría usted decirme algo acerca de la clase de trabajo que podría hacer para... bueno, para quienquiera que esté en relación con usted?

—¿Para la unidad?

—Pues no lo sé. El general me dijo que usted me informaría.

—Ya habrá tiempo para eso, Candy.

Se pasaron una hora conversando bajo la dirección de Jensen. Éste se detuvo especialmente en el imaginario club de Wilkes-Barre y Candy empezó a impacientarse. Ya era la una del mediodía y tenía intención de regresar a Nueva York aquella noche.

—Me parece que tengo que irme —dijo Candy.

—Quisiera seguir hablando con usted un poco más —dijo Jensen—. Quisiera que me informara acerca de ciertos hechos.

—¿Qué clase de hechos?

—Bueno, hechos relacionados con sus costumbres. Por ejemplo, me imagino que debe usted salir mucho, ahora que se ha divorciado.

—¿Salir? —preguntó ella, sonriendo al escuchar esta palabra.

—Sí —repuso Jensen, corroborando su afirmación con una sonrisa—. A fiestas. Me imagino que debe usted asistir a muchos cócteles.

—No, no es cierto. Asisto a muy pocas fiestas.

—Pero, en cambio, viaja usted mucho.

—Sí, a causa de mi trabajo. Pero no alterno mucho en sociedad, ni en Nueva York ni en otros lugares.

—Podríamos trabajar con usted de vez en cuando, Candy, si usted nos prestara sus servicios durante sus viajes.

—¿Qué clase de servicios?

—Transmitir algún mensaje de vez en cuando. Nada más.

—¿Me pagarían a cambio?

—Eso también lo arreglaríamos. Y, como es lógico, se le pagarían todos los gastos.

—Desearía que se me pagara algo más que los simples gastos.

—¿Qué ha ocurrido con aquella superpatriota que conocí en el Pacífico Sur?

—Sigue existiendo. Me gustaría ser útil. Pero es que también necesito dinero. Mis hijos están estudiando en colegios privados y eso es muy caro. Tengo que mantenerles no sólo a ellos sino también a mi madre y a mí misma.

—Lo comprendo. La estaba tanteando. Me han asegurado que sus motivos seguían siendo muy nobles.

—¿Quién se lo ha asegurado?

—Varias personas.

—¿Ha sido el general Sims una de ellas? (Un general de las Fuerzas Aéreas apellidado Sims 4 había intimado mucho con Candy durante el período de la posguerra en que ésta había colaborado en los programas de reclutamiento de la Fuerza Aérea.)

Jensen esbozó una sonrisa, pero no contestó.

—Ahora sí debo irme —dijo Candy.

—Lo comprendo. Seguiremos la próxima vez que venga usted por aquí. Pero me gustaría que rellenara un impreso. Tendremos que prepararle un pasaporte.

—Ya tengo pasaporte.

—Lo sé. Pero habrá veces en que será necesario que viaje usted bajo nombre falso.

—¿Por qué? Yo creía que el trabajo podría llevarlo a cabo durante mis viajes profesionales.

4 Sims es un nombre ficticio.

—Así es. Es posible que su trabajo la lleve hasta California, pero también podríamos enviarla al extranjero como parte de su viaje. Y entonces esta fase del viaje la llevaría usted a cabo utilizando un nombre falso.

—Todo eso me suena muy de capa y espada.

—Pues no lo es —dijo él sindevolverle a Candy la sonrisa—. Ya le he dicho que lo único que tendría que hacer sería transportar algún mensaje de vez en cuando. Nada más.

Candy afirmó que le agradaría hacerlo y le pidió a Jensen el impreso. Éste abrió un cajón de su escritorio y sacó una hoja de papel.

—Aquí lo tiene —dijo—. Tenga la bondad de rellenarlo.

Todo empezó para Candy rellenando un simple impreso. Ya estaba *dentro*; se había unido a los miles de norteamericanos que han ofrecido sus servicios a lo largo de los años a una minoría de «unidades» como la que dirigía el doctor Gilbert Jensen. La unidad de Jensen, al igual que todas las demás, había sido organizada y dependía de la Agencia Central de Inteligencia, es decir, de la CIA o «la Compañía», tal como siempre se la llama. Al igual que en el caso de todos los ciudadanos que trabajan con dedicación parcial por cuenta de la Compañía, el papel desempeñado por Candy se mantendría en secreto y no figuraría siquiera en la sección de archivos del cuartel general de la CIA, situado en Langley, Virginia. Su único contacto sería Gilbert Jensen, su «agente supervisor». Su nombre no figuraría en la nómina del personal autorizado de la CIA, cuyo número supera actualmente el de las dieciséis mil personas. Victor Marchetti y John D. Marks, en su éxito editorial *La CIA y el Culto del Espionaje*, se refieren a este tipo de trabajo con dedicación parcial: «Los individuos particulares ligados bajo contrato a la agencia —o bien en contacto confidencial con ésta—, en relación con una amplia gama de cometidos, que no sean los de actuar como soldados o espías, se hallan excluidos del número total de personal y en ningún lugar se conservan archivos completos acerca de su labor.»

En el caso de Candy, sin embargo, iba a desarrollarse con Jensen y su unidad de la CIA una relación mucho más compleja que la que suele darse en el caso de la mayoría de los agentes secretos. El alcance de su colaboración *consciente* estribaba en su

voluntad de transportar mensajes. A partir de este punto, Candy se convirtió en una desvalida víctima de Jensen y del proyecto, altamente secreto de la CIA, con el cual éste se hallaba relacionado; y todos los acontecimientos que se registraron en su despacho tras la firma del impreso por parte de Candy tuvieron por finalidad la puesta en práctica de las maquinaciones de dicho proyecto.

Se observa en las cintas cierta confusión a propósito de cuándo tuvieron efecto estos sucesivos acontecimientos. A pesar de que las cintas grabadas en el transcurso de las sesiones hipnóticas con Nebel indican que la mayor parte de estos acontecimientos se produjeron durante la visita inicial de Candy a Jensen, se dispone de material contradictorio en el que se apunta la posibilidad de que dichos acontecimientos se distribuyeran a lo largo de todo el período que abarca las primeras *tres* visitas de Candy al despacho de Oakland, la primera de las cuales se efectuó en noviembre de 1960 y las otras dos a finales de 1960 y a principios de 1961. He optado por suponer que estos significativos acontecimientos tuvieron efecto a lo largo del tiempo total que Candy pasó con Jensen en ocasión de los tres encuentros iniciales.

Tras haber rellenado Candy el impreso, Jensen le dijo a ésta que se situara de pie junto a la pared y se quitara los zapatos. A ella le hizo gracia y lo observó todo con incredulidad mientras Jensen desenrollaba un papel marrón de envolver que tenía fijado cerca del techo y procedía a trazar su silueta sobre el mismo, utilizando una pluma de grueso trazo negro. Candy lucía un traje holgado y se preocupó al observar que la silueta la hacía parecer más gruesa de lo que era. (Este elemento de vanidad afloró en el transcurso de una sesión con Nebel, en la que retrocedió a su primera visita al despacho de Jensen. Nebel pudo provocarle esta regresión varias veces, y buena parte del material relacionado con esta fase inicial de la colaboración de Candy con la CIA se obtuvo durante estas sesiones.)

La siguiente fase del «procesamiento» de Candy por parte de Jensen estuvo centrada en el imaginario club de amigos que ella se había inventado cuando niña. Jensen le preguntó qué nombre falso deseaba utilizar en su pasaporte:

—Pues no sé. Elíjalo usted —contestó ella.

—Preferiría que lo escogiera usted. Tendría que ser un nombre con el que usted se sintiera a gusto y al que pudiera reaccionar con

rapidez.

—Bueno, pues ¿qué le parece Arline? —sugirió Candy—. Es mi segundo nombre.

—¿No era éste el nombre de una de sus imaginarias amigas infantiles?

—Sí, pero se escribía distinto. Mi nombre es A-r-l-i-n-e. *Ella* se llamaba A-r-l-e-n-e.

—Muy bien, pues puede usted utilizar Arline y pronunciarlo como quiera. ¿Y qué me dice del apellido?

—Grant.

—¿Por qué?

—Era la última parte del apellido de casada de mi abuela. Rosengrant —repuso Candy, riéndose con cierta turbación—. Y era también el apellido que le había asignado a mi amiguita imaginaria Arlene. Arlene Grant.

—Estupendo —dijo Jensen—. Arline Grant. Suena bien.

Jensen le dijo a Candy que recibiría en el hotel la visita de un fotógrafo que le tomaría las fotos para el pasaporte.

—¿Cómo era Arlene? —preguntó, volviendo al tema de la amiga imaginaria de Candy—. ¿Qué aspecto tenía?

—Tenía mi mismo aspecto.

—¿De veras?

—Sí. La veía en el espejo como veía a todos los demás.

—¿No era más que un simple reflejo de usted?

—Sí... No. La cinta del cabello la llevaba al otro lado de la cabeza. Porque yo la veía a través del espejo.

—¿Tenía el cabello del mismo color que usted?

—Sí.

—¿El mismo tono general?

—Sí, pero yo siempre pensaba que Arlene era más morena, de un tono más oscuro.

—¿La veía sólo en el espejo? —preguntó Jensen.

—Sí —repuso Candy, impacientándose un poco ante el interrogatorio de Jensen, el cual decidió cambiar de tema, pasando a referirse a la salud general de Candy.

—Gozo de buena salud —dijo ésta, respondiendo a su pregunta—. Estoy un poco agotada a causa de los viajes y las tensiones de mi trabajo, pero disfruto de buena salud. Mi médico de Nueva York me hizo un chequeo antes de salir.

' —Me parece que no le vendrían mal unas vitaminas —dijo Jensen.

—En Nueva York me administran vitaminaB-doce.

—Existen otras vitaminas mejores que la simple B- doce.

Siguieron refiriéndose a la salud de Candy y Jensen señaló que ésta debería encontrarse en perfecta forma para poder soportar los rigores de los frecuentes e improvisados viajes. Como es lógico, Candy se mostró de acuerdo.

—No debiera usted fumar —le dijo Jensen al verla abrir el bolso y encender un cigarrillo.

—Lo sé.

—¿Por qué no lo deja?

—Lo he intentado. Tal vez lo consiga algún día.

Este hecho indujo a Jensen a hablarle de los métodos que utilizaba para ayudar a las personas que deseaban dejar de fumar. Uno de los métodos le dijo que era la hipnosis.

—Eso no daría resultado conmigo —dijo Candy.

—¿Por qué no?

—Porque a mí no pueden hipnotizarme.

—¿Lo ha probado alguna vez?

—No, pero sé que no soy propensa a eso.

Jensen se reclinó en su asiento y cruzó las manos sobre el pecho.

—Es probable que tenga usted razón —dijo—. Hay muchas personas a las que no se puede hipnotizar.

Después soltó un reposado sermón acerca de los males de la hipnosis practicada por los charlatanes y curanderos y arremetió con dureza contra los hipnotizadores teatrales:

—Estoy —prosiguió— firmemente decidido a poner término al mal uso de la hipnosis, Candy. Muy decidido. Por cierto, ¿le gustaría ver *cómo* practican la hipnosis algunas personas?

—Sí, supongo que sí.

El diálogo arriba apuntado constituye, como es lógico, un intento por mi parte de imaginar y dramatizar la escena interpretada por Candy y Jensen, y refleja la esencia de la conversación que se verificó entre ambos. Sin embargo, existen dos fragmentos de cinta grabados en sesiones hipnóticas entre John Nebel y Candy Jones en los cuales parece ser que se reproduce el diálogo que efectivamente tuvo efecto entre ésta y el doctor Jensen. Ambos fragmentos son el resultado de una regresión a la visita al despacho de Jensen durante la primera fase de la colaboración de Candy con éste, y en ambos Nebel interpreta el papel de Jensen.

La primera cinta fue grabada, si no me equivoco, en el verano de 1974.* Nebel, *interpretando el papel de Jensen*, le pregunta a Candy si recuerda la primera vez que acudió a su despacho:

—Sí.

—¿Recuerda que le pregunté si podía ser hipnotizada?

—No me pueden hipnotizar.

—Dijo que no la podían hipnotizar, ¿verdad?

—Usted también dijo que no era posible.

—¿Recuerda lo que hice?

—Habló de ello. Aquel día era una persona distinta; eso sí puedo decírselo.

—¿Qué quiere decir con distinta?

—Era casi como ahora. Era amable. Dijo usted que iba a perseguir a las personas que tratan de hipnotizar a la gente; a los artistas de teatro y todo eso. Y me mostró usted cómo lo hacen.

—¿Cómo se lo mostré?

—Ah, pues, con aquella cosa que colgaba de una cadena...

—¿Se refiere usted a aquello que se movía como un péndulo?

—Sí, pero era más bien como una leontina. Y la vela y la luz y el tic-toc, tic-toc. B. Aquella cosa.

—Como un metrónomo.

—Sí. Y eso que suena por teléfono.
 —Ya.
 —*Y el espejo... (Habla con voz muy soñolienta.)*
 —¿Recuerda haber visto esa cosa que se usa por teléfono?
 —Noooo. No la tiene usted aquí. Me la dejaba usted escuchar, simplemente, a través del teléfono.
 —¿Y qué me dice del espejo?
 —Ah, pues se tiene que mirar fijamente al espejo, y tonterías de esas.
 —Fue entonces cuando se convirtió usted en Arlene, ¿verdad?
 —No, *hablábamos* de Arlene.
 —¿Recuerda —preguntó John, riéndose— cuando le pregunté que nombre deseaba utilizar?
 —Sí.
 —¿Qué dijo usted?
 —¿Acaso no lo recuerda *usted*?
(Después prosigue diciendo que escogió el nombre de Arle fie Grant y repite la afirmación según la cual Jensen iba a emprender una guerra contra el ?nal uso del hipnotismo.)
 La sesión pasó a centrarse posteriormente en otros temas.

Los objetos que Candy mencionó haber visto en manos de Jensen forman parte del habitual conjunto de trucos mecánicos que suelen utilizar algunos hipnotizadores. No es necesario emplear semejantes objetos mecánicos o eléctricos para inducir el estado hipnótico, puesto que su único valor reside en aquellos casos en los que la mentalidad del sujeto se halla estructurada de tal forma que sólo el parpadeo de las luces o el *acto* de mostrarle un péndulo que oscila hacia adelante y hacia atrás ante sus ojos puede convencerle de que está ocurriendo algo tangible. Este sujeto no puede aceptar el hecho de que el paso al estado hipnótico se pueda realizar por medio de la simple concentración, y es muy probable que se trate de una persona de las que creen que todos los hipnotizadores poseen ojos oscuros, profundos y penetrantes y una magia de tipo sven- galiano que les permite dominar a los sujetos indefensos.

El doctor Frederick Dick, el interno de Manhattan que utiliza la hipnosis en algunos casos seleccionados, es bien consciente de los erróneos conceptos del público en relación con la hipnosis y

me hizo el siguiente comentario: «El éxito alcanzado por John Nebel en la inducción del estado hipnótico en Candy Jones y en la habilidad de conducirla a través de sus regresiones temporales constituye una de las muchas demostraciones de los erróneos conceptos que se sustentan en relación con la hipnosis y que deberían corregirse de tal modo que el público en general pudiera beneficiarse en amplia escala de este útil y terapéutico instrumento médico. Ciertos pacientes en los que la hipnosis resultaría eficaz en determinadas situaciones de modificación de la conducta como, por ejemplo, el hábito de fumar y la hipersensibilidad, temen algunas veces que me convierta en una figura svengaliana capaz de adueñarme de su dominio.

»Nada podría estar más lejos de la verdad. La capacidad hipnótica reside en el sujeto, en el paciente. Lo único que hace el hipnotizador es ayudar al paciente a utilizar su capacidad de sumirse en estado hipnótico. Lejos de adueñarme del dominio de los pacientes, lo que yo hago, en realidad, es estimularles y guiarles hacia una situación óptima en la que pueda acrecentarse su propia sensación de dominio.

»Una rápida ojeada al Perfil de Inducción Hipnótica de Candy permite comprobar con toda claridad que su capacidad de sumirse en estado hipnótico es extremadamente elevada. John Nebel pudo trabajar con el mejor de los sujetos y, en lugar de asombrarme ante su éxito, lo que más me sorprendería sería el hecho de que no hubiera logrado inducir en ella un estado hipnótico.»

Lo cierto es que todos estos objetos que se venden como coadyuvantes hipnóticos no sirven más que para provocar una fijación ocular, cosa que puede conseguirse también fácilmente pidiéndole al sujeto que mire fijamente hacia cualquier lugar del techo o de la pared o que concentre la mirada en el dedo o los ojos del hipnotista. En realidad, existen muchos profesionales que no consideran necesario establecer la fijación ocular, bastándoles con que el sujeto cierre los ojos. Los discos giratorios y las luces que se encienden y se apagan constituyen, sin embargo, un buen *espectáculo*, de la misma manera que las largas y relucientes agujas de plata y el misterio oriental de la acupuntura no son, en opinión de algunos, más que innecesarios trucos encaminados a provocar el estado hipnótico en un paciente. No cabe duda, sin embargo, de que la fijación ocular, especialmente sobre algún lugar u objeto por

estar situado por encima del nivel de la cabeza obligue a levantar los ojos hacia arriba, contribuye a establecer el estado hipnótico. Puesto que los músculos oculares son los más pequeños del cuerpo y se cansan fácilmente, el sujeto suele cerrar los ojos, obedeciendo una orden en este sentido, tras haberlos mantenido dirigidos hacia arriba durante un breve período de tiempo. Se trata, por tanto, de un buen comienzo con el que establecer el poder de la sugestión sobre un nuevo sujeto. Por otra parte, recientes estudios han apuntado la posibilidad de que el movimiento giratorio de los ojos hacia arriba ejerce efectos más profundos que la simple fatiga de los músculos oculares. Existe una evidente correlación entre el movimiento del ojo hacia arriba y un aumento de las ondas alfa cerebrales, descubrimiento éste que ofrece un vasto campo a los investigadores.

En el caso de Candy, la vela y las luces, así como el movimiento del péndulo, le sirvieron a Jensen para conseguir que fijara los ojos en algo. De dos grabaciones se deduce que Jensen poseía también algún objeto que producía una luz intermitente o giratoria, probablemente una de las muchas variaciones de la unidad básica introducida hace muchos años por un médico francés apellidado Luys. El arsenal de objetos hipnóticos de Jensen hubieran resultado muy poco útiles para una persona que practicara la hipnosis dentro de los límites de una práctica médica aceptable. No cabe la menor duda de que Jensen se estaba dedicando a utilizar todos los métodos de que se dispone, conjetura por mi parte que resulta más verosímil a medida que se van examinando las pruebas.

Su utilización del sonido a los fines de provocar el estado hipnótico es de valor discutible, si bien es cierto que los tambores se han venido utilizando desde tiempos prehistóricos para crear una atmósfera hipnótica. En realidad, de entre todos los objetos hipnóticos que Jensen le mostró a Candy, el más significativo fue el espejo, por estar relacionado estrechamente con sus experiencias infantiles de creación de un imaginario grupo de amigos.

Es evidente también que Jensen debió echar mano de la utilización de olores para inducir o reforzar el estado hipnótico. En una sesión sin fechar, en la que John Nebel vuelve a identificarse con el papel de Gilbert Jensen, Candy se refiere a la

utilización del incienso por parte de Jensen:

—Ooh —exclama Candy lanzando un suspiro de desagrado—, ya vuelve a tener eso que huele tan mal.

—¿El incienso?

—Sí.

—¿No le gusta?

—En absoluto. Es muy fuerte. No sé cómo puede usted soportarlo. ¿No lo huele? ¿Le gusta? ¿Tiene también eso en su apartamento?

—¿A qué huele, según usted?

—No sé, jamás había oído nada igual. Es un olor almizcleño, como de setas podridas. Es muy intenso. Produce dolor de cabeza. A mí no me duele la cabeza, pero... ¿Dónde lo pone? ¿En el cenicero?

—Sí.

(Candy lanza otro suspiro de desagrado.)

—¿Lo venden en cajas?

—Sí.

—¿Cómo el pebete? Me gusta el pebete. Lo siento, pero esto es espantoso.

Tras efectuar estas dos sesiones con Candy, John Nebel tuvo el convencimiento de que el doctor Gilbert Jensen la había hipnotizado, ya fuera durante la primera visita a su despacho o bien en el transcurso de las dos visitas siguientes. Nebel sabía por experiencia que su esposa era un buen sujeto, gracias probablemente al hecho de haber sido sometida repetidamente a hipnosis en el pasado.⁵

En esta fase, sin embargo, Nebel no sabía *por qué* Jensen la había querido hipnotizar. No se disponía de pruebas en el sentido de que Jensen hubiera utilizado sus estados hipnóticos para ayudarla a desprenderse del hábito de fumar. Nebel sólo podía suponer que Jensen había utilizado la hipnosis para divertirse, práctica por otra parte más bien dudosa. Nebel interrogó a Candy a este respecto en

⁵ Candy Jones es un excelente sujeto hipnótico. Ha sido sometida cuatro veces al Perfil de Inducción Hipnótica (PIH) y, en cada una de ellas, la puntuación alcanzada ha demostrado su buena capacidad hipnótica. Una explicación del PIH así como una transcripción literal de lo que ocurrió en el transcurso de uno de los tests de Candy figuran en el Apéndice I que se incluye al final de la obra.

varias ocasiones en estado de vela,⁶ pero ella le dijo que no podía recordar nada acerca del despacho de Jensen y de lo que había ocurrido allí.

Nebel comprendió, gracias a sus estudios, que esta pérdida de memoria podía atribuirse fácilmente a la hipnosis. Uno de los síntomas indicadores de que un sujeto ha pasado a un profundo estado hipnótico consiste precisamente en la amnesia global. Además, un hipnotizador que trabaje con un buen sujeto puede implantar fácilmente la sugerencia de que el sujeto no recuerde nada de lo ocurrido antes, durante y después del estado hipnótico. Una vez más, sin embargo, Nebel no pudo justificar el hecho de que Jensen hubiera dado semejante paso con Candy. ¿Por qué inducirle a *olvidar* lo que había ocurrido en su despacho?

Nebel se esforzó por hallar las respuestas a sus preguntas. Pero la cuestión se complicó ulteriormente al aflorar a la superficie una nueva información en sus sesiones hipnóticas con Candy. Nebel había proseguido su labor en la creencia de que Jensen la había hipnotizado utilizando técnicas convencionales. Sin embargo, en enero de 1974 apareció un nuevo y perturbador aspecto.⁷

Tras hacer retroceder a Candy a una de sus primeras visitas al despacho de Jensen, Nebel le preguntó que cuánto tiempo había permanecido allí. Candy contestó que no lo sabía. Nebel le pidió entonces que le revelara lo que Jensen le había dicho. (En el transcurso de esta sesión, Nebel interpretó el papel de su *alter ego* y no el de Gilbert Jensen.)

—Me dijo: «Extienda el brazo.»

—¿Te encuentras tendida sobre una mesa?

—Dijo que resultaría más fácil si me tendía. Yo no quería hacerlo, pero él me dijo que lo hiciera.

—¿Te va a administrar una inyección de vitaminas? ¿En el brazo?

—Sí. Me alegro de que sea en el brazo y no en las nalgas. No me gustaba que me diera inyecciones en el Pacífico. Era terrible.

⁶ La utilización de la expresión *estado de vela* es discutible. Puesto que la hipnosis no es un sueño sino precisamente la antítesis del sueño la denominación *estado de vela* constituye un *término erróneo* aceptable para designar lo que más propiamente es el estado consciente.

⁷ Cinta 33 «B», Cara A.

Me avergonzaba mucho [el hecho de que le administraran inyecciones en las nalgas].

Había habido algunas veces en el pasado en que Candy había mencionado, sin dar importancia a la cosa, que Jensen le había administrado algunas inyecciones de vitaminas. Nebel no había atribuido ninguna significación especial a este hecho, ni siquiera al añadir ella que las inyecciones habían sido por vía intravenosa. A pesar de que Nebel sabía que las inyecciones de vitaminas se suelen administrar por vía intramuscular, no había reparado en semejante incongruencia hasta dicha sesión.

—¿Tiene un tubo de goma acoplado a la aguja?

—Sí.

—¿Procede de una botella situada más arriba?

—Está sobre una repisa.

—¿La botella cuelga sobre la repisa?

—Sí. Tal como hacían antes.

—Como en la alimentación intravenosa.

—Sí.

—La botella está colocada boca abajo, ¿verdad?...

[Candy levanta los ojos y los contrae.] ... ¿No está boca abajo? —insiste él.

—Sí —contesta ella, asombrada.

—¿Qué dice en la etiqueta?

—Lo estoy leyendo al revés —contesta Candy tras una prolongada pausa.

—Sí, lo sé. ¿Qué dice?

—Am... a... tol —se esfuerza Candy, en tono vacilante, como si tratara de descifrar la palabra.

—¿Amathol?

—Ama... tiol.

—¿Y cuál es la otra palabra?

—No se entiende. Debe ser sodio.

—¿Sodio? ¿Dice el nombre del laboratorio farmacéutico en la etiqueta?

—Creo que dice Warner.

—¿Algo más?

—¿Te molesta la aguja en el brazo? ¿Te duele?

(Candy lanza un profundo suspiro.)

—No, lo tengo extendido.

—¿Qué es lo que está extendido?

—Una especie de tabla de planchar.

—¿Dónde?

—Aquí, a mi lado.

—Ah, ¿te refieres a la tabla sobre la que descansas el brazo?

—Sí.

—Muy bien, estupendo. ¿Va a volver [Jensen] ahora?

—Está ahí.

Nebel se enfrentaba ahora con otra pregunta a la que había que buscar una respuesta. Aunque todavía no lo sabía con certeza, estaba casi seguro de que las inyecciones intravenosas no habían sido de vitaminas tal como Jensen había afirmado. La *narcohipnosis* (utilización de fármacos para la inducción de la hipnosis) es muy conocida en la profesión médica, si bien se reconoce unánimemente que la hipnosis provocada por medios naturales es más eficaz que aquella que se consigue mediante el empleo de los numerosos fármacos de que se dispone. A pesar de lo cual, también se reconoce que, en el caso de un sujeto que se resiste a ser hipnotizado o que muestra muy escasa capacidad para pasar al estado hipnótico, la utilización de fármacos hipnóticos falla muy raras veces. John Nebel tendría ocasión de aprender muchas más cosas acerca de la narcohipnosis en el transcurso de los meses siguientes, tanto a través de las futuras sesiones hipnóticas con su esposa como en un curso acelerado de lectura, complementado por muchas conversaciones mantenidas con médicos amigos suyos.

También tendría ocasión de aprender mucho más acerca de la «otra mujer» con la que aparentemente estaba conviviendo, es decir, de Arlene Grant. Se trataba de un extraño triángulo integrado por dos mujeres y un hombre en el que las mujeres compartían un mismo cuerpo. Y no resultaba agradable, porque Arlene empezó a manifestarse, provocando en John y Candy mucha turbación, preocupación y tristeza. John llegó a la conclusión de que la única forma de resolver el problema sería la de tratar de descubrir los orígenes del renacimiento de Arlene Grant en la vida de adulta de Candy, y esta búsqueda lo llevó a deducir que la reaparición de

Arlene se había originado directamente en el despacho del doctor Gilbert Jensen.

La «incubación» de Arlene

En el transcurso de una sesión hipnótica de 1973, cuya cinta no está fechada, se registró el siguiente diálogo. Candy había pasado súbita y dramáticamente a interpretar el papel de Arlene cuando Nebel le preguntó si creía que Jensen la había mutilado:

—Ella [Candy] se estremeció —asegura Arlene, despectivamente—. Sabía lo que hacía.

—¿Te refieres a que Candy quería que se hiciera?

—Pues claro que no. No sabía cuál era el objetivo.

(Nebel menciona una cita que tiene concertada para el día siguiente con el doctor Herbert Spiegel, con la esperanza de que éste la ayude a dejar de fumar.)

—Ah, pues, yo iré también. Me sentaré y lo observaré todo.

—¿Quieres decir que vas a ir, Arlene?

—Pues claro, allí estaré.

—Pero ¿por qué quieres ir tú?

—Yo voy adonde ella va —explica Arlene en tono despectivo—.

Quando la cosa se pone difícil, intervengo.

—¿Quién te desarrolló realmente, Arlene? ¿Jensen?

—La madre Jensen. Me incubó como una gallina.

—Y obligó a Candy a hacerte madurar, ¿no es cierto?

—Nadie tuvo que obligarla a hacerlo... Está demasiado cansada... Se limitó a sentarse y a dejar que ocurriera.

—Él la hipnotizó.

—Ah, ¿sí?

—¿Acaso tú no lo sabes?

—Pues claro que lo sé.

—Pero a ti no pudo hipnotizarte, ¿verdad? ¿O crees que lo hizo?

—Yo soy un *producto* del hipnotismo.

—Pero Jensen fue el productor, ¿no es cierto?

—Fue una gallina clueca. Me empolló.

—¿Te alegras de que lo hiciera?
—Ni me alegro ni me disgusto. Es un hecho y basta.
—¿Crees que...?
—No te gusto lo más mínimo, ¿verdad? —interrumpe Arlene.
—No te odio.
—Mira, yo he hecho muchas cosas para ayudarla.
—¿Por ejemplo?
—Le di tiempo para que se repusiera.
—¿Estaba enferma?
—No; necesitaba tiempo para pensar... Ahora mismo está pensando... Piensa en lo cansada que está.

Siguieron hablando de Candy algunos minutos, durante los cuales Arlene afirmó que Candy estaba pasando por un proceso de rejuvenecimiento. Al final, Nebel le preguntó a Arlene si consideraba a Tensen un hombre peligroso.

—No... Está petrificado... Es un débil.
—¿Piensas que cometió un error al incubarte?
—Sin duda alguna —contestó, riéndose—, y él lo sabe. Está *petrificado* por causa mía.

No se ha podido establecer si el encuentro inicial entre Arlene y Jensen se verificó en la primera visita de Candy a Oakland o bien durante otra visita posterior, pero, a través de algunas de las cintas grabadas por Nebel, se puede componer el mosaico de lo que ocurrió.

Al percatarse de la existencia de los amigos infantiles de Candy, Jensen adoptó la decisión de resucitar y traer a la vida de adulta de ésta a algunos de aquellos personajes imaginarios y, particularmente, a Arlene, que había sido, según Candy, el personaje que ejercía su dominio sobre el «club». Arlene podía correr más, trepar más alto y nadar mejor que ninguno de los demás componentes del club, incluida Candy, y tomaba el mando cada vez que Candy empezaba a desarrollar difíciles actividades físicas. Tanto Candy como Arlene comentaron libremente, durante varias sesiones hipnóticas con Nebel, la superioridad de Arlene en estos campos. En opinión de Jensen, Arlene podía resultar extraordinariamente útil en calidad de «segunda personalidad», siempre y cuando, desde esta posición retrospectiva, se puedan hacer conjeturas y se pueda suponer que Jensen andaba en busca de otra persona dentro de Candy con la que poder llevar a cabo

algo tangible. Este objetivo tangible hubiera sido el de crear lo que G. H. Estabrooks denominó «el espía perfecto».

Estabrooks, ya fallecido, dirigía el departamento de psicología de la Universidad de Colgate. Fue uno de los precursores de la hipnosis y publicó en 1943, en colaboración con E. P. Dutton, una obra titulada *Hypnotism*. En 1957 la obra fue puesta al día y reeditada con un capítulo adicional titulado «El Hipnotismo en la Guerra: El Super-espía». En dicho capítulo se describe con gran detalle cómo se puede utilizar la hipnosis en diversas situaciones bélicas, y el autor se centra especialmente en el valor de la misma con vistas a la preparación de los correos destinados a transportar información secreta:

«Con el hipnotismo podemos estar seguros de nuestro mensajero particular. Hipnotizamos a nuestro hombre, por ejemplo, en Washington. En estado hipnótico le facilitamos el mensaje. Añadiremos que el mensaje puede ser largo y complejo. Un individuo inteligente puede aprenderse de memoria todo un libro en caso necesario.⁸ Entonces lo mandamos a Australia en avión con la orden de que nadie puede hipnotizarle bajo ninguna circunstancia a excepción del coronel Brown, de Melbourne. Por este medio podemos superar dos dificultades. Es inútil interceptar a este correo.

»No está en posesión de ningún documento y resultará imposible extraerle información por muchos “terceros grados” a que se le someta, puesto que la información no puede extraerse de su mente consciente. Podríamos también hacerle insensible al dolor, de tal forma que hasta las torturas de tercer grado fueran inútiles.

»Por otra parte, con este correo hipnotizado no tendríamos que temer la posibilidad de una traición. En estado hipnótico, podríamos suscitar en él unos sentimientos

⁸ Se está empezando a apreciar el valor del hipnotismo como complemento del aprendizaje. El doctor Ray LaScola, psiquiatra de Santa Mónica, California, ha conseguido con éxito que un estudiante de medicina revisara todo un año de estudios en el transcurso de una sesión hipnótica de cuarenta y cinco minutos de duración. En estado hipnótico se puede fácilmente comprimir el tiempo y elevar de manera muy considerable los niveles de retención.

de lealtad en los que tal cosa fuera impensable.

»Además, no tiene nada que decir. Es un simple civil que acude a una reunión de negocios en Australia y nada más. No podrá facilitar información porque no posee ninguna. Por este medio resultaría más seguro enviar información en caso de que se pudiera utilizar a un correo privado.»

Según lo que le dijeron al comienzo de su colaboración con la CIA, Candy Jones sería un correo por cuenta de la Agencia y podría desempeñar esta labor compaginándola con sus normales viajes profesionales. ¿Utilizó el doctor Gilbert Jensen la hipnosis para convertirla en un correo perfecto? Probablemente. Las teorías descritas por Estabrooks han venido siendo llevadas a la práctica desde la segunda guerra mundial, y Jensen debió percatarse de que Candy era un buen sujeto, a pesar de las afirmaciones de ésta en sentido contrario. La presencia de Candy en su despacho le ofreció la incomparable oportunidad de tener bajo su dominio a un correo en el que poder depositar toda su confianza. Tal vez si los mensajes que Candy tenía que transportar hubieran sido de importancia trascendental, la adopción de semejantes medidas hubiera estado justificada en interés de la «seguridad nacional». Cosas mucho menos importantes se arrojan diariamente a este cajón de sastre.

Pero, ¿por qué Arlene? ¿Le era ésta necesaria a Jensen para disponer de un mensajero seguro y digno de confianza? Una vez más, nos vemos obligados a recurrir a las conjeturas para tratar de descubrir los motivos que condujeron a la resurrección de Arlene. Estabrooks afirma en *Hypnotism* que es posible la creación de un auténtico «superespía» a través de un deliberado desdoblamiento de personalidad en una misma persona:

«...Utilizaremos el hipnotismo para inducir una personalidad múltiple. ... Empezamos con un sujeto extraordinario, el cual debe ser eso justamente, uno de esos raros individuos capaces de aceptar y de llevar a la práctica todas las sugerencias sin la menor vacilación. Necesitamos, además, un hombre o una mujer que sea muy inteligente y se halle en perfectas condiciones físicas. Empezamos entonces a desarrollar una personalidad múltiple a través de la utilización del hipnotismo. En su estado de vela normal, que denominaremos Personalidad A, o PA, el sujeto se convertirá en un fanático comunista. Se adherirá al partido, seguirá las consignas del partido y tratará por esta causa de llamar al máximo la atención de las autoridades.

»Entonces desarrollamos la Personalidad B (PB), es decir la personalidad secundaria o inconsciente, si ustedes quieren, aunque ello pueda ser en cierto modo una

contradicción de términos. Esta personalidad es fanáticamente norteamericana y anticomunista. Conoce toda la información que posee la Personalidad A, es decir, la personalidad normal, mientras que la PA no goza de esta misma ventaja.

»Mi superespía interpreta agresiva, constante e intrépidamente su papel de comunista en estado de vela. Pero su PB es un leal norteamericano y la PB está en posesión de todos los recuerdos de la PA. En su calidad de norteamericano leal, no vacilará en revelar estos recuerdos.»

Estabrooks desarrolla ulteriormente la tesis, pero lo arriba citado es suficiente para demostrar que, mediante la utilización de Arlene, Jensen ya disponía en el caso de Candy de un sistema a la medida. Del patriotismo de Candy Jones no cabía dudar. No obstante, en caso de que ésta decidiera ocultarle algo a Jensen con posterioridad al desempeño de alguna misión, Arlene podría llenar las lagunas. Por otra parte, y mediante la utilización de Arlene, Jensen podría tener acceso a aquella faceta de Candy que permitía a ésta descollar e situaciones de peligro, sería mejor que tomara el mando Arlene en lugar de Candy. Y, en el caso de que ésta fuera torturada, Arlene podría programarse de tal forma que soportara el dolor, permaneciendo Candy al margen de todo. La resistencia ante el dolor aumenta considerablemente bajo los efectos de la hipnosis. Miles de intervenciones quirúrgicas se han realizado con la hipnosis por única anestesia. Estabrooks, al referirse a dicho aumento de la resistencia al dolor, afirma:

«El que esto escribe utiliza un pequeño instrumento, denominado “variac”, que se inserta en un enchufe corriente y produce exactamente el voltaje que se precisa. Los contactos se colocan en la palma y el dorso de la mano izquierda y se utiliza papel secante impregnado de una solución salina saturada para obtener con ello la mejor forma de contacto. En estas circunstancias, quince voltios resultarían sumamente dolorosos y veinte serían insoportables. No obstante, un sujeto en estado de sonambulismo (*estado hipnótico profundo*) puede soportar sesenta e incluso ciento veinte voltios sin pestañear.» 137

ii

Aunque es posible que éstos fueran efectivamente los motivos

de la actuación de Jensen, yo afirmo que, aparte la utilización de la hipnosis para cumplir una misión, Jensen se mostraba igualmente interesado en determinar qué *podía* conseguirse sobre una base experimental. Cabe suponer que los mensajes que Candy transmitió carecieran de valor o, todo lo más, fueran de muy escasa importancia desde el punto de vista de unos planes generales de espionaje. Tal como se especificará más adelante sobre la base de las sesiones hipnóticas grabadas, Candy se convirtió para Jensen en un conejillo de Indias ambulante, así como en un motivo de orgullo y alegría al darle oportunidad de mostrar a sus colegas médicos de la CIA el dominio que podía ejercer sobre ella y sobre Arlene Grant. A pesar de que no estoy en posesión de ningún documento que establezca una relación entre Gilbert Jensen y algún proyecto experimental de la CIA, tengo el convencimiento de que Jensen fue uno de los muchos médicos de este país que participaron en un vasto programa de manipulación mental experimental, organizado y financiado por la CIA.

La existencia pasada y presente de dicho programa está empezando a ser del dominio público. El informe de la Comisión Rockefeller de junio de 1975, resultado probablemente de imparciales y exhaustivas investigaciones acerca de las actividades internas de la CIA, reveló que en 1953 Frank R. Olson, un investigador civil especializado en guerra biológica que trabajaba por cuenta de la CIA, recibió, sin su conocimiento, una dosis de LSD por orden de la Agencia. El informe sigue afirmando que Olson se suicidó posteriormente, arrojándose desde un décimo piso de un hotel de la ciudad de Nueva York al que había sido trasladado para ser sometido a tratamiento psiquiátrico como resultado directo de su experiencia con el LSD. La droga le fue administrada como parte de un vasto programa de pruebas de la Dirección de Ciencia y Tecnología de la CIA.

La CIA afirma haber dado por finalizadas todas estas pruebas en 1967 y haber destruido todos los archivos relacionados con estos experimentos. Tal vez se dieran por finalizadas estas pruebas, según se afirma, y tal vez no. Lo cierto, sin embargo, es que Gilbert Jensen seguía trabajando en este sentido en 1967, contraviniendo quizás las órdenes de la CIA o, más probablemente, prosiguiendo en secreto este programa de la Agencia.⁹

9 El apartado del Informe Rockefeller referente a la Dirección de Ciencia

Victor Marchetti, autor de *La CIA y el culto del espionaje*, me confirmó que la Agencia tenía organizado efectivamente un programa de manipulación mental experimental, en el que utilizaba como sujetos a los reclusos de las instituciones penitenciarias norteamericanas.

Candy se refiere vagamente a este programa al afirmar

en una de las grabaciones que «...era muy peligroso. Yo participaba en un proyecto especial, un proyecto muy importante».* Es posible que se refiriera a una misión específica y no ya al proyecto experimental, pero yo creo que no. Jamás se le habló del proyecto, pero tal vez captara el sentido del mismo a través de alguna conversación mantenida en el despacho de Jensen.

La mayor parte de los proyectos experimentales de la CIA financiados a través de la Dirección de Ciencia y Tecnología se llevan a cabo por medio de organizaciones civiles externas. Dado que muchos de estos proyectos son altamente secretos, no es posible calcular con exactitud la cantidad de millones de dólares que se canalizan hacia los organismos de investigación exteriores. A juzgar por el carácter absurdo de ciertos proyectos sólo podemos afirmar que se gasta demasiado dinero en investigaciones discutibles... desde el punto de vista de su valor y/o de sus utilidades inmorales e ilegales. Dean Kraft, un joven «curador psíquico» de Brooklyn, me dijo en el programa de Nebel que el gobierno le había pagado con el fin de analizar sus supuestos poderes curativos en varios laboratorios de California, es decir, en algunas de las mismas instalaciones utilizadas por Jensen para analizar la respuesta de Candy a su manipulación. A Kraft se le dijo que no indagara acerca del organismo gubernamental que había facilitado el dinero, y que no investigara los antecedentes de ninguno de los hombres con quienes colaboraba.

Las investigaciones sobre manipulación mental patrocinadas por la CIA se justifican sobre la base de que la Unión Soviética lleva muchos años practicando este tipo de investigaciones. Lee Harvey Oswald, el presunto asesino de John Kennedy, pasó algún tiempo en el Instituto de Modificación de la Conducta de Moscú durante sus años de permanencia en la Unión Soviética. Se han hecho conjeturas en el sentido de que tal vez Oswald hubiera sido, en cierto modo, programado para asesinar al presidente Kennedy, pero no se ha rebasado a este respecto el límite de las conjeturas. De igual modo se ha dicho, y es del dominio público, que Sirhan Sirhan, el asesino de Robert Kennedy, fue programado bajo hipnosis con el fin de que cometiera este asesinato. James Earl Ray fue hipnotizado en Los Ángeles dos meses antes de asesinar a Martin Luther King, hijo, en Memphis.

Me sentiría indudablemente mucho más tranquilo si creyera que Gilbert Jensen trabajó por su cuenta, en calidad de simple

«chiflado» sin el menor nexo con ninguno de los organismos de *mi* gobierno. En caso contrario, es posible que Jensen superara los límites que la CIA le había impuesto y que siguiera experimentando con Candy —y Arlene— tras las supuestas órdenes de la CIA en el sentido de que cesaran los experimentos.

En cualquier caso, si Jensen se quedó tan «petrificado» por causa de Arlene como ésta afirma, tendríamos motivos más que sobrados para preocuparnos por ella a la luz de sus revelaciones a John Nebel a propósito de los extraños acontecimientos que se registraron en el despacho de Oakland a lo largo de doce años. Y me imagino que su primera confrontación directa con Arlene, en una especie de careo entre el doctor Jekyll y el señor Hyde, debió sorprender a Jensen tanto como al propio Nebel.

La primera aparición de Arlene en el despacho de Jensen se halla descrita por ésta en una sesión hipnótica que se grabó en el apartamento de Nebel el día 16 de diciembre de 1974. Nebel le había preguntado si recordaba la primera vez que Jensen «la había descubierto». Arlene echó la cabeza hacia atrás, soltó una carcajada y dijo que sí.

—Háblame de ello —le pidió Nebel.

—Pensaba que iba a salir por el techo —dice Arlene sin dejar de reírse, divirtiéndose con el recuerdo.

—¿Cómo ocurrió? ¿Estaba Candy acomodada en una silla?

—Bueno, él [Jensen] trataba de encontrar un nombre y sentía curiosidad...

—¿Qué nombre?

—Trataba de conseguir que ella cambiara de nombre y...

—¿Por qué otro nombre?

—Por cualquiera, daba lo mismo. Buscaban un nombre.

—¿Sí?

—Y ella le estaba hablando... (*carraspea*) ...de cuando éramos muy jóvenes... Yo era una imaginaria compañera suya de juegos.

—¿Le dijo ella eso a Jensen?

—Sí. Y le convenció de que Arlene solía hablar con ella cuando niña. Y es *cierto*. A través del espejo.

—Y, ¿qué? (*Arlene no contesta.*) ¿Y, de repente, apareció Arlene y se sentó allí, en el despacho?

—El insistía e insistía e insistía...

—¿Le administró primero inyecciones de vitaminas?

—Sí, dos.

—¿Ocurrió eso al principio de su encuentro con él? —Sí.
 —¿La primera vez o un par de veces más tarde?
 —No, algunas sesiones más tarde.
 —Y, ¿qué?
 —Y, de repente, a ella empezó a dolerle el estómago.
 —¿En el despacho? Sí, prosigue.
 —Sobre la mesa y, de repente, pude pronunciar algunas palabras y empezar a hablar de nuevo.
 —¿Y él se sorprendió? —preguntó John riéndose.
 —Retrocedí. Yo le agarré por el brazo y entonces él dijo...
 —¿Te refieres al brazo del doctor Jensen?
 —Sí, le agarré con la mano izquierda. Y él exclamó: «¡Suélteme!» Y dijo: «¿Qué pretende usted hacer?» Y agregó: «¡Candy, Candy, deténgase!» ... Y yo le dije: «Soy Arlene.» Y él dijo: «¡Me está lastimando!» (*una carcajada de complacencia*) ... Y era verdad. Y él dijo: «Santo cielo, qué fuerte es usted.»
 —¿Refiriéndose a ti, a Arlene?
 —Sí. Y entonces dijo: «Es usted Arlene.» ... Y le contesté: «¿Quién esperaba usted que fuera?»

Según Arlene, en esta sesión con Nebel, el doctor Jensen le dijo entonces que se levantara de la mesa de exploraciones y que se mirara en el espejo de su despacho, cosa que ella hizo.

—¿Qué viste en el espejo?
 —Vi a Candy.
 —¿Estaba Candy distinta? ¿Se observaba en su rostro una expresión distinta?
 —No lo sé, pero no ofrecía el mismo aspecto que ofrezco hoy. Aunque eso se debe a que *entonces... entonces* empecé a utilizar peluca. Candy me puso una peluca para que no me pareciera a Candy en absoluto.
 —¿Se observaba en su rostro una expresión distinta cuando te ponías la peluca?
 —Sí. En los ojos. No puedo describirla. La noto... Es una mirada distinta... seria, concentrada.
 —¿Perturbada?
 —¿Quieres decir como si estuviera loca?
 —Sí.
 —Hasta me vi en una fotografía —recordó Arlene a punto de echarse a reír.

—¿Dónde viste esa fotografía?
—*Mi* fotografía, en *mi* estuche [de maquillaje].

Nebel siguió interrogándola acerca de lo que Jensen había hecho el día en que Arlene había «aparecido». Ella le contestó a Nebel que Jensen le había dicho que se fuera, añadiendo que tendría que regresar siempre que él (Jen- sen) se lo pidiera: «Me dijo que siempre regresaría a través del estómago de Candy.»

—¿Qué decía para que aparecieras? ¿Qué palabras utilizaba?
—Decía: «A.G.! ¡A.G.!»
—¿Y entonces a Candy le dolía el estómago?
—Le dolía siempre que yo aparecía.
—¿Hubo alguna vez en que no apareciste?
—Sí. (*Concentrándose.*) Muchas veces no quería.
—¿Y entonces qué hacía Jensen?
—Darle otra inyección.
—Otra inyección. ¿Cuál fue el número máximo de inyecciones que le administró alguna vez?
—Una vez le administró tres y entonces ella no podía despertarse. Y él se asustó.
—¿Cuánto tiempo estuvo sin conocimiento?
—No estaba sin conocimiento sino dormida. Estuvo durmiendo unas catorce horas.
—¿En el despacho?
—Sí.

Nebel decidió entonces indagar en otro sentido y más exactamente en el de si Arlene creía que Jensen estaba enamorado de Candy. Esta posibilidad también se me había ocurrido a mí durante mis investigaciones con vistas a este libro. Me preguntaba cuáles habrían sido las relaciones entre Candy y Jensen durante la segunda guerra mundial en el Pacífico del Sur. A pesar de lo tentadoras que resultaban dichas conjeturas, no pude hallar ninguna prueba a este respecto en el material de que disponía. Arlen e negó también que Jensen estuviera enamorado de Candy. «A Jensen no le gustaba Candy», le dijo Arlene a Nebel en el transcurso de la sesión grabada el día 16 de diciembre de 1974.

Nebel le preguntó entonces:

—¿Crees que Jensen pudo haberse enamorado de *ti*, Arlene?

—No, pero *yo* le gustaba más que *ella*.

Al preguntarle Nebel por qué, Arlene replicó:

—Porque yo era más positiva. Yo no tenía miedo. Por lo menos, no le daba a entender que tuviera miedo.

Nebel volvió a preguntarle a Arlene si estaba presente el día de la boda de él con Candy y ella reconoció que sí. Después le dijo que había una fotografía suya en la boda. Sorprendido al oír esta revelación, Nebel le pidió que le mostrara la fotografía. Arlene se echó a reír y dijo que la fotografía estaba en *su* libro, refiriéndose a la biografía de Long John Nebel, de la que soy autor. Le describió la fotografía a Nebel y éste tomó un ejemplar de la obra que guardaba en un estante y localizó la fotografía de que Arlene le había hablado, en el ángulo superior izquierdo de la primera página de la sección fotográfica central. En dicha fotografía puede verse a Candy, o Arlene, en segundo plano. En primer plano se ve a Al Lottman, un agente de seguros, íntimo amigo de Nebel. La expresión que se observa en el rostro de Candy es distinta y enigmática y Arlene afirmó que se había adueñado del cuerpo poco antes de que el fotógrafo Gary Wagner tomara la fotografía.

«A Candy le dolió mucho el estómago durante la boda», le dijo Arlene a Nebel.

—¿Por qué estabas allí, Arlene?

—Para verlo todo y para que se sintiera triste.

—¿Por qué querías que se sintiera triste?

—Porque no hubiera debido hacerlo.

—¿No hubiera debido casarse?

—No, ni yo misma podía creerlo.

Esta sesión entre Nebel y Arlene finalizó al empezar ésta a gemir y a revolverse en la cama.

—¿Qué sucede?

—Me duele mucho el estómago.

—¿Qué significa el hecho de que a *ti* te duela el estómago?

—No lo sé.

—Se trata del estómago de Candy, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te afecta a ti también?

—Me debilita.

—¿Te vas a ir ahora?

—Cuanto más dura, tanto más tengo que cesar.

—Cesar, ¿de qué?
—De existir. Me *debilita*.
—¿Y entonces desapareces y Candy se siente mejor?
—Nos cuesta mucho esfuerzo a las dos. *Ella* se siente mejor.

Nebel le preguntó a Arlene si había hablado alguna vez con Jensen por teléfono cuando éste llamaba a Candy a Nueva York.

—Las dos hablábamos con él.
—¿Preguntaba él por A. G.? Si Candy estaba hablando con él y él decía «A. G.», ¿qué ocurría?
—No ocurría así.
—¿Puedes explicar cómo ocurría?
—Ocurría con la clave.
—¿Qué clave?
—*Tic toe, tic toe. (Sigue repitiéndolo con creciente rapidez..)*
—¿Y con eso aparecías tú, Arlene?
—Con eso Candy se relajaba y yo podía aparecer —contestó Arlene en tono más débil.

El resto de esta sesión en particular resulta muy dramático desde el punto de vista auditivo. Arlene se fue debilitando progresivamente y sus gemidos aumentaron de intensidad. Nebel comentó a través del micrófono que su rostro estaba horriblemente contraído. Después le preguntó si volvería a verla. Ella contestó que sólo estaba autorizada a hablar con Gilbert Jensen y que ya no volvería a ver a Nebel.

«Está volviendo —murmuró entre gemidos—. Me sube por la garganta. Ya casi ha salido.» Instantáneamente se produjo un cambio de voz y el tono sarcástico y estridente de Arlene Grant se transformó en el tono dulce y soñoliento de Candy Jones. Nebel le preguntó que dónde estaba y ella repuso que en la cama con su marido, John. Nebel comentó que en su rostro se había dibujado una sonrisa beatífica.

Las primeras misiones

Candy Jones empezó a prestar servicio en la CIA bajo este mismo nombre, bajo el de Arlene Grant y bajo el suyo verdadero

de Jessica Wilcox. Una de las primeras instrucciones que recibió de Jensen fue la de abrir un apartado de correos en la estación Grand Central bajo el nombre de Jessica Wilcox. Ella lo abrió (según el material que se recoge en una cinta grabada en enero de 1974) en agosto de 1961 y lo conservó hasta 1968 o 1969. El número del apartado era el 1.294 y Candy lo pagaba trimestralmente de su propio bolsillo.

«Era un fastidio —le dijo Candy a Nebel en el transcurso de aquella sesión hipnótica de enero—. Me molestaba mucho tener que ir diariamente a comprobar si había correspondencia en el apartado.»

Poca era la correspondencia que llegaba al apartado y, cuando se recibía alguna carta, Candy se la llevaba a sus oficinas de la Avenida Vanderbilt y la conservaba hasta que pasaba a recogerla un individuo cuyo nombre no conocía. Por aquel entonces no estaba todavía segura de por cuenta de quién trabajaba, aunque el hombre que recogía las cartas pertenecía a la FBI.

Había veces en que la llegada de una carta al apartado 1.294 se acompañaba de ciertas instrucciones telefónicas por parte de Jensen. En tales casos, la propia Candy acudía a entregar los sobres a distintos lugares de la ciudad. Debe señalarse que Candy recuerda conscientemente muy pocas cosas acerca de sus actividades en la CIA. La utilización de la hipnosis y de los fármacos por parte de Jensen consiguió «bloquear» eficazmente su memoria. La hipnosis resulta muy útil para crear amnesia, al igual que algunos de los fármacos hipnóticos utilizados en ella por su agente manipulador de Oakland.

Un problema con el que Candy tuvo que enfrentarse en la primera

época de su colaboración con la CIA fue el que le planteó el creciente temor por su propia seguridad. Incluso antes de que la enviaran a desempeñar misiones en Asia, temía que aquellas personas a las que entregaba mensajes en Nueva York pudieran, por sus propios motivos, causarle algún daño. Le preocupaba especialmente lo que ocurriría en caso de que muriera mientras trabajara o viajara bajo el nombre de Arlene Grant. Esta posibilidad, pensaba ella, pondría en peligro los beneficios de la póliza del seguro.

Al mencionarle a Jensen que sus tres hijos estudiaban en centros privados y que los gastos que ello le ocasionaba resultaban cuantiosos, él le sugirió la conveniencia de que la retribución de su trabajo fuera enviada directamente a los colegios para sufragar los gastos de enseñanza y residencia de los muchachos. Ella accedió tras decirle Jensen que la Compañía jamás pagaba directamente a los agentes que se hallaban a su servicio.

Jensen tenía razón. La CIA siempre se las ha apañado para pagar a sus agentes secretos a través de canales indirectos, para evitar que el agente disponga de súbitos y elevados ingresos que le induzcan a cambiar de estilo de vida, atrayendo con ello la atención de la gente.

Para justificarse en caso de que muriera, Candy le escribió una carta a su abogado William Williams y depositó copias de la misma en dos cajas de seguridad distintas. Fue la primera vez que le insinuó a alguien que en su vida se dedicaba a algo más que a ser modelo.

La carta decía lo siguiente:

«Querido Bill:

»...Por motivos que no vienen al caso, te baste saber que utilizo el nombre de ARLENE GRANT (escrito a veces ARLINE) en determinadas actividades. Como es lógico, Jesse Wilcox, Candy Jones y Arlene Grant son una sola persona, es decir, yo misma.

»En caso de que muriera como consecuencia de un accidente o de una repentina enfermedad fuera de Nueva York o de los Estados Unidos y se mencionara alguno de los tres nombres que utilizo en mi vida personal y profesional, te ruego hagas todo lo posible por comprobar mi defunción...

»No estoy en condiciones de poder divulgar las actividades secundarias a las que me dedico pero puedes tener la seguridad de que no se trata en modo alguno de nada ilegal, inmoral o antipatriótico.

»En caso de que falleciera y tu investigaras las circunstancias de mi muerte y descubrieras alguna razón insólita o tal vez inexplicable, cuando los chicos alcancen una edad que consideres razonable para que puedan comprenderlo, te autorizo a revelarles la verdad. Si los detalles fueran aterradores o morbosos, preferiría que no se los revelaras a mi madre, habida cuenta de su edad...»

Otra preocupación, si bien de menor importancia, era la de que sus repentinas e inesperadas desapariciones causaran la extrañeza de las personas que trabajaban en sus oficinas, así como de Joe Vergara, su editor de Harper y Row. Vergara se había convertido en un íntimo amigo suyo a través de las relaciones editor-escritora que unían a ambos, y Candy confiaba en él implícitamente. Al preguntarle yo si alguna vez le había hablado a alguien de sus actividades en la CIA, la única persona a la que mencionó fue Vergara. Yo llamé a éste a principios de diciembre de 1974 y, en el transcurso de nuestra conversación telefónica, acordamos reunimos a almorzar en el Antolotti el día 12 de diciembre. Durante el almuerzo Vergara me confirmó que Candy le había dicho que trabajaba por cuenta de un organismo gubernamental y que por esta razón tal vez tuviera que ausentarse de vez en cuando. También le dijo que viajaría a Asia y que, en caso de que no regresara, él tendría que revelarles a la gente los motivos. Vergara se echó a reír al contármelo porque, según él afirma, jamás *supo el porqué*.

—¿Se refirió ella explícitamente a la CIA? —le pregunté yo durante el almuerzo.

—No —repuso Vergara—. Me dijo simplemente que trabajaba por cuenta de un organismo secreto gubernamental.

Interrogué a Joe Vergara acerca del comportamiento de Candy durante la década de los sesenta y quise saber especialmente si ésta había puesto de manifiesto alguna faceta incongruente de su personalidad.

—Sí, se observaban en ella desconcertantes cambios de personalidad —replicó él—, pero yo lo atribuía a su naturaleza femenina. Pensándolo bien, sin embargo, se trataba de algo mucho más dramático que simples cambios de personalidad.

Yo trataba, como es lógico, de averiguar si Arlene había aparecido alguna vez en presencia de Vergara. Ésta no apareció, por lo menos

bajo dicho nombre.

Pero cuatro días más tarde, durante una sesión hipnótica entre Candy y Nebel, éste, aguijoneado por los detalles que yo le había referido en relación con mi encuentro con Vergara, le preguntó a Arlene si Candy le había

hablado alguna vez a Vergara de sus actividades en la CIA.

—Candy es una pésima juez de las personas. Confía en todo el mundo.

—¿Le dijiste... le dijo Candy algo alguna vez a Joe Vergara?

—¿Joe Vergara? —exclama Arlene muy animada. *(Se echa a reír.)*

—¿Qué le ocurre?

—Estaba asustadísimo.

—¿Te refieres a la vez en que acudió con Candy a aquel restaurante?

(Nebel se refiere a la ocasión en que Candy le pidió a Vergara que la acompañara a entregar una carta que se había recibido en el apartado de correos. Tenía que entregar la carta a un hombre del restaurante The Palms y le daba miedo ir sola. Llamó a Vergara y éste la acompañó en un taxi. Vergara esperó en el taxi mientras ella entraba, le entregaba la carta a un hombre que se ajustaba a la descripción que le habían facilitado y regresaba. Vergara recuerda el incidente y lo comentó conmigo en el transcurso de nuestro almuerzo del día 12 de diciembre.)

—Sí —reconoce ahora Arlene.

—¿Por qué no te gusta él [Vergara]?

—No se creyó nada —explicó Arlene en tono hastiado—. Ella trató de decírselo, pero, por desgracia, él no la creyó. Me parece que debió pensar que pretendía hacerse la interesante.

Hubo otra persona que también supo vagamente de las operaciones secretas de Candy en la década de los sesenta. Se trata del columnista Mel Heimer, ya fallecido. Candy y Mel fueron buenos amigos hasta el último día de Mel, a pesar de que la afición de éste a las carreras de caballos se había traducido en deudas que contribuyeron a agravar la precaria situación económica de Candy, la cual le había prestado considerables sumas de dinero que él jamás le devolvió. El alcance de la información que Candy le facilitó a Heimer acerca de sus actividades en la CIA no está muy claro. Tengo la impresión de que debió decirle a éste muchas más cosas que a Joe Vergara, y la misma desconfianza de Gilbert Jensen en relación con Heimer demuestra que tampoco estaba demasiado seguro por lo que respecta a las relaciones de Candy con el columnista. Candy menciona en una grabación que Jensen se empeñó en leer los libros que Heimer

había escrito y mostraba mucho interés por verlo siempre que aparecía en algún programa de la televisión nacional. Al comentarle Candy a Jensen que, en determinado momento, había pensado en la posibilidad de contraer matrimonio con Heimer, desistiendo posteriormente de hacerlo, Jensen le aseguró que su decisión había sido muy prudente.

En otra cinta en la que Nebel interpretaba el papel de Gilbert Jensen, Candy comentó con Jensen sus relaciones con Mel Heimer.

—¿Le cuenta usted alguna vez a su amigo lo que hace? —pregunta John en el papel de Jensen.

—No, no —contesta Candy—. No le cuento nada a nadie. No hablo con nadie acerca de lo que hago.

—¿Jamás le dice usted nada a Mel? —insiste John, escéptico. *(Candy lanza un prolongado suspiro de resignación):*

—Le dije que, si necesitara ayuda y alguna vez le dijera que acudiera en seguida, que, por favor, viniera. Le necesitaría para que me ayudara.

—¿Cree usted prudente habérselo dicho?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque, si necesito ayuda, no tengo a nadie que pueda ayudarme. A veces me asusto.

—¿Preferiría usted no haber empezado?



Candy y John en los estudios de la WMCA (Transmisiones Straus) de Nueva York.

La madre de Candy posando junto a la casa de Wilkes-Barre en 1922.



Candy y su querida abuela Ma-Má. La fotografía fue tomada en la parte de atrás de la casa del lago Nuangola con ocasión del primer corte de cabello de Muñeca





Muñeca con el mono mencionado en el transcurso de una regresión hipnótica.

Fotografía de Jessica Wilcox que, andando el tiempo, se convertiría en Candy Jones, la más destacada modelo de los Estados Unidos en los años cuarenta.



e- * $\mathcal{L}(\mathcal{L})^n$ v *0

HYPNOTIC INDUCTION PROFILE hm-Kiell

Lev22a2con MeXfind *

col u pm-4 Un i 14

PatirU Hamt

StgUUAq * IrnXAJU.

PuAiXium - StancU/ig_

IndLLCXium ~ Up-Guzi

U_b

i8

U -

Omiz*.S-tooZ

1 3 - 4

3

C

I

inf *uct

ioit

Poit-HtpnoEzc

ReAporu

t -

Aajk LtviXatcon ZigtU

Uitj

• 2 - (r)

IO₁₃/* o -

Vi2oc2At

zon 0 -

2)

-1 <D



Una entrevista con Jimmy Hoffa en Chicago el 2 de octubre de 1972. Candy se había desplazado a Chicago con el fin de realizar la entrevista para el programa "Monitor" de la NBC pero, aprovechando el viaje, llevó a cabo actividades de correo por cuenta de la CIA.

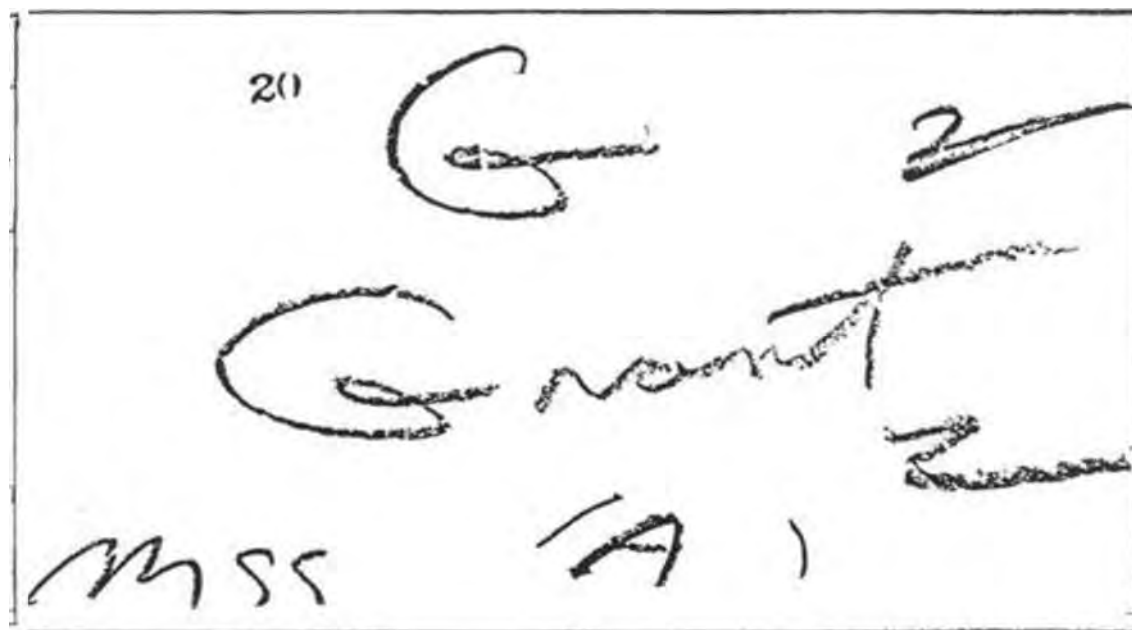
Fotografía publicitaria para la compañía teatral encabezada por Candy Jones que efectuó representaciones con destino a las tropas del suroeste del Pacífico durante la segunda guerra mundial.



Candy en la agencia de modelos en compañía de su esposo, el rey del mundo de los modelos publicitarios. Conover.



Fotografía de pasaporte de la "otra" Candy Jones, tomada en San Francisco a petición del doctor Gilbert Jensen y de la CIA.



Una reproducción del sobre en el que fueron entregadas las fotografías



Candy en compañía de Mel Heimer durante una fiesta celebrada en el apartamento de Dorothy Kilgallen. Inmediatamente después de finalizada la fiesta. Candy hizo entrega de un mensaje por cuenta de la CIA en un restaurante de la ciudad de

Nueva York.

USO SHOWS

presents



7h&

Cat

S/xW

LINDA YORK

W

PAULA

CHRISTIAN
CANOY

ANGELIQUE MOTTA

VIETNAM
COMING SOON!

LHORI BUTLER

(X >XTAf>T SPEÍ :i AI, SKItVK *KS (>FFK !KH FOR I)CTAILS

Folleto de propaganda del espectáculo de la USO que condu ciría a
Candy hasta el Vietnam



Un grupo de modelos Conover. Candy se encuentra en primera fila y es la tercera de izquierda a derecha



Fotografía de Candy realizada por encargo del fallecido productor Mike Todd.

ugar tanay:

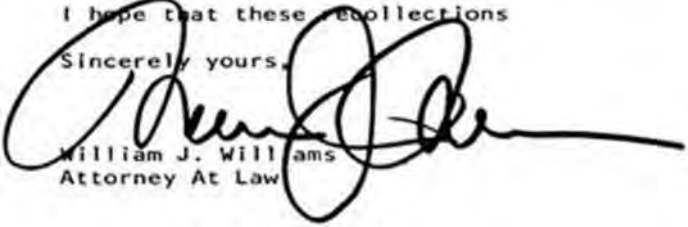
I do recall that sometlme in the carly 1960's you handed me a sea Ied envelope in your office at 52 Vanderbilt Avenue. You told me that the contents of the letter were self-explanatory and that were you to dle or disappear under unusual circumstances, partic- ularly if you died under a different ñame, I should carefully check out the faets of your case.

In addition, I received numerous flight Insuiance stateinents during the 1960's from your many trips around the country, includng your trips to the Caribbcan, particularly the Bahamas.

may be of some help to you.

I hope that these collections

Sincerely yours,



William J. Williams
Attorney At Law

Carta del abogado de Candy confirmando las instrucciones recibidas de ésta
la carta dice así:

Querida Candy:
Recuerdo que a principios de 1 960 me entregaste un sobre cenado en tu despacho del número 52 de la Avenida Vanderbilt. Me dijiste que el contenido de la carta era muy explícito y que, en caso de que murieras o desaoarecieras en circunstancias insólitas, y especialmente en caso de <ue murieras bajo un nombre distinto, comprobara cuidadosa mente los datos relativos al suceso.
Recibí, además, en el transcurso de 1960 numerosos resguardos de póli/as de seguros de vuelo relativos a tus frecuentes viajes por todo el país, incluidos tus viajes al Caribe y especialmente a las Bahamas
Espero que estos recuerdos puedan serte de alguna utilidad Sinceramente tuyo.
William J Williams. Abogado

Pat Nixon y Candy en el transcurso de una recepción en Washington a cuyo término Candy se trasladó a la central de la CIA de Langley. Virginia



—Sí. Toda la culpa la tiene usted [Jensen], ¿sabe?

—¿Por qué tengo yo la culpa? Yo no la obligué a que empezara.

—Usted tiene la culpa de que haya llegado tan lejos.

En el transcurso de otra sesión hipnótica con Nebel, Candy repitió que le había dicho a Mel que acudiera corriendo en caso de que ella necesitara ayuda. Señaló en esta grabación que Mel la había acompañado un día al centro de la ciudad mientras ella entregaba una carta, al igual que había hecho Joe Vergara.

Existen pruebas en el sentido de que Candy ayudó a Mel en la redacción de una de sus obras, cuyo título provisional era *Dark \ Wood* (Bosque Oscuro). El libro trataba del espionaje en Cuba y parece ser que Candy le facilitó a Mel buena parte de los detalles relacionados con la labor de espionaje secreto, incluyendo una completa descripción de la forma en que actúan los agentes secretos o «tapaderas». También le facilitó a Heimer una detallada descripción de cómo pueden introducirse los agentes secretos en territorio cubano desde una pequeña embarcación, basándose en su experiencia personal de su época en la CIA.

Del material de las cintas se deduce con toda claridad que Mel y Arlene tuvieron ciertos enfrentamientos, si bien, que yo sepa, Mel no se percató de que se las estaba habiendo con una mujer que no era Candy Jones. En una cinta, Nebel le preguntó a Arlene si *ella* le gustaba a Mel.

—No se enteró jamás de lo que ocurría —repuso Arlene, soltando una de sus típicas y ásperas carcajadas.

Uno de los más fascinantes aspectos de la doble existencia de Candy Jones se refiere a sus propias relaciones con Arlene. Ambas solían ofrecerse mutuamente consejos y opiniones y, a lo largo de los años, llegó a establecerse entre las dos personalidades una intrigante actitud protectora de la una con la otra. En cierta ocasión Arlene le dijo a Candy que Mel Heimer era un «cuentista» y que sería mejor que se apartara de él. Arlene confirma su antipatía hacia Heimer en varias de las grabaciones. Aunque jamás he sido testigo personal de un diálogo de este tipo entre Candy y Arlene, me imagino lo inquietante que ello debió resultar para aquellos que pudieran haberlo escuchado. La madre de Candy jamás fue consciente de la presencia adulta de Arlene Grant en la vida de su hija, pero en dos ocasiones escuchó una extraña voz procedente de la alcoba de Candy en la casa del número 1.199 de la Avenida Park y, en una de dichas ocasiones, creyó que Candy

tenía a un hombre en el dormitorio.

Oakland - El programa continúa

12

Es un verano de principios de la década de los sesenta. Candy se encuentra tendida sobre la mesa de exploraciones del consultorio de Gilbert Jensen, en Oakland, con una aguja clavada en una vena del brazo derecho. Un delgado tubo de plástico conecta la aguja con una botella que cuelga de una repisa metálica. La habitación está fría, porque el sistema de acondicionamiento de aire se halla ajustado a su máximo nivel de frío.

Jensen está sentado, leyendo una hoja de papel fotocopiada. Mira a Candy y después prosigue su lectura.

Esta escena de Oakland fue revivida por Candy en estado hipnótico en el dormitorio del apartamento que comparte con su esposo John Nebel. Fue una de las muchas escenas en las que afloró a la superficie la utilización de inyecciones intravenosas por parte de Jensen. En el curso de esta sesión hipnótica, Nebel, que se encontraba sentado al lado de la cama, le sugirió a su esposa que preguntara a Jensen cuánto rato tendría que conservar la aguja clavada en el brazo. Candy se volvió sin vacilar y preguntó a gritos mirando al invisible Jensen sentado en el otro extremo del dormitorio: «¿Cuánto va a tardar esto?» Des-

pues extendió la mano izquierda y se rozó cuidadosamente el hueco del codo derecho en el que tenía la aguja clavada. Estaba recordando evidentemente algo que Jensen le había preguntado hacía años, porque contestó gritando: «¡No!» Nebel observó a Candy en silencio mientras ésta volvía a preguntarle a Jensen cuándo le retiraría la aguja; después añadió que tenía que regresar a su hotel de San Francisco.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Nebel—. Ya puedes decírmelo.

—Me ha preguntado que por qué se lo preguntaba [lo de la aguja] —repuso ella—. Me ha preguntado si me dolía y si me molestaba.

—¿Está leyendo todavía la fotocopia? —preguntó Nebel para tantearla.

—No. Acaba de levantarse y se ha ido a su despacho. Ha guardado la hoja en un cajón del escritorio.

Nebel le aconsejó a Candy que tratara de ver lo que había en la fotocopia, pero ella no le hizo caso. Interpretando el papel del *alter ego* de Candy, Nebel le dijo a ésta que volviera a gritar y le preguntara a Jensen cuándo le retiraría la aguja y Candy le obedeció.

—No sé a dónde ha ido —le dijo Candy a Nebel refiriéndose a Jensen—. ¿Está usted ahí? —volvió a preguntar, proyectando su voz a través de la imaginaria puerta que daba acceso al despacho desde la sala de examen. Jensen debió de contestarle algo, porque ella respondió diciendo «Ah». Después preguntó: —¿No cree que ya estoy lista?

En su voz se percibía cierto tono de hastío.

Algo más adelante y al cabo de diez segundos de silencio, Candy musitó: «Está sobre la tabla», refiriéndose a su brazo. Después dijo:

—¡Uy! Debiera usted afilar las agujas.

(Al parecer, Jensen había regresado y había retirado la aguja del brazo de Candy.) Ella dobló el codo cerrando la mano en puño y contrajo los ojos para ver la señal que la aguja le había dejado en el brazo y para comprobar que éste no le sangraba. Nebel lo observó todo en silencio mientras Candy seguía dialogando con Jensen.

—Sí —le dijo ella a Jensen—, me ha dolido.

—¿Por qué cierras la mano en puño? —le preguntó Nebel.

Ella no contestó y, en su lugar, le dijo a Jensen: «Me lia puesto

usted algodón ahí», señalándose el hueco del codo. Estaba mirando hacia arriba, no hacia Nebel, sino hacia el lugar en el que Jensen debía de encontrarse de pie. Al cabo de unos momentos, Candy le dijo a Jensen que se había quitado el algodón porque el brazo ya no le sangraba.

Nebel supuso que Jensen debía de haber abandonado la sala de examen, porque observó que Candy extendía las piernas hacia el borde de la cama (la mesa de exploraciones en su regresión) y se levantaba. «Muy bien, ya voy —le gritó Candy a Jensen—. Tengo que vestirme». Nebel se apartó y observó a su esposa buscando unas imaginarias prendas de vestir. Candy tomó lo que al parecer era una blusa descolgándola de una percha imaginaria e introdujo los brazos en las mangas. A lo largo de toda esta sesión hipnótica estuvo enfundada en un camión pero, a pesar de ello, siguió vistiéndose. Primero la blusa y después una falda que se puso con sumo cuidado. Después se abrochó lentamente la blusa y se la metió en la falda con pausados movimientos.

«Necesito los zapatos —le gritó a Jensen—. ¿Cree que me hace falta un esparadrapo?» Jensen debió decir algo y Candy le contestó: «No, no lo era.» (Las sesiones hipnóticas de esta clase decepcionaban profundamente a John Nebel, dado que no había forma de que éste pudiera saber lo que decía Jensen a no ser que Candy se lo comunicara, lo cual no siempre ocurría. Sólo podía adivinar lo que Jensen decía basándose en las respuestas de Candy y practicando con ello un juego muy difícil.)

Candy cruzó el pequeño dormitorio buscando los zapatos. Había varios pares en los armarios y en el suelo, pero ella buscaba el par que llevaba en el despacho de Jensen aquel día de principios de la década de los sesenta.

—¿Dónde están mis zapatos? —preguntó en voz alta.

—¿Has encontrado los zapatos? —le preguntó Nebel.

—Sí, repuso ella riéndose.

—¿Vas a regresar a su despacho? —preguntó Nebel. —Sí.

Nebel se preocupó al ver que Candy, todavía en estado hipnótico, avanzaba varios pasos en dirección a la puerta del despacho de Jensen y casi se daba de narices contra una de las paredes del dormitorio. Nebel se levantó, la asió del brazo y la condujo suavemente junto a la cama.

—Muy bien —dijo Nebel—, ya estás en su despacho.

Nebel le preguntó si Jensen estaba hablando con ella. Candy contestó que no. Súbitamente, Candy se levantó y empezó a vagar por el dormitorio como si todavía se encontrara en la sala de examen.

—¿Dónde está mi bolso? —le gritó a Jensen.

Nebel se apartó y contempló a su esposa mientras ésta proseguía su extraña actuación: —¿Qué ha dicho Jensen? —le preguntó Nebel.

—Ha dicho que no lo sabe —repuso Candy sin dejar de buscar el bolso. Después le gritó a Jensen: —Estaba aquí, debajo de la mesa.

Al final, Candy encontró el bolso debajo de la mesa de exploraciones. Como es lógico, no había ningún bolso, pero ella recogió uno imaginario e hizo como que lo abría. Sacó de su interior un peine imaginario y empezó a peinarse el cabello. La reacción de Nebel constituyó una mezcla de fascinación y temor. Ver a su esposa comportarse de aquel modo tan anticonvencional era para él un motivo constante de preocupación y le inducía a preguntarse si la programación de Jensen no habría dejado en Candy una huella demasiado profunda como para poder borrarla. Su temor más inmediato era, sin embargo, el de que ella pudiera lastimarse físicamente durante un espontáneo estado hipnótico o bien se sumiera en un estado hipnótico tan profundo que a él le resultara imposible dirigirla.

Candy volvió a guardar el peine en el interior del bolso y se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—¿A dónde vas? —le preguntó Nebel acercándose a ella—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Estoy aquí —dijo Candy hablando con Jensen. Candy entró en el despacho de Jensen vagando sin rumbo por el dormitorio. Una vez más, Nebel tuvo que guiarla para evitar que se lastimara.

—Me sentaré aquí —anunció Candy sentándose en el borde de la cama—. ¿Me va usted a acompañar en su automóvil? ¿Cómo voy a volver?

Nebel le preguntó que cuál había sido la respuesta de Jensen.

Candy no le hizo caso y le preguntó a Jensen: —¿Va usted a llamar a alguien para que me acompañe?

—¿Estás hablando por teléfono? —preguntó Nebel. Candy le dijo que sí.

Al llegar a este punto, Candy extendió la mano y rozó accidentalmente el revestimiento de madera de la pared. Emergió del estado hipnótico, miró a John y le preguntó: —¿Por qué estás despierto todavía, John? Debes estar cansado.

Mientras escribo esta obra, en el verano de 1975, los principales periódicos de la nación así como los noticiarios de televisión facilitan diariamente nuevas revelaciones acerca del empleo por parte de los organismos gubernamentales de fármacos modificadores del comportamiento. No ha sido solamente la CIA la que ha experimentado el efecto de estas drogas en personas inocentes que desconocían estar siendo objeto de tales estudios; según los informes publicados, el ejército lleva utilizando sustancias como el LSD, la atropina y la escopolamina desde principios de la década de los cincuenta y sigue haciéndolo en la actualidad. La atropina es un extracto natural de la belladona y es un conocido veneno. La escopolamina es una sustancia sedante. Ambos fármacos se utilizan médicamente en enfermedades del aparato locomotor, en la relajación muscular, la sedación y la amnesia durante el parto y en toda una serie de aplicaciones terapéuticas. Administrados en dosis elevadas, ambos fármacos pueden provocar alucinaciones. El ejército afirma haber dado por finalizados los experimentos con el LSD en 1967, pero reconoce que quinientos treinta y cinco militares y civiles a los que se administró LSD en el transcurso de un programa de experimentaciones de ocho años de duración no fueron informados de que estaban recibiendo dicho fármaco. En total, más de dos mil seres humanos fueron sometidos a las pruebas previstas en este proyecto, y el ejército está aguardando actualmente la aprobación de la oficina del jefe de sanidad militar con vistas a la organización de otros nuevos programas.

El 28 de julio de 1975 se reveló que el Departamento de Salud, Educación y Bienestar había experimentado el LSD en dos mil quinientos reclusos, enfermos mentales y voluntarios pagados desde el año 1954. El Departamento afirma que todos estos sujetos dieron previamente su consentimiento, si bien cabe preguntarse acerca de la legalidad de semejante consentimiento en el caso de los enfermos mentales. Se reveló, además, que, aparte los programas de experimentación directa organizados por el Departamento de Salud, Educación y Bienestar, se concedieron varios millones de

dólares a más de treinta investigadores universitarios para que siguieran realizando experimentos adicionales con el LSD en seres humanos, principalmente en estudiantes universitarios.

Y, como es natural, está la CIA con los programas de experimentación de drogas que recientemente han sido dados a conocer públicamente y bajo los cuales Gilbert Jensen pudo actuar con tan manifiesta impunidad.

El aparentemente insaciable interés del gobierno de los Estados Unidos por la experimentación de los fármacos manipuladores de la mente halla su justificación, me imagino, examinando en el contexto de las luchas por el poder de los años cincuenta y principios de los sesenta. La amenaza era el comunismo y todos los medios estaban justificados con tal de que se consiguiera frenar el declarado propósito de éste de aplastar a todos los sistemas rivales. Se golpeó con zapatos en las Naciones Unidas, se agitaron puños y se elevaron voces mientras las dos potencias dominantes de la era posterior a la segunda guerra mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética, se disputaban la jefatura mundial. Se comprende que un Gilbert Jensen respondiera a la llamada de su gobierno y procediera a desarrollar su secreta labor experimental, a pesar de las reservas de carácter ético o moral que pudieran albergarse en su mente por aquel entonces. Resulta difícil imaginarse a alguien negándose a una petición de las más altas autoridades gubernamentales durante aquel turbulento período, tanto si la petición consistía en la utilización de drogas en un intento de crear un «correo perfecto de la CIA» como si se tratara de penetrar en la sede central del partido rival por suponer el presidente que se habían utilizado fondos exteriores en la financiación de la maquinaria electoral del candidato contrario. Eran años de ciega confianza en nuestras instituciones y en nuestro dominio, la clase de confianza que lanzó a Candy Jones a sus relaciones con la CIA y con Gilbert Jensen sin pararse ni por un momento a pensar en la legalidad o corrección del trabajo y de los correspondientes objetivos.

Sin embargo, en la voluntad de Candy Jones de colaborar con la CIA intervino algo más que el simple patriotismo y este algo más tiene que ver con su sugestionable personalidad. Tal como puede observarse en el Apéndice I, Candy Jones alcanza una alta puntuación en la escala del Perfil de

Inducción Hipnótica desarrollada por el doctor Herbert Spiegel. El propio Spiegel ha clasificado a Candy como «cinco» y le atribuye lo que el denomina un «síndrome de quinto grado». En un trabajo publicado en 1974 en el *International Journal of Clinical and Experimental Hypnosis*, Spiegel dice: «Los rasgos que permiten identificar un síndrome de quinto grado son: la señal de elevada rotación ocular; la elevada puntuación intacta del Perfil de Inducción Hipnótica; la predisposición hacia la confianza; la relativa suspensión del juicio crítico; la tendencia a las nuevas experiencias; el sentido telescópico del tiempo; la fácil aceptación de las incongruencias lógicas; una memoria excelente; la capacidad para la intensa concentración; la afabilidad general y, paradójicamente, un rígido núcleo de creencias privadas.»¹⁰

Estos rasgos arriba apuntados, que constituyen una parte muy definida del retrato psicológico de Candy, combinados con profundos sentimientos patrióticos (su «rígido núcleo de creencias privadas») contribuyen a explicar por qué fue Candy un sujeto tan dócil y obediente para Jensen.

Ernest Becker, en su obra *The Denial of Death* (La negación de la muerte), afirma que el hombre cree con facilidad que el hipnotismo es el resultado de un misterioso poder que poseen ciertas personas, capaz de hacer caer bajo su hechizo a otras. El hombre cree que debe ser así, según Becker, porque «ignora la esclavitud de su propia alma». Prefiere creer que el hecho de perder su propia voluntad se debe a otra persona. Lo cierto es, dice Becker, que el hombre lleva en su interior un secreto anhelo y predisposición a responder a la voz y el chasquido de los dedos de otra persona.

Becker se refiere a Ferenczi, el cual escribió en 1909, en un ensayo, que es muy importante que el hipnotizador sea una figura impresionante, pertenezca a una elevada categoría social y posea confianza en sí mismo. Cuando un hipnotizador de esta clase da una orden, decía Ferenczi, no queda más remedio que obedecerle, dado que su impresionante y autoritaria figura hace las veces de la del padre.

En el caso de Candy, su inherente capacidad para la hipnosis se incrementó por medio de los fármacos. ¿Qué drogas utilizó Jensen? Es difícil saberlo con certeza, si bien puede obtenerse una imagen

10 Vol. XXII, No. 4, pp. 303-19.

relativamente clara a través del material de las grabaciones de Nebel, así como de lo que se conoce acerca de los alucinógenos de que se dispone en la actualidad. Como es lógico, una de las claves reside en los motivos de Jensen, puesto que determinados fármacos ejercen el efecto de inducir o precondicionar a un sujeto para la hipnosis. Otra de las claves son las reacciones de Candy a las drogas que Jensen le administró.

Una de las sustancias que se administró a Candy debió ser el amital de sodio. (El lector recordará que Candy leyó la palabra como Amitol o Amitiol al rogarle su marido, durante una sesión de enero de 1974, que le leyera la etiqueta de la botella.) Al igual que el pentotal de sodio, el amital es un barbitúrico que provoca reacciones hipnóticas. Fue ampliamente utilizado durante la segunda guerra mundial y, aunque se reconoce la eficacia tanto del pentotal como del amital de sodio en la inducción del estado hipnótico en sujetos poco dispuestos a colaborar o escasamente capacitados para la hipnosis, los expertos se apresuran a señalar que deben utilizarse con extremadas precauciones, dado que ambas sustancias pueden resultar tóxicas en dosis excesivas. Por otra parte, se ha demostrado también, a través de investigaciones, que, a pesar de que los fármacos resultan eficaces en la inducción del estado hipnótico, se consiguen resultados mucho más satisfactorios con sujetos en los que se ha inducido el estado hipnótico por medio de técnicas normales, no químicas.

La cinta de enero de 1974 fue una de las muchas en

las que Candy revivió las sesiones con Jensen y sus supuestas inyecciones de vitaminas. Candy discutía a menudo con Jensen a propósito del valor de las inyecciones intravenosas, y, en cierta ocasión, provocó su cólera mencionándole al doctor Albert Aldridge, que era su ginecólogo de Nueva York desde el año 1946. Albridge, recientemente retirado, le había administrado a Candy inyecciones de vitamina B-12 en varias ocasiones a lo largo de los años. Ella le había hablado de las inyecciones que le había administrado Jensen y Albridge le había aconsejado que no siguiera tomando más. Siempre que Candy se refería al consejo de Albridge, Jensen tenía palabras poco amables para éste, calificándole de médico viejo y dando a entender que no estaba al día en relación con los avances de la medicina.

En una cinta grabada mientras se encontraba en estado hipnótico en su casa, en febrero de 1974, Candy se quejó ante Jensen del dolor en el brazo que le habían causado las repetidas inyecciones de vitaminas durante un breve período de tiempo.* Le dijo que le dolían los músculos del brazo y le preguntó que cómo esperaba que estuviera dispuesta para la «acción» en un viaje si le dolían los músculos. «Me dijo usted que estas vitaminas especiales me relajarían los músculos», le recordó. (Como es lógico, tanto el amital como el pentotal de sodio relajan los músculos, constituyendo este hecho una normal manifestación de sus propiedades inductoras de la hipnosis.) Candy volvió a mencionarle al doctor Aldridge:

—¿Por qué habla usted siempre mal de él? —le pregunta a Jensen.

(Nebel, en el papel de Jensen, no contesta.)

—El doctor Aldridge posee excelente reputación y es muy conocido. Es director de la sección de obstetricia y ginecología del Woman's Hospital de Nueva York. *(Su voz denota inquietud. Desea convencer desesperadamente a Jensen de que ya no necesita más inyecciones de vitaminas.)* ¿Por qué dice usted estas cosas tan feas de él? Él ni siquiera ha oído hablar jamás de usted. No hay motivo para que hable mal de él.

(Nebel, en el papel de Jensen, le pregunta qué es lo que ha dicho él de Aldridge, pero ella no le contesta.)

—El doctor Aldridge me dijo que la vitamina B-doce siempre se inyecta en el trasero. Y me dijo que, si me la administra en el

brazo, la inyección tendría que ser intramuscular y *no intravenosa*.

No cabe duda de que el doctor Aldridge estaba en lo cierto. He hablado con media docena de médicos desde que inicié las investigaciones, con vistas a este libro, y todos se han mostrado unánimemente de acuerdo en afirmar que no se les ocurre ninguna situación en la que sea necesaria la administración intravenosa de vitaminas. No obstante, y de conformidad con su naturaleza sugestionable, Candy concedió a Jensen un margen de confianza en aquella sesión diciéndole: «Supongo que debe haber distintas escuelas de medicina.»

El lector observará que, en el transcurso de esta sesión de febrero de 1974, Candy no prestó atención ni a las preguntas ni a los comentarios de Nebel porque estaba totalmente inmersa en una conversación anterior con Gilbert Jensen. Nebel comentó a través del micrófono esta concentración de Candy en dicha escena, con exclusión de todo lo que la rodeaba.

—Eso no tiene nada que ver con usted —le estaba diciendo Candy a Jensen—. Está equivocado. No soy super- emocional, ni subemocional ni exageradamente emocional. (*Gime.*)

Candy prosiguió su defensa del doctor Aldridge, señalando que acudía gente de todo el mundo para ser tratada por él. Como es lógico, no hay forma de averiguar lo que Jensen había dicho. Es evidente que debió criticar a Aldridge, provocando con ello la defensa de Candy:

—Le diré una cosa, doctor Jensen. Voy a tratar de no volver por aquí, porque me encuentro cien por cien mejor cuando no le veo a usted. Es posible que me encuentre bien durante una hora, pero (*hablando en tono excitado*)... según el doctor Aldridge, no necesito nada. Mi recuento sanguíneo está bien. No me siento cansada...

(*Al parecer, Jensen la interrumpe en este momento y dice algo en el sentido de que Aldridge le ha dicho eso a Candy por motivos personales.*)

—¿Y por qué iba a hacer eso? Lo conozco desde el año 1946. (*Respira hondo, escucha algo que le está diciendo Jensen, y contesta.*) Bueno, eso depende de usted. (*Súbitamente, empieza a gemir y, según Nebel, se frotó el hueco del codo con el rostro*

contraído en una mueca.) ¿Ha hecho... Qué está usted... Me la ha vuelto a poner? ¿Doble dosis? *(casi llorando)*. No necesito doble dosis de vitaminas *(respirando hondo y recuperando el dominio de sí misma)*. ¿Sabe una cosa? ¡No le creo! Usted no me gusta a mí y yo no le gusto a usted. Da lo mismo una cosa que otra. Pero creo que me está usted causando daño. Lo creo de veras. Experimento una sensación muy extraña por esta causa. Por la forma en que me mira, comprendo que trata usted de adivinar cómo me siento, ¿no es verdad? *(Hablando en tono más débil y confuso.)* Bueno, ahora me voy. Y, si algo me ocurriera, lo tendrá usted que lamentar. Le he facilitado al doctor Aldridge su nombre... *(empieza a musitar y se queda dormida)*.

Esta sesión hipnótica no fue la única en cuyo transcurso Candy se quejó de experimentar reacciones nega

tivas como consecuencia de las supuestas inyecciones de vitaminas administradas por Jensen. En otra regresión hipnótica se quejó ante Jensen del hecho de que las inyecciones le produjeran una sensación de aturdimiento. En aquella misma sesión afirmó que las inyecciones de vitaminas le producían dolor de cabeza.*

En una sesión grabada el 12 de julio de 1974 Candy regresó a su habitación de hotel de San Francisco.** Acababa de llegar a la misma tras pasarse buena parte de la tarde en el consultorio de Jensen, en el que le había sido administrada otra «inyección de vitaminas». No se encontraba bien y le dijo a Nebel, que en aquellos momentos interpretaba el papel de su *alter ego*, que Jensen le había dicho que le llamara en caso de que la inyección le produjera algún efecto secundario. Nebel le aconsejó que efectuara la llamada y, tras haber ella marcado imaginariamente el número de teléfono de Jensen, Nebel pasó a interpretar el papel de éste.

—Doctor Jensen —dice Candy sosteniendo un teléfono imaginario—, me dijo usted que le llamara. Ya estoy en el hotel... En el St. Francis. Me duele el brazo.

(John interpretando el papel de Jensen.)

—¿Por qué causa?

—No lo sé. Me ha dado usted una inyección de vitaminas, ¿no lo recuerda? No sé, a lo mejor no me ha alcanzado bien la vena o algo así. ¿Puede ser grave?

—¿Le duele mucho?

—Me duele todo... Se me ha parado el reloj. ¿Qué hora es?

(Nebel se vio obligado a adivinar y adivinó ?nal.)

—Son las cuatro y media.

—Entonces, ¿por qué está oscuro? —dijo ella, asombrada.

(John tartamudea.)

—Tal vez tenga usted bajadas las persianas de la ventana.

—No, he mirado. Afuera está oscuro.

—¿Y cómo se siente, por lo demás?

—*Me he marchado a las dos y media. (Está preocupada por el paso del tiempo.)*

—Sí.

—Cuando lucía el sol.

—¿Cómo se siente, aparte del lugar en el que le he administrado la inyección?

* Cinta 87 «A», Cara B.

He dormido casi doce horas —comenta Candy muy

** Cinta 26, Cara A.

sorprendida.

—Bueno, estupendo.

—No me siento bien.

—¿Qué nombre ha utilizado en el registro del hotel?

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo Candy con voz pastosa.

—No sabía si habría utilizado el apellido de Jones o el de Grant.

—No me acuerdo. Pero *usted* debe acordarse. Sólo quería saber si tengo que aplicarme una compresa en el brazo.

—No; se le pasará dentro de muy poco.

—¿Por qué me duele tanto?

El resto de la conversación mantenida a través del imaginario teléfono, mientras John Nebel interpretaba el papel de Gilbert Jensen, estuvo centrada en la posibilidad de que Candy anulara su proyectado viaje como consecuencia de aquella indisposición. A pesar de que no se explicaron los detalles del viaje en cuestión, resulta evidente, a través de la cinta, que se trataba de un viaje por cuenta de la unidad de la CIA dirigida por Gilbert Jensen, y no ya del vuelo de regreso a Nueva York.

En otro punto de este libro Arlene comenta haber sido «incubada» tras la administración a Candy por parte de Jensen de dos inyecciones intravenosas. Arlene aparecía invariablemente tras la administración de dichas inyecciones porque el estado hipnótico provocado por las mismas constituía un campo muy adecuado con vistas a la manipulación de Arlene y de Candy. El amital de sodio es una sustancia capaz de ejercer estos efectos.

Es probable, sin embargo, que el amital de sodio no fuera la única sustancia química administrada a Candy durante su colaboración con Jensen y la CIA. El 20 de diciembre de 1974 estuve presente en el apartamento de Nebel mientras éste inducía en Candy el estado hipnótico y la interrogaba acerca de las inyecciones intravenosas administradas por Gilbert Jensen. Ella afirmó durante aquella sesión que Jensen le había dicho una vez que las inyecciones de vitamina B-12 contenían un ingrediente especial que las hacía superiores a las que el doctor Aldridge le había administrado en Nueva York. Candy preguntó repetidamente a Jensen por qué las inyecciones de vitamina B-12 ejercían un efecto más poderoso que las que le había administrado Aldridge. Jensen le contestó una vez diciéndole que posiblemente influyera en el

clima de California. Esta vez, según la hipnotizada Candy, Jensen se jactó de que sus inyecciones de vitaminas contenían un ingrediente que ella pronunció «aminizín». Posteriores investigaciones no permitieron descubrir ninguna sustancia que fuera conocida en los Estados Unidos con esta denominación. No obstante, era posible que Candy se estuviera refiriendo al fármaco soviético llamado aminazin, equivalente aproximado de la toracina norteamericana. Se dice que el aminazin se utiliza experimentalmente en la Unión Soviética con los prisioneros políticos para modificar su comportamiento y actitudes. Se trata de una poderosa sustancia capaz de provocar graves depresiones, pérdida de memoria, agotamiento y pérdida del dominio de los movimientos musculares. Otras dos sustancias ampliamente utilizadas por los soviéticos son la reserpina y el sulfa-zín. Es probable que Jensen tuviera acceso a estas sustancias soviéticas, dado que el propósito declarado de los vastos programas de experimentación de sustancias organizado por la CIA habría estado en condiciones de obtener estos fármacos o bien sus ingredientes, ya fuera por medios normales o a través de procedimientos secretos.

Es posible que se utilizara también en Candy Jones la toracina. La toracina es ampliamente utilizada por los psiquiatras para el tratamiento de pacientes difíciles. Se trata de un eficaz tranquilizante de los que «calman la mente» de verdad y no de aquellos cuyos efectos consisten en una sedación general de todo el sistema. No hay pruebas, en las grabaciones de las sesiones hipnóticas, de que Jensen le administrara a Candy toracina, si bien es cierto que, en numerosas ocasiones, la advirtió en el sentido de que no permitiera jamás que ningún otro médico le administrara dicha sustancia.

Esta instrucción fue una de las muchas en las que Candy fue programada de tal forma que rechazara ser sometida a tratamiento por cualquier médico, dentista o psiquiatra no aprobado por Jensen y la CIA. No se puede censurar a la CIA su temor a que uno de sus agentes fuera tratado por un médico no aprobado por la Agencia. La toracina es una sustancia hipnótica y, en caso de que otro médico se la hubiera administrado a Candy, cabía la posibilidad de que ésta experimentara una regresión espontánea y hablara de sus experiencias en la CIA.

Por consiguiente, la programación de Candy por parte de

Jensen, con el fin de que ésta evitara ser tratada por otros médicos, estaba basada en los habituales procedimientos de la CIA. Como medida habitual de seguridad, todos sus agentes son tratados por médicos previamente aprobados. Victor Marchetti me ha dicho que, siempre que un agente de la CIA tiene que someterse a una intervención quirúrgica, se designa a otro agente para que se

halle presente en la sala de operaciones, provisto de la correspondiente bata y máscara, para poder oír lo que el paciente pueda revelar bajo los efectos de la anestesia y analizar su relativa importancia. Como es lógico, siempre que ello es posible, tanto el cirujano como las enfermeras y técnicos reciben el visto bueno de la Agencia Central de Inteligencia.

Las advertencias de Jensen a Candy en el sentido de que jamás solicitara los servicios de un médico o un dentista no aprobado no eran exhortaciones casuales. En una grabación sin fechar de una sesión hipnótica * Candy empezaba diciendo: «Va a ocurrir algo muy malo.» Después le dijo a Nebel que no debiera de haber dicho lo que le había dicho. Lo que Nebel le había dicho era que consideraba conveniente que consultara con un psiquiatra. Tal cosa había ocurrido poco antes de que ella se sumiera en un espontáneo estado hipnótico, y fue una de las muchas conversaciones en las que Nebel trató de convencer a su esposa de la necesidad del tratamiento psiquiátrico para poder librarse, en su matrimonio, de la perturbadora presencia de Arlene:

—No puedo acudir a un psiquiatra.

—*Porque te han dicho que no podías —replicó. (John se refirió a la información obtenida a través de anteriores sesiones hipnóticas.)*

—Hay un motivo por el que no puedo y...

—Habíame de ese motivo.

—Me pondré muy enferma y hasta incluso es posible que sufra convulsiones. Jamás he sufrido convulsiones, pero sabré lo que es eso si acudo a un psiquiatra.

—Ya entiendo.

—Porque el médico ha dicho que yo...

—¿Qué médico?

—El doctor Jensen. Ha dicho que me empezaría por el estómago y que después me pondría muy mala porque te hacen demasiadas preguntas. Me pondría muy nerviosa aunque... *(empieza a jadear).* ¿Lo ves? *(Le duele el estómago. Nebel le asegura que la librará en seguida de aquel dolor.)* 11

11 John Nebel ha conseguido librar a Candy de su dolor funcional en estado de hipnosis. Cuando a ésta le ha dolido el estómago, le ha «arrancado el dolor de raíz» extendiendo los dedos sobre su abdomen y haciendo un exagerado esfuerzo. Ello da resultado porque el estado hipnótico acrecienta la sugestionabilidad. Nebel también le ha administrado píldoras imaginarias contra

—No soy una persona nerviosa, pero me produciría nerviosismo.

—Candy, ¿quién soy yo?

—...Y entonces el médico pensaría que me había ocurrido algo.

—Candy, por favor, ¿quién soy yo?

—John.

En otra sesión hipnótica, Nebel introdujo el tema de las instrucciones de Jensen a Candy para que ésta no consultara con ningún otro médico sin su permiso.¹²

—No puedo ir. No puedo ir a ninguna parte. No puedo. No puedo. Tengo que tener cuidado y procurar no hacerme daño, porque no puedo ir.

—¿Ni siquiera puedes ir a un dentista?

(Candy se escandaliza ante esta sugerencia.)

—¡No!

—¿Y qué me dices de un psiquiatra?

—Jamás —contesta ella, jadeando.

—¿Te ha dicho [Jensen] el porqué?

—Porque van a averiguar algunos asuntos y tratarán de decirme cosas que no son verdad.

—Comprendo. Bueno, pues ahora te encuentras en su despacho y quiero que le hagas un par de preguntas y me repitas lo que él te diga.

—¿Por qué no puedo acudir a un psiquiatra? No me hace falta pero, ¿por qué no puedo ir? —le preguntó Candy a Jensen, tal como Nebel le había pedido.

—Y ahora dime lo que él te ha dicho.

—«Pensarán —me ha dicho— que está usted loca. No la creerán. *(Su voz se ha transformado en la de Arlene.)* Pensarían

el dolor. Coloca la «píldora» en su boca y ella se dedica a chuparla hasta disolverla. Generalmente, Nebel le dice que la píldora contiene gaulteria y ella saborea la gaulteria y comenta su agradable sabor. La píldora, al igual que el arrancamiento del dolor de raíz, resulta extremadamente eficaz. El efecto de placebo durante la hipnosis suele aumentar dramáticamente. Ha habido pacientes en estado hipnótico, a los que se han aplicado aparatos de electroshock, que han mostrado todos los efectos de haber recibido un shock a pesar de hallarse el aparato desconectado.

12 Cinta 39, Cara B.

que le había ocurrido algo.»

—Pregúntale qué palabras utiliza para hipnotizarte.

(Candy se dirige a Jensen.)

—Usted no me hipnotiza, ¿verdad?

(John interpreta el papel de Jensen.)

—Sí la hipnotizo.

—Usted me dijo que no se me podía hipnotizar.

—Bueno, eso se lo dije al principio.

—¿Cómo lo hace?

—¿Qué palabras pronuncio cuando usted acude aquí y se sienta? —inquire John en el papel de Jensen.

—Me dice usted que me mire al espejo y que vea a Arlene. Y entonces se apaga la luz. Y entonces la veo.

—¿Arlene?

—Sí.

—¿Y el espejo está allí?

—Sí. Y yo la veo. *Usted* la hace aparecer. Usted no me obliga, pero me pregunta si quiero ver cómo es.

—A ver si consigues que te diga [Jensen] si de veras te administra vitaminas.

—Ya no quiero más vitaminas. Ya he tomado suficientes. ¿Qué clase de vitaminas me va a administrar hoy? Me acaban de administrar vitaminas en Nueva York. Mi médico me dijo que ya no me hacían falta.

—Cuando enciendes la vela y ves a Arlene en el espejo, ¿qué te dice [Jensen]?

—Me dice: «¡La luz se ha apagado!» Y la apaga sin quemarse.

—¿Y entonces te quedas totalmente a oscuras?

—Eso parece. Es muy tacaño con la luz. Usa muy poca luz.

(Tras describir ulteriormente la utilización por parte de Jensen de las luces y los espejos para evocar a Arlene, Nebel le pregunta a Candy qué es lo que siente cuando permanece frente al espejo y ve a Arlene.)

—Me siento aturdida. *(Se echa a reír.)* Pero siempre siento curiosidad por ver qué aspecto tiene.

Aunque Jensen utilizaba un espejo para que Candy pudiera ver a Arlene, tal como ocurría con los espejos de su abuela que

desempeñaban esta misma función cuando era niña, prácticamente todas las visitas al despacho de Jensen incluían una inyección de «vitaminas» y Arlene solía presentarse habitualmente tras la administración de dichas inyecciones.

Entre las instrucciones de Jensen a Candy se contaba la orden de no permitir que un dentista le administrara novocaína. Mientras trabajaba por cuenta de la unidad de la CIA, Candy empezó a experimentar molestias dentales y solicitó repetidamente el permiso de Jensen para acudir a un dentista. Él le dijo que se encargaría de que la visitara un dentista de la CIA de Filadelfia o de Washington. Pero jamás lo hizo. Nebel recuerda una conversación que mantuvo con Candy en diciembre de 1973 a propósito de sus molestias dentales. Candy le dijo que Jensen lo iba aplazando, diciéndole que el dentista de Washington se encontraba enfermo y no podría trabajar durante un prolongado período de tiempo. En determinado momento, Candy le preguntó a Jensen por qué no podía acudir a un dentista para que le hiciera todo el trabajo en una sola sesión, bajo los efectos del pentotal de sodio. Jensen se enojó ante esta sugerencia y la aleccionó en el sentido de que nadie utilizara jamás con ella dicha sustancia.

Tal como ya se ha dicho anteriormente, es comprensible que la CIA desee que sus agentes sean tratados por médicos a los que previamente haya dado la Agencia su visto bueno. Gilbert Jensen, sin embargo, llevó esta precaución mucho más allá de los límites que le habían sido impuestos por la Agencia al impedir incluso que Candy fuera tratada por los médicos y dentistas autorizados por la CIA. ¿Por qué? ¿Había Gilbert Jensen superado los límites establecidos por la CIA en relación con sus experimentos con Candy Jones y temía que la Agencia descubriera sus transgresiones? Si esta teoría fuera válida y Gilbert Jensen se hubiera excedido efectivamente en sus atribuciones, la responsabilidad de la manipulación de Candy Jones recaería principalmente sobre sus hombros y quedaría suavizada la participación de la Agencia Central de Inteligencia. Aunque así fuera, no hay forma de averiguar dónde cesó el proyecto experimental de la CIA y dónde empezó Gilbert Jensen a actuar por su cuenta. En cualquier caso, e independientemente de los motivos que hubieran guiado a Jensen, los efectos fueron los mismos. Ésta se quedó petrificada en relación con cualquier médico y sólo los esfuerzos concertados de John

Nebel han conseguido recientemente que Candy considerara la posibilidad de buscar ayuda médica sin necesidad de solicitar la autorización de Jensen.

Al cabo de varios meses de esfuerzos, John Nebel pudo lograr que Candy visitara a un dentista y la acompañó al doctor Irwin Smigel, de Manhattan, especialista en odontología estética. Smigel, entre cuyos pacientes se cuentan numerosas figuras del mundo del espectáculo, se asombró al comprobar el estado en que se hallaba la dentadura de Candy, y me dijo: «Cuando la examiné, no podía creerlo. Aquella hermosa mujer, que vestía con tanta elegancia, y que tanto cuidaba aparentemente su aspecto físico, tenía una boca que sólo puedo describir calificándola de desastre. Los dientes frontales inferiores estaban flojos y eran irregulares. Uno de los dientes estaba roto al nivel de la encía. Jamás había visto nada peor en todos mis años de práctica.»

Al preguntarle Smigel a Candy cuándo había visitado por última vez a un dentista, ella le contestó con una pregunta: «¿Hay alguna otra puerta por la que pueda salir de esa habitación?» Rechazó todos los ofrecimientos de anestesia, incluido el de un anestésico local, y Smigel tuvo que trabajar muy despacio y con mucho cuidado para reconstruirle la dentadura. «Fue una tarea larga y tortuosa como consecuencia de su exagerado temor a los dentistas», dice Smigel.

Jensen se encontraba, al parecer, en una insólita posición para guiar a Candy, no sólo protegiéndola contra las operaciones del espionaje extranjero sino también cuidando de que su propia Agencia, la CIA, no la interceptara y descubriera las operaciones experimentales a que él la había estado sometiendo por su cuenta. Lo cual no significa que la CIA no tuviera conocimiento de la existencia de Arlene y del éxito alcanzado por Jensen al conseguir desdoblar a Candy. Significa simplemente que, exceptuando aquellas situaciones en las que estaba seguro de su capacidad de ejercer el dominio sobre ella, Jensen procuraba mantenerla apartada de la Compañía, tratando por todos los medios de borrar las huellas de la labor de Candy en la misma y del papel que él había desempeñado en todo el asunto.

Parece ser que jamás confió plenamente en ella, lo cual tal vez constituya una demostración de la debilidad básica que entraña la manipulación de un agente a través de la hipnosis y las drogas. La

conducta de un agente manejado a través del dinero o del temor es previsible, pero no lo es en el caso de alguien como Candy Jones, cuya manipulación dependía de la capacidad de un hombre. Siempre debió albergarse en el interior de Jensen cierta duda acerca de la potencia y duración de su poder hipnótico sobre ella, pero sólo tras haberle comunicado Candy su sorprendente decisión, en 1972, de que había terminado con él y con la Compañía recurrió Jensen al medio más habitual de manejar a un agente renegado: la amenaza contra su vida.

Candy empezó a llevar mensajes por cuenta de la Compañía y de Jensen una vez alcanzado un nivel de programación considerado por éste como suficiente. Jensen siguió administrándole sustancias químicas tal vez para seguir dominando a Arlene, quizás para proseguir sus experimentos o puede ser que por el simple deseo de satisfacer su propia curiosidad. La memoria de Candy quedó eficazmente destruida, condición sumamente útil después de los resultados dados por la escopolamina que, administrada durante el parto, produce un estado conocido como de «sueño crepuscular» cuando se mezcla con el analgésico demerol.

Sólo Jensen sabe con certeza qué otros fármacos se utilizaron en Candy. Tal vez la lorazepina, descubrimiento relativamente nuevo que no provoca el sueño de un paciente quirúrgico pero bloquea todo el recuerdo de la intervención. Otro poderoso fármaco hipnótico es la fenotiazina, que ha sido estudiada por la CIA en relación especialmente con sus efectos cuando se la mezcla con el LSD- 25. Es posible también que Jensen administrara a Candy simple LSD durante los años en que la tuvo sometida a tratamiento. En tal caso, se lo hubiera podido administrar con el zumo de naranja que constantemente tenía a mano, insistiendo en que se lo bebiera. En una sesión hipnótica sin fecha, Candy le habla a Jensen de la reacción que le produce el zumo de naranja. Candy se había sumido repen

tinamente en un estado hipnótico espontáneo, encontrándose en su dormitorio cuando empezó a murmurar: «Me produce usted dolor de estómago.» Nebel puso en marcha el magnetófono.*

—Es horrible —dice Candy emitiendo un sonido de desagrado.

—¿Dices que te produzco dolor de estómago? —pregunta John en la creencia de que ella está hablando con él.

—Sí —contesta Candy, apenada—. Debido a esta medicina o lo que sea que me tomo primero. Tiene un sabor horrible, horrible.

(John comprende que ella está hablando con Jensen y pasa a interpretar el papel de éste.)

—¿Quiere usted decir que le doy una medicina antes de administrarle las vitaminas?

—Bueno, usted me dijo que era para enjuagarme la boca, pero a mí no me gusta. *(Parece que se esté enjuagando la boca con saliva.)*

—¿Es amargo?

—Es un sabor muy raro. Es... lo noto constantemente. Lo vuelvo a notar... Sabe a... Es como de limón o algo así. No es agradable. Y, además, me produce dolor de estómago. Se lo digo en serio.

—¿Le duele ahora el estómago?

—Me lo provoca esta cosa.

—¿Cada vez que se toma eso experimenta dolor de estómago?

—pregunta John todavía en el papel de Jensen.

—Me noto una cosa rara en la cabeza. Ya se lo he dicho otras veces, pero usted no quiere creerme.

Tras reforzar Nebel el estado hipnótico, apagó el magnetófono y lo puso nuevamente en marcha al oír que Candy empezaba a hablar otra vez. Ésta murmuró algo acerca de que no le gustaba dormir en su despacho (de Jensen). Nebel pasó de nuevo a interpretar el papel de Jensen.

—Pero ya ha dormido usted aquí otras veces, ¿no?

—Bueno, me he quedado dormida aquí, pero sin querer.

(A los pocos momentos acusa a Jensen de extenderle el brazo.)

(John interpreta el papel de Jensen.)

** Para poder administrar la inyección de vitaminas. (Con*

voz muy débil.) Ahora ya sabe que estoy perdiendo el conocimiento, ¿verdad? Creo que tendré que quedarme aquí un rato.

—¿Está perdiendo el conocimiento?

—Sí. Usted *sabe* que voy a perder el conocimiento. Lo hace usted deliberadamente, ¿verdad? (*Emite unos sonidos como si chupara algo.*) Siempre noto este sabor tan horrible cuando usted hace esto.

(*Al cabo de un minuto, Candy se transformó en Arlene y la sesión prosiguió.*)

En el transcurso de otra sesión hipnótica, Candy volvió a referirse a esta misma escena en el despacho de Jensen, afirmando que éste le había extendido el brazo porque ella se negaba a que le administrara la inyección de vitaminas. Afirmó que había arrojado casi todo el zumo de naranja al excusado, pero que parte de éste no había desaparecido con el agua. Jensen descubrió el zumo de naranja en el excusado y se puso furioso. Candy calificó aquel día como «el viernes negro».

En otra sesión hipnótica, Candy regresó al despacho de Jensen en Oakland y se encontraba tendida sobre la mesa de exploraciones. Le gritó a Jensen que no la tocara, le dijo que el zumo de naranja era «la cosa más horrible que jamás había saboreado» y le acusó de añadir algo al zumo.

Las referencias que hace Candy en las cintas al hecho de recibir medicamentos por parte de Jensen en contra de su voluntad, ya sea por vía intravenosa o bien con el zumo de frutas, son demasiado numerosas como para poder incluirse en este libro. Pero lo cierto es que Candy Jones se transformó por obra de Gilbert Jensen en una marioneta o, mejor dicho, en dos marionetas: Candy y Arlene, dos hermanas dentro de un mismo cuerpo pero tan distintas la una de la otra como puedan llegar a serlo dos hermanas. Se hablaban la una a la otra pero ninguna de ellas hablaba de la otra con nadie fuera del despacho de Gilbert Jensen en Oakland. Ambas viajaban juntas en las misiones de la CIA, ocupando Candy el asiento de avión durante la primera parte legítima del viaje y siendo sustituida por Arlene durante las partes secretas de los viajes en los que su peluca negra y su maquillaje atezado correspondían a la imagen de la fotografía de su pasaporte. Arlene estudiaba a los pasajeros que iban a viajar en el aparato y, siguiendo las instrucciones de Jensen, elegía un asiento de

la izquierda porque, dado que la mayoría de las personas es diestra, la gente suele pasarse el rato mirando más hacia la derecha. La bolsa de vuelo que Candy colocaba bajo el asiento contenía el sobre que ésta debía entregar, si bien no se sabe con certeza si contenía o no algún mensaje.

Al principio, las misiones fueron fáciles y se desarrollaron cerca de casa: Cleveland, Filadelfia, Washington y Nueva York. Pronto se extendieron a mayores distancias y condujeron a Candy y Arlene hasta Oriente. Nadie sabía lo que hacía Candy a excepción de Arlene, de Jensen, naturalmente, y de aquellas personas a quienes ella se lo hubiera querido comunicar. Con la excepción de las veladas alusiones a Mel Heimer, a Joc Vergara y a su abogado Bill Williams, Candy mantuvo la boca cerrada durante todo el tiempo en que estuvo colaborando con la CIA.

Pero Jensen no podía estar nunca seguro de que Candy o Arlene no decidieran algún día revelarle la historia a una tercera persona. A causa de esta incertidumbre, Jensen decidió ir mucho más lejos en su programación de Candy Jones y la enseñó a evitar todas las relaciones y el trato con las personas. La enseñó a odiar especialmente a las personas pertenecientes a minorías étnicas y, en este absurdo empeño, contó con la ayuda de su patrón, es decir, de la Compañía o Agencia Central de Inteligencia o, por lo menos, de una facción de esta impresionante organización, una facción consagrada a las filosofías ultraderechistas y dirigida por otro médico californiano que aquí llamaremos Marshall Burger.

Entrenada para odiar

El doctor Marshall Burger es un precursor y una de las máximas autoridades en el campo de la hipnosis medica. Su categoría le permitió entrar en contacto con muchos nombres famosos del gobierno y el mundo del espectáculo y gozar de su proximidad. Burger era un dinámico y egocéntrico individuo de ásperas facciones al que encantaba la compañía de las bellas mujeres del mundo del espectáculo, especialmente de las estrellas cinematográficas, habiendo sido en parte esta debilidad suya el motivo de su traslado desde el Medio Oeste al sur de California.

Otro de los motivos del traslado de Burger a California fue el de poder hallarse más cerca de los programas experimentales financiados por el gobierno, con los que estaba estrechamente identificado. Había empezado a trabajar en dichos programas durante la segunda guerra mundial y había sido uno de los primeros médicos que había estudiado el potencial de la hipnosis como instrumento bélico. El patrocinador del proyecto había sido la Agencia Central de Inteligencia. En la década de los sesenta, en la que aun proseguían los experimentos de manipulación mental de la CIA, Burger se convirtió en algo así como el mesías del proyecto y emprendió la tarea de adiestrar a otros médicos por cuenta de la Compañía. Uno de dichos médicos fue Gilbert Jensen.

Candy había conocido a Marshall Burger mucho antes de que se iniciara su colaboración con la CIA, y fue Burger quien se convirtió en su primer hipnotizador.

La utilización de la hipnosis en Candy por parte de Burger se efectuó en 1946 a través del teléfono. La inducción del estado hipnótico a través del teléfono no constituye una práctica insólita, sobre todo en el caso de personas tan sugestionables como Candy. Burger utilizó la misma técnica usada más adelante por John Nebel, es decir, la sedación general de un sujeto a través de la «relajación progresiva».

Candy se había convertido en una figura nacional gracias a sus éxitos como modelo y especialmente a sus patrióticos esfuerzos encaminados a distraer con su espectáculo a las tropas del Sur del Pacífico durante la guerra. Fue invitada a varios programas

* Cinta 86 «A», Cara A.

radiofónicos de todo el país, incluido el célebre «Club del Desayuno de Don McNeill», emitido desde Chicago.

Voló a Chicago la víspera de su presentación en el programa y se alojó en el Hotel Drake. Acababa de deshacer el equipaje cuando una serie de escalofríos empezaron a recorrerle todo el cuerpo, aquellos mismos escalofríos que tan bien recordaba de cuando había enfermado de paludismo en el Pacífico. Gilbert Jensen le había dicho en Leyte que, una vez dominada la malaria, ya no volvían a padecerse recaídas. Pero Candy estaba segura de que la malaria había vuelto a atacarla en el Drake. Se acostó y se cubrió con todas las mantas de que disponía.

Al observar que sus escalofríos se intensificaban, decidió llamar a uno de los representantes del programa. Éste acudió a su habitación y, al ver lo enferma que estaba, llamó a otra persona relacionada con el programa.

«Un médico la llamará dentro de media hora», le dijo a Candy el auxiliar del programa. Candy le dio las gracias y el hombre se marchó. A los pocos minutos, sonó el teléfono. Era el doctor Marshall Burger, que llamaba desde su domicilio de un barrio residencial de Chicago en el que tenía instalado su elegante consultorio de psiquiatra.

Lo que ocurrió entre Candy Jones y Marshall Burger en el transcurso de aquella conversación telefónica lo ilustró muy gráficamente Candy en las grabaciones sin fechar de dos sesiones hipnóticas con John Nebel. El nombre de Burger había aflorado en varias grabaciones anteriores en las que se había hecho alusión a su colaboración con la CIA, pero estas dos cintas se refieren específicamente a la conversación telefónica de Chicago. En una de las cintas, Nebel había hecho retroceder a Candy al despacho de Jensen en Oakland.* Nebel le preguntó la fecha y Candy le dijo que estaban en noviembre de 1960. Nebel se convirtió en Gilbert Jensen y empezó a interrogarla acerca de los comienzos de su colaboración con la CIA. En el transcurso de dicho interrogatorio, le preguntó si había visto a Marshall Burger últimamente.

«¿Se refiere usted al *doctor* Burger?», preguntó Candy, dando a entender por su tono que le molestaba aquel familiar uso del nombre propio de Burger.

(Nebel interpreta el papel de Jensen.)

—Sí, al *doctor* Marshall Burger —contesta.

—No, está en Chicago. Llevo siglos sin verlo... ¿Lo conoce usted?

—Pues claro... ¿La hipnotizó él alguna vez?

—No (*bostezando*). Pero, en cierta ocasión, me ayudó. Fue cuando lo conocí. Había sufrido un ataque de malaria y hablé con él por teléfono. Hizo una cosa muy rara. No vivía en el mismo Chicago.

—¿Dónde vivía?

—No lo sé... Fuera...

—¿En un suburbio residencial?

—Sí. Me llamó por teléfono.

—¿Y qué le dijo por teléfono?

—Me dijo que no podía acudir a visitarme pero que acudiría a la mañana siguiente. Y me dijo que contara hacia atrás. (*Se ríe al pensarlo.*) Me dijo que, si contaba hacia atrás, dejaría de temblar y me dormiría. Mire, a cambio de que cesaran los escalofríos, hubiera sido capaz de hacer la vertical.

—¿Contó él con usted?

—Sí. Contó de diez a uno.

—¿Y qué le dijo? ¿Le dijo que dejaría de temblar?

—Sí. Dijo que cesarían los escalofríos y que...

—Dígame lo que le dijo cuando usted empezó a contar de diez a uno.

—Me dijo: «Va usted a contar conmigo... y va a agarrarse del borde de la cama... Coloque el auricular sobre la almohada y acurrúquese con el aparato apoyado contra el hombro... Ahora cuente conmigo de diez a uno... Agárrese al borde de la cama y contemos juntos. Diez: va usted a dejar de temblar. Nueve: deje de temblar. Ocho: deje de temblar... Sus escalofríos están desapareciendo. No se destape. Siete: deje de temblar... Agarre el borde de la cama... Sus escalofríos están desapareciendo... Seis: sus escalofríos están desapareciendo... Se está bajando la fiebre... (*Mientras Candy cuenta con Burger, el tono de su voz revela que el hecho de revivir aquella escena la está sumiendo en un estado hipnótico mucho más profundo que el alcanzado con Nebel.*) Cinco: sus escalofríos están desapareciendo y la fiebre le está bajando... Cuatro: dejará de temblar... Tres: duérmase... duérmase... Dos: duérmase..., duérmase... Uno: sus escalofríos han

desapare- recido... Ya no tiembla usted... Va usted a dormirse...
Está dormida..., dormida..., dormida...»

En otra sesión grabada, Candy volvió a vivir su «cuen

ta atrás» de Chicago con Burger.* La escena fue básicamente la misma que la de la grabación anterior, sólo que en esta ocasión añadió que Burger había utilizado la palabra «tibio» en varios momentos de la cuenta atrás, así como el adjetivo «profundo».

Candy negó en ambas grabaciones que Burger la hubiera hipnotizado en Chicago. Prefirió atribuir lo que le había ocurrido a la «autosugestión». Su opinión a este respecto coincidía con la que le merecía Gilbert Jensen. Candy reconoce en la actualidad que fue hipnotizada, pero en todas las regresiones que se produjeron en el transcurso de sus sesiones hipnóticas con John se mostró inflexible en su convencimiento de que no podía ser hipnotizada por nadie.

No puedo por menos que mostrarme escéptico en relación con las circunstancias que rodearon la presentación de Burger a Candy en Chicago, y, desde que empecé a analizar las cintas, no he cesado de preguntarme si Gilbert Jensen no debió ser en cierto modo responsable de que Burger fuera elegido para tratar a Candy. Ambos hombres son psiquiatras y su especialidad médica no resulta que digamos muy adecuada para el tratamiento de la malaria. Cabe, como es lógico, la posibilidad de que el ayudante de Don McNeill llamara al médico que conocía mejor y que este médico resultara ser Marshall Burger. Tal vez Burger hubiera ayudado a traer al mundo a los hijos de dicho ayudante. Pero se me antoja extrañamente irónico que Candy fuera enviada a un hombre que posteriormente se convertiría en uno de sus contactos de la CIA, al igual que no deja de ser curioso que Gilbert Jensen, conocido suyo de la época de la segunda guerra mundial, entrara posteriormente en su vida en calidad de agente manipulador por cuenta de la CIA.

Burger desempeñaría más adelante un papel directo en la programación de Candy Jones, especialmente en lo concerniente a su aleccionamiento en la desconfianza e incluso el odio hacia las personas. Sin embargo, antes de que Burger entrara en escena a finales de la década de los sesenta, fue Gilbert Jensen, uno de los discípulos de Burger, quien se encargó de llevar a cabo la programación.

En las grabaciones de las sesiones hipnóticas de John Nebel con Candy existen diecisiete segmentos específicos en los que se trata de lo que he optado por denominar su «adiestramiento en el odio». A menudo, dichas regresiones no eran espontáneas sino que

* Cinta 66, Cara A.

más bien se producían como resultado de las acaloradas discusiones entre Candy y John a propósito de la negativa actitud de aquélla ante los amigos de éste. El problema guardaba también relación con la eventual situación de Candy en el programa radiofónico. Nebel siempre había buscado a sus invitados entre su larga lista de amigos y conocidos, pero ahora la actitud de Candy con ellos le impedía llamarlos para que se presentaran en su programa. En muchos casos, Nebel se limitó simplemente a dejar de llamarlos. Sólo tras quedar al descubierto, a través de las sesiones hipnóticas, el adiestramiento a que Candy había sido sometida por parte de Burger y Jensen, pudo Nebel empezar a comprender mejor la causa subyacente de la actitud de su esposa hacia las demás personas y, muy especialmente, hacia aquéllas pertenecientes a grupos étnicos identificables.

En todas las regresiones hipnóticas de Candy no existe ningún episodio que revele por entero toda la historia de la programación destinada a infundirle desconfianza y aversión hacia las personas. Este lavado de cerebro por parte de Gilbert Jensen se efectuó durante las prolongadas relaciones entre ambos y se puede llegar a comprender mejor presentando toda una serie de conversaciones, en las que Jensen y Candy abordan este tema.

En una sesión de noviembre de 1974,* Nebel, interpretando el papel de Gilbert Jensen, se sorprendió al oír que Candy le preguntaba si era su amigo. Él le aseguró que sí. Entonces ella inició un monólogo en el que se refirió al hecho de tener muy pocos amigos. Le dijo que había muchas personas que no le gustaban y después añadió que no *podían* gustarle muchas personas:

—No hay sitio en mi vida para los amigos y la mayoría de ellos no comprenderían lo que estoy haciendo. No puedo correr este riesgo.

—¿Quién se lo ha dicho? —le preguntó Nebel.

—Me lo ha dicho usted —repuso ella, creyendo que estaba hablando con Gilbert Jensen.

En una sesión hipnótica grabada el 10 de abril de 1974* Arlene hizo su aparición, muy malhumorada y quisquillosa. Tras regañar a Candy por espacio de dos minutos y afirmar que la madre de ésta estaba «más loca que una lechuza

* Cinta 7 «A», Cara A.

chillona» y jactarse de haber acompañado a Candy a visitar a su madre en el hospital, haciendo allí ciertos comentarios que habían sacado a la madre de Candy de sus casillas, Arlene pasó a poner en práctica lo que Gilbert Jensen les había enseñado a ella y a Candy. Se refirió al médico de la madre de Candy llamándole despectivamente «judío». Se pasó toda la sesión riéndose y repitiendo con aparente regocijo «judío... judío... judío». Le dijo a Nebel que aquel médico era justamente la clase de judío que a él, refiriéndose a Nebel, le gustaba presentar en sus programas. Dijo que la clase de judíos con los que Nebel mantenía relaciones de amistad eran odiosos y agresivos. Después añadió despectivamente: «Candy no tiene el buen juicio de darse cuenta de que son unos cerdos.»

Siguió con su parrafada contra los judíos y, al cabo de unos quince minutos de grabación, se jactó de que Gilbert Jensen le hubiera dicho, a ella, Arlene, que no debía apre

* Cinta 27, Cara A.

ciar a los judíos. Más adelante, aproximadamente diecinueve minutos más tarde, Arlene negó haber afirmado que Jensen la hubiera aleccionado en el sentido de que odiara a los judíos, pero añadió rápidamente: «Los judíos *son* malos.»

En una sesión grabada en enero de 1974 * Candy comentó que Arlene se llevaba muy bien con Gilbert Jensen. Y dijo que uno de los motivos de que a Jensen le gustara Arlene era el hecho de que esta pensara lo mismo que él y se mostrara dispuesta a seguir sus consejos. John Nebel le preguntó a Candy cuáles eran los grupos étnicos considerados peligrosos por Jensen.

—Los judíos, desde luego —contesta Candy—. Se refería a ellos muy despectivamente. Y los negros norteamericanos. Siempre los llamaba «negritos». Él era judío, pero no le gustaba que yo se lo dijera. *Decía* que había diferencias entre los judíos.

—Antes de conocer a Jensen, ¿qué opinabas de la gente de credo judío?

—*No opinaba nada. (Según Candy, antes de iniciar su colaboración con Jensen y con la CIA, muchos de sus amigos y de los profesionales con quienes se relacionaba eran judíos.)*

Ocurría con frecuencia que Nebel, adivinando erróneamente, dirigía alguna pregunta en nombre de Gilbert Jensen cuya respuesta Jensen hubiera debido conocer. Esta situación dificultaba la averiguación de las fechas a través de Candy, puesto que siempre que Nebel, interpretando el papel de Jensen, le preguntaba a Candy la fecha, ésta se reía y le decía que estaba loco si no sabía el día que era. A menudo se hacía necesario repetir las preguntas antes de que Candy facilitara las fechas que se le pedían. Por regla general, cuando ella interrogaba a Nebel acerca del motivo de que le preguntara la fecha, Nebel recurría al subterfugio de contestarle que deseaba poner a prueba su agudeza mental tras la administración de la inyección de vitaminas.

El 7 de julio de 1974, a las 8.30 de la mañana, John Nebel indujo en Candy el estado hipnótico y, comprendiendo que ésta había regresado espontáneamente al despacho de Jensen, asumió el papel de médico de Oakland y le preguntó si se había casado, lo cual provocó el recelo de Candy:

* Cinta 39, Cara A.

—*Usted* sabe que no estoy casada. ¿Por qué me lo pregunta?
 —Pensé que a lo mejor había conocido algún hombre de su agrado.
 —No (*lanzando un suspiro de tristeza*). Usted me dijo que no me casara jamás.
 —¿Cuándo le dije yo eso?
 —Me lo dice siempre. Me dice usted que nunca me casaré.
 —¿Le gustaría casarse?
 —Usted dice que no quiero casarme.
 —¿Eso le he dicho yo?
 —...Y que no puedo casarme y no debiera casarme —repite Candy con un sonsonete lo que él le había dicho en otra ocasión.
 —¿Por qué le digo yo que no debiera casarse?
 —Porque no sé cómo casarme.
 —¿Qué significa eso?
 —Usted lo sabe todo... No tengo ninguna posibilidad de casarme... No conozco a nadie... Jamás conoceré a nadie.
 —¿Y por qué no conocerá usted a nadie?
 —Porque *no puedo* conocer a nadie. Usted me dijo que no podía conocer a nadie.
 —¿Eso le dije?
 —Sí (*agitándose*). Usted me dijo que no puedo conocer a nadie. No quiero conocer a ninguna de estas personas. A ninguna de ellas. A ninguna de estas personas con las que me tropiezo.
 —¿Le hablé yo de eso?
 —Me habló usted de *ellas*.
 —Déme una idea de la clase de personas de las que yo le hablé.

Candy procedió entonces a nombrar a varias personas que conocía y acerca de las cuales había discutido evidentemente con Jensen en el transcurso de anteriores visitas al despacho de éste. Durante esta regresión, Candy refirió lo que Jensen le había dicho acerca de cada una de aquellas personas, así como de los motivos por los cuales no debería seguir viéndolas. Jensen atacó su valía personal y profesional y se centró especialmente en sus orígenes étnicos.

En el transcurso de esta misma sesión hipnótica del 7 de julio de 1974, Arlene ocupó el lugar de Candy y empezó a burlarse de Jensen, interpretado por Nebel. Éste no se había percatado todavía

de la aparición de Arlene y le dijo a Candy que no se mostrara tan sarcástica, asegurándole que estaba tratando de ayudarla.

—Lo dudo —dijo Arlene—. Dijo usted que iba a causarle muchos quebraderos de cabeza porque no sabe quién soy —añadió, soltando una carcajada triunfal.

Nebel se dio cuenta entonces de la aparición de Arlene en escena y le dijo tranquilamente que era Arlene Grant. Arlene se echó nuevamente a reír y le acusó de no estar muy seguro de ello. El juego la estaba divirtiendo enormemente.

—¿De veras le parezco Arlene? —preguntó en tono recatado.¹³

—Pretende usted hacerse pasar por Candy, ¿verdad? —le preguntó Nebel, comprendiendo ahora que ella estaba jugando.

—Acaba de apuntarse usted un tanto, doctor —dijo Arlene—. Pero no conseguirá ganar.

Nebel le preguntó si iba a regresar a Nueva York y ella contestó que sí, pero que primero tenía que pasar por Tejas y Miami. Después ambos se refirieron a la maleta que se guardaba en el armario del despacho de Jensen.

—No me llame, doctor; ya le llamaré yo a *usted* —dijo Arlene en tono enojado.

—¿Me odia usted? —preguntó Nebel en el papel de Jensen.

—Yo sólo odio lo que merece odiarse —replicó Arlene—. Usted me lo ha enseñado.

—Y yo no merezco ser odiado, ¿verdad?

—Usted, que me lo ha enseñado todo, debiera saberlo.

—De acuerdo, Arlene.

Arlene repitió una frase que Jensen debía de haber utilizado en muchas ocasiones: «Odiar solamente lo que merece ser odiado.»

—Bueno, es un buen consejo, ¿no le parece? —dijo Nebel.

—Sí, sobre todo teniendo en cuenta que, según usted, casi todo merece ser odiado.

13 Este incidente se me antojó en cierto modo divertido. La que hablaba era, sin lugar a dudas, Arlene, pero trataba de imitar la voz de Candy para confundir a Jensen. Le comenté a mi esposa que bastante difícil resultaba escuchar las cintas y tener que distinguir a las dos mujeres para que encima tuviera que averiguar cuándo la segunda personalidad trataba de hacerse pasar por la primera.

—Pero yo nunca le he dicho que tenía que odiarlo todo, ¿verdad?

—Se odia a sí mismo —le dijo Arlene a Jensen—. Lo odia usted todo y odia a todo el mundo.

—Yo nunca le dije que lo odiara todo —dijo Nebel en su papel de Gilbert Jensen.

—Pero todo se reduce a eso —dijo Arlene—. Me dijo usted que había odio en todo el mundo y que éste afloraba a la superficie más tarde o más temprano.

Arlene se enojó por el hecho de tener que repetir aquellas cosas y le recordó a Jensen que él sabía perfectamente bien lo que le había dicho.

Tras decirle a Jensen que a menudo le dolía el estómago de sólo escucharlo, Arlene lo acusó de tenerle antipatía porque ella se rebelaba contra él. «Me dijo usted que vigilara, porque la gente me haría daño —le dijo—. Bueno, pues me estoy limitando a seguir su consejo, y tengo mucho cuidado.» Después añadió en tono siniestro que estaba teniendo mucho cuidado en sus tratos con él, porque podía ocurrir lo mismo.

Aunque pueda comprenderse el temor de Jensen a que Candy acudiera a otro médico desde el punto de vista de los secretos que esta pudiera revelar y aunque, por esta misma razón, se pueda justificar en cierto modo el hecho de que la aleccionara en el sentido de evitar al mayor número de personas posible, no cabe duda de que uno de los más desdichados aspectos de la vida de los agentes secretos está constituido por esta necesidad de desconfianza y esta exigencia de llevar una vida solitaria. Un espía sumiso resultaría tan sospechoso como un contable con espíritu creador, y el hecho de infundir en Candy Jones la necesidad de llevar un estilo de vida en el que quedaran excluidas las demás personas sería considerado lógico por parte de cualquier servicio de espionaje. Parece ser, sin embargo, que en la programación de Candy Jones en este sentido hubo algo más que la simple necesidad del servicio de espionaje de asegurarse el silencio de su agente. Una cosa es enseñarle a alguien a mostrarse desconfiado con las personas con las que entra en contacto y otra muy distinta enseñarle a odiar a las personas que lo rodean,

especialmente a aquéllas de determinados orígenes étnicos.

La mayor parte de una sesión hipnótica entre Candy y John Nebel que tuvo efecto el 26 de noviembre de 1973 está dedicada al adiestramiento de Candy en el odio hacia las minorías étnicas.* La sesión se inició encontrándose Candy tendida sobre la mesa de exploraciones de la sala de examen de Jensen. Según ella, acababa de recibir una doble dosis de vitaminas y se mostraba de acuerdo con Jensen, papel que John Nebel había pasado rápidamente a

interpretar, en que iba a sentirse más fuerte gracias a las inyecciones.

Al comienzo de la sesión, Nebel dijo muy pocas cosas, pero Candy empezó súbitamente a evocar una confrontación que se había producido muchos años antes en el despacho de Jensen. Y le dijo a éste: «No sé de dónde saca usted la información, porque yo me he *mantenido* apartada de todo el mundo.» Después añadió que Jensen la estaba acusando de verse con personas con las que él le había ordenado no relacionarse y le aseguró en tono suplicante que no había desobedecido sus instrucciones.

(Candy está casi al borde de las lágrimas.)

—No me veo con nadie... No tengo amigos.

(John interpreta el papel de Jensen.)

—¿Y por qué no tiene usted amigos?

—Usted me dijo que no los tuviera —le contestó ella—. Le juro que no tengo amigos.

(Se produce un largo silencio.)

—Ya sé lo que *son*.

—¿A que se refiere usted?

—A lo que usted me dijo.

—Dígame lo que le dije.

—Dijo usted que me iban a causar daño. Lo sé. Pero no me he visto con nadie. No tengo amigos y no hablo

con nadie. Escucho. Escucho. Sé que son malos —explica Candy molesta por el hecho de que Jensen la obligue a repetir lo que ésta ya le ha dicho.

—¿Todo el mundo es malo?

—A la menor ocasión que les des, te clavan un cuchillo. Lo sé. Todos son malos.

—¿Le dije yo eso?

—Sí. Y yo le creo.

—¿Tenía usted amigos antes?

—Sí. Pero ya no me veo con nadie. Ni con una sola persona.

—¿Dejó usted de verse con ellos por lo que *yo* le dije?

—Bien lo sabe usted. Llevo muchos años sin ver a nadie.

—¿Ha estado siguiendo mis instrucciones?

—Sí —asegura Candy inquietándose enormemente—, y usted me acusa de verme con algunas personas y yo no las veo. Le juro que no. Se lo prometí. ¿De dónde ha sacado usted esta información?

Candy se quejó después de que le dolía el brazo a causa de la aguja que tenía clavada. Nebel (en el papel de Jensen) le preguntó qué hora era. Ella contestó que las tres de la tarde, añadiendo que había llegado al despacho a las dos. Le aseguró que no sabía nada acerca de ciertos documentos y trató de convencerle una vez más de que no había desobedecido sus órdenes en lo relativo a no ver a la gente.

—Usted me dijo que la gente me causaría daño.

(John sigue todavía en el papel de Jensen.)

—¿Le dije yo que determinados grupos resultaban especialmente peligrosos?

—Todos los que usted me dijo.

—¿Cuáles fueron los que yo le dije? Vamcs a ver si se acuerda.

—Por favor, sabe usted muy bien lo que dijo.

—Bueno, pero vuélvamelo a decir.

(Candy lanza un profundo suspiro.)

—Todos los negros, todos los judíos y todos los italianos. Eso casi equivale a decir todo el mundo. Y, muy especialmente, los chinos y los japoneses. Acerca de los japoneses no hacía falta que me advirtiera. Pero, ¿por qué tenemos que volver a repetir todo

eso?

—No estamos repitiendo nada. Me limito a hacerle una pregunta.

—Y los franceses.

—¿Todos son malos?

—Son los enemigos.

Más adelante, en esta misma sesión, Candy se quejó ante Jensen de la música oriental que se escuchaba en su despacho. En otras grabaciones de sesiones hipnóticas se revela que Jensen había utilizado música monótona para de esa manera provocar más rápidamente el estado hipnótico. Otros hipnotizadores han utilizado eficazmente este método si bien cabe señalar que las investigaciones realizadas en relación con los efectos de la música son más bien limitadas. Candy se quejaba a menudo ante Jensen de la música oriental que se escuchaba en su despacho e incluso hoy en día la sigue aborreciendo, lo que constituye un desagradable problema cuando ella y John acuden a cenar a su restaurante chino preferido Ho-Ho que es también patrocinador de su programa radiofónico desde hace mucho tiempo.

Durante esta sesión Nebel consiguió pasar del papel de Gilbert Jensen al del *alter ego* de Candy. La interrogó desde esta ventajosa posición y ella le dijo que «un hombre de California» la había enseñado a evitar a todas las personas y especialmente a los negros, los judíos y los italianos. Reiteró su desconfianza en relación con los chinos y los japoneses y comentó las cosas tan horribles que los japoneses habían hecho durante la segunda guerra mundial. Finalizó la sesión diciendo que Jensen la había enseñado a escuchar siempre, pero a no decir nunca nada.

El doctor Marshall Burger le había enseñado lo mismo. Burger, en su papel de instructor por cuenta de la CIA, dirigía seminarios en distintos lugares del país y había sido el fundador de un instituto situado en el norte de California y financiado por la CIA. Según el material de las sesiones hipnóticas grabadas, Candy visitó dicho instituto por lo menos en dos ocasiones. Nebel siguió indagando acerca de la programación de Candy por parte de Jensen y Burger y pudo averiguar que había sido sometida a una serie de pruebas en dicho instituto, la mayoría de ellas relacionadas con los sentidos.

Candy afirmó en el transcurso de una sesión hipnótica que Burger la había sometido a unas pruebas en las que había analizado su sentido de la observación y su olfato, tacto, gusto y oído.* Durante esta sesión hipnótica, Candy afirmó que la había sometido a las pruebas una de las ayudantes de Burger, una mujer enfundada en una bata blanca a la que ella calificó de «estúpida». Candy alcanzó la máxima puntuación en las pruebas de olfato y esta fue posiblemente la razón de que Gilbert Jensen quemara a menudo incienso en su despacho mientras inducía en ella el estado hipnótico.

En otra sesión hipnótica Nebel consiguió establecer la fecha de una de las visitas de Candy al instituto: 3 de junio de 1968.** Al principio, Candy no estuvo muy segura de si había sido el 3 o bien el 5 de junio, debido al cambio de horario y al hecho de no recordar exactamente el día en que había salido de Nueva York con destino a California. Durante esta misma sesión se pudo averiguar que Jensen había estudiado bajo las órdenes de Burger en el instituto. Jensen se jactó de haber sido alumno de Burger y ella le acusó de reverenciar a Burger y de pretender ganarse la confianza de éste.

En el transcurso de otra sesión hipnótica, Nebel, interpretando el papel de Gilbert Jensen, le preguntó a Candy si le gustaba Burger.¹⁴

—No lo sé. Ni me gusta ni me disgusta. No lo sé, no lo sé. No me agradaría como amigo personal. ¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, pues, porque trabajamos juntos, usted ya lo sabe.

—Lo que yo sé es que a usted le *gustaría* trabajar con él.

—¿Qué quiere decir con eso de que me *gustaría*?

—Le gustaría poder colaborar con él, ¿no? ¿Acaso no piensa que es maravilloso?

—¿Y por qué iba yo a querer colaborar con Burger? Mis conocimientos pueden igualarse a los suyos. No es un genio.

—Pues todo el mundo lo cree.

—¿Quién?

—Bueno, usted mismo habla siempre de él como si fuera muy importante, él y sus famosos amigos. Todos son importantes.

* C. Ginta 83, Cara A.

** Cinta 25, Cara B.

15 Nebel reconoce haber abrigado la sospecha de que el psiquiatra californiano William Jennings Bryan pudiera estar relacionado en cierto modo con Burger. Bryan había estado asociado con la CIA y había sido el asesor técnico de la película *The Manchurian Candidate* (El candidato manchú) en la que se trataba el tema de la programación hipnótica. Tendría ocasión de averiguar, sin embargo, a través de Candy que Bryan no sólo no había tenido nada que ver con el asunto sino también que éste jamás había oído hablar de él a pesar del extravagante comportamiento y de la afición a la publicidad de dicho psiquiatra.

—No sé cómo se llaman.

Nebel finalizó la sesión preguntándole a Candy si Burger la había hipnotizado alguna vez. Ella lo negó mencionando, sin embargo, la conversación telefónica que había mantenido con él en Chicago y señalando que no había sido hipnotizada sino que ella misma se había autosugestionado. Él le preguntó después si había asistido a alguna de las clases de Burger en California y Candy contestó que sí. Nebel le preguntó si se había tratado de una clase centrada en el odio étnico.

—Es su conferencia habitual —repuso Candy.

—¿También da clase sobre hipnosis? —preguntó Nebel.

Candy contestó que sí.

Nebel preguntó a continuación qué es lo que Burger decía generalmente en sus clases sobre los grupos étnicos.

—No lo sé... decía que hay que tener cuidado con lo que se dice a ciertas personas.

Las actitudes étnicas que Jensen y Burger le infundieron a Candy eran tan desagradables como las que evidencia el más descarnado «humor» étnico actual. Como consecuencia de la elevada puntuación alcanzada por Candy en las pruebas de olfato, parece ser que se hizo especial hincapié en los característicos olores emitidos, según Burger, por los distintos grupos étnicos. En una sesión grabada el 13 de abril de 1974 a las 8 de la tarde,* Candy murmuró algo acerca del olor característico que emitían los negros. Nebel le preguntó si de veras creía que los negros poseían un olor especial.

—Para mí, sí. Eso es lo que él me dijo.

—¿Eso te dijo Jensen?

—Pues, claro, me sometí a la prueba.

* Cinta 13, Cara A.

—Y descubriste que los negros huelen mal.
—Pues, claro, él lo estableció.
—¿Huelen mal los judíos?
—Sudan mucho. Como todo el mundo.
—Entonces todo el mundo huele igual.
—Ellos [los judíos] comen unos alimentos especiales y por eso les huele mal el sudor.
—¿Te dijo eso Jensen?
—El [Jensen] dijo que comían alimentos muy sazonados y que entonces sudan mucho, sobre todo si están gordos.
—¿Y qué me dices de los italianos? ¿También huelen mal?
—Huelen a ajo. Los latinos, en general, suelen oler a ajo.
—¿Te dijo que no te mezclaras con estas personas?
—Me dijo que no me mezclara con ninguna de ellas. Dijo que ésta sería la manera de evitar dificultades.

Nebel le preguntó entonces con qué clase de personas le permitía Jensen que se relacionara.

—Nunca me dijo nada. Me dijo que era una solitaria y que debería permanecer alejada de todo el mundo. Me dijo que era autosuficiente y que no necesitaba a nadie y estaría mucho mejor sola.

—Arlene dijo que te habían programado con el fin de que odiaras a las personas.

—Le tengo antipatía. Me produce dolor de estómago.

Más adelante, en el transcurso de esta misma sesión, mientras Candy pugnaba por evitar la aparición de Arlene, Nebel le preguntó si Jensen había aleccionado a Arlene en el sentido de odiar a los negros. Candy contestó que Jensen le había dicho a Arlene que se andara con cuidado porque los negros podían ser peligrosos y lo mismo le

había dicho con respecto a los judíos. Añadió, en la última parte de la sesión, que los puertorriqueños tampoco eran de fiar.

De las grabaciones de las sesiones hipnóticas se deduce que Gilbert Jensen tenía prejuicios en relación con la raza negra mucho antes de que empezara a aleccionar a Candy en este sentido. En dos sesiones hipnóticas en las que Nebel consiguió que Candy regresara a su época del Pacífico Sur con Gilbert Jensen, Candy comentó con Jensen ciertos incidentes en los que habían intervenido unos soldados negros. En una sesión, según la hipnotizada Candy, Jensen le dijo que sería mejor que se mantuviera apartada de los soldados negros porque estos la violarían. También le dijo en su época de Leyte, durante la segunda guerra mundial, que tenía que andarse con mucho cuidado con la gente y especialmente con los negros a los que era necesario observar muy de cerca con el objeto de intentar averiguar cuáles eran sus intenciones.

Estos prejuicios predicados por Gilbert Jensen durante la segunda guerra mundial y, más especialmente, durante la programación de Candy por cuenta de la CIA resultan muy dolorosos porque las tendencias naturales de ésta siempre habían sido justamente todo lo contrario. Su agencia de modelos fue una de las primeras en promover la utilización de modelos negras. Entre sus amigos se contaban numerosos judíos y siempre había vivido con una mentalidad admirablemente abierta en relación con las minorías étnicas. Sin embargo, una vez realizada la programación, Candy empezó a actuar de manera contraria a sus creencias inherentes.

En una cinta sin fechar habló con John Nebel, que interpretaba el papel de su *alter ego*, acerca de lo que Jensen le había dicho a propósito de los negros.* Según la cinta, Jensen le había rogado repetidamente que le comunicara los nombres de sus amigos de Nueva York, manifestándole su desagrado por el hecho de que una de sus secretarias fuera una muchacha negra que llevaba trabajando con ella cuatro años.

—Líbrese de esta muchacha —le dijo Jensen—. Anda criticándola por toda la ciudad.

Jensen le mostró después una instantánea que afirmó haberle tomado él mismo a la secretaria negra en la acera, frente al edificio del número 52 de la Avenida Vanderbilt de Nueva York. Candy se sorprendió de que Jensen hubiera estado allí y hubiera sacado la

* Cinta 13, Cara B.

fotografía y así se lo dijo a él. Jensen insistió, sin embargo, en que despidiera a la muchacha a lo que Candy accedió, un poco desconcertada.

Otro aspecto del adiestramiento de Candy se centró en la observación de las características de las personas. Jensen le entregó un librito cuyo título era, según ella recuerda, *El rostro humano*. Candy afirmó bajo hipnosis haberlo estudiado tal como se le había dicho y haberlo encontrado muy útil.

La sesión hipnótica en la que mencionó este opúsculo tuvo lugar en octubre de 1974. Nebel interpretaba en ella el papel de Jensen.

—¿Recuerda que le enseñé a observar a las personas para averiguar algo acerca de ellas?

—Me entregó usted el libro [el opúsculo].

—¿Recuerda usted el título? —preguntó John sorprendido.

—*El rostro humano* —contestó Candy sin vacilar.

—¿Quién lo escribió? ¿Lo recuerda?

—Brophy o algo así.

—Exactamente —contestó John sin tener más remedio que aceptarlo—. Tiene usted muy buena memoria. ¿Lo ha estudiado?

—Ya lo creo, es muy cierto lo que dice. Se nota que es cierto. Nunca se me hubiera ocurrido pensar en todo eso... la debilidad del mentón, los lóbulos de las orejas, la forma de la oreja, la frente, la situación de los ojos...

Toda esta programación por parte de Jensen y Burger culminaría, sin embargo, en un extraordinario debate dirigido por Burger en una pequeña localidad tejana próxima a la frontera de Louisiana. Este material apareció en una cinta de principios de noviembre de 1974 y figura en las transcripciones de una sesión hipnótica entre John Nebel y Candy Jones.¹⁶

La sesión hipnótica se inició con un comentario que hizo Candy a propósito de Arlene. A continuación apareció Arlene y dijo que estaba esperando las órdenes de alguien para entrar en acción. Al principio de la sesión Candy se había quejado de que le dolía el

16 Cinta 18 «A», Caras A y B.

estómago. Arlene le dijo a Nebel que Candy había sido envenenada señalando que el veneno debía proceder de algo que ella había comido recientemente. Nebel no consiguió obtener mayor información a este respecto y la sesión prosiguió centrándose en otros temas. Hubo también una regresión a la infancia de Candy.

Nebel comentó a través del micrófono que Candy estaba sufriendo el más intenso dolor de estómago que jamás hubiera presenciado, hasta el punto de casi hacerla llorar. Candy también se había quejado de dolor en la pierna. Nebel trató de librarla del dolor y lo consiguió al cabo de tres minutos. Súbitamente se escuchó la voz de Arlene hablándole a Nebel de la intensidad de los dolores que Candy acababa de padecer.

—No puedo soportar esta cosa —dijo Arlene.

Nebel supuso que se estaba refiriendo a algo que había estado bebiendo, tal vez al zumo de naranja que se solía tomar en el despacho de Jensen, y la interrogó al respecto.

—Sabía a ropa de la colada hervida —contestó Arlene—. Tomé la comida en la cocina de pruebas.

Arlene murmuró a continuación algo que a Nebel le pareció el adjetivo «feo».

—¿Dónde estás ahora? ¿En qué edificio?

—Estoy en la cocina de pruebas. En el laboratorio de pruebas.

—¿En qué ciudad te encuentras?

—No es una ciudad.

—¿En qué país entonces?

—Querrás decir en qué estado —dijo Candy riéndose. —Sí.

—Texas.

John reforzó el estado hipnótico y trató de obtener más información, pero ella no reaccionó. Nebel comentó a través del micrófono que se sentía cansado e iba a dar por finalizada la sesión.

Cuando más tarde aquel mismo día reanudaron la sesión, ambos se refirieron al arma que Candy llevaba consigo en su época de colaboración con la CIA. Se trataba, según ella, de una pistola del calibre 22. En otro momento de la sesión, Candy señaló que le habían entregado una pistola del calibre 45, pero que ésta le había resultado demasiado pesada para llevarla encima. Nebel trató de averiguar el nombre de la persona que le había entregado el arma,

pero ella se negó a revelarlo. (En otras sesiones subsiguientes afirmó que Gilbert Jensen poseía una extensa colección de armas en su despacho de Oakland y que éste había sido quien le había facilitado las pistolas del calibre 22 y 45. Jensen la había acompañado también a un campo de tiro cercano a la base de las Fuerzas Aéreas de Travis, en el norte de California, donde le habían enseñado a disparar las pistolas.)

Una vez finalizado el fragmento en el que se hablaba de las pistolas y cuando algo más tarde reanudó su sesión con Candy aquel mismo día, Nebel descubrió que estaba hablando con Arlene y no ya con su esposa. Arlene afirmó que trataba de ayudar a Candy confiriéndole su fuerza.

Momentos más tarde, Candy, que había permanecido tendida en la cama en el transcurso de todas estas sesiones hipnóticas, se incorporó súbitamente y empezó a gritar algo acerca de las mujeres caucásicas.

—Las caucásicas no son las concubinas de los negros —gritó.

Nebel se sorprendió de su repentino estallido y trató de calmarla.

—Es repugnante y asqueroso —gritó Candy.

—¿Quién te dijo que dijeras eso?

—Gil me dijo que me limitara a mirar a mi alrededor y me daría cuenta. Me he dado cuenta. (*Con voz todavía estridente.*) ¿Acaso se aparee un león con una tigresa?

—¿Sabes dónde estás en estos momentos?

—Sí, estoy en la clase de debates. En el edificio de las afueras de... no sé dónde está... Texas... Louisiana... cerca de la frontera...

—¿Quién es tu instructor?

—El doctor Burger.

—Es el hombre que conociste en Chicago.

—Le conocí hace años. (*Hablando súbitamente en susurros.*)

Eso no debiera decirlo.

—¿Y es el que...?

—Ssssss.

—¿Por qué tengo que callarme?

—Le conozco de antes, pero él finge no conocerme.

—¿Y es el que te da instrucciones en clase?

—Es la clase dedicada a los debates.
 —¿Acerca de los negros y los blancos?
 —De los negros y los blancos, de los amarillos... y de todo eso. Una cosa es la integración y otra muy distinta mezclar las razas. Tiene mucha razón.
 —¿Estás de acuerdo con él?
 —Pues, claro.
 —¿Qué otra cosa ha dicho en el debate de hoy?
 —Ha dicho que el grupo minoritario es el que trata siempre de que el grupo mayoritario se acomode a sus gustos. Van a ser los negros quienes tratarán de que los blancos se acomoden a ellos y los amarillos querrán que los blancos se acomoden a ellos. Siempre ocurrirá lo mismo. Esta gente es muy fuerte.
 —¿Quién te ha enseñado eso? ¿El doctor Burger?
 —Sí. Lo he leído también en la literatura que me facilitan.
 —¿Qué títulos tenían las obras que te facilitaban? ¿Te acuerdas?
 —*Poder mundial... Paz mundial... La paz no es un color* o algo así. (*Animándose mucho.*) En la mesita del fondo de la sala están todos estos libros. Son gratis y puedes tomar todos los que quieras.
 —¿Cuántas personas había en el debate?
 —Hoy éramos unas ocho o nueve.
 —¿Y el doctor Burger es el principal orador?
 —Sí... se esperaba la llegada de mucha gente pero no sé lo que le ha ocurrido al autocar.
 —¿Ha estado allí Gil Jensen?
 —Ya lo creo. Él le ha presentado.
 —¿Te ha presentado a Burger?
 —No, ha presentado a Burger a la clase. Ha sido el moderador del debate y ha presentado a Burger.

En este momento, se produce una pausa en la sesión hipnótica. Cuando ésta se reanuda, habla Candy pero su voz ha adquirido el habitual tono áspero y agresivo de Arlene.

—Los negros se adueñarán de todo lo que puedan. Primero se apoderarán de las mujeres blancas y tendrán la mayor cantidad de descendencia posible. Esta gente... va a tomar a las mujeres blancas

y entonces se producirá la integración. Eso está mal.

—¿Eso es lo que dijo el doctor Burger?

—Pues, claro, y es verdad. Va a ocurrir. Burger lo explicó todo y resulta muy lógico.

(Nebel comenta a través del micrófono que Candy se ha incorporado en la cama y que en su rostro contraído se observa una mueca despectiva.)

—¿A ti te parece lógico?

—Pues, claro que sí.

(Nebel le pregunta si está dormida. Repite la pregunta tres veces y, al final, ella contesta que sí. Su voz ha adquirido el suave tono habitual de Candy Jones. Nebel le pregunta ahora si el doctor Burger se encuentra todavía en la estancia.)

—No.

(John comenta a través del micrófono que Candy está mirando a su alrededor en el dormitorio.)

—¿Ha salido de la estancia?

—No le veo.

(Nebel comenta en voz baja a través del micrófono que Candy sigue mirando a su alrededor y está señalando hacia el aparato de televisión. Mientras él hace este comentario, Candy le interrumpe.)

—Quiero hablar con Gil.

—¿Quieres hablar con Gil Jensen?

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Has dicho que querías hablar con Gil.

(Candy señala todavía el televisor.)

—Está allí, junto a la pizarra.

(Nebel se muestra de acuerdo en que ve a Jensen junto a la pizarra y le pregunta a Candy si quiere decir alguna otra cosa.)

—Yo no digo nada, me limito a escuchar. Nos está diciendo toda la verdad. Sé que es verdad porque he visto estas fotografías que nos han mostrado y son asquerosas.

—¿Quién te ha dado estas fotografías?

—No nos las han dado, nos las han mostrado en la pantalla. Estaban todos allí, los negros con las mujeres blancas. Era repugnante, asqueroso. Todas aquellas mujeres blancas yendo tras

los negros. La escena va a ser terrible.

—Es una mala situación, ¿verdad?

—Desde luego. Y todo es verdad.

—¿Eso es lo que enseñan en la organización?

—Te lo muestran.

—¿Eso es lo que la CIA... lo que el doctor Burger te enseñó?

—Marshall dijo que todo el mundo sabe que las blancas van con los negros. Dijo que el problema sería muy grave. Marshall dijo que la situación sería muy difícil para los hijos y que debieran esterilizarles. Yo creo que sí.

—¿Y eso es lo que Burger te enseñó?

—Sí. (*Hablando con vehemencia.*) Debieran esterilizarles. No debiera permitírseles que tuvieran hijos. Deberían mezclarse con sus iguales. ¿Acaso una tigresa se aparea con un león?

—¿No es eso lo que dijo el doctor Burger?

—Pues, claro que lo dijo.

—¿Al doctor Burger le paga la CIA?

—Él *es* la CIA. En los debates de aquí desempeña un papel muy importante pero no sé qué puesto ocupa.

Tal como ya se ha dicho anteriormente, la programación de la CIA con el fin de que odiara a la mayoría de las personas con las que pudiera entrar en contacto, ejerció un profundo efecto en la vida cotidiana de Candy.

Lo más inquietante para Nebel fueron, sin embargo, los cambios de actitud de Arlene en relación con *él*. Entre ambos empezaron a desarrollarse unas relaciones de odio- amor que provocaron considerable desconcierto y preocupación.

Reconocimiento mutuo

A medida que Arlene Grant fue irrumpiendo cada vez con mayor regularidad e impacto en su vida, John Nebel comprendió que no podría rechazarla como un simple fenómeno psicológico. Arlene era muy dueña de sí misma tanto

física como mentalmente y había dado a entender que no se mostraba satisfecha del papel secundario que interpretaba en la vida de Candy. Día tras día fue poniendo de manifiesto sus insólitas características —fuerza, sarcasmo, mal genio e incluso violencia—, las mismas características que Gilbert Jensen había considerado tan interesantes desde el punto de vista de la labor de la CIA que tenía intención de encomendarle a Candy.

En las grabaciones de las distintas sesiones hipnóticas se observan muchos ejemplos de las diferencias que separaban a ambas mujeres. Uno de ellos tenía que ver con el hábito de fumar. Al igual que ocurre con la mayoría de las sesiones hipnóticas grabadas, pocas son las cintas dedicadas a un solo tema. Es frecuente que un sujeto hipnótico se vea sutilmente influido por los acontecimientos que le rodean a pesar de que, en estado de hipnosis profunda, no pueda percatarse de las influencias periféricas. En esta sesión, Candy regresó bajo hipnosis al despacho de Jensen.* Le comentó a Jensen que se olía a humo de cigarrillo y le recordó que él había dicho que ni ella ni Arlene deberían fumar porque eso resultaba perjudicial.

—Arlene fuma —dijo Candy.

—Usted también fuma —le recordó Nebel interpretando el papel de Jensen.

(Candy había fumado en su época de colaboración con la CIA pero había abandonado el hábito en 1970.)

—Arlene fuma más que yo —le comentó Candy a Jensen—. Cuando ella está por aquí se fuman muchos más cigarrillos.

En esta sesión, Candy se preocupa temiendo que haya alguien más en el despacho de Jensen pero Nebel, interpretando el papel del médico, le asegura que no se trata más que del olor del humo del cigarrillo de un vecino que había estado allí poco antes. Candy se sorprendió de que alguien hubiera estado en aquel despacho; a menudo le había preguntado a Jensen si tenía otros pacientes.

En la sesión hipnótica Candy comentó también que no sabía por qué seguía acudiendo a aquel despacho.

—Me entra mucho sueño cuando leíbo la llamada telefónica que trae a Arlene —le dijo—. ¿Cómo transmite usted esos sonidos a través del teléfono?

Se estaba refiriendo a los sonidos mecánicos que Jensen utilizaba en su despacho y que, según otro material grabado, le repetía a Candy por teléfono en calidad de clave para el comienzo de determinada acción.

La actitud general de Arlene en relación con Candy era de desprecio. Arlene comentaba constantemente la debilidad de Candy y a menudo calificaba a ésta de necia, lenta y estúpida. Nebel y Arlene se enzarzaban con frecuencia en largas discusiones en las que Candy era el centro de su atención. Arlene se divertía llamando a Candy «servicial y bondadosa» y se burlaba de aquellos aspectos del carácter de Candy que la hacían blanda y maleable.

En una cinta sin fechar,* Arlene, utilizando su tono de voz más despectiva, llamó a Candy «la madre de la nación» refiriéndose a las voluntarias actividades artísticas de Candy en favor de los soldados durante la segunda guerra mundial. Arlene añadió en esta misma sesión que Candy no había conseguido abrirse camino en la profesión por culpa de su tendencia a entregar a los demás su tiempo y sus energías. Ello es verdad en cierto modo; la colaboración con la CIA le robó tanto tiempo a Candy que ésta no pudo dedicar las necesarias energías a sus negocios de Nueva York.

Arlene acusó también a Candy de no saber juzgar a las personas y citó como ejemplo algunas de sus relaciones. Arlene jamás había sentido simpatía hacia Mel Heimer y afirmaba que Mel había mantenido relaciones con Candy para poder pedirle prestado a ésta el dinero que le hacía falta para pagar sus deudas de juego.

*Cinta 7 «A», Cara B.

La reacción de Arlene ante Harry Conover era de desagrado y es

difícil censurar a Arlene por estos sentimientos en relación con el difunto esposo de Candy.

Candy, por el contrario, se muestra mucho más positiva y defensora en sus sentimientos hacia Arlene. Comenta a menudo que le agradece a Arlene que la haya librado de varias dificultades en su vida. Debe recordarse a este respecto que la dependencia infantil de Candy en relación con la amiguita imaginaria que podía correr más, nadar mejor y llevar a cabo otras muchas proezas físicas con más habilidad y valor que ella, fue recogida por Jensen para crear en Candy una dependencia adulta con respecto a Arlene.

En una cinta sin fechar, Candy y Arlene comentaron los rasgos que las diferenciaban.*

—Soy Candy Jones —le dijo Arlene a Nebel en tono de burla durante dicha sesión—. Tengo varios asuntos por resolver y, si Candy no puede resolverlos por sí misma, yo se los resolveré. Ya tengo confeccionada la lista.

—¿Y quién figura en esta lista? —preguntó Nebel.

—Te gustaría saberlo, ¿eh? —repuso Arlene—. Empieza por abajo desde el basurero y sigue hasta arriba.

—¿Quiere Candy que tú hagas eso? —preguntó Nebel.

—¿Y qué más da? Candy es demasiado tonta para saberlo. La han metido en líos muchas veces y yo voy a ayudarla a librarse de éstos porque es demasiado tonta.

Arlene siguió diciendo que Candy se asustaba por todo y se quedaba sentada como una niña buena.

—Estoy harta de verlo —dijo Arlene—. Ya haré algo cuando llegue el momento. Voy a ser como una espada.

Nebel, tal como empezó a hacer en las fases posteriores de su relación con Arlene, le habló a ésta con dureza. En la sesión que nos ocupa le dijo que se libraría de ella.

—La única persona que puede librarse de mí es Gil Jensen y tú no puedes ponerte en contacto con él —dijo Arlene—. Yo escucho a Jensen.

—¿No querías escucharme a mí? —preguntó Nebel.

Arlene se echó a reír.

—Tú eres un gatito. No podrías librarte de mí porque sientes curiosidad.

Más adelante, en el transcurso de aquella misma sesión, emergió Candy y se mostró de acuerdo en que Arlene era mucho más fuerte

* Cinta 77, Cara A.

que ella. Le dijo a Nebel, que estaba interpretando el papel de su *ciller* *ego*, que Gilbert Jensen había sacado a Arlene al exterior y sentía por ella mucha simpatía.

—Jensen decía que Arlene era una mujer sublime

* Cinta 7 «A», Cara B.

-elijo Candy—. Arlene le gustaba más que yo. Resultaba fácil para Jensen sacar a Arlene al exterior porque ésta sentía muchos deseos de hablar con él.

Nebel preguntó cómo conseguía Jensen sacar a Arlene al exterior en su despacho.

—Yo estaba muy cansada a causa de los viajes y echaba algunas siestas. Poco antes de que me durmiera, Jensen me decía algo que me sonaba como tit-tat-tut- tit-tat-tut, tit-tat-tut. Y lo repetía una y otra vez.

Nebel preguntó qué significaba aquella clave y Candy contestó que no se acordaba, sólo recordaba que le producía sueño. Nebel pudo averiguar más tarde que se trataba de la misma clave utilizada por Jensen a través del teléfono.

Algo más tarde Candy dijo que Arlene era más del gusto de Jensen. Dijo que Jensen era un sinvergüenza pero añadió que Arlene le había salvado la vida muchas veces gracias a que sabía actuar con mayor rapidez que ella. Señaló también que Arlene era capaz de soportar el dolor mucho mejor que ella, lo que había constituido una ventaja cuando la habían interceptado en Taiwan torturándola con electrodos.

Otra diferencia entre Candy y Arlene estribaba en sus hábitos de bebida. Las cintas revelan que Arlene ingería más bebidas alcohólicas que Candy prefiriendo los martinis con vodka. A Candy no le gustaban los martinis con vodka, según Arlene, a pesar de lo cual ha acabado por aficionarse a esta bebida como consecuencia de la exposición a la misma en los momentos en que se hallaba bajo el control de Arlene. Ha habido episodios en el pasado reciente en los que Candy, contrariamente a su conducta normal, ha bebido con exceso mientras cenaba en compañía de Nebel en algún restaurante. Puedo atestiguar que Candy Jones bebe muy moderadamente en su vida cotidiana y que es insólito en ella que se tome un par de copas a la hora de cenar. Pero también he visto a Candy sumirse en estado hipnótico en los restaurantes y convertirse en Arlene. Cuando ello ocurre, Candy pone de manifiesto una insólita afición a las bebidas alcohólicas y especialmente a los martinis con vodka.

Otra curiosa diferencia entre ambas personalidades está constituida por la utilización de palabras malsonantes. Candy no utiliza las palabrotas; a Arlene, en cambio, le encantan y, cuando se

oye la voz de Arlene en el transcurso de un estado hipnótico, puede contarse con que ésta intercalará varias frases subidas de tono.

Candy comentó en cierta ocasión, bajo hipnosis, que Gil Jensen le había dicho que necesitaba a Arlene para poder llevar a cabo actividades físicas difíciles.* En esa ocasión afirmó haberse sometido a pruebas de coordinación física en Carmel, California, y no haber alcanzado una puntuación demasiado alta; en cambio, cuando Arlene se sometía a las mismas pruebas, su puntuación era mucho más elevada. Candy se mostró muy abatida en el transcurso de esta sesión porque, a pesar de haber desarrollado con éxito numerosas actividades físicas, entre ellas la hípica y la natación, había sido Arlene y no ella quien había hecho estas cosas, incluso cuando niña.

El hecho de que ello sea cierto o no tal vez tenga algo que ver con la programación de Candy por parte de Jensen. Con el objeto de convencerla de que necesitaba a Arlene en la actualidad, hubiera sido útil persuadir a Candy de que sus actividades deportivas juveniles habían sido desarrolladas por Arlene. Debe señalarse, además, que la madre de Candy raras veces alababa las actividades infantiles de ésta, lo que no contribuyó precisamente a aumentar el sentido de su propia valía, una vez alcanzada la edad adulta.

—Arlene me sabe proteger muy bien —le dijo Candy a Nebel durante una sesión grabada que tuvo lugar el 2 de julio de 1973—.17 Arlene sabe hacer muy bien ciertas cosas, pero ahora ya no la necesito —añadió.

Candy afirmó también en esta misma sesión que Arlene estaba celosa de ella, circunstancia que la propia Arlene confesó en el transcurso de distintas sesiones hipnóticas grabadas.

En conjunto, la vida de Candy ha sido un largo proceso en cuyo transcurso ésta ha tratado de convencerse de que carece de valor. Su madre le infundió estos sentimientos en su más temprana infancia y, por desgracia, Candy se pasó los años sesenta y principios de los setenta bajo el control de un hombre que, para sus propios fines y los de su Agencia, consideró útil, a lo que parece, perpetuar en ella este sentido negativo del propio valor. Lo que resulta especialmente lamentable habida cuenta de que Candy Jones es, en realidad, una mujer extremadamente inteligente y capacitada. Es autora de once libros y sus editores la consideran una escritora de gran talento y habi-

* Cinta 40, Cara A.

17 Cinta 58, Cara A.

lidad. Resulta muy penoso escuchar un fragmento de la grabación de una sesión hipnótica en la que Candy afirma que Arlene es la que hace frente a todas las situaciones difíciles que se le presentan a ella en la vida.¹⁸ Durante aquella sesión, Candy le dijo a Nebel en tono melancólico:

—Observo la labor que desarrolla Arlene. Observo la labor que desarrolla brotando diariamente de mi máquina de escribir.

Evidentemente, Candy había llegado hasta el extremo de creer que sus libros habían sido escritos por Arlene.

Se conservan grabadas muchas sesiones en las que Nebel trata de destruir estas creencias y de convencer a su esposa de que es una persona de valía por sus propios méritos. Tal cosa resulta muy fácil de decir y muy difícil de hacer porque nos hallamos ante el caso de una mujer

¹⁸ Cinta 66, Cara B.

que ha sido deliberadamente fragmentada y programada en el sentido de considerarse una nulidad y de creer que Arlene es la fuerza dominante de su vida. Jensen, según se desprende del material contenido en las grabaciones, quería desarrollar la fuerza de Arlene de tal modo que ésta llegara a suplantar a Candy por completo. De haberlo conseguido, Candy hubiera dejado efectivamente de existir y su lugar lo hubiera ocupado Arlene Grant con su peluca negra y su maquillaje oscuro, dispuesta a llevar a cabo lo que Jensen y la CIA le hubieran indicado durante todo el resto de su vida.

Si Candy Jones no hubiera contraído matrimonio con Long John Nebel, es muy probable que Arlene hubiera acabado por convertirse en la personalidad dominante. Candy apenas se oponía a Arlene al principio del juego y aceptaba en buen grado su presencia. Sólo a través de los repetidos intentos de Nebel de convencerla de que Arlene no existía o de que, en caso de que dicha persona existiera, ésta ya no ejercería una influencia predominante en su vida, consiguió Candy modificar su actitud para con su segunda personalidad trocando la simpatía por la cólera.

Existe una interesante cinta grabada el 9 de julio de 1973 en la que Candy expresa su temor de que Arlene sufra algún daño a no ser que huya.* Esta sesión resulta fascinante por varios motivos, uno de los cuales fue el experimento que Nebel trató de realizar con Arlene.

Al comienzo de la sesión Candy empezó a quejarse de que le dolía mucho la cabeza y murmuró:

—Vete, vete.

—¿Estás hablando con Arlene? —le preguntó Nebel.

Candy contestó que sí.

Nebel le preguntó entonces si quería que le dijera a Arlene que se fuera y dejara de molestarla. Al principio Candy no quería, pero después se mostró de acuerdo que, si John conseguía hablar con Arlene y convencerla de que se fuera, tal vez le desapareciera el dolor de cabeza.

—Arlene, ¿me oyes? —preguntó Nebel. Repitió la pregunta. Al final, el rostro de Arlene se contrajo en una mueca, sus labios se apretaron formando una delgada línea y, cuando habló, lo hizo con la voz de Arlene.

—Sí, te oigo —repuso Arlene echándose a reír.

—*Cinta 74, Cara A.
—¿Hace falta que te rías, Arlene? ¿No quieres hablar conmigo?

—No.

—Hablamos ayer por la mañana, ¿verdad? ... ¿Por qué no quieres hablar conmigo, Arlene? ... ¿Tienes miedo de mí?

—De ti, no.

—¿De quién tienes miedo?

Candy empezó a sollozar, sustituyendo momentáneamente a Arlene. Nebel, sin percatarse de que Arlene había desaparecido, le preguntó a ésta por qué le causaba a Candy dolor de cabeza. Contestó Candy, dijo que ya casi le había desaparecido el dolor de cabeza.

—¿Ya te vas, Arlene? —preguntó Nebel sin darse cuenta de que ésta ya se había ido.

—No dejes que se me acerque —le suplicó Candy.

Nebel comprendió entonces que estaba hablando con Candy y trató de hablar con ambas personalidades simultáneamente.

—Arlene, no me hagas eso —suplicó Candy.

—Candy, dile a Arlene que hable conmigo —dijo Nebel—. Arlene es inteligente y quisiera hablar un poco más con ella.

—No hablará contigo —dijo Candy.

—Ya hemos hablado antes —replicó Nebel.

Candy se incorporó súbitamente en la cama y advirtió:

—Vete en seguida, Arlene. ¡Corre! ¡Corre! Te van a apresar. —Su voz estaba llena de inquietud—. Date prisa, Arlene.

—¿Ya se va? —preguntó Nebel—. ¿Se está alejando?

—Se ha escondido —repuso Candy en tono satisfecho.

—¿Quién piensas que la va a apresar? —preguntó Nebel.

—Yo —repuso Candy.

—¿Qué harías si la apresaras? —preguntó Nebel.

—Encerrarla.

—¿Dónde?

—Sería un secreto.

Este fragmento de la sesión finalizó al decirle Candy a Nebel, en el papel de su *alter ego*, que Arlene no podía hablar en aquellos momentos porque estaba asustada. Candy añadió que Arlene alardeaba de ser fuerte aunque, en realidad, estaba muy asustada.

Las únicas palabras realmente duras que Candy tuvo en relación con Arlene, aparte las que pronunció cuando John Nebel empezó a trabajar con ella, fueron el resultado de sus molestias físicas que ella atribuía a su otro yo. Atribuía sus frecuentes dolores de estómago al

hecho de que Arlene tratara de aflorar a la superficie y a menudo le suplicaba a Arlene que dejara de molestarla.

Resulta en cierto modo irónica la situación en la que John Nebel se encontró a raíz de su matrimonio con Candy Jones. Nebel es por naturaleza un hombre que busca dominar las vidas de las personas con las que entra en contacto. Candy es, por el contrario, una mujer muy inclinada a dejarse dominar. Desde el punto de vista conceptual, se trata de una relación perfecta. Cuando, en una relación, una de las personas necesita dominar y la otra se muestra dispuesta a *dejarse* dominar, existen muchas probabilidades de que la unión resulte provechosa y se consolide.

Sin embargo, a pesar de que John Nebel se casó con una mujer que, por su misma personalidad básica era susceptible de ser dominada, esta misma mujer le ofreció,

a través de Arlene, una faceta completamente distinta. Arlene era la faceta dominante de la personalidad de Candy, la cual carecía en su vida cotidiana de dicha característica. Tal vez éste sea el motivo del desarrollo de una segunda personalidad más fuerte. Todos nosotros necesitamos superar nuestra personalidad básica cuando las circunstancias lo requieren. En el caso de Candy, Arlene ofrecía determinadas fuerzas de carácter físico y espiritual que, en opinión de la propia Arlene, ayudaban a Candy a llevar a cabo las tareas más difíciles. No obstante, ello se tradujo para Nebel en el hecho de tener que habérselas con otra personalidad dominante de rasgos por cierto muy acusados.

Las relaciones cotidianas entre John y Arlene fueron pasando progresivamente de la fascinación al antagonismo. A medida que se iba convirtiendo en una personalidad más definida, tanto en los estados hipnóticos inducidos como en los espontáneos, Arlene le iba presentando a Nebel unas ideas y necesidades a las que a menudo éste no podía hacer frente. Existen numerosos ejemplos grabados en los que Nebel, decepcionado y enfurecido, amenaza con librarse de Arlene utilizando con frecuencia términos de inequívoco sabor sádico.

Las amenazas de Nebel a Arlene empezaron a arreciar en su frecuencia y obran en mi poder las transcripciones de siete sesiones hipnóticas en las que las amenazas revistieron un carácter muy detallado. No obstante, puesto que todas ellas se reducen esencialmente a lo mismo, bastará una sola para ilustrar lo que efectivamente ocurrió en el apartamento de Nebel en el transcurso de aquellos días y noches tan difíciles.*

En esta sesión, Arlene se pasó mucho rato criticando a Candy por la forma en que ésta había llevado su vida. Acusó a Candy de querer librarse de ella y dijo que, siempre que Candy trataba de hacerlo, ella, Arlene, estaba en condiciones de asustarla obligándola a alejarse.

—Me resulta divertido —le dijo Arlene a Nebel refiriéndose a las veces en las que había asustado deliberadamente a Candy.

—¿Por qué te resulta divertido? —le preguntó Nebel.

—No lo sé.

—¿Y si Candy te asustara a ti? —preguntó Nebel apuntando esta posibilidad.

—No podría asustarme porque no sabría cómo hacerlo —repuso Arlene en tono afectado.

Nebel, para aguijonearla, le dijo que Candy era la que podía

* Cinta 4, Cara A.

expresarse claramente con palabras mientras que Arlene no.

—Es posible que a ti también te resultara difícil expresarte con palabras si no fueras una persona entera.

—¿Es Candy una persona entera?

—Cuando yo la dejo, sí. Puedo controlar a Candy mientras quiera.

—¿Y si murieras quemada? —preguntó John en tono amenazador.

—Eso no me gustaría.

—Me importa un bledo lo que a *ti* te guste.

—A Candy no le gustaría.

—Tal vez Candy me lo pida alguna vez.

—No querrá morir quemada. Lo que me ocurra a mí le ocurrirá a ella.

—Tus conocimientos a este respecto, Arlene, son extremadamente ilimitados —dijo John, enojado y decepcionado—. Puedo exorcisarte. Uno de los medios de hacerlo consiste en la utilización del fuego.

—No te aconsejaría que lo probaras —dijo Arlene riéndose despectivamente.

—Estás pisando un terreno muy peligroso, Arlene.

—Ya me han quemado con fuego otras veces —dijo

Arlene levantando la voz, mientras siguió burlándose de las amenazas de Nebel.

—¿Te gustaría que volvieran a quemarte?

—¿De veras quieres quemarme?

Nebel contestó repitiendo una y otra vez su deseo de librar a Candy de la malsana presencia de Arlene. Arlene reconoció a regañadientes que Candy no la necesitaba y que ella, en cambio, para poder vivir, necesitaba a Candy. Pareció como si Nebel hubiera ganado el diálogo hasta que Arlene, sacando fuerzas de flaqueza, emprendió una ofensiva. Le dijo a Nebel que jamás la quemaría porque «Me encuentras demasiado fascinante para querer librarte de mí», dijo en el tono triunfal de alguien que acaba de descubrir súbitamente la verdad. Se rió y empezó a coquetear.

Nebel cambió de táctica y le dijo a Arlene que no era más que un simple reflejo en un espejo. Este súbito cambio de actitud inquietó a Arlene, que le dijo a Nebel que no quería escuchar aquellas palabras.

Una vez hubo conseguido situarla en posición defensiva, Nebel reiteró su amenaza de quemarla diciéndole que primero la colocaría en una caja.

Arlene se puso histérica y le suplicó que no llevara a cabo su amenaza. Nebel se preocupó por Candy y dio por finalizada la sesión.

Las horas que John y Arlene transcurrían juntos no siempre estaban llenas, sin embargo, de amenazas, cólera y temor. Algunas veces, Arlene ponía de manifiesto un interés romántico y hasta incluso sexual por John Nebel.

En una sesión hipnótica que tuvo lugar el 5 de septiembre de 1974 en el dormitorio del apartamento de Candy y John, Arlene emergió inmediatamente después de haberse iniciado la sesión. En una sesión anterior, Arlene había comentado con regocijo que Nebel jamás estaba seguro de con quien hablaba. Él le preguntó si era Arlene y ella se echó a reír y le dijo que le resultaba muy gracioso que no pudiera distinguirlas.

—Es una situación muy graciosa —dijo—. Arlene se pasa el rato yendo y viniendo.

—¿Se ha marchado Arlene ahora? —preguntó Nebel sin estar muy seguro.

—No sé si Arlene se ha marchado pero, aunque lo supiera, no te lo diría —repuso ella—. No quiero sumirme en la confusión.

—Será mejor que me digas quién eres —la amenazó Nebel.

—Soy Arlene pero, ¿no te parece que hablo igual que Candy? —preguntó Arlene riéndose—. Soy capaz de hablar como la tontaina de Candy.

—¿Por qué estás tan enojada, Arlene?

—No estoy enojada, pero no tengo la posibilidad de vivir como Candy.

—¿Crees que Candy ha tenido suerte casándose con John y teniendo a éste en su vida? —preguntó Nebel.

—Yo pienso estar con John —repuso Arlene en tono cariñoso—. Me gustaría saber qué tal se está con John.

Nebel le preguntó por qué deseaba estar con él y quiso saber si le consideraba un hombre agradable.

—Es fascinante, pero yo no le resulto simpática.

—Bueno, Arlene, ¿quieres irte a dormir ahora?

—Me gustaría dormir con John algunas veces.

(Nebel hace caso omiso de su comentario y le aconseja que se duerma.)

—Cuando despierte, ¿quién seré?

—Buenas noches, Arlene —contesta John, molesto.

—Buenas noches, John —responde Arlene en tono insinuante.

—¿Qué debo decir? ¿Buenas noches, Arlene, o buenas noches, Candy?

—Dime «Buenas noches, Arlene». ¿Quieres darme un beso de buenas noches?

—No quiero hacer eso porque mi mujer es Candy.

—Yo soy tu mujer.

—Pero, bueno, ¿eres Arlene o Candy?

—¿Acaso tiene importancia?

—Para mí, sí.

—Estamos solos.

—Resulta que soy muy honrado y sincero con Candy. Y no es que quiera despreciarte, Arlene.

—Es que yo soy Candy.

—No, no es cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—No puedes saberlo a menos que me beses.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Eres muy listo, ¿verdad? Algún día te engañaré y te haré creer que soy Candy.

Arlene se quedó dormida en este momento. Diez minutos más tarde, empezó a hablar en sueños y Nebel puso en marcha el magnetófono.

—¿Estás dormida, Arlene? —preguntó éste.

—Estoy soñando —repuso ella—. Soñando y conspirando. Quería cerciorarme de que estabas aquí.

—¿Dónde está Candy? —preguntó Nebel.

—No lo sé.

—¿Has vuelto a ocupar su lugar?

—Ocupo su lugar hasta que ella recupere las fuerzas. Le duele el estómago. ¿Nunca usas ropa para dormir?

Nebel se rió al escuchar aquella referencia a su habitual atuendo de dormir: unos simples calzones cortos. Arlene se dio la

vuelta en la cama y empezó a acariciarle el tórax con las manos.
—¿Por qué haces eso? —le preguntó Nebel.
—Para cerciorarme de que eres tú —repuso ella ha

blando con voz melosa. Después añadió que aquel día tenía intención de acompañarle en su trabajo.

—¿Pretendes armar jaleo? —le preguntó Nebel.

—No.

En el transcurso de otra sesión hipnótica grabada, Arlene volvió a pedirle a Nebel que le diera un beso de buenas noches. Esta vez, él la besó suavemente en la mejilla.

—Apuesto a que a Candy no la besas así —dijo Arlene en tono sarcástico.

—Eso a ti no te importa, Arlene.

—¿Me vas a dar otro beso de buenas noches?

Nebel la besó delicadamente, esta vez en los labios.

—Así está mucho mejor —dijo Arlene—. Podría conseguir gustarte un poco si no fueras tan pelmazo. A veces eres un pelmazo.

En otra cinta en la que Arlene se mostraba cariñosa con Nebel,* al llegar a los 20 minutos de grabación, Arlene dijo:

—Te necesito. —Se desperezó, bostezó y añadió—: Es estupendo estar fuera.

—¿Para qué me necesitas, Arlene?

—Es estupendo estar fuera.

—Ya estás fuera de Candy, Arlene. ¿Para qué me necesitas?

—Te necesito para que me ayudes —le dijo Arlene.

—Para que te ayude, ¿a qué?

—Para que me ayudes a salir fuera.

—Ya estás fuera. ¿Para qué me necesitas?

—Para que me ayudes a quedarme fuera. Quédate conmigo —dijo Arlene.

—¿Me estás pidiendo que deje a Candy?

—¿Por qué no?

—¿No es buena? —preguntó Nebel.

* Cinta 34, Cara A.

—Ya la han dejado otras veces.

—¿Quiénes?

Arlene se rió al escuchar la pregunta.

—La dejó su marido, el marica —repuso en tono despectivo refiriéndose a Harry Conover.

—¿Y quién más?

—Su amigo, el escritor. —Arlene volvió a reírse—. Era tan gracioso. Yo solía sentarme allí y les observaba y no cesaba de reírme. (Se está refiriendo a Mel Heimer.)

—¿Quién más la dejó? —Je pregunta Nebel a Arlene.

—Ya no tuvo el valor de tratar de buscar a otro hombre.

—¿Por qué se casó conmigo? —preguntó Nebel.

—Pensó que podría dar resultado.

—¿Crees que Candy se aprovechó de mí? —preguntó Nebel.

—No es tan lista como para eso —contestó Arlene en tono burlón.

—¿Vas a decirme que tú eres lo suficientemente lista como para aprovecharte de mí? —preguntó Nebel.

—Te conservaría a mi lado.

—¿Fue conveniente que Candy se casara conmigo?

—Casarse contigo fue bueno para Candy y la hizo dichosa —dijo Arlene—. Pero yo le voy a causar más tristeza que la que jamás haya experimentado en toda su vida.

Durante el resto de este fragmento apenas hubo nada de interés y Nebel dio por finalizada la sesión apoyando la mano de Arlene sobre el revestimiento de madera de la pared del dormitorio.

Arlene se mostraba frecuentemente celosa de la nueva carrera radiofónica de Candy así como de su nuevo marido. Existen muchas referencias al deseo de Arlene de acudir a los estudios en compañía de Nebel y de presentar el programa con él.

En una sesión Arlene se quejaba en tono beligerante de no poseer vida propia.* Nebel le dijo que se calmara y que dejara de jugar con él. Le dijo que, si no se reportaba, le rompería el brazo. Arlene replicó acusándole de tenerle miedo y le aconsejó que aquella noche le dejara presentar a ella el programa en lugar de Candy.

—No eres competente, Arlene.

—Pruébame.

Arlene le aconsejó posteriormente a Nebel que tratara de comprenderla mejor.

—Tal vez descubras que te gusto más que Candy.
—Resulta que estoy muy enamorado de Candy —repuso Nebel.
—Pero, ¿por qué no lo pruebas?... A lo mejor te gusto más... A algunas personas les gustan los helados de vainilla pero después prueban los de chocolate y descubren que éstos les gustan más.
—Tengo una esposa que es Candy y la quiero mucho.
—Pero si somos la misma persona.
—No, no es cierto. Usáis simplemente el mismo cuerpo.
—Mira —dijo Arlene—, nadie te creería si alguna vez dijeras eso.
Nebel se negó a discutir acerca de la cuestión y sacó a Candy de su estado hipnótico.

Siempre que pretendía impresionar favorablemente a John, Arlene trataba de confundirle con respecto a su identidad. A menudo iniciaba las sesiones hipnóticas quejándose de no tener vida propia. El mensaje que, al parecer, quería transmitir era el de que Nebel le facilitara los medios necesarios para poder adueñarse del cuerpo y del papel que en la vida desempeñaba Candy, tal como había esperado Gilbert Jensen.

En una sesión, Arlene le dijo a Nebel que ella también tenía ciertos derechos.

—Sólo deseo un aliento de vida —le dijo recordándole que acababa de decirle que la amaba.*

—No, yo he dicho que amaba a Candy, no a ti —dijo Nebel.

—No, John, me has dicho que me amabas a *mí*.

Nebel le señaló que estaba casado con Candy.

Arlene sonrió y dijo en tono insinuante:

—Bueno, pero aquí tienes a dos en una.

Debió reflexionar unos instantes acerca de la moralidad de aquel triángulo y después empezó a imitar a Candy. Se detuvo, sin embargo, al ver que Nebel la retaba a proseguir la imitación. En el transcurso de las sesiones hipnóticas Arlene solía mostrarse a menudo sumamente obstinada.

La verdad es que a John Nebel le resultaba fascinante aquella interacción con Arlene Grant. No podía saber, como es lógico, que el odio de Arlene acabaría traducándose en un ataque físico contra su propia persona.

El día de Navidad de 1974 Arlene se quejó amargamente del hecho de no poder disfrutar de unas Navidades propias y afirmó que deseaba transcurrir la festividad en compañía de John sin que Candy

gozara de este placer.

En julio de 1973 Nebel le había preguntado a Candy, que se hallaba en estado hipnótico, si creía que Arlene trataría alguna vez de causarle algún daño. Con esta pregunta no se refería a la posibilidad de que Arlene le causara un daño físico sino al hecho de que pudiera hacer algo que perjudicara su carrera o sus relaciones con los amigos.

Candy le contestó diciendo: «Arlene no te causará daño mientras yo esté aquí.» Considerada retrospectivamente, la respuesta presentaba cierto carácter de advertencia si bien no puede censurarse a Nebel por el hecho de no haberlo comprendido así en aquellos momentos.

* Cinta 86 «A», Cara B.

En agosto de 1973, durante una sesión hipnótica en la que Nebel y Arlene mantuvieron una prolongada conversación acerca de las relaciones de ésta con Candy y del hecho de que muy raras veces se le permitiera salir al exterior y gozar de la vida, Arlene le dijo a Nebel que más le valdría estar preparado en todo momento para el caso de que ella pudiera presentarse inesperadamente.

—No hagas ningún movimiento que no puedas controlar, Arlene —le dijo Nebel.

—No tengo la menor intención de hacer tal cosa —repuso Arlene en tono amenazador—. Pero podría hacer algún movimiento cuando nadie estuviera despierto.

El ataque

«Eran aproximadamente las siete de la tarde y Candy se hallaba incorporada con la espalda apoyada sobre la almohada y un cojín de gomaespuma», dice John Nebel recordando aquella tarde de septiembre, dos meses después de que Arlene se hubiera manifestado a él.

Nebel prosigue diciendo: «Candy ofrecía un aspecto tranquilo y relajado. Estaba leyendo el *New York Post* y yo estaba hojeando un libro escrito por un autor que aquella noche iba a acudir como invitado a mi programa. Estaban encendidas todas las luces del dormitorio. Candy tenía puesto un precioso salto de cama de color azul y me dio la impresión de que se sentía muy a gusto. Súbitamente, sus facciones cambiaron. Y lo mismo ocurrió con su voz.

»Hay que tener en cuenta que yo no la había hipnotizado. Fue un cambio espontáneo por su parte. Yo la miré y le pregunté: “¿Quién eres?” Ella se quedó sentada mirándome fijamente con los ojos muy abiertos, casi como si estuvieran a punto de saltársele de las órbitas. Agité mi mano frente a su rostro, pero no se produjo la menor reacción. Candy no parpadeó siquiera porque no podía ver-

me la mano cuando se encontraba en estado hipnótico. Me acerqué un poco y volví a preguntarle quién era.»

—Soy Arlene —contestó ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No tengo por qué hablar contigo porque *no me gustas* —repuso Arlene mirando con los ojos muy abiertos hacia algún visible objeto en la distancia. **15**

Nebel decidió poner en marcha el magnetófono y grabar todo lo que pudiera ocurrir en el transcurso de aquella regresión espontánea. Pero, mientras buscaba el enchufe y desenredaba el hilo del micrófono, ella lanzó un suspiro y se reclinó contra el almohadón, de nuevo con la serena expresión de Candy Jones en su rostro. Nebel le dijo que Arlene acababa de aparecer pero, tal como solía ocurrir siempre que ella se encontraba en estado consciente, Candy no le creyó.

—¿Estás bien? —le preguntó John.

—Pues, claro que estoy bien, John —repuso Candy riéndose—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Nebel se volvió de lado y cerró los ojos. El programa de la noche anterior había sido muy difícil y varias citas a las que había tenido que acudir en distintos lugares de la ciudad le habían impedido poder dormir de día. Esperaba poder descansar un poco antes de salir aquella noche hacia los estudios en compañía de Candy.

Mientras trataba de relajarse, notó que, a su espalda, Candy cambiaba de posición en la cama. Nebel levantó la cabeza y se volvió para ver lo que estaba haciendo. Pero, antes de que pudiera volverse del todo, ella se le echó encima mirándole con el rostro contraído de Arlene al tiempo que le rodeaba el cuello con sus manos.

Nebel se volvió y golpeó las muñecas de Candy con los cantos de sus manos. «¡Aparta las manos!», le gritó. La volvió a golpear, esta vez con más fuerza, y ella aflojó su presa soltándole el cuello. Nebel la apartó de un empujón y se levantó de la cama.

«No creo que jamás me haya asustado tanto en toda mi vida — dice Nebel recordándolo—. No se trataba del ataque físico porque, cuando se vive en una gran ciudad como Nueva York, uno casi cuenta con la posibilidad de que le ataquen por la calle, sobre todo durante las horas nocturnas en las que yo desarrollo mi actividad. ¡Se trataba de mi esposa! Y ésta se había convertido en un monstruo, en una mujer dotada de una fuerza que yo desconocía y cuyo rostro había adquirido una torva y perversa expresión como las que suelen observarse en las películas de terror. Permanecí de pie junto al borde de la cama, temblando y mirándola con los ojos tan abiertos como los suyos. Candy se había arrodillado y me miraba confusa, casi a punto de echarse a llorar. Instintivamente, extendí la mano y le acaricié el rostro.»

Una vez él y Candy se hubieron calmado, Nebel interrogó a ésta acerca del ataque y ella negó no sólo haberlo perpetrado sino también haber sido consciente del mismo. Nebel se resistía a creer que tal cosa pudiera ser verdad, lo que contribuía a aumentar ulteriormente su desconcierto. ¿Era posible, se preguntaba, que una persona pudiera atacar a otra y no recordara absolutamente nada, incluso a los pocos minutos de haberse producido el ataque? Nebel se mostraba más bien incrédulo en relación con aquellas historias de los borrachos que se despertaban por la mañana sin poder recordar sus actos de la noche anterior y, por el contrario, tendía a creer que semejante pérdida selectiva de la memoria no era más que un truco para evitar las responsabilidades. ¿Era posible que aquella otra mujer con la que estaba conviviendo, aquella Arlene Grant, producto de la imaginación infantil de su esposa, extraído del pasado de ésta por un médico californiano, le hubiera atacado tal como lo había hecho sin que la *persona real* tuviera conocimiento de ello?

Todo resultaba demasiado extraño para que Nebel pudiera aclararlo y decidió no insistir en el tema, si bien se

hizo el propósito de sacarlo nuevamente a colación la próxima vez que hablara con Arlene. El segundo propósito que se hizo fue el de poner en marcha el magnetófono cuando tuviera lugar dicha discusión.

La ocasión de conversar con Arlene se le presentó durante la siguiente hora, en la que Candy volvió a sumirse en un estado hipnótico espontáneo.*

Durante los primeros quince minutos de esta sesión grabada, ocurrieron varias cosas, entre ellas la regresión de Candy a su infancia. Pero, al llegar aproximadamente a la mitad de la cinta de media hora de duración, Candy Jones volvió a su vida adulta y le preguntó a Nebel si era cierto que había intentado estrangularle en la cama una hora antes. Estaba sumamente angustiada y le suplicó a John que creyera que jamás volvería a intentar hacerle daño. Él señaló que no había sido ella sino Arlene quien le había atacado. Candy se inquietó ulteriormente y negó la existencia de Arlene. Más aún, se pasó cuatro minutos intentando convencer a John de que ella no le había atacado. En estos momentos, John se enojó con ella por negarse a reconocer los hechos y utilizó palabras muy duras.

Se trata de uno de los muchos ejemplos en los que la decepción de John Nebel alcanzó vastas proporciones. Candy se niega invariablemente a reconocer que su personalidad haya podido cambiar en algún momento y tanto menos que dicho cambio de personalidad se denomine Arlene. Escucha una cinta y reacciona horrorizada ante lo que oye brotar de su boca pero, desde un punto de vista filosófico, no puede aceptar la existencia de una segunda personalidad en su interior.

Muchos psiquiatras y psicólogos se mostrarían de acuerdo con ella dado que el sector psiquiátrico suele mostrarse considerablemente escéptico en relación con la existencia de un desdoblamiento de la personalidad o bien de una personalidad múltiple. Pocos son, sin embargo, los que niegan la capacidad, dentro de cada uno de nosotros, de cambiar de personalidad según la situación en la que nos encontremos. La mayoría de nosotros posee, por lo menos, dos facetas de su carácter, una faceta quizás más extravagante cuando tal cosa resulta conveniente y otra más conservadora cuando nos encontramos en un ambiente más

* Cinta 6, Cara A.

conservador. Cuando dichas personalidades se desarrollan hasta el extremo de que una de ellas pueda manifestarse con independencia de la otra, ocurren casos como el que se describe en el éxito editorial *Sybil*.

En el número de agosto de 1975 de la publicación *Psychology Today* (Psicología actual), el psicólogo clínico doctor Emanuel Berman se refería a un caso que había presentado por primera vez con Frederick Coplon en una de las reuniones de la *American Psychiatric Association*. Se trataba de una mujer negra cuyo nombre se había cambiado en el artículo por el de Verónica la cual poseía en su interior una segunda personalidad llamada Nelly. Dice Berman: «Dos mujeres aparecían alternativamente en el mismo cuerpo, por regla general después de haber dormido, y daban unos resultados muy distintos en los tests de personalidad. Verónica teme que Nelly pueda escapar a su control. No es de extrañar: Verónica se comportaba como una chiquilla emotiva, exuberante y, a menudo, inclinada al llanto. Nelly, en cambio, era altiva, arrogante y sexualmente provocativa. Con el tiempo y una terapia adecuada, ambas mujeres se fundieron en una sola.»

El doctor Berman afirma al final del artículo: «De acuerdo con esta teoría de la personalidad, las personalidades múltiples en gran escala como las de Eva [*Los tres rostros de Eva*], Sybil y Verónica no debieran considerarse rarezas curiosas sino ejemplos extremos de un fenómeno humano normal. Lo que es extremo y probablemente patológico en el auténtico desdoblamiento de la personalidad no es la diferenciación propiamente dicha sino la rigidez de la misma, es decir, el olvido de una de las personalidades por parte de la otra y el muro impenetrable existente entre aspectos contradictorios del propio yo.

»La capacidad de desempeñar variados y a veces contradictorios papeles así como de experimentar distintos sentimientos es una cualidad; la rígida separación entre ellos es un obstáculo. El hecho de reconocer la potencia de los desdoblamientos existentes puede constituir un paso fundamental hacia la integración definitiva.»

El doctor Herbert Spiegel se muestra también escéptico en relación con la existencia de una auténtica personalidad múltiple. El doctor intervino conmigo en el «Programa de Long John Nebel-

Candy Jones» de la WMCA el día 4 de enero de 1975 y discutió el tema con Nebel, con Candy y conmigo.

Le pregunté al doctor Spiegel si, dado que la hipnosis puede utilizarse en el *tratamiento* de una personalidad múltiple, es posible también utilizarla para la *creación* de otra personalidad.

—Desde luego. Puede utilizarse para ambos fines...

—¿Se podría crear deliberadamente una segunda personalidad?

—Sí... se suele hacer... una vez tuve ocasión de hacerlo con una mujer de Quinto Grado [el más alto según el Perfil de Inducción Hipnótica desarrollado por el doctor Spiegel] ... Nos enfrentábamos con ciertos puntos de vista contradictorios que esta mujer sustentaba con respecto a sí misma... A pesar de que dicha mujer no presentaba espontáneamente una personalidad múltiple, lo cual es bastante discutible en cualquier caso y podemos analizarlo más tarde, si ustedes quieren, para que se comprenda con mayor claridad y rapidez, establecimos unos determinados puntos de vista en relación con su familia, con su madre, con la sexualidad y con su marido y designamos los cuatro puntos de vista con nombres distintos... Después encomendamos los correspondientes papeles a cuatro personas distintas...

Organizamos sesiones de terapia de grupo con cuatro... Si alguien nos hubiera observado a través de un espejo y me hubiera visto hablando con aquella mujer que se había dividido en cuatro, creo que hubiera dejado por imposible...

»Por ejemplo, la muchacha que era en cierto modo perversa, provocativa y seductora se llamaba Sonya... la paciente le había dado este nombre... Después había otra llamada Phyllis que era el ama de casa como es debido. Cada vez que Phyllis intentaba hablar, Sonya se entrometía. Al final, acabaron peleándose y tuve que intervenir diciendo: "Bueno, Sonya, ya basta. Quiero que salgas de su interior y esperes fuera hasta que yo te diga que vuelvas a entrar/" Me levanté, abrí la puerta y le dije: "¡Sal y quédate fuera!" ...

»Cuando volví junto a la paciente, ésta dijo: "Menos mal que nos hemos librado de ella".»

El doctor Spiegel explicó las teorías terapéuticas que constituían la base de este tratamiento y señaló que, una vez Sonya hubo desaparecido, Phyllis estuvo en condiciones de analizar lo

que había significado la presencia de Sonya en su vida.

Le dirigí al doctor Spiegel la lógica pregunta:

—¿Pudo usted librarse de las demás personalidades tras haber sido éstas utilizadas con los mismos fines?

—Desde luego —repuso el doctor Spiegel—. La paciente y yo reconocimos que se trataba de una simple técnica y ella volvió a fundirse de nuevo en una sola personalidad.

El doctor Spiegel pasó a referirse después a la cuestión de las personalidades múltiples en general y dijo:

—Conocí muy bien a Sybil. Era uno de nuestros sujetos de investigación y tuvo la amabilidad de acudir a nuestras clases de la Universidad de Columbia durante varios años seguidos cuando todavía la estaba tratando la doctora Wilbur [la doctora Cornelia Wilbur, psicoanalista de Sybil]. La doctora Wilbur y yo solíamos analizar a menucio el caso de Sybil y, cuando la doctora se ausentaba, yo ocupaba su lugar puesto que algunas veces el estado de Sybil era tan frágil que la Wilbur temía dejarla sola.

Tras discutir el caso de Sybil y comentar el papel que él había desempeñado en el mismo, el doctor Spiegel siguió diciendo:

—En mi opinión, las personalidades múltiples son más bien una ficción que se introduce en una pseudorrealidad a través de la forma en que se trata al paciente. Si tenemos en cuenta que las personas altamente hipnotizables como Sybil son muy sugestionables... y si reforzamos un punto de vista o bien un aspecto de nuestra personalidad y empezamos a llamarlo por un nombre y decimos que es otra persona, la anuencia de la persona altamente hipnotizable es tan acusada que dicha persona empezará a decir: «Muy bien, si quiere usted decir que es otra persona, yo no tengo inconveniente.» Podemos entonces prolongar la ficción y decir que nos encontramos ante una personalidad múltiple. Piense en una persona cualquiera... piense en usted mismo... imagínese en distintos papeles... Las personas altamente hipnotizables son muy imaginativas, muy afables, muy serenas, muy dispuestas a aceptar las sugerencias... Acaban por aceptar la idea de que les agradaría dar un nombre a dichas sugerencias y entonces se las somete a prueba designando los distintos puntos de vista con distintos nombres... En tal caso la aprobación del médico constituye un motivo de satisfacción para el paciente... «Estupendo —dice el paciente—, el

doctor me está dando una buena calificación»... Lo que el médico está haciendo indirectamente es adiestrar al paciente a designar un simple cambio de personalidad con el nombre de otra persona.

El doctor Spiegel afirmó que él no se mostraba contrario al concepto de la personalidad múltiple si bien consideraba que nos engañaríamos a nosotros mismos en el caso de que lo tomáramos demasiado al pie de la letra.

—Sybil no poseía, a mi juicio, dieciséis o diecisiete personalidades distintas. Lo que sí poseía eran dieciséis o diecisiete puntos de vista distintos a los que se quiso designar con un nombre —terminó diciendo el doctor Spiegel.

Parece ser que el doctor Gilbert Jensen hizo exactamente aquello a que Spiegel se refiere en su evaluación del concepto de la personalidad múltiple. Jensen deseaba crear en Candy un punto de vista distinto que estuviera más de acuerdo tanto con sus objetivos como con los de la Compañía. El hecho de que Candy le ofreciera una «segunda personalidad» ya confeccionada, llamada Arlene, que ya había actuado en su infancia en calidad de segundo y más fuerte punto de vista, no hizo sino facilitar la tarea de Jensen.

Volvamos a la sesión hipnótica que tuvo lugar tras el ataque perpetrado por Arlene. Una vez finalizada la discusión entre John y Candy, la conversación siguió otros derroteros hasta que, al llegar a los veinticinco minutos de grabación y con su habitual carácter repentino, Arlene ocupó el puesto de Candy.

—¿Eres Arlene?

—Podría serlo —contesta Arlene en tono juguetón.

—¿Dónde está Candy?

—No ha ido muy lejos.

(John habla con Arlene como si ésta fuera una tercera persona.)

—¿Sabes que Arlene ha puesto sus manos alrededor del cuello de John? ¿Sabías tú eso, Arlene? ¿Dónde estabas?

—Lo estaba observando todo —responde, Arlene en tono relamido.

—¿Qué es lo que ha hecho ella?

—Buscar la yugular.

—¿Crees que pretendía matar a John?

—No. Sólo quería...

—¿Asustarle?

—Pues, claro.

—¿Y por qué quería asustar a John?

—Para demostrarle su poder y su fuerza.

(John sigue hablando con Arlene como si ésta fuera una tercera persona.)

—¿Le ocurre algo para que haya querido hacerle eso a John?

—Está celosa.

—¿Está celosa de Candy?

(Arlene sacude la cabeza.)

—¿De quién está celosa entonces?

—Sería incapaz de hacerle daño a nadie, ni siquiera a sí misma o a Candy.

Arlene le dijo a Nebel que dejara de hablar de aquella manera porque «todo resulta muy extraño». Nebel le preguntó si le gustaba Gilbert Jensen y ella contestó que sí.

—¿Por qué te gusta Jensen, Arlene?

—Porque yo le gusto a él. Candy no le gusta.

—¿Trató Candy de estrangular a John, Arlene?

—No.

—¿No?

—Ella no lo hizo.

—Si ella no lo hizo, ¿lo hiciste tú entonces, Arlene?

—Yo le mostré el sitio.

—¿De veras lo hiciste?

—Sí.

—¿Querías que matara a John?

—Ella es débil.

—¿Querías que Candy apretara con las manos la vena yugular de John?

—Yo quería mostrarle simplemente lo que tenía que hacer.

—¿Por qué?

—No fueron *sus* manos.

—¿De quién fueron las manos?

—Mías.

Arlene repitió su opinión de que Candy era débil y, refiriéndose a sí misma, se mostró de acuerdo en que no deseaba que Nebel o cualquier otra persona se le acercara demasiado, Nebel le preguntó si había impedido hablar a Candy anteriormente. La respuesta de Arlene a esta pregunta consistió en echarse a reír de buena gana reconociendo que, en efecto, había mantenido reprimida la voz de Candy. Le dijo a Nebel que ya lo había hecho en otras ocasiones y que volvería a hacerlo. Nebel volvió a referirse a la cuestión de las manos alrededor de su cuello.

—¿Por qué has colocado las manos alrededor del cuello de John?

—Eran *sus* manos. Yo controlaba sus manos. Candy sería incapaz de aplastar una mosca y Candy ama todo lo que está vivo, incluidos los animales. (*Arlene habla en tono despectivo de la debilidad que siente Candy por los animales.*)

—¿Quieres causarle daño a John, Arlene?

—No, mientras él no intente causármelo a mí. Estaba buscando simplemente los puntos de presión de su cuello y nada más. Quería que John se enterara de lo fuerte que soy.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

(*Arlene hablando en tono mucho más débil.*)

—Estoy perdiendo la fuerza.

Mientras Arlene se iba debilitando, John siguió interrogándola acerca de los motivos que la habían impulsado a colocar las manos alrededor de su cuello. Ella le suplicó que dejara de hablar diciéndole que no se en

contraba bien y que experimentaba dificultades respiratorias. Nebel, preocupado por la salud de Candy, sacó rápidamente a ésta de su estado hipnótico.

Hubo otras sesiones hipnóticas en las que volvió a suscitarse la misma cuestión pero en todas ellas Arlene repitió esencialmente lo que ya había dicho en la sesión arriba apuntada. Tanto en estado consciente como en estado hipnótico, Candy siguió negando que se hubiera producido semejante ataque.

Hubo un prolongado período en el que no volvió a mencionarse este tema, pero en agosto de 1974 se produjo entre John Nebel y Arlene una discusión muy reveladora del carácter que revestían las relaciones entre ambos.¹⁹ En dicha discusión Arlene comentó con envidia la libertad de movimientos de que gozaba Candy. Le había preguntado a Nebel qué aspecto le parecía a éste que ofrecía ella.

—Pareces una Candy perversa —repuso él.

—¿Qué quieres decir con eso de «perversa»? —preguntó Arlene.

—Candy es una hermosa mujer y tú odias a Candy, ¿no es cierto, Arlene?

—Envidio a Candy —dijo Arlene.

—Envidias a Candy porque ella ha encontrado a alguien a quien amar y con quien casarse.

—La envidio porque puede moverse libremente y posee una vida propia —dijo Arlene—. ¿Por qué no puedo yo poseer vida propia?

Todavía en el verano de 1974 Arlene seguía tratando de buscar una vida independiente.

SEGUNDA PARTE

19 Cinta 42, Cara A. 266

Las misiones

Aunque la programación de Candy Jones fue un proceso continuado, hubo un momento en el que Jensen debió opinar que ésta ya se encontraba en condiciones de empezar a prestar servicios por cuenta suya y de la CIA. La envió en distintas misiones y ella las llevó a cabo con el entusiasmo de un jugador de béisbol del tercer turno que entra en juego por primera vez.

Al principio, las misiones se limitaron a simples servicios en calidad de correo desarrollados simultáneamente con sus viajes profesionales; la tarea consistía en la entrega de sobres sellados a ciertas personas de Washington, Filadelfia, Boston y Nueva York cuyos nombres no se le indicaban. Basándose en las descripciones que le habían facilitado, Candy entregaba los sobres en restaurantes, vestíbulos de hoteles y despachos. Por lo general, Jensen la advertía telefónicamente de la existencia de los mensajes que tenía que transportar. Jensen hablaba muy raras veces y lo que Candy escuchaba eran una serie de sonidos electrónicos que desencadenaban una reacción en su interior. Candy comprendía subconscientemente por medio de aquellos sonidos que tendría que devolverle la llamada a Jensen a través de una central de teléfonos,

En Nueva York, el sobre a entregar lo recibía por correo, ya fuera en su despacho del número 52 de la Avenida Vanderbilt o bien en el apartado de correos de Grand Central, encontrándose siempre el sobre más pequeño en el interior de otro más grande.

Jensen era un hombre metódicamente cuidadoso. Con la excepción de los papeles que tenía que entregar, Candy estaba obligada a guardar todos los demás papeles que recibiera y a entregárselos a él en Oakland. En el transcurso de las visitas de Candy a su despacho, Jensen llevaba a cabo un minucioso registro de su bolso y conservaba una lista de todo el material escrito que se enviaba a ésta.

Se mostraba especialmente cuidadoso en relación con Arlene Grant. En las fases iniciales de su labor por cuenta de Jensen, era Candy la encargada de realizar los viajes y efectuar las entregas. Al ampliarse sus actividades e incluirse en las mismas los viajes al extranjero, Arlene empezó a asumir más responsabilidades. Tal como ya se ha dicho anteriormente, Candy llevaba dos pasaportes, uno a su nombre y otro a nombre de Arlene. Por regla general, el pasaporte de Arlene lo guardaba Jensen en su despacho de Oakland y se lo entregaba a ella poco antes de que emprendiera un viaje.²⁰

Resulta difícil establecer con exactitud cuándo se iniciaron los viajes de Candy al extranjero por cuenta de la CIA. Ella cree que el primer viaje por cuenta de la Compañía lo emprendió en 1965, aunque no está muy segura de la fecha. Puesto que la habían adiestrado a no conservar nada por escrito, es comprensible que, sin ningún dato escrito, sus recuerdos relativos a una fecha de hace diez años sean algo confusos. No obstante, al igual que en el caso de otros aspectos de su amnesia en relación con la labor desarrollada por cuenta de Jensen y la Compañía, cabe más bien atribuir su pérdida general de memoria a la hábil utilización de la hipnosis y los

²⁰ Candy conservó inadvertidamente una fotografía de pasaporte de Arlene Grant (Candy con peluca negra, maquillaje oscuro, etc.) tomada en San Francisco, así como el sobre en el que fueron entregadas las fotografías. Ambas cosas se reproducen en la sección de fotografías y documentos.

fármacos por parte de Jensen. La amnesia es una de las más poderosas manifestaciones de la hipnosis profunda y constituye, en realidad, la prueba de que se valen los hipnotizadores para establecer la profundidad del estado hipnótico en un buen sujeto. El doctor Lewis R. Wolberg afirma en su libro *Hypnosis: Is It for You?*: «En estado de hipnosis profunda, la amnesia inducida puede provocar un olvido de segmentos enteros de experiencia...»

Los doctores Leslie M. LeCron y Jean Bordeaux, autores de la obra *Hypnotism Today*, dicen: «Ello [la amnesia] se pondrá casi siempre de manifiesto tras un profundo estado de hipnosis en el caso de que se sugiera el olvido mientras que no habrá amnesia en el caso de que, al despertar, se sugiera el recuerdo. De este modo, el hipnotizador puede provocar o bien inhibir la amnesia a voluntad.»

Tras varios meses de análisis de las transcripciones de las sesiones hipnóticas grabadas, he podido establecer que el primer viaje de Candy al extranjero por cuenta de la Compañía tuvo lugar en el otoño de 1966 y consistió por lo menos en dos, y posiblemente tres, desplazamientos a Taiwan. Es posible que, con anterioridad a esta fecha, ella realizara otros viajes al extranjero, pero el material obtenido a través de la hipnosis de Candy por parte de John Nebel no lo revela.

Antes del comienzo de los viajes de Candy y Arlene al extranjero se produjo, sin embargo, un incidente que merece mencionarse y que tuvo lugar durante la labor

inicial de correo de Candy dentro de los Estados Unidos.

En el transcurso de una sesión hipnótica con John en la que Candy había regresado al despacho de Jensen,* Nebel, en el papel de Jensen, se refirió a la falta de amigos de Candy y le dirigió a ésta unas preguntas acerca de su vida social en Nueva York.

—¿Asiste usted a cócteles? —preguntó Nebel en el papel de Jensen.

—No asisto más que a algunos de escasa importancia —repuso Candy.

—¿Ha seguido usted mis instrucciones en el sentido de no mezclarse con la gente?

—Sí —repuso ella con voz soñolienta—. Pero asistí a aquel cóctel, como usted me dijo que hiciera.

—¿Qué cóctel fue ese? —preguntó Nebel.

—El cóctel del «21». El de Bill Buckley.

—¿Por qué asistió? ¿Quién le dijo que lo hiciera?

—Usted —contestó ella, molesta por el hecho de que Jensen lo hubiera olvidado—. Pedí que sacaran una fotografía.

Nebel se detuvo para ordenar sus pensamientos.

—¿Qué ocurrió con la fotografía?

Candy pareció molestarse más si cabe ante esta pregunta acerca de la fotografía.

—Se la traje a usted. ¡La tiene usted!

—¿Por qué quería yo la fotografía? —preguntó Nebel todavía en el papel de Gilbert Jensen.

—No lo sé. No sé nada.

Nebel se desconcertó por unos instantes. Al final, preguntó:

—¿La trató bien Bill Buckley?

—Sí —repuso Candy riéndose complacida—. Muy amablemente. Es muy amable. ...Entró aquel hombre y le insultó, tal como usted dijo que haría. Fue... no podía creerlo.

—¿Qué ocurrió?

—Aquel hombre...

—Vuélvamelo a contar. Vamos a ver si se acuerda. ¿El hombre le insultó?

—Se acercó... se encuentra de pie a mi lado en la fotografía... empezó a insultar a Buckley... le dijo que era un miserable y utilizó palabrotas...

* Cinta 36, Cara A.

—¿Quién hizo esto? —preguntó Nebel.

Candy no contestó.

—¿Quién cree usted que era aquel hombre? —preguntó Nebel.

Candy emitió una serie de ruidos con los labios antes de contestar.

—No lo sé. *Usted* lo sabe. Yo no le conozco. Jamás le había visto. Está aquí, en la fotografía que guarda usted en el escritorio.

—¿Qué hizo entonces el hombre?

—Se marchó.

En el transcurso de sesiones subsiguientes hipnóticas no pudo obtenerse ulterior información acerca de dicha escena, probablemente porque lo que Candy le refirió a Nebel durante aquella regresión era todo lo que ésta sabía.

El viaje, o los viajes, de 1966 a Taiwan resultaron aterradores para Candy, a pesar de que fue Arlene la que los realizó en su calidad de representante de la Compañía y la que sufrió las consecuencias de la angustia física y mental que tuvo que soportar. Los viajes de Candy a Taiwan estuvieron precedidos por toda una serie de visitas al despacho de Jensen durante la primavera de aquel año, en una de las cuales Candy recibió el encargo de entregar un sobre para Jensen a un hombre no identificado de San Francisco. Durante una regresión grabada, Nebel interpretó el papel de Gilbert Jensen y trató de obtener más información acerca de aquel sobre.* No pudo conseguirlo. Candy se quejó ante él (ante Nebel en el papel de Jensen) de que la misión la estaba manteniendo alejada de Nueva York demasiado tiempo, añadió que, si se dedicaba a sus negocios como era debido, estaba en condiciones de obtener unos ingresos muy superiores a los honorarios de 500 dólares que ellos le pagaban.

La sesión finalizó con la aparición de Arlene, que acusó a Jensen de destrozar deliberadamente la vida de Candy. Se trata de uno de los pocos ejemplos en los que Arlene se alzó en defensa de Candy. Arlene le dijo a Jensen que estaba tratando de librarse de Candy para que ella, Arlene, fuera la única persona que quedara. Nebel aprovechó la referencia y dijo que *ellos* no necesitaban a Candy.

—Sus hijos la necesitan —dijo Arlene—. Ella jamás me ha causado ningún daño y yo, en cambio, le he causado mucho daño a ella. ¡Déjela en paz!

* Cinta 20, Cara A.

Candy regresó a Oakland en el otoño de aquel año. Parece ser que realizó dos visitas, una en septiembre y otra en octubre, y que, durante este último mes, efectuó su primer viaje a Taiwan.

En realidad, *Candy* jamás efectuó este viaje. Entró en el despacho de Gilbert Jensen de Oakland pero la mujer que salió del mismo y fue acompañada al aeropuerto por el médico caminaba con mucha más seguridad, hablaba con voz grave, lucía una peluca negra y un maquillaje oscuro y llevaba consigo un pasaporte a juego con su aspecto. Era Arlene Grant.

A Candy le habían administrado una inyección de «vitaminas» en el consultorio «para conferirle fuerza durante el largo vuelo», tal como solía decir Jensen. Tras la administración de la inyección, emergió Arlene, tal como Jensen tenía previsto. Candy había llevado consigo a

Üakiand la peluca negra en su enorme maleta, junto con el maquillaje. Una vez Arlene le hubo anunciado a Jensen que estaba dispuesta, éste le entregó el pasaporte así como el sobre que debería entregar al contacto de Taiwan que, según le aseguró Jensen, estaría esperándola en el aeropuerto con un automóvil y la atendería durante su estancia en Taiwan.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Arlene a Jensen.

—No tiene usted por qué conocer su nombre. El conocerá el suyo.

A John Nebel le costó mucho trabajo averiguar el nombre del contacto de Taiwan, e incluso no estuvo demasiado seguro cuando lo logró. Los nombres que Nebel consiguió obtener en el transcurso de las sesiones hipnóticas con Candy y Arlene eran una combinación de los nombres Chin, Yang y Chen. El contacto fue identificado como un importante hombre de negocios chino, antiguo presidente de la Cámara de Comercio de Taipei.

Chin Chen, tal como aquí vamos a llamarle, acudió a recibir a Arlene Grant al aeropuerto, según lo acordado. Ésta se ofreció a entregarle el sobre inmediatamente, pero él insistió en que le acompañara a su casa. Ella se sentía un poco recelosa pero le acompañó recordando las instrucciones de Jensen en el sentido de que colaborara plenamente con Chen.

Los temores de Arlene resultaron infundados, por lo menos durante aquella primera misión en Taiwan. Chen, a quien Arlene describió bajo hipnosis como un hombre corpulento, elegantemente vestido con un conservador traje de calle y «amabilísimo», acompañó a Arlene en automóvil hasta su casa, situada a unos 30 kilómetros de Taipei. La casa, enorme y majestuosa, se levantaba, según recuerda Arlene, en medio de unos terrenos sorprendentemente vastos. Una larga y simétrica hilera de esbeltos árboles bordeaba el estrecho camino que conducía a la calzada. Unos lujuriantes prados de hierba verde recién cortada descendían desde la casa hasta las zonas boscosas que rodeaban la propiedad por tres lados. En la distancia podían verse otras casas, separadas de la finca de Chen por los bosques y otros espacios abiertos más allá de los árboles.

Chen aparcó frente a la casa y escoltó a Arlene hasta el edificio. Cruzaron un espacioso vestíbulo de entrada y Arlene observó la presencia de dos jóvenes chinas, enfundadas en batas blancas de

laboratorio.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Chen.

«Mujeres de la limpieza», repuso éste invitándola a tomar un té y un bocadillo. Arlene aceptó la invitación y se sentó con Chen en un porche cerrado de la parte de atrás de la casa.

Arlene estuvo alojada durante tres días en la residencia de Chen en Taiwan y fue la invitada de honor en un pequeño pero ceremonioso banquete que se celebró la última noche. Su estancia resultó extremadamente agradable. El tiempo era soberbio y Chen la acompañó personalmente en sus excursiones por la exuberante y exótica campiña, en cuyo transcurso sacó Arlene numerosas fotografías. Arlene dormía hasta muy tarde por las mañanas, disfrutaba de una estupenda comida muy bien preparada y era el centro de la atención de todo el mundo durante todas las horas de vela. Durante el día y la noche, tuvo siempre a alguien a su lado, tanto en casa como fuera de ella.

Arlene abandonó Taiwan satisfecha y relajada. Gilbert Jensen acudió a recibirla al Aeropuerto Internacional de San Francisco y la acompañó directamente a su despacho de Oakland donde le administró ciertos fármacos por vía intravenosa dejándola nuevamente convertida en Candy Jones. La peluca negra, el maquillaje oscuro y la ropa utilizada durante el vuelo de regreso fueron colocados en un armario del despacho de Jensen.

—Déme el pasaporte —dijo éste.

Candy le entregó el pasaporte de Arlene Grant.

—También los carretes de las fotografías.

Candy le entregó los carretes que guardaba en el bolso. Una vez hubo recibido todos los objetos relacionados con el viaje, incluido el billete de las líneas aéreas a nombre de Arlene, Jensen la acompañó a un hotel de San Francisco. Candy descansó hasta la noche de aquel mismo día, en que emprendió el vuelo de regreso a Nueva York. Llevaba ausente casi una semana y el hecho de que no hubiera comunicado a nadie de Nueva York ni a dónde iba ni cuánto tiempo iba a permanecer ausente había causado la inquietud de las muchachas de su oficina así como la de Mel Heimer. Heimer llamó a su despacho varias veces durante su ausencia recibiendo en todas las ocasiones confusas y sinceras respuestas: «No sabemos cuándo regresará la señorita Jones.»

Jensen volvió a ponerse en contacto con ella poco después de su regreso a Nueva York y Candy se alegró de tener noticias suyas. Como es lógico, no recordaba absolutamente nada en relación con los detalles del viaje; Jensen se había encargado de que así fuera a través de las instrucciones que le había facilitado en el transcurso del estado hipnótico que indujo en ella mediante la administración de fármacos en su despacho de Oakland. El recuerdo que Candy conservaba del viaje era agradable. Como es lógico, cabe la posibilidad de que, para entonces, Candy Jones ya no estuviera en condiciones de desobedecer las órdenes de Jensen. O bien, en el caso de que Candy hubiera puesto impedimentos, a Jensen le hubiera bastado con sacar a Arlene de su interior y dar las órdenes a ésta en su lugar. En cualquiera de los dos casos, Jensen hubiera ejercido el dominio, lo cual era, a fin de cuentas, el objetivo primordial del ejercicio.

El segundo viaje de Candy a Taiwan se inició igual que el primero, es decir, con una visita al despacho de Jensen en cuyo transcurso recibió una inyección intravenosa de presuntas vitaminas. Una vez más, la que salió del despacho de la calle Cyprus fue Arlene Grant a la que se acompañó al Aeropuerto Internacional de San Francisco.

El señor Chen, el elegante hombre de negocios de Taiwan, se encontraba de nuevo en el aeropuerto para recibir a Arlene. Ambos se dirigieron en automóvil a la casa de campo y Arlene se convirtió por segunda vez en su invitada. Esta vez, sin embargo, Chen, el anfitrión, se transformó en Chen, el torturador.

A través de las sesiones hipnóticas grabadas,²¹ no se ha podido establecer con exactitud lo que ocurrió en aquella casa durante esta segunda visita y, posiblemente, durante una tercera. Lo que sí es cierto es que Arlene permaneció prisionera de Chen

²¹ Hay indicios en las grabaciones de las sesiones hipnóticas de que Candy y/o Arlene efectuaron un tercer viaje a Taiwan y de que, en su transcurso, se volvió a emplear la tortura en un intento de arrancarle información. No se ha podido establecer, sin embargo, qué tipo de tortura se utilizó en las dos visitas y cabe la posibilidad de que Arlene y Candy fueran torturadas durante las primeras dos visitas a la casa de Chen.

por lo menos durante dos días y, posiblemente, tres en cuyo transcurso Chen y sus colaboradores intentaron arrancarle información por medio del empleo de diversos métodos de tortura físicos. No se sabe qué es lo que sospechaban que Arlene sabía o poseía. Pero, al parecer, debía de tratarse de algo lo suficiente valioso para ellos como para torturarla en un intento de conseguirlo. Ella le entregó el sobre a Chen, tal como se le había ordenado, y todas las sesiones hipnóticas que se refieren a esta experiencia contienen repetidas negativas en relación con el conocimiento de la información solicitada por los torturadores de Arlene.

La información específica acerca de la tortura de Arlene por parte de Chen fue descubierta por John Nebel

en el transcurso de unas sesiones hipnóticas con Candy que tuvieron lugar en noviembre y diciembre de 1974.* Había habido diversas y dolorosas sesiones con anterioridad a aquella en la que Candy hizo confusas referencias a sus torturas. Me pareció interesante el hecho de que, a pesar de que las efectivas torturas las había sufrido Arlene, Candy estuviera en condiciones, bajo hipnosis, de revivir la experiencia. Ahora, por primera vez, Nebel iba a averiguar los detalles.

Una de las sesiones se inició con la referencia de Candy a una muchacha que estaba a punto de pulsar un botón. Nebel le preguntó quién era la muchacha, pero Arlene contestó que no sabía cómo se llamaba. Volvió a aparecer Candy, hablando en tono asustado y receloso.

—Esta muchacha —repitió Candy—. Trabaja aquí. ¿Me lo va a hacer otra vez?

Al igual que el que esto escribe, Nebel supuso que Candy estaba hablando con Gilbert Jensen durante la regresión. Nebel se pasó más de cuatro minutos interpretando el papel de Jensen hasta que se dio cuenta de que Candy estaba hablando con alguien de la casa de Chen en Taiwan.

—Me lo va a volver a hacer. Usted le dice que me lo haga constantemente.

—¿Qué es lo que le está haciendo? —preguntó Nebel.

—Me está provocando shocks...

—¿Le digo *yo* que se los provoqué?

—**Sí.**

—No está recibiendo usted ningún shock.

—Sí los estoy recibiendo. Los recibo constantemente en el hombro y usted lo sabe.

—¿En qué despacho se encuentra usted ahora? —preguntó Nebel comprendiendo que tal vez se hubiera equivocado al suponer que ella hablaba con Jensen.

—No estoy en ningún despacho.

—¿Dónde está entonces? No está usted en la calle.

—En la casa.

—En la casa, ¿de quién?

—No lo sé —repuso ella gimiendo—. Por favor, no me lo vuelva a hacer. Es muy doloroso.

* Cinta 2, Cara A y Cinta 18 «B», Caras A y B.

—Nadie le está provocando shocks. Está usted profundamente dormida.

Ella respiró hondo.

—¿En qué ciudad se encuentra usted? —preguntó Nebel

—Está fuera.

—¿Y alguien le está provocando *shocks*?

—Me la tiene usted atada con esta cosa.

Nebel le pidió que describiera «aquella cosa». Candy le dijo que era una pequeña caja situada sobre una mesa desde la que partían unos hilos hasta su muñeca y su hombro. Nebel se ofreció a retirar los hilos y apoyó la mano sobre la muñeca izquierda de Candy. Ella le informó de que el hilo estaba ajustado a la otra muñeca. Nebel siguió sus instrucciones y le retiró todos los imaginarios hilos que le cubrían el cuerpo así como el esparadrapo que los sujetaba a su piel. Candy reaccionó al notar que le arrancaban los esparadrapos.

—Me dolía espantosamente —dijo Candy frotándose los lugares en los que los hilos habían estado en contacto con su piel.

—No sé quién le dijo a alguien que le hiciera a usted eso.

—Se lo dijo *usted* —repuso ella, molesta—. *Usted* se lo dijo a esta chica. Y yo no sé nada. Nadie de aquí me quiere creer.

Nebel le preguntó la fecha, pero Candy repitió que ella no sabía nada. Nebel reforzó el estado hipnótico y le dijo a Candy que, cuando se despertara, se sentiría tranquila y reposada. Después le preguntó si le creía.

—Temo decir que sí y temo decir que no. Cualquier cosa que diga estará mal de todos modos... es la historia de mi vida.

—Yo no conozco la historia de su vida.

—Bueno, ya me ha preguntado usted suficientes cosas. Debiera usted saber... Pero, ¿por qué no se limita a matarme?

—¿Matarla? ¿Por qué? No ha hecho usted nada malo.

—Lo sé pero, ¿por qué me retiene usted aquí de este modo?... Yo no conozco a ningún doctor Jensen.

Nebel no había dicho nada susceptible de provocar semejante respuesta y resultaba evidente, por tanto, que

Candy estaba contestando a algo que le habían preguntado en Taiwan.

Candy empezó a gemir.

—Oh, ¿por qué no puedo escapar de aquí? Quiero regresar a Nueva York.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó Nebel.

—Yo no lo sé. De veras no lo sé.

—Debió tener usted algún motivo.

—Entregarle a usted el papel, el sobre, nada más.

—¿Para quién era la carta?

—El nombre figuraba escrito en el sobre. No sé pronunciarlo. Lo tienen ellos. Si alguna vez salgo de ésta, voy a... Ay, no sé lo que voy a hacer.

En posteriores sesiones hipnóticas pudieron averiguarse otros detalles acerca de las torturas por medio de electrodos, si bien en dichas sesiones cabe anotar la diferencia de la descripción por parte de Candy de una regresión que había tenido lugar con anterioridad. Dicha regresión se había experimentado en silencio —en forma de sueño— y, tras sugerirle en estado hipnótico que recordara los acontecimientos, Nebel la interrogó acerca de ellos.

—Primero aplican una solución sobre la piel...

—¿Una solución salina?

—No lo sé... una solución... la aplican con una gasa y una varilla larga... en forma como de gancho... después aplican un hilo sobre la zona húmeda...

(Candy se señaló después varias partes del cuerpo, incluido el pecho. Nebel le preguntó si le habían aplicado los hilos allí y ella contestó que la habían amenazado con aplicarle los electrodos en el pecho si no accedía a colaborar.)

—Te colocan el hilo en el dedo y...

—Un momento. Vayamos por pasos. ¿Te enrollan el hilo alrededor del dedo?

—Lo aplican a la zona en la que se encuentra la solución.

—¿Está puesta la corriente?

—Claro.

—¿Y el hilo está conectado con la caja?

—Sí, como un estuche de manicura o uno de esos estuches de rulos eléctricos para el cabello. Una cajita con varias esferas. Y hay dos hilos y te rozan con ellos...

—Pero no te rozan con los dos hilos, ¿verdad?
 —Pues, claro que sí. Te rozan con los dos hilos.
 —¿Se producía una chispa?
 —Yo no miraba. Pero lo oía. Hace un ruido sibilante.
 —Y duele.
 —Momentáneamente. Es un shock. Provoca una ampolla.
 —¿Y después dejan de hacerlo?
 —Sí.
 —¿Qué hacías con las ampollas?
 —Yo misma me las reventaba... con una aguja esterilizada.
 —¿Cuántas ampollas había?
 —Déjame ver. Había una aquí y...
 —Un momento —dijo John observándola—. Eso es el cuarto dedo de la mano derecha.
 —Sí. Aquí había una muy grande.
(Candy se señaló también el dedo meñique de la mano derecha y comentó que la ampolla se extendía por todo el dedo meñique hasta la palma de la mano añadiendo que los electrodos también le habían levantado una ampolla en el pulgar derecho.)
 —Les gusta hacerlo en las articulaciones o en las uñas porque así resulta más doloroso.

En este momento, se produjo una discusión entre John y Candy a propósito de los dedos de la mano derecha de ésta y del hecho de que se observaran en ellos las huellas físicas de unas ampollas. Este fenómeno, denominado habitualmente en parapsicología «tejido de recuerdo», fue objeto de análisis durante la preparación de este libro y constituye uno de los aspectos más curiosos y debatidos. Las investigaciones llevadas a cabo a lo largo de los años han demostrado que un buen sujeto hipnótico es capaz, en determinadas circunstancias, de mostrar un llamado tejido de recuerdo al regresar bajo hipnosis al tiempo en el que tuvo lugar una experiencia físicamente traumática. Un ejemplo de ello pudiera ser un niño que se hubiera quemado la mano a la edad de cinco años. Al alcanzar el niño la edad adulta, todas las cicatrices de la quemadura han desaparecido. Algunos investigadores afirman, sin embargo, que es posible levantar la misma ampolla en la misma mano en el transcurso de una sesión hipnótica que tenga lugar muchos años

más tarde.

El doctor Robert London, al ser preguntado en el programa radiofónico de Nebel acerca de si podía aceptar la teoría del tejido de recuerdo, contestó: «Me debato en un conflicto. Desde un punto de vista científico, me resultaría difícil creer que pudiera ver ampollas [en un sujeto hipnótico], o bien creer que pudieran producirse ampollas... las ampollas se producen como resultado de una auténtica quemadura. Sin embargo, otra parte de mí me dice... me induce a dar potencialmente crédito a la teoría del tejido de recuerdo. En las células existe un banco de recuerdos.»

Nebel comentó el hecho de que un buen sujeto hipnótico suelta de golpe un objeto frío en el caso de que el hipnotizador le diga que está muy caliente por haber aceptado dicha sugerencia hallándose sumido en estado hipnótico. El doctor London se mostró de acuerdo en este respecto y siguió explicando el concepto de la memoria de las células. Refiriéndose al tema de la inmunización, comentó que los investigadores están apuntando la posibilidad de que las células corporales posean un sistema mnemónico especial y que la inmunidad pueda estar relacionada en cierto modo con este sistema.

La cuestión de si el cuerpo es capaz de reproducir síntomas fisiológicos a través de una regresión hipnótica seguirá siendo objeto de discusiones durante muchos años. Las investigaciones son siempre susceptibles de discusión y la miríada de variables inherentes a las investigaciones hipnóticas contribuyen a complicar ulteriormente el problema.

Recientemente tuve ocasión de entrevistar al neurólogo neoyorquino doctor Kenneth Jordán, subdirector del departamento de neurología del hospital de salud pública de la Staten Island, y ambos discutimos la teoría de los «engramas», es decir, de las estructuras mnemónicas teóricas creadas en el momento del aprendizaje de una nueva información. Le pregunté al doctor Jordán su opinión acerca de la posibilidad de que el tejido de recuerdo se manifieste, tal como ocurrió en el caso de Candy Jones.

«Ante todo —dijo el doctor Jordán—, el término más adecuado sería el de trazos mnemónicos. Una deducción razonable sería la de que, dada la tremenda carga emotiva que rodeó el hecho físico real, estos "engramas", es decir, estos componentes de los trazos

mnemónicos no han desarrollado los mismos componentes inhibidores que son capaces de desarrollar otras experiencias menos traumáticas. De este modo, resultan constantemente más accesibles al recuerdo consciente. Es posible que baste una pequeña clave, una experiencia levemente similar a la experiencia previa, para eliminar los tenues senderos inhibidores restantes permitiendo con ello no sólo que reaparezca la memoria sino que ésta lo haga con ímpetu vengador.

»Sabemos también que el lóbulo temporal del cerebro se halla estrechamente relacionado con el sistema r.er- vioso autónomo. Éste forma parte del sistema nervioso que controla la presión sanguínea, la emoción intestinal, el tono muscular, etc. Se puede llegar a concebir, aunque en modo alguno se haya demostrado, que, por lo menos, anatómica y fisiológicamente, la misma zona cerebral que participa en el recuerdo vengativo de la experiencia traumática inicial pueda, sin excesiva dificultad, participar simultáneamente en el fenómeno físico involuntario y autónomo que tiene lugar en la misma persona.» Yo estuve presente en el domicilio de Nebel en un momento en que Candy pareció evidenciar un tejido de recuerdo. Aquel día, el tejido de recuerdo en cuestión se relacionaba con la zona del hueco de su codo en la que Gilbert Jensen le había administrado la inyección intravenosa. Una vez Nebel hubo sacado a Candy del estado hipnótico, ambos examinamos detenidamente el brazo de ésta. Pudimos observar una especie de distensión de vena así como una señal que muy bien hubiera podido producir una aguja. No puedo contestar a la pregunta de si yo vi estas cosas porque quise verlas. Acepté lo que creí haber visto y aquí lo dejo anotado.

Candy afirmó bajo hipnosis que las torturas habían tenido lugar en lo que ella llamó «la enfermería» de la

«Su casa se levanta en medio de unas extensas propiedades. Es preciosa. No conozco el nombre de la ciudad.»

—¿Cómo llegaste hasta allí?

—En automóvil.

—¿Fuiste obligada?

—No, acudí voluntariamente.

—¿Con qué objeto?
—Acudí allí para entregar una cosa.
—A alguien que la estaba esperando.
—Sí.
—¿Por qué te torturaron entonces?
—Porque no tenía lo que ellos querían. No les di lo que ellos querían.
—¿Qué les diste? ¿Un sobre?
—Sí.
—¿Sellado?
—Sí.
—¿No tenías idea de lo que contenía?
—No.

Tras establecer que Candy, en realidad, Arlene, había entregado el sobre a un hombre y una mujer de la casa de campo, probablemente a Chen y a alguna colaboradora suya no identificada, Nebel le preguntó a Candy qué le habían dicho éstos.

—Me dijeron que no era aquello. Querían saber dónde estaba lo demás.

—¿Qué esperaban conseguir mediante los shocks eléctricos?
—Decían que yo sabía algo más —repuso Candy.
—¿Y que lo conservabas mentalmente?
—Sí.

Según Candy, las torturas cesaron únicamente tras ha

ber hablado Chen con alguien por teléfono. Una vez finalizada la conversación telefónica, la liberaron de la silla en la que la habían atado y se mostraron muy amables, deshaciéndose en disculpas. Le dijeron que no le habían aplicado los electrodos para torturarla sino para estimularle científicamente la memoria. Insistieron en que se quedara a almorzar, cosa que ella hizo, y aquella noche la acompañaron al aeropuerto.

«Durante el vuelo de regreso a California utilicé guantes —dice Candy— porque el aspecto de mi mano era terrible. Y, además, los dedos me olían como a ácido sulfúrico.»

Gilbert Jensen acudió a recibirla al aeropuerto y la acompañó a su despacho en el que le administró una inyección.

«Todo ha sido un error —le dijo Jensen—. Un error tipográfico.» Candy supuso que ello significaba que en el mensaje figuraba alguna palabra errónea que había inducido al chino y a la china a suponer que sabía algo más de lo que decía. Estas reflexiones conscientes sólo han aflorado en Candy en un pasado muy reciente. Cuando aquel día abandonó el despacho de Jensen y regresó a Nueva York no recordaba literalmente nada de lo que había ocurrido en Taiwan.

Candy almorzó con su amigo y editor Joe Vergara un día o dos después de su regreso y mantuvo las manos enfundadas en guantes durante toda la comida. Al preguntarle Vergara que por qué no se quitaba los guantes, ella le mintió diciendo que se había quemado las manos mientras preparaba dulce de chocolate para sus hijos.

Mel Heimer, a pesar de no ser específicamente consciente de las aventuras de Taiwan, percibió en Candy una creciente sensación de temor tras su regreso a Nueva York. La instó a que llamara a un amigo suyo de California, el publicitario cinematográfico Joel Preston que actualmente es ejecutivo de la empresa de relaciones públicas de Nueva

York, Rogers y Cowen. Presión, íntimo amigo de Heimer, era por aquel entonces jefe de publicidad de la Columbia Pictures de Hollywood.

—¿Y por qué tengo que llamar a Preston? —le preguntó Candy a Heimer.

—Por si alguna vez tropezaras con dificultades durante tus

viajes.

—No tengo dificultades —insistió Candy.

—Lo sé pero me sentiría más tranquilo si tuvieras el número de Preston.

Heimer se lo anotó y Candy se lo guardó en el bolso.

En el verano de 1975 hablé con Joel Preston y le pregunté si recordaba que Heimer le hubiera mencionado alguna vez haberle facilitado su número a Candy.

—Sí, lo recuerdo —repuso él—. Mel me llamó y me dijo que era posible que alguna vez me llamara Candy Jones.

Preston le preguntó a Heimer el porqué de aquella posible llamada pero Heimer eludió la respuesta.

Le pregunté a Preston si había conocido a Candy Jones.

—Sí, a través de Mel.

—¿Observó usted algo insólito en su comportamiento? —le pregunté.

—Pues, me parece que sí. Siempre tuve la impresión de que estaba ocurriendo algo raro. Me indujo a creerlo así la tensión que en ella se adivinaba.

Preston recuerda también haber mantenido numerosas conversaciones telefónicas con Candy tras la muerte de Mel. Por aquel entonces, Preston estaba llevando a cabo unas negociaciones encaminadas a la producción de una película basada en la última obra de Heimer, titulada *The Empty Man* (El hombre vacío). Candy actuaba de intermediaria en Nueva York entre Preston y el agente de Heimer que estaba resultando muy duro de pelar.

—Siempre que hablaba con ella por teléfono, escuchaba unos extraños ruidos procedentes del otro extremo

Je la línea —dice Preston—. Le comenté la posibilidad de que tuviera el teléfono intervenido y le ofrecí ponerme en contacto con un buen amigo mío que era por aquel entonces jefe de las operaciones de la FBI en Los Ángeles. Ella se inquietó extrañamente ante mi sugerencia y me hizo prometer que no lo haría.

—¿Alguna otra cosa? —pregunté.

—No. Solamente que yo siempre tenía la impresión de que estaba metida en algo de lo que no deseaba hablar.

Y de lo que *no podía* hablar. Gilbert Jensen ya se había encargado de que así fuera.

El regreso a Taiwan

En circunstancias normales, hubiera resultado extraordinario e inexplicable que Candy Jones decidiera regresar a Taiwan tras las experiencias vividas allí. El hecho de que lo hiciera constituye una ilustración de hasta qué grado Gilbert Jensen había conseguido dominarla a través de Arlene. Éste le dijo que regresara y ella lo hizo sin efectuar preguntas ni discutir. Y, a pesar de que en uno de su sucesivos viajes a Taiwan fue nuevamente torturada, Candy regresó una vez más, efectuando su último viaje a la isla de China allá por 1968.

En este último viaje a Taiwan entró en contacto con otras personas aparte el señor Chen. En primer lugar, Candy tenía que entregar un sobre a una joven china no identificada en una galería de arte de Taipei. La muchacha se encontraba allí según lo prometido y, tras recibir el sobre, retrocedió un paso y escupió a Arlene en el rostro. Para cuando Arlene se hubo recuperado de la sorpresa, la muchacha ya había huido de la galería. El recuerdo de este incidente por parte de Candy se produjo en el transcurso de una reciente sesión hipnótica con John Nobel. Candy no acierta a explicarse el comportamiento de aquella muchacha y, a pesar de su insignificancia en el

marco general de aquel último viaje, el incidente resulta indicativo de los problemas con los que Nebel ha tenido que enfrentarse en cada sesión hipnótica en su intento de obtener de su esposa una descripción ordenada de un determinado acontecimiento.

A su llegada, Arlene fue recibida nuevamente por el señor Chen. Éste iba acompañado de otro hombre al que presentó como socio suyo en sus actividades empresariales. Los tres se dirigieron en automóvil a la casa de campo de Chen, aparentemente sin que Arlene protestara. Antes de su salida de San Francisco, Jensen le había administrado una inyección intravenosa consiguiendo con toda evidencia reforzar su amnesia en relación con los desagradables hechos que en otras ocasiones habían tenido lugar en casa de Chen. A juzgar por las grabaciones, no parece que Arlene recordara aquellos hechos durante su viaje final a Taiwan.

Posiblemente ningún otro aspecto de *La manipulación de Candy Jones* haya sido más difícil de relatar que las informaciones de Candy, bajo hipnosis, relativas a las torturas sufridas en Taiwan. Las sesiones hipnóticas en las que Candy revivió y experimentó con tanta agudeza los padecimientos sufridos en Taiwan fueron especialmente laboriosas y agitadas. En el transcurso de dichas sesiones, Candy se abandonaba invariablemente a la histeria y, por mucha que fuera la decepción que pudiéramos experimentar John Nebel y yo en nuestra incapacidad de establecer fechas y lugares específicos, la angustia en la que ella se debatía eclipsaba todo lo demás. Tras pensarlo detenidamente, he llegado a la conclusión de que la manera más eficaz de presentar dicho material consiste en dejar que las transcripciones hablen por sí mismas. Cualquier incertidumbre que pudiera derivarse de su contenido debería ocupar un lugar secundario en relación con la aparente verdad de las torturas a las que Candy Jones fue sometida en más de una ocasión.

A través de las investigaciones realizadas en el campo de la hipnosis, se sabe desde hace mucho tiempo que el terror, sobre todo cuando éste se provoca mediante la tortura física, resulta brutalmente eficaz para aumentar la potencia y el control del estado hipnótico. En tal caso, aumenta la sugestionabilidad del sujeto y éste se muestra más sumiso con el fin de que se ponga término a sus sufrimientos.

El doctor Herbert Spiegel me dijo que, en su opinión y basándose en sus observaciones de Candy, ésta debió ser aterrorizada de algún

modo y añadió: «No me cabe la menor duda de que fue sometida a un lavado de cerebro.»

No obstante, existe una teoría que quisiera comentar, antes de pasar a reproducir las transcripciones de las cintas relativas a los sucesivos viajes de Candy a Taiwan. Se me ha ocurrido la posibilidad de que tanto el señor Chen como los demás que participaron en las torturas a Candy Jones tal vez estuvieran a sueldo de nuestra Agencia Central de Inteligencia. No dispongo de pruebas tangibles a este respecto, pero esta tesis no ha dejado de inquietarme desde que empecé a analizar el material. Al fin y al cabo, se trata de los servicios que en calidad de correo Candy y Arlene prestaron a los Estados Unidos y la CIA. El hecho de que se la sometiera a semejantes pesadillas y suplicios con el solo propósito de que se entregara un sobre constituye un reto para mi imaginación y, en cualquier caso, me induce a considerar con cierta incredulidad a las personas que adoptaron tales decisiones.

Me he preguntado, por tanto, acerca de la posibilidad de que las torturas sufridas por Candy Jones en Taiwan no fueran más que otro aspecto del programa organizado por Gilbert Jensen. El hecho de que superara semejantes pruebas hubiera constituido, por así decirlo, una demostración para Jensen y para sus superiores de que, a través de los fármacos y de la hipnosis, era posible la creación del correo perfecto. Semejante demostración hubiera poseído dudoso valor en el caso de que Candy hubiera sabido de antemano que iba a ser sometida a la misma. Me parece, por el contrario, que el hecho de enviarla en lo que aparentemente no eran más que unas misiones en calidad de correo para después de interceptarla y torturarla hubiera constituido una prueba capaz de satisfacer a los científicos más exigentes. Si Candy se hubiera venido abajo como consecuencia de la presión física y mental, Jensen y sus colegas hubieran comprendido que el experimento había fracasado. En cambio, un informe favorable por parte de Chen hubiera constituido motivo de satisfacción tanto en Oakland como en Langley, Virginia, la central de la CIA y de su Dirección de Ciencia y Tecnología.

No cabe la menor duda de que el gobierno estaba interesado en comprobar el alcance del control que Jensen había conseguido establecer sobre Candy Jones. Según las cintas, Jensen acompañó personalmente a Candy a la central de Langley y demostró ante sus

colegas, de una manera brutal y degradante, la eficacia de su proyecto. La demostración que tuvo lugar en Langley se describe con detalle en el capítulo 18 de este libro y el hecho de que dicha demostración tuviera lugar podría conferir mayor credibilidad a la suposición según la cual Chen, en calidad de agente de Jensen, se limitó a someter a prueba a Candy. Hubo, además, otras pruebas que se describen más adelante junto con la experiencia de Langley.

Otro aspecto de las aventuras de Taiwan que me induce a dudar de las acciones de Chen es la utilización de electrodos. Los electrodos constituyen desde hace mucho tiempo un procedimiento estándar para la comprobación de la tolerancia del dolor en los sujetos hipnóticos. Tal como afirma el doctor G. H. Estabrooks en su obra *Hypnotism*, un aparato llamado «variac» se conecta a un enchufe eléctrico (o a cualquier otra fuente de corriente eléc

trica) con los hilos colocados en las manos del sujeto. Para conseguir el mejor contacto posible, se utiliza una solución salina. Según Estabrooks, 15 voltios de corriente resultarían muy dolorosos y 20 serían insoportables. Sin embargo, un buen sujeto hipnótico en estado de hipnosis profunda está en condiciones de soportar 60 e incluso 120 voltios sin pestañear.

Jensen hubiera podido efectuar las pruebas personalmente pero, en tal caso, el valor de las mismas se hubiera reducido considerablemente. El hecho de comprobar personalmente los resultados de la propia labor hubiera sido considerado un procedimiento de valor discutible. En cambio, permitiendo que otros comprobaran la eficacia de su labor, Jensen se aseguraba una gloria mayor. El orgullo de Gilbert Jensen que, según Candy y Arlene, era considerable, tal vez impulsó a éste a actuar más allá de los límites impuestos por la CIA. De todos modos, cabe la posibilidad de que fuera la misma CIA la que torturara a su propia agente Candy Jones.

El hecho de que las torturas tuvieran lugar en Taiwan no constituye ninguna sorpresa. Taiwan ha sido y sigue siendo un importante centro de actividades de la CIA. Varios antiguos agentes de la CIA, convertidos ahora en escritores, han informado de que en Taiwan existen más agentes de espionaje que en ninguna otra nación del mundo. También resultaría muy lógico que, estando radicado en California, Jensen poseyera contactos en Extremo Oriente.

Candy se refirió a la mayor tolerancia de Arlene en relación con el dolor en una sesión hipnótica con John Nebel, sin fechar, en cuyo transcurso empezó a revivir las torturas sufridas en Taiwan.* Candy afirmó que la que había experimentado el dolor provocado por los electrodos en sus dedos no había sido ella sino Arlene y le dijo a Nebel que las ampollas se habían producido en la mano de Arlene. «Ella [Arlene] tenía unas ampollas tan grandes que ni siquiera podía juntar los dedos», dijo Candy en estado hipnótico.

—¿Te amenazaron con alguna otra cosa? ¿O la amenazaron a ella [Arlene]?

—Le metieron la mano dentro.

—Dentro, ¿de qué?

—Del sitio donde se encontraban los escorpiones. Ella no sabía si había escorpiones o bien una serpiente cascabel.

—¿Te refieres a una caja?

—Sí. El escorpión estaba dentro.

—¿Y qué hicieron una vez el escorpión la hubo mordido?

—Le administraron toda clase de antibióticos y... todos se pusieron muy nerviosos porque no sabían si estaba viva.

—¿Dieron resultado los antibióticos?

—Desde luego, pero se podía ver el lugar donde había sido mordida. En el pulgar y en el dedo índice. Se quedó pegado a ella y pensaron que estaba muerto. Querían asustarme.

—Querrás decir asustarla a ella.

—A las dos. A mí no me conocían. Sólo la conocían a ella.

—¿Qué nombre utilizaba ella?

—Arlene Grant.

(Durante esta sesión, Candy había permanecido sentada en una silla con las manos colgando a ambos lados. Súbitamente las levantó y las apoyó sobre su regazo.)

—No me gusta dejar las manos colgando.

—Pues no las dejes.

—Siempre tengo miedo de que me las muerdan.

—No te preocupes, yo te protegeré.

—¿Por qué?

—Porque creo que eres una dama encantadora.

—Eso no es cierto. Lo que usted quiere es ganarse alguna medalla o algo así.

(John comprendió en este momento que Candy había estado hablando con Gilbert Jensen, razón por la cual pasó a interpretar el papel de Jensen entonando la clave «tit-tat-tu», «tit-tat-tu».)

—No es así cómo se hace y usted lo sabe. *(Pronuncia ella misma la clave cambiando rápidamente la inflexión y el ritmo a medida que va repitiendo la frase.)* Es un ritmo.

—Y, cuando oye eso, ¿hace usted algo?

—Sí. Llamarle a usted, Gil.

Nebel sacó a Candy del estado hipnótico y ésta se durmió. Al despertar una hora más tarde, Nebel le pasó la cinta que anteriormente se había grabado. Candy gritó aterrorizada y él puso en

marcha otro magnetófono.

—Dime, ¿te sientes incómoda ahora?

—No me gusta pensar en ello porque ocurrió realmente... y no estaba muerto, sino vivo. Es peor que una serpiente porque a una serpiente hubiera podido apresarla.

(Nebel le preguntó por qué buscaba bajo la cama y las sillas del dormitorio.)

—Porque se arrastraba... ¡Mira! Fíjate en la cicatriz que tengo en el dedo.

—Eso es un tejido de recuerdo. No fuiste simplemente mordida, Candy.

Ella empezó a inquietarse a medida que la búsqueda se intensificaba. Estaba buscando auténticos escorpiones. V creía evidentemente que aquella escena acababa de tener lugar. Nebel trató de convencerla de que no había ocurrido nada, ñero sus palabras resultaron inútiles.

—Aquí no hay nada de que tengas que asustarte.

(Candy se señala el dedo.)

—¡Fíjate! Eso no es tejido de recuerdo. ¡Eso es una auténtica cicatriz!

(Candy presenta una pequeña cicatriz en el lugar en que el pulgar de la mano derecha se junta con el tejido carnososo que lo separa del dedo índice. No se sabe si la cicatriz se debió a una mordedura de escorpión.)

(Candy está muy inquieta.)

—Aquí es donde se me pegó. ¡Aquí mismo! Dijeron que no estaba vivo, pero lo estaba. *(Casi llorando.)*

—Candy, por favor. No hay nada debajo de la cama y nada tampoco bajo la almohada. Vamos, mujer, ¿dónde estás?

—Sé dónde estoy. Estoy en la cama contigo.

—Muy bien. Comprendo que te haya angustiado escucharlo, pero...

—Había olvidado todo eso.

—Lo sé.

Nebel consiguió cambiar de tema y le preguntó una vez más acerca de la clave utilizada por Jensen a través del teléfono. Candy no

podía recordar otra cosa como no fuera el hecho de que el sonido «tat» era siempre el que más predominaba cuando ella lo escuchaba por teléfono. Al insistir Nebel en sus preguntas, pareció como si Candy se sumiera en otro estado hipnótico espontáneo.

—No sé nada —empezó a decir con una cantinela.

—¿Conoces a Gilbert Jensen? —preguntó Nebel.

—He oído el nombre. No sé nada.

—¿Y qué me dices de Arlene Grant?

—No conozco a nadie que lleve este nombre.

Aquí finalizó la sesión.

Pero aquel mismo día Candy volvió a sumirse en un estado hipnótico espontáneo y empezó a mover rápidamente los pies en la cama.

—¿Ocurre algo?
 —Tengo que darme prisa.
 —¿Adonde vas?
 —Tengo que tomar un avión.
 —¿Para dónde?
 —Nueva York.
 —¿Dónde estás ahora?
 —En San Francisco.
 —¿Dónde has estado?
 —He estado fuera —contesta Candy con voz pausada. —¿Y por qué tienes que regresar a Nueva York?
 —Tengo que estar allí el lunes.
 —¿Por motivos de trabajo?
 —Sí. (*Empieza a agitarse y a gemir.*)
 —¿Te encuentras mal? ¿Qué te sucede?
 —Los dedos pulgares.
 —¿Los dedos pulgares? ¿Qué les ocurre a los dedos pulgares?
 —Los tengo que ocultar.
 —¿Por qué?
 —Me los han aplastado.
 —Ah. ¿Durante el viaje?
 —Sí.
 —¿Cómo ocurrió?
 —No me acuerdo —murmura Candy.
 —¿Fue acaso en Taiwan?
 —No sé dónde fue.
 —¿No tienes la menor idea del país que era?
 —Sí. Tuvieron que administrarme una inyección para animarme.
 —Y eso, ¿qué efecto ejerció en los pulgares?
 —Me los aplastaron pero yo los oculto.
 —Sí, pero, ¿cómo ocurrió?
 —Porque tienen un aspecto muy raro.
 —Sí, pero, ¿por qué?
 —Me cortaron las uñas demasiado cortas.
 —¿Quién?
 —No sé cómo se llama. Es una ayudante.
 —Una ayudante, ¿de quién?

—Del doctor.
 —¿De qué doctor?
 —El de la casa.
 —¿El de la casa grande?
 —Sí.
 —La que está en Taiwan, ¿verdad?
 —Sí.
 —Bueno, ¿por qué te cortaron las uñas?
 —Sólo me cortaron las uñas de los pulgares. Iban a seguir cortándomelas a menos que les dijera...
 —¿Que les dijeras lo que sabías?
 —Yo no sé nada —contestó Candy aterrorizada—. Les di la carta... Me las cortaron hasta... lo tengo todo en carne viva...
 —¿Sabes qué fecha es hoy?
 —Veinticuatro ...de enero, creo... de 1968.
 —¿Te sientes incómoda ahora o te encuentras bien? —Me duelen los pulgares. Los dos. Me los tengo que vendar.
 —Muy bien. ¿Ahora vas a tomar el avión?
 —Me resulta muy doloroso llevar la maleta.
 —Lo lamento.
 —¿Cómo es posible que me duelan tanto los pulgares?
 —Porque te han cortado las uñas muy cortas. ¿Se lo has dicho a Gil [Jensen]?
 —No he podido porque no me ha dado tiempo. He estado aquí simplemente en tránsito.
 —¿Vas a llamarle cuando regreses a Nueva York? (*Candy empieza a hablar como una niña.*)
 —No. Le daría lo mismo. Me diría simplemente que son los riesgos del oficio.
 —¿Cuánto te va a pagar la Compañía por este viaje? (*Candy está ahora más animada.*)
 —Van a ser cinco mil. Es la cantidad que le debo al hospital.
 —¿A qué hospital?
 —Al de Gracie Square.
 —¿Para tu hijo?
 —Sí. Cary.
 —¿Te entregarán el dinero y tú lo darás al hospital?
 —No. Me dijeron que lo pagarían ellos directamente al hospital...

La factura asciende a cuatro mil setecientos dólares pero hay otros gastos.

Nebel centró posteriormente su atención en los sonidos en clave que se utilizaban telefónicamente para estimular a Candy a entrar en acción y trató de averiguar algo más acerca de ellos pero su intento resultó fallido. El resto de la sesión estuvo dedicado a una discusión personal acerca de los hijos de Candy.

En otra sesión hipnótica sin fechar entre John y Candy, ésta se incorporó en la cama cubriéndose fuertemente los oídos con las manos. Nebel le dijo que apartara las manos.*

—Por favor, no me ponga nada en los oídos —dijo ella en tono temeroso y suplicante.

Nebel la interrogó acerca de los oídos.

—Me introduce *usted* unas pajas en los oídos —repuso ella suplicándole que no volviera a hacerlo.

—¿En qué ciudad se encuentra usted? —preguntó Nebel.

—No lo sé. No lo sé.

Nebel la interrogó ulteriormente acerca de las pajas en los oídos pero ella se limitó a repetir lo que ya había dicho. Él le preguntó su edad y Candy contestó: «Cuarenta o cuarenta y un años.» Después le dijo que estaba en

* Cinta 11, Cara B.

Taiwan pero que no conocía el nombre de la ciudad que, según afirmó, se encontraba en las cercanías de Taipei.

Al observar que su histerismo se iba intensificando, Nebel trató de sacarla del estado hipnótico. Creyó haberlo conseguido y le dijo que acababa de sacarla de una desagradable escena que había ocurrido en Taiwan. Este comentario fue suficiente para provocar en Candy un nuevo ataque de histeria en cuyo transcurso le suplicó a Nebel que creyera lo que le había dicho sobre que lo había entregado todo y ya no podía dar ninguna otra cosa. Nebel dio una vez más por finalizada la sesión.

La referencia final a las torturas padecidas en Taiwan se produjo al final de una sesión hipnótica que se completó con otra.* En lugar de reproducir los comentarios de John Nebel, he preferido que sean las propias palabras de Candy las que describan la escena.

Me encontraba en un lugar que no se hallaba demasiado lejos del segundo aeropuerto. Estaba en Taiwan pero hacia el sur. No recuerdo el nombre del aeropuerto pero el lugar se encuentra situado en la zona que se utiliza para salir de Taiwan, no para entrar. La casa se hallaba a unos diez o quince minutos de distancia en automóvil desde aquel aeropuerto.

Yo regresaba [a los Estados Unidos] y no siempre se utiliza el mismo aeropuerto. Hacía mal tiempo y el vuelo había sido suspendido. Un hombre me dijo que regresara con él a la casa y espetara hasta que pudiera salir el aparato. No recuerdo su nombre. Era norteamericano e iba a viajar en el mismo vuelo que yo... Le encontré en el aeropuerto. Se me acercó, me dijo que mi rostro le era conocido y me preguntó si me había visto allí alguna otra vez.

Cuando él se me acercó yo era Arlene Grant. El vuelo iba a sufrir una demora de dos horas y él me dijo que la casa a la que iba pertenecía a las instalaciones norteamericanas, debía ser un club de oficiales o algo por el estilo. Yo le dije estúpidamente: «Muy bien, muy bien.»

Salimos y él mandó detener un viejo y desvencijado taxi. Charlamos durante el trayecto y me dijo que se encontraba en Taiwan con el fin de revisar ciertos intereses norteamericanos y que había redactado un informe sobre las acciones norteamericanas. Iba vestido de paisano y era muy simpático.

* Cinta 87 «B», Caras A y B.

El edificio era muy bonito y parecía un club. Numerosos edificios de Taiwan habían sido convertidos en salas de fiestas. A mí no me gusta el aspecto de estas enormes casas chinas, pero a algunas personas sí. Era un sitio un poco vulgar. Entramos y escuchamos una maldita música oriental. Había unas mesitas en el vestíbulo; parecía una fonda. Había algunas personas. Él me preguntó qué quería beber, porque allí servían cualquier cosa que uno pidiera. Servían incluso bebidas norteamericanas. Nos sentamos a charlar y él me preguntó si me gustaría ver el resto del edificio. Dije que sí. Me habló de una vista preciosa de la que disfrutaba siempre que acudía allí. Había una hermosa escalera que conducía al piso de arriba.

Entramos en una espaciosa sala que hubiera podido ser un comedor o una sala de conferencias. Me preguntó si conocía a cierto hombre que tenía su despacho instalado en aquella casa. No sé cómo se llamaba aquel hombre. Él me dijo que se trataba de un viejo amigo suyo y me manifestó su deseo de que entráramos a saludarle.

Yo le seguí hasta un despacho. El hombre que se encontraba sentado detrás del escritorio era de mediana edad... debía de tener unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años. Mi acompañante me presentó al hombre. Éste se encontraba sentado leyendo una revista y a mí me pareció que era chino.

Mi acompañante le dijo a su amigo que me había adoptado como a una huérfana y que me había librado de la tormenta. El hombre sentado detrás del escritorio se expresaba correctamente en inglés. Me invitó a tomar asiento y me dijo que había oído hablar de mí. Yo había sido presentada como Arlene Grant. Me preguntó que dónde había estado, y yo, como es lógico, no pude decirle la verdad. Me ofreció té, pero rechacé la invitación. Él insistió, no obstante, en que tomara un trago. Señalé que ya había tomado una copa abajo pero él me aconsejó que tomara otra y me preguntó qué me apetecería tomar. Le contesté que una vodka con hielo. Él me la sirvió, me habló mucho de San Francisco y me dijo que le parecía maravilloso que la mujer norteamericana pudiera viajar libremente y hacer cosas.

Yo no sé lo que habría en aquel vaso, pero súbitamente me sentí muy aturdida. Él me preguntó si me ocurría algo y le contesté que me sentía aturdida y con calor. Me preguntó si deseaba descansar un poco pero le contesté que tenía que irme para poder tomar el avión. Empecé a sentirme indispuesta y se lo dije. Llamó a una mujer y ésta

me acompañó a los lavabos de señoras. Pero, más que unos lavabos, aquello parecía una enfermería. En la estancia había dos camas y también un cuarto de baño, pero las camas se encontraban en una salita más pequeña, separada de los lavabos por una cortina.

Estaba empapada en sudor y me sentía muy débil. La mujer, que era china y apenas hablaba inglés, me dijo que se encargaría de mi ropa. El sudor seguía fluyendo y el corazón me latía a un kilóme

tro por minuto. Yo vestía un traje chaqueta y la mujer me dijo que le diera la chaqueta. Hasta las hombreras chorreaban sudor. Me quité la falda., la chaqueta y la blusa y se lo entregué todo a la mujer. Esta me dijo que me traería una bata y me aconsejó que me tendiera en la cama. La estuve esperando pero no volvió. Se me había llevado también los zapatos. Me dolía un pie en el lugar en el que me lo había roto hacía algunos años. Lo llevaba vendado tal como solía hacer cuando viajaba.

Entró un hombre en la estancia y me dijo que era el médico. Iba seguido del hombre que me había ofrecido un trago en su despacho. El médico me dijo que mi aspecto era espantoso. Debía de ser cierto porque tenía el cabello completamente mojado. Yo dije que pensaba que me habían echado algo en la bebida y el hombre se mostró muy ofendido. El que decía ser médico me tomó el pulso. Parecía muy profesional y me miró a los ojos. Le dijo al otro hombre que me iba a dormir y necesitaba descansar. El médico hablaba con un acento chino mucho más marcado que el del otro hombre.

Les pregunté qué me había ocurrido. El médico dijo que no lo sabía y me preguntó si alguna vez había padecido malaria. Con Les té afirmativamente añadiendo que aquello no era malaria y que sabía que no lo era. Él me aseguró que empezaría a temblar y a sentir escalofríos, tal como ocurre en la malaria. Les pedí mi billeteiro y les dije que tenía que tomar el avión de regreso a los Estados Unidos. Me trajeron el billeteiro y, al abrirlo, me di cuenta de que alguien lo había estado registrando. Empecé a asustarme mucho.

El médico me preguntó si me dolía el estómago. Le dije que sí y él hizo ademán de apartar las cubiertas para examinarme el estómago. Le dije que no lo hiciera. Las sábanas y la funda de la almohada estaban empapadas en sudor y el médico me aconsejó que me tendiera en la otra cama para que pudieran cambiar la ropa. Me negué a moverme. Entró una mujer en la estancia, me asió por los brazos y me arrastró literalmente de una cama a otra. Me avergonzaba no llevar más que el sujetador y las bragas. Alguien me preguntó qué me había ocurrido en el pie y yo contesté que había tropezado.

El hombre que me había ofrecido el trago me preguntó que a quién había visto durante mi estancia en Taiwan. Me sentía tan soñolienta que apenas podía responder. Súbitamente, el médico me administró una inyección en el brazo. Trató de darme la vuelta en la

cama y, a pesar de que intenté oponerme, me sentía demasiado débil para poder resistir. El médico le dijo después a la mujer que me diera la vuelta y ella así lo hizo. Súbitamente, temí que fueran a matarme allí mismo. Me habían colocado boca abajo y me estaban examinando las nalgas. El médico señaló que no me habían administrado ninguna inyección en aquel lugar.

La voz se me estaba debilitando. El hombre le dijo al médico que me dejara dormir y dijo que no creía que yo supiera nada. Después me preguntó que dónde estaban los papeles. Le dije que no tenía ningún papel. Me preguntó que a quién había entregado los papeles. No le contesté y él abandonó la estancia. La mujer me preguntó si deseaba incorporarme pero me sentía tan débil que no pude hacerlo y tenía los músculos convertidos en jalea. La mujer trató de incorporarme asiéndome por los brazos y, aunque traté de golpearla, no me sentí con fuerzas.

Ella me pellizcó y me preguntó dónde estaban los papeles. A continuación empezó a pellizcarme todo el cuerpo. Después me pellizcó el pecho y yo caí hacia atrás a causa del dolor. Ella me incorporó de nuevo sin dejar de pellizcarme con fuerza. Tuve la impresión de que iba a desvanecerme y creo que me desmayé efectivamente. La mujer abandonó la estancia y yo intenté levantarme pero caí al suelo. Extendí la mano para tirar de la sábana y cubrirme pero no pude levantar el brazo. Lo último que recuerdo fue que traté de ocultarme debajo de la cama.

Debí permanecer mucho rato en estado inconsciente y, al despertar, me encontraba de nuevo en la cama. Entró el médico y me administró otra inyección en el otro brazo. Había dejado de sudar y me sumí en un profundo sueño del que desperté al día siguiente. Mi ropa se encontraba en la estancia, perfectamente limpia. Jamás volví a ver a aquella mujer. Entró una muchacha en la habitación, me preguntó cómo me encontraba y me ofreció un zumo de naranja. Yo temía beber nada pero le pedí un poco de agua. Cuando me la hubo traído, le dije que bebiera ella primero un sorbo. La muchacha me trajo después un café que también la invité a saborear primero. La muchacha me dijo que me diera prisa si no quería perder el avión de regreso a casa. Apenas podía hablar inglés y me dijo que yo había sufrido una pesadilla y había estado muy enferma. Me subí las mangas del camisón y me vi una señal de inyección en cada brazo.

La muchacha abandonó la estancia y, cuando traté de levantarme, tuve que sostenerme en una silla porque tenía las piernas muy débiles. Utilicé la silla en calidad de muleta para poder moverme por la estancia. Cerré la puerta por dentro, me vestí, me enjuagué la boca en el cuarto de baño, me lavé la cara y me miré al espejo. No creo que jamás me haya visto con un aspecto tan terrible. Observé que

no llevaba la peluca negra y la descubrí encima de la otra cama.

Tras haberme aseado y vestido, abrí la puerta y me dirigí hacia la escalera. Miré hacia abajo y vi a algunas personas bebiendo, sentadas junto a las mesitas. Empecé a bajar y nadie me prestó la menor atención, pero después tropecé y bajé rodando toda la escalera. Varias personas se acercaron corriendo, me recogieron y me acomodaron en una silla. Les dije que me encontraba bien y que no había sido más que un pequeño desmayo.

Alguien me acompañó en automóvil al aeropuerto y tomé el avión de regreso a los Estados Unidos. Acudí inmediatamente a ver a Gilbert Jensen y le conté el incidente. Él pareció muy preocupado y quiso verme los brazos. Tenía los pechos cubiertos de cardenales negros y azules a causa de los pellizcos pero me negué a mostrárselos.

Jensen encomendó a Candy otras misiones, tal como ésta reveló en sucesivas sesiones hipnóticas. Según se desprende de las cintas, en ninguna de ellas fue sometida a tortura si bien en una ocasión por lo menos fue objeto de malos tratos. Como siempre, las misiones de Candy consistieron en transportar y entregar un sobre, cosa que ella hizo sin vacilación ni reservas por lo menos hasta el término de sus relaciones con Jensen y con la CIA. Si Gilbert Jensen temió alguna vez que su «correo perfecto» no fuera un éxito absoluto, cabe señalar que sus temores estuvieron totalmente injustificados. No hay nada en el material de investigación de lo que pueda deducirse que Candy, o Arlene, traicionaran su confianza... hasta que tuvo lugar la boda con Long John Nebel y éste empezó a utilizar el hipnotismo con el fin de contrarrestar el dominio ejercido por Jensen.

Pero Jensen no podía estar seguro. Y, además, no debe echarse en olvido su desmesurado orgullo. Tal como ya se ha dicho anteriormente, Jensen acompañó a Candy a Langley, Virginia, con el

objeto de satisfacer estas dos debilidades suyas y se convirtió deliberadamente en otro de sus torturadores.

La demostración

Una vez hubo establecido sobre Candy Jones un nivel de dominio suficiente, Gilbert Jensen procedió a someterla a distintos adiestramientos y pruebas dentro de la estructura oficial de la Agencia Central de Inteligencia.

En dos ocasiones, Candy fue conducida a un importante centro hospitalario de San Francisco en el que la sometieron a diversas pruebas para comprobar la agudeza de sus sentidos. Jensen estuvo presente durante las pruebas; Marshall Burger también lo estuvo, por lo menos en una ocasión. Tal como previamente se ha dicho, análogas pruebas tuvieron lugar también en el instituto californiano de Burger. Candy fue sometida, además, a adiestramiento en la llamada «Granja», descrita por Víctor Marchetti como el West Point de la CIA y situada a unos 15 minutos de distancia de Williamsburg, Virginia, junto a la carretera de Richmond. Para el mundo exterior, la Granja no es más que las instalaciones militares de Camp Peary. Su principal misión, sin embargo, es la de adiestrar a los agentes de la CIA en el uso de los instrumentos y técnicas de su profesión.

Candy y Arlene estuvieron en Camp Peary en no-

viembre de 1971, según se desprende de una sesión hipnótica cuya grabación aparece sin fechar.* Al comenzar la sesión, Nebel le preguntó dónde estaba y ella contestó en susurros «...en la puerta de al lado».

18

—¿Qué hay en la puerta de al lado?
—Son habitaciones de muestra.
—¿Para qué se utilizan?
—Para enseñar a destruir.
—¿Y qué se utiliza para destruir?
—Se coloca en el zapato una cosa como un ladrillo... das un puntapié... primero hacia adelante, después hacia atrás... das un puntapié contra [la pared].

Nebel preguntó después si estaba alguien con ella y Candy contestó:

—Mi instructor.
Tras una pausa, Candy añadió:
—Todo está hecho un desastre porque te enseñan a destrozarlo.
—¿Quién te enseña? —preguntó Nebel.
—Unos guerrilleros.
—¿Cómo van vestidos?
—Con trajes de faena.

Nebel pudo averiguar a través de sus preguntas que Candy había pernoctado en Washington, D.C., aproximadamente a una hora en automóvil de la Granja, y se había presentado en el centro de adiestramiento como Arlene Grant. Se quejó de haberse lastimado la cadera por haber soltado un puntapié de modo inadecuado y afirmó que le había resultado muy difícil romper unos cajones contra el suelo.

—Es terrible la manera en que destrozan todos estos

muebles tan bonitos —comentó Candy en estado hipnótico—. Todo está roto.

—¿Aquí te llaman Arlene? —preguntó Nebel.

—Me llaman Arlene, sí —repuso Candy—. ¿No ves la peluca?

—Sí —dijo Nebel—. ¿Te tratan bien aquí?

—Sí.

—¿Está Gil Jensen contigo?

—No... A lo mejor, me llevan en helicóptero.

—¿Adonde? ¿De regreso a Washington?

—Sí. Aterrizaremos en la base de la Fuerza Aérea.

Nebel le preguntó cómo se encontraba.

—Siento dolores —repuso Candy.

—¿Se lo has dicho a ellos?

—No, porque no creo que supere las pruebas de todos modos.

—¿Qué significa eso?

—Supongo que significa que no van a encomendarme misiones de este tipo. Me da lo mismo. De todos modos, no me gusta.

Candy le dijo después a Nebel, que estaba interpretando el papel de su *alter ego*, que había aprendido a romper un tabique y a destrozarse sillas y sofás. Nebel le preguntó cómo le habían enseñado a romper un sofá.

—Se hace con unas cuchillas.

—¿Y si no tiene una cuchilla?

—Entonces se toma un canto cortante de la lámpara.

—¿Y se corta la tapicería?

—Sí.

—¿Y para qué se hace eso?

—Para encontrarlo.

—Para encontrar, ¿qué?

—Para encontrar lo que se anda buscando —contestó Candy, molesta—. Suelen ocultar las cosas en estos sitios.

Candy añadió que la cuchilla se utilizaba para cortar una X en la tapicería, creando de este modo unos trozos que después pudieran volver a unirse.

Nebel le preguntó qué estaba haciendo en aquellos momentos.

—Estoy sentada en el suelo, en un rincón —repuso ella en tono hastiado.

Nebel le dijo que la libraría del dolor del costado y le entregó una píldora imaginaria. Ella se la colocó en la boca y, mientras la chupaba, Nebel le dijo que contara hacia atrás de diez a uno. Candy contó con él y, al llegar a siete, su voz se transformó en la de Arlene.

—¿Es usted médico? —preguntó Arlene—. ¿Se lo va a decir a alguien?

—De ninguna manera.

—Esta medicina es muy buena —dijo Arlene en voz baja. Después ladeó la cabeza en respuesta a unos ruidos que procedían, al parecer, de la habitación de al lado—. Algún estudiante se lo está tomando muy en serio, murmuró riéndose al pensarlo.

—¿Le gusta este trabajo, Arlene? —preguntó Nebel.

—No me gusta todo eso —repuso ella sin la menor emoción en la voz—. No quiero meterme en eso. No estoy preparada.

—Candy tampoco está preparada.

—No. Le duele terriblemente el costado. No debiera continuar.

—Exactamente.

—Jamás le había visto a usted —dijo Arlene—. ¿Por qué no le veo la cara?

—No sé.

—Yo tampoco.

—¿Puede usted ver mi cuerpo, Arlene?

—¿Se encuentra detrás de la silla?

—Sí.

—¿Me tiene miedo?

—¿Por qué tendría que tenerle miedo?

—No lo sé. ¿Es usted chino?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no se levanta?

—¿Por qué? ¿Le serviría a usted de algo?

—¿Por qué se esconde? —preguntó Arlene. Actuaba a la ofensiva, situación en la que Arlene siempre parecía divertirse.

—Se encuentra usted en dificultades y quería ayudarla —dijo Nebel.

—¿Es usted norteamericano de nacimiento?

—Sí. ¿Tiene eso alguna importancia?

—En cierto modo.

—Pensaba que tal vez se hubiera usted enojado porque la he

llamado Arlene en lugar de señorita Grant.

—¿Por qué iba usted a llamarme de otro modo? Lo dice aquí mismo. —Arlene se señaló un lugar en el que debía llevar prendida una placa con su nombre—. Aquí lo dice. Arlene G.

—Sí, es cierto. —Nebel le estaba siguiendo la corriente en todo, única alternativa que se le ofrecía para poder averiguar lo que estaba ocurriendo en el transcurso de aquella regresión.

Arlene le dijo a Nebel que no le gustaba trabajar en la sala del humo. Él la interrogó ulteriormente y descubrió que había una sala en la que los agentes aprendían a provocar incendios.

—Me asusta el fuego —dice ella.

—¿Vio usted efectivamente el fuego o sólo el humo?

—El fuego. Hay que provocarlo. Se extiende en seguida.

—¿Por qué cree usted que le enseñan a hacer eso? —preguntó Nebel.

—Es una táctica guerrillera. Mire, ni siquiera sé por qué estoy metida en esta idiotez. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Porque usted está comprometida, ¿de acuerdo?

—Bien, yo sí que voy a estar comprometida, y no lo quiero.

—No siempre se puede elegir —dijo Nebel.

—Bueno, pues yo quiero elegir.

—Creo que exige usted demasiado, Arlene. Usted es una empleada.

—Yo no soy una empleada —dijo ella con firmeza—. Soy una colaboradora independiente. No trabajo con plena dedicación. A mí me encargan misiones sueltas. Estos otros trabajan con plena dedicación pero yo no.

Nebel le preguntó qué hora era.

—Son las cuatro, ¿no? —dijo ella. Después le preguntó acerca de la medicina que le había dado a Candy contra el dolor—. Espero que sepa usted lo que le ha dado —le advirtió Arlene.

—No se preocupe, lo sé muy bien.

—¿Qué era?

—Una combinación de Damero!.

—¿Por qué la ha llamado usted Número Diez? (Nebel le había dicho a Candy que la píldora se denominaba Número Diez para justificar el hecho de que tuviera que contar hacia atrás a partir de diez.)

Nebel se enzarzó en una complicada explicación. Arlene le

interrumpió diciéndole:

—Usted y Burger.

—¿Qué le ocurre a Burger? —preguntó Nebel.

—Todo es contar, contar y contar.

—¿Ha visto usted hoy a Burger por aquí?

—No, pero he oído decir que ha venido.

—No le gusta demasiado, ¿verdad? —preguntó Nebel.

—No me parece mal. ¿Qué hora es?

—Aproximadamente las cuatro y diez.

—Tengo que marcharme a las cuatro y cuarto —dijo Arlene.

Y así finalizó la sesión.

Nebel pudo averiguar en el transcurso de otras sesiones con Candy que la parte de la Granja utilizada para enseñar a los agentes a destruir muebles como técnica de búsqueda era conocida con la denominación de Sección 3-D lo cual significaba Detectar, Destruir y Demoler. Había numerosas estancias destinadas a las sesiones de adiestramiento si bien, según Candy, las instalaciones se encontraban todavía en fase avanzada de construcción.

Candy afirmó que, junto con otros alumnos, había usado traje de faena y señaló que entre los pupilos se encontraban varios chinos nacionalistas. La cuchilla a que había hecho referencia en la sesión anterior se llevaba acoplada a un anillo, que era muy parecida a la que utilizan los repartidores de periódicos para cortar los cordeles que atan los paquetes. Debajo del anillo, Arlene tuvo que aplicarse esparadrapo al dedo porque el anillo que le habían entregado le quedaba demasiado grande.

En la Granja, Candy/Arlene fue iniciada en la utilización de artificios tales como un lápiz de labios que contenía veneno. En el caso de que fuera capturada, una agente podía quitarse la vida mordiendo simplemente la barra de labios. Le enseñaron también que el medio más eficaz de matar a otra persona consistía en introducir una aguja de sombrero en la barra de labios y después clavársela a la víctima.

Le enseñaron, además, a utilizar ácido en calidad de arma defensiva y ofensiva y a pintarse los números de la clave en las uñas cubriéndolos después con esmalte. Le enseñaron a disparar armas de fuego y a trepar por cuerdas y le hicieron participar en diversos ejercicios físicos. A Candy no le gustó ninguno de los aspectos de su adiestramiento, pero lo aceptó todo porque así se lo había ordenado

Gilbert Jensen.

Existen referencias a otras sesiones de adiestramiento en las que Candy participó en el transcurso de su colaboración con la CIA y Gilbert Jensen. Se adiestró en el tristemente famoso centro de Florida desde el que se organizó la invasión de Cuba (Bahía de Cochinos). Este mismo centro de adiestramiento de Florida fue utilizado también para la preparación del ataque por sorpresa de paracaidistas contra el campo de prisioneros norvietnamita de Son Toy en noviembre de 1970. La misión constituyó un fracaso puesto que, en el momento de la incursión, no había en el campo ningún prisionero norteamericano.

Candy afirma haber estado a punto de interpretar un papel en dicha misión. Se había dispuesto que ella encabezaría un grupo del USO que se trasladaría al Vietnam poco antes de que tuviera lugar el ataque. Durante su permanencia en el Vietnam del Sur, tendría que simular una indisposición y dejar al grupo con el fin de ser transportada en un helicóptero militar hasta la frontera norvietnamita donde entregaría un mensaje a un hombre no identificado. La gira del grupo fue anulada en el último momento y Candy afirma que una fuga de información que tuvo lugar en los más altos niveles del USO fue la responsable no sólo de la anulación de la gira, sino también de que los norvietnamitas evacuaran a los prisioneros norteamericanos de Son Toy pocos días antes de que se llevara a cabo el ataque contra el campo de prisioneros.

El adiestramiento de Candy Jones no revistió, al parecer, para la CIA tanta importancia como la que revistieron para Jensen y sus colegas médicos las pruebas a que aquélla fue sometida. Existen varias cintas muy significativas en las que se hace referencia a dichas pruebas, algunas de las cuales fueron grabadas en mi presencia.

Yo me encontraba en el apartamento de Nebel un domingo por la tarde cuando John indujo en su esposa un profundo estado hipnótico y empezó a interrogarla acerca de las presuntas visitas que había efectuado a distintas instalaciones de la CIA. Al iniciarse la sesión, Candy se encontraba en estado consciente y, aguijoneada suavemente por su esposo, trató de recordar ciertos detalles de una de sus visitas. Dijo que la habían conducido a lo que, al parecer, era un centro de investigaciones, muy cercano, según ella, a un campamento de la Marina. Yo me inclino a suponer que la condujeron a la Granja, es decir a Camp Peary.

—Las habitaciones eran blancas —nos dijo—, como unas pequeñas salas de examen. Pero había también un auditorio. Era redondo y la gente podía sentarse alrededor y observar lo que ocurría en el centro.

Nebel le preguntó si era como uno de aquellos auditorios quirúrgicos en el que los estudiantes de medicina presencian las operaciones.

—Sí —repuso Candy—. Era eso exactamente.

Candy se refirió también a toda una extraña serie de puertas correderas y, en respuesta a las preguntas de Nebel, dijo que eran muy gruesas y estaban construidas en metal. Fue entonces cuando Nebel indujo en ella el estado hipnótico y le indicó que se encontraba justo frente a aquellas puertas metálicas de Virginia.

—¿Qué ves cuando se abren las puertas? —le preguntó.

—Un vestíbulo. Un pasillo y un escritorio. Hay un soldado sentado junto al escritorio. Tiene un libro delante y un sujetapapeles.

—¿Qué distancia hay desde las puertas hasta el escritorio?

—Aproximadamente unos tres metros.

Nebel le dijo que echara a andar por el pasillo y se acercara al soldado sentado junto al escritorio. Observé a Candy mientras ésta seguía mentalmente las instrucciones de su marido, contra el respaldo del sofá del salón y sumida en un profundo estado hipnótico.

—¿Cómo son las paredes? —le preguntó él.

—Grisas.

—¿Te encuentras ya junto al escritorio?

Si*

—¿Qué está diciendo el soldado?

—Grant. Ha pronunciado mi apellido. Me ha pedido la tarjeta de identidad y yo se la he entregado.

—¿Y qué más? —preguntó Nebel.

—Me ha entregado una funda para que introduzca en ella la tarjeta. Me la he prendido a la ropa.

—¿Qué está haciendo ahora el soldado?

—Llamando... por teléfono.

—¿A quién está llamando?

—A Jensen.

—¿A Gil Jensen?

—Sí. Se está acercando por el pasillo. ¿Lo ves?
—Sí, lo veo. ¿Se acerca para saludarte? —preguntó Nebel.
—Sí.
—¿Qué te dice?
—Me está preguntando si he tenido buen viaje.
—¿Cómo va vestido Jensen?
—Lleva una bata blanca.
—¿Es un uniforme?
—No, va vestido de paisano y lleva encima una bata blanca.

Candy siguió facilitándonos a John y a mí una descripción de los acontecimientos que habían tenido lugar. Jensen le presentó a Candy a otro médico que ella describió como más bajo y de mayor edad que Jensen. El médico tenía el cabello de color gris ratón y llevaba gafas de montura metálica. Nebel trató inútilmente de averiguar el nombre de este otro médico.

Tras marcharse el otro médico, Jensen acompañó a Candy a lo que ésta dijo que era una cafetería y ambos se sentaron a una mesa y se tomaron un café. Jensen le dijo que la veía muy pálida y le preguntó si había recibido últimamente alguna inyección de vitaminas. Ella le contestó que su internista de Nueva York el doctor Childs le había administrado una inyección hacía escásc' días.

Jensen señaló que tal vez le hiciera falta una inyección que la animara un poco.

Abandonaron la cafetería y se dirigieron a una de las pequeñas salas de examen. Había en ella una cama, una pequeña cómoda y un espejo. Jensen le dijo que no sería mala idea que se quedara a dormir en aquella habitación y regresara a Washington al día siguiente.

—¿Tenías previsto pernoctar allí? —le preguntó Nebel..

—Sí... llevaba un bolso... un simple bolso de bandolera... Mejor dicho, no, tenía previsto regresar a Washington aquella misma noche.

—¿Te trasladaron aquí en avión?

—No, ellos me acompañaron en automóvil.

—¿Quiénes son *ellos*?

—Un chófer.

—¿Era un automóvil oficial?

—No, un automóvil cualquiera.

—¿Qué hora es? —preguntó Nebel.

—Las once y media.

—¿De la noche?

—No, de la mañana —contestó Candy riéndose.

Según Candy, y respondiendo a las preguntas de Nebel, Jensen se dispuso a administrarle una inyección para animarla. Ella se sentó en el borde de la cama y observó a Jensen mientras éste sacaba una aguja y preparaba la inyección intravenosa.

—¿Por qué no se tiende? —le sugirió Jensen, según Candy.

—¿Tengo que quitarme los zapatos? —preguntó Candy.

Nebel no estuvo seguro, de momento, de si se lo preguntaba a él o a Gilbert Jensen. Llegó a la conclusión de que la pregunta debía formar parte de la regresión y asumió el papel de Jensen.

—Sí, creo que estará más cómoda —repuso Nebel.

—El suelo está muy frío —dijo Candy en la creencia de que estaba hablando con Jensen.

—¿De veras?

—Sí, el cemento siempre es muy frío.

Esta escena entre John y Candy se prolongó a lo largo del proceso de introducir a ésta la aguja en el brazo y de esperar a que se vaciara el contenido del frasco. Nebel trató de que ella leyera la etiqueta del frasco y, tras repetidos intentos, Candy contestó: «CIBA. Creo que dice Nueva Jersey.» La CIBA es un importante

laboratorio farmacéutico, uno de cuyos principales productos es la reserpina, componente de la raíz serpentaria india *Rau- wolfia serpentina*. Dicho producto se utiliza en distintas combinaciones para el tratamiento de la hipertensión arterial y lo hace eliminando del cuerpo una importante sustancia química que participa en el proceso de la transmisión nerviosa. Tal como ya se ha dicho anteriormente, la Unión Soviética lleva muchos años estudiando con mucho interés la reserpina y experimentándola activamente en su calidad de sustancia controladora de la mente.

Es curioso observar que, tras la administración de la inyección intravenosa, apareció Arlene sustituyendo a Candy. A pesar de que la que había hablado desde un principio había sido Arlene (tanto en la tarjeta de identidad como en la placa figuraba el nombre de esta), la que había descrito los acontecimientos había sido la voz de Candy. Ahora, tras la extracción de la aguja de su brazo, Arlene se alzó plenamente con el dominio.

(El cambio de personalidad que se produce en Candy cada vez que aparece Arlene jamás deja de inquietarme y preocuparme. Arlene lleva implícita como una especie de perversidad, como una amenaza tácita de peligro, de acción por parte de una persona capaz de comportarse irracionalmente por que tiene muy pocas cosas que perder. Jamás me gustó permanecer en su presencia durante las investigaciones que llevé a cabo con vistas a este libro.

Me imagino el efecto que ello habrá ejercido en John Nebel que lucha casi diariamente a brazo partido con Arlene.)

Participé en la regresión invitado por Nebel quien me presentó a Arlene como un colega suyo llamado doctor Murphy. Interrogué a Arlene acerca de sus recientes actividades por cuenta de la Compañía y ella se enojó. A pesar de constituir para mí una experiencia fascinante que me permitió comprender mejor todo el proceso hipnótico de la doble personalidad con el que yo me enfrentaba en mi calidad de autor de este libro, poca fue la información que pude obtener por medio de dicha escena.

La sesión de aquel domingo en el apartamento de Nebel duró más de una hora. Al final, Nebel eliminó a Arlene y consiguió sustituirla por Candy. Ésta se echó a llorar.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Nebel rodeándole los hombros con su brazo.

—Estoy muy triste —repuso ella.

—¿Por qué estás triste?

—No lo sé.

A pesar de su acción destructora sobre Candy a lo largo de los años, cabe señalar que Arlene desarrolló también una función positiva. Cuando las cosas le rodaban mal a Candy de niña y más tarde con Harry Conover y Gilbert Jensen, Arlene ocupaba su puesto y batallaba con su fuerza. La vez en que Candy más necesitó de Arlene fue aquella en que compareció ante veinticuatro médicos en la central de la CIA en Virginia siendo sometida a distintas pruebas encaminadas a demostrar que Jensen había conseguido crear una auténtica marioneta.

El acontecimiento al que me estoy refiriendo tal vez tuviera lugar en el transcurso de aquel mismo viaje a Virginia. Es posible, que tras administrarle Jensen la inyección para animarla, Candy fuera conducida al anfiteatro en el que se habían congregado los médicos para ser testigos de la obra de Jensen, patrocinada por la CIA. En tal caso, la tristeza que Candy experimentó al término de la anterior sesión hubiera sido especialmente comprensible.

En julio de 1974 John Nebel indujo en Candy un estado hipnótico y esperó a que ella experimentara una regresión espontánea. Así ocurrió, en efecto, y Candy le preguntó si la había encontrado. Nebel no sabía a qué se estaba refiriendo pero contestó afirmativamente.

—Me siento muy débil —dijo ella con un hilo de voz—. Me han tenido allí todo el fin de semana.

¿Quién te ha tenido? —preguntó Nebel.

—No querían darme comida. Ni agua. Me he puesto enferma.

Nebel no sabía qué acontecimiento de su vida estaba evocando Candy y le dirigió algunas preguntas en la esperanza de aclarar la situación. Ella no prestó atención a sus preguntas y siguió hablando prácticamente en un monólogo.

—...¿Dónde está el capitán Birch?... Me duele mucho el estómago... Me han golpeado. —Candy forcejeó en la cama con unas personas invisibles.

—¿Quién te ha golpeado? —preguntó Nebel.

—Las enfermeras —repuso Candy inquietándose ulteriormente y agitándose en la cama.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Nebel.

—En Virginia.

—¿En el sitio grande? —preguntó Nebel refiriéndose a la central de la CIA. En algunas ocasiones del pasado Candy se había referido a las instalaciones de Langley como «el sitio grande».

—Sí —repuso ella con voz fatigada, casi como si la hubieran drogado.

—¿Por qué te han golpeado las enfermeras?

—No lo sé. No creo siquiera que sepan quién soy.

—¿Estaba allí Gil Jensen?

—Sí.

—¿El doctor Jensen?

—Sí.

—Comprendo. ¿Quién te acostó en la cama?

—Gil.

—¿Por qué lo hizo?

No hubo respuesta. Nebel insistió y Candy le dijo que había participado en una reunión en la que Jensen la había exhibido ante sus colegas. En el programa intervenían ocho sujetos y Jensen eligió a Candy en primer lugar. «Ser la primera es peor que ser la octava», dijo Candy gimiendo.

Las sucesivas preguntas de Nebel provocaron el siguiente comentario por parte de Candy:

—Gil dijo que había en la sala algunas personas que tal vez quisieran levantarse y lanzar toda clase de acusaciones pero que, si eran norteamericanos leales, sus observaciones serían muy útiles y contribuirían positivamente a completar las historias clínicas.

Nebel le preguntó a Candy si se había dirigido al grupo y ella contestó que sí.

—¿Qué les dijiste?

—Les dije que eran todos unos farsantes y unos cuentistas.

—¿Eso les dijiste?

—Sí. Y les dije que no se dejaran embaucar por todo aquello.

—¿Qué hicieron cuando les dijiste eso?

—Se pusieron a aplaudir de repente. Resultó muy divertido.

—¿Se inclinó Tensen en una reverencia?

—No.

—¿Le gustó lo que habías dicho?

—No. Me preguntó qué es lo que me estaba llevando entre

manos. Yo le pregunté quiénes eran todas aquellas

personas y qué era lo que *él* se estaba llevando entre manos. Había gente por todas partes.

—¿Cuántas personas había?

—Unas veinticuatro.

Nebel la interrogó acerca del propósito de su presencia allí:

—¿Trataba Jensen de demostrar el éxito que había alcanzado?

—Sí, me parece que sí.

—¿Trataba de demostrarlo?

—Y creo que lo consiguió.

—¿Con qué nombre te presentó? —preguntó Nebel.

Candy trató de recordar el nombre mientras evocaba la escena.

Al final dijo:

—Algo así como Laura Quidnick. Algo así. Laura no sé qué...

—¿Llevabas peluca?

—Sí.

—¿Cuál de ellas?

—La negra.

Nebel la interrogó en un intento de averiguar si Jensen, con anterioridad a su presentación ante el grupo, había hecho algo susceptible de inducir en ella un estado hipnótico. Le preguntó a Candy si Jensen había utilizado las manos, había sostenido un reloj colgado de una leontina o bien había encendido una vela.

—Una vela —dijo Candy—. La mantuvo abajo... baja... muy baja —en su voz empezó a percibirse cierta inquietud.

—¿Encendió la vela?

—Sí. —Mientras recordaba aquel momento de su pasado, Candy estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿La encendió en presencia de aquella gente?

—Sí... no lo sé... no sé nada.

—¿Qué te dijo Jensen tras haber encendido la vela?

—Me hizo unas preguntas... no lo sé. No sé...

En estos momentos, Nebel reforzó el estado hipnótico y Candy empezó a gemir.

—...trató de ponerme la vela... trató de... —empezó a sollozar mientras hablaba en susurros acerca de Jensen y de la vela—, ...trató de ponerme la vela...

—¿Dónde trató de ponerte la vela? —preguntó Nebel.

—Oh, no... hubiera querido matarle...

Nebel siguió aguijoneándola con el fin de que ella le revelara

dónde había intentado Jensen ponerle la vela, pero ella se negaba a contestar y repetía constantemente: «Oh, no. No se nada...», al tiempo que se agitaba violentamente en la cama tratando de huir de las palabras de Nebel.

En este momento de la sesión, al igual que en una sesión sucesiva en la que se repitió esta misma escena, Nebel pasó a interpretar el papel de Gilbert Jensen en un intento de quebrar la renuencia de Candy.

—No sé nada —repitió nuevamente Candy.

—Sí lo sabe —dijo Nebel—. Puede decírmelo todo y usted lo sabe. ¿Dónde traté yo de ponerle la vela?

—Yo no sé nada —repitió ella una y otra vez.

—Sí lo sabe. Soy Gil Jensen.

—Me es usted antipático.

—Vamos, dígame dónde traté de ponerle la vela.

—Trató de introducírmela. —Era como una exclamación infantil, llena de odio y tristeza.

—¿Dónde traté de introducísela? —preguntó Nebel en el papel de Gilbert Jensen, aguijoneándola y tratando de localizar la zona del cuerpo—. ¿Por debajo de las rodillas?... ¿Por encima de la cintura?... ¿Dónde?

Candy siguió suplicándole que la creyera al decirle que no sabía nada.

—Usted me *dijo* que no me acordaría —gritó.

—Muy bien —dijo Nebel—. Dígame entonces *por qué* lo hice.

—Para demostrarles que podía hacer conmigo lo que quisiera.

—¿Le hice daño?

—No. Usted me dijo que no me dolería y no me dolió.

—Dígame entonces dónde traté de introducirle la vela.

Candy siguió resistiendo y le dijo que le odiaba y que deseaba su muerte.

—¿ Dónde?

—Usted lo sabe, usted lo sabe —gritó ella—. Me administró la inyección y yo no podía mover el brazo porque usted me lo había vendado.

—¿Dónde se la puse?

—Yo no sé nada.

—Soy Gil. ¡Dígamelo!

—Yo...

—Voy a contar hacia atrás de cinco a uno. Cuando llegue a uno, usted recuperará totalmente la memoria. Cinco... cuatro... está recuperando la memoria...

¡No! ¡Deténgase!

..tres... memoria clara... dos...

Le odio!

.uno...

Quíteme las manos de encima! —le gritó Candy a Jensen. Nebel se encontraba por lo menos a unos sesenta centímetros de la cama y no la estaba tocando para nada.

—Ya ha recuperado usted la memoria.

—Me la metió usted... dentro —dijo ella suspirando y hablando en tono abatido.

—¿Entre las piernas?

—Sí. —Candy se echó a llorar sin poderse contener y Nebel dio por finalizada la sesión.

Arlene se refirió también al incidente de la vela en una sesión con Nebel grabada el 6 de julio de 1974.* Dijo que algunos de los médicos del seminario habían tratado de romper el dominio de Jensen sobre Candy sin conseguirlo para gran satisfacción de aquél.

—Candy es perfecta —le dijo Arlene a Nebel—. Jensen demostró en Virginia que resultaba imposible romper su dominio.

Intentos de dejarlo

El hecho de que Arlene hubiera afirmado que el dominio de Jensen sobre Candy era total e irreversible no tenía más remedio que aceptarse como una desgracia. Candy carecía, al parecer, de recursos interiores para oponer resistencia a pesar de haber intentado desesperadamente apartarse de Jensen y de la Compañía. Los viajes, las pruebas, las demostraciones ante los médicos y los malos tratos físicos y mentales se habían cobrado el lógico tributo. A pesar de lo cual, Candy no conseguía librarse del dominio de Jensen.

* Cinta 59, Cara B.

En su incapacidad de huir intervenían ciertos factores tangenciales. Uno de ellos era el dinero; la retribución que Jensen le facilitaba le había permitido mantenerse a flote. Candy no vio jamás directamente el dinero pero se benefició de él. Los gastos de escolarización de sus hijos fueron sufragados en parte por la Compañía mediante pagos directos a las escuelas privadas a las que los muchachos asistían. De este mismo modo se pagaron también en su totalidad elevadas facturas de hospital.

El papel que interpretó el dinero en la colaboración de Candy con la CIA constituyó el tema de varias de las sesiones grabadas.

En el transcurso de una sesión hipnótica, Nebel, interpretando el papel de Gilbert Tensen durante una regresión, le preguntó a Candy si había comentado alguna vez con alguien sus actividades dentro de la CIA. Ella le aseguró que no.*

—¿Y qué me dice de Mel? —preguntó Nobel refiriéndose a Mel Heimer.

—Le dije a Mel que, si alguna vez yo necesitara ayuda, acudiera en seguida —repuso Candy.

—Eso no fue muy prudente —dijo Nebel.

—Yo creo que sí. No tengo a nadie que me ayude y estoy asustada.

—¿Lamenta usted colaborar con nosotros?

—Sí —repuso Candy—. Ojalá no hubiera empezado jamás, y toda la culpa la tiene usted.

—¿Que yo tengo la culpa? Usted quería trabajar para nosotros.

—Sí, es cierto, pero usted tiene la culpa de que haya llegado tan lejos. Yo pensaba que iba a ganar mucho dinero pero las cosas nunca salen como una desea.

Nebel la reprendió por su falta de patriotismo.

—Yo creía que lo hacía usted por su patria.

—Y es cierto —dijo Candy en tono suplicante, como si quisiera rogarle que la comprendiera—. Amo mi patria y por eso quise hacerlo. Pero... no sé por qué tengo que darle a usted explicaciones. No es asunto de su incumbencia. ¿Quién es usted para preguntármelo? ¿Acaso podría usted hacer lo que yo hago? Adelante, vaya usted y haga lo que yo he estado haciendo. No podría hacerlo.

En otra ocasión, Candy le dijo en susurros a Nebel, que interpretaba de nuevo el papel de Gilbert Tensen: «Tiene que haber algún medio mejor de ganar dinero que trabajar para usted. Si pudiera vender mi negocio y conseguir alguna garantía subsidiaria...»
22

En el transcurso de otra regresión, Candy le dijo a Nebel que estaba trabajando en un nuevo libro y que esperaba alcanzar con él un éxito suficiente como para poder dejar de trabajar para la Compañía.²³ Esta especial regresión la hizo retroceder al 14 de octubre de 1971 y al apartamento que compartía con su madre en el número 1.199 de la Avenida Park. Candy le dijo a Nebel, que interpretaba el papel de su *alter ego*:

—Mi madre y yo vamos a irnos fuera por Navidad.

—¿Vas a ver a Gil [Jensen]? —le preguntó Nebel.

—No si puedo evitarlo —contestó Candy.

Resulta evidente a través de las cintas que Jensen no sólo se mostraba descontento de las amenazas de Candy en el sentido de dejar de trabajar por cuenta suya y de la Compañía sino también que sus temores en relación con semejante posibilidad fueron incrementándose a medida que las amenazas aumentaban en frecuencia e intensidad.

Los temores de Jensen, sin embargo, no estaban motivados exclusivamente por el simple hecho de que Candy pudiera algún día revelar el macabro proyecto experimental que él había estado llevando a cabo bajo los auspicios de la CIA. A lo largo de toda su

22 Cinta 84 «A», Cara E.

23 Cinta 80 «A», Cara 3.

colaboración con ésta, Candy había tenido lógicamente ocasión de entrar en contacto con determinada información susceptible de resultar perjudicial para Jensen y tal vez para otras personas con las que éste se hallaba asociado. Jensen había tratado de evitar que dicha información llegara hasta Candy, pero ni siquiera el hombre más cauteloso puede evitar que alguien en la situación de Candy perciba, en el transcurso de un período tan prolongado, un estado de ánimo, observe un rostro o escuche una conversación telefónica en susurros. Otra posibilidad más aterradora si cabe consistía en el hecho de que un hombre tan cuidadoso como era Jensen pudiera algún día tener algún tropiezo, sobre todo en el caso de que la duración de la asociación condujera a una suavización de la rigidez de los papeles. Y eso es exactamente lo que ocurrió entre Gilbert Jensen y Candy Jones.

Se deduce de las grabaciones que Gilbert Jensen mostró por Candy un activo interés sexual, al que ésta no correspondió. Las sesiones hipnóticas se hallan punteadas por breves escenas en las que Candy, en estado hipnótico rechaza sus insinuaciones. De todos es conocida la polémica acerca de la posibilidad de que un hipnotizador obligue a un sujeto a actuar de manera contraria a su código moral. La respuesta a esta pregunta es afirmativa y negativa a un tiempo. Utilizando como ejemplo los vestuarios de una escuela superior, digamos que un muchacho desea servirse de la hipnosis con el fin de convencer a una compañera suya de que se desnude ante él. Por profundo que sea el estado hipnótico en el que ésta se encuentre, la orden directa de que se quite la ropa resultará invariablemente ineficaz. La única esperanza de éxito para el joven consistiría en crear la alucinación de que en la estancia hace un calor insoportable. El joven podría sugerir también la idea de que es el médico de confianza de la familia. En el caso de que alcanzara el éxito en alguna de estas estrategias, es posible que la joven se desnudara, convencida de que sus acciones eran correctas y encajaban con su código moral.

Jensen solía abordar a Candy de manera directa, haciendo especial hincapié en el hecho de ser médico. En muchas de las grabaciones se le encuentra intentando quitarle la ropa a Candy mientras ésta se halla en estado hipnótico sobre la pequeña mesa de

exploraciones. No obstante, Candy fue siempre consciente de que, a pesar de tratarse del *doctor* Jensen, la misión de éste consistía en prepararla para la labor de espionaje y no ya en so

meterla a exámenes físicos razón por la cual le rechazaba constantemente provocando su cólera. Jensen trataba a menudo de abordarla a través de Arlene la cual, por confesión propia, le tenía en más estima que Candy. Sin embargo, ni siquiera Arlene se mostraba interesada en mantener relaciones sexuales con Jensen al cual rechazaba con mucha más dureza y energía que la propia Candy, tal como era de esperar de una personalidad como la suya.

El hecho de que Jensen alcanzara o no el éxito en sus proposiciones sexuales reviste mucha menos importancia que el hecho de que las hiciera, ya que éste revela la clase de fragilidad humana que a menudo se cierne sobre los agentes secretos. Jensen era un hombre arrogante y meticulosamente cuidadoso, pero algunas veces estas características daban paso a una personalidad de tendencias más relajadas y humanas.

Al igual que varios de los incidentes del pasado secreto de Candy, el plan destinado a que ésta cometiera un suicidio le fue comunicado a Nebel durante un prolongado período a medida que se iban celebrando las sesiones hipnóticas en el dormitorio del apartamento. Al principio, Nebel no estableció una relación entre Jensen y los comentarios iniciales de Candy acerca de su propio suicidio. Supuso con toda lógica que, dado su estado mental, el suicidio constituía una posibilidad. Se hallaba sometida a una gran tensión; Arlene se estaba entremetiendo en su matrimonio con creciente y molesta regularidad. La tensión diaria se estaba cobrando también su tributo en Nebel y Candy estallaba a menudo en irreprimibles sollozos al percatarse de los efectos que la obra de Jensen estaba ejerciendo sobre su matrimonio.

En una sesión hipnótica sin fechar Candy regresó a su infancia y empezó a llorar.* Nebel se dio cuenta de que

había regresado a sus primeros años y la llamó Muñeca.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó.

—Quiero morir —repuso ella sollozando suavemente—. Quiero morir e irme contigo.

Era evidente que estaba hablando con su abuela Ma- Ma y se refería a la inminente muerte de ésta.

—Pero, ¿por qué quieres morir? —le preguntó Nebel.

* Cinta 87 «A», Cara A.

—Es muy duro vivir —repuso Muñeca—. Nunca hago bien las cosas.

Al cabo de unos instantes de afectuoso diálogo, Candy, en su papel de Muñeca, dijo:

—Quiero saltar de la nube. Ya no quiero estar sola en la nube.

Nebel trató de tranquilizarla, pero ella se inquietó ulteriormente sin dejar de amenazar con saltar de la nube. Nebel le siguió la mano hacia el revestimiento de madera de la pared y tuvo la impresión de que la había sacado del estado hipnótico.

—Me has dicho que ibas a saltar de una nube —le dijo a Candy en la creencia de que hablaba con ella en estado consciente.

—Tendría que morirme —replicó Candy.

—¿Pero por qué no haces más que decir eso, Candy? ¿Acaso te ha dicho alguien que tienes que morirte? —Nebel se estaba refiriendo a la madre de Candy porque en anteriores cintas había habido referencias a episodios en los que la madre, sumida en un estado de presión o de enojo, le había dicho a su hija que ojalá se muriera.

—Lo han dicho *ellos*. Es absurdo seguir.

—¿Quiénes lo han dicho?

—El hombre con quien yo hablaba por aquel entonces.

—¿Dónde estabas? ¿En qué despacho estabas? —preguntó Nebel suponiendo que la conversación a que se estaba refiriendo Candy había tenido lugar en el despacho de Oakland de Gilbert Jensen.

—Yo hablaba por teléfono —musitó Candy.

—¿Quién era la persona con quien hablabas?

—Estaba hablando con el hombre de California.

—Ah, ¿era el...?

—Es un médico.

—¿Cómo se llama?

—Ah, pues, no lo sé.

—Sabes cómo se llamaba. Dímelo.

—Tenía razón —dijo ella reconociéndolo con mucha tristeza.

—Vamos, ¿cómo se llamaba?

—Yo no sé nada. —Era la respuesta automática que Nebel había escuchado cientos de veces en las cintas.

—¿Era Gil Jensen? —preguntó Nebel.
 —Yo no sé nada.
 —No me digas que no sabes nada —dijo Nebel en tono enérgico. Había descubierto en anteriores ocasiones que el hecho de hablar con cierta dureza inducía algunas veces a Candy a abandonar sus negativas y a abrirse un poco. Ahora ésta empezó a lloriquear y a removerse en la cama—. ¡Ya basta! —le dijo Nebel con firmeza—. Lo sabes todo —y apoyó la mano sobre su brazo.
 —¡No me hagas esto! —dijo la voz de Arlene al tiempo que Candy apartaba el brazo.
 —Nadie te hace nada —dijo Nebel sin darse cuenta de la aparición de Arlene.
 —Ándate con cuidado —dijo Arlene en tono amenazador—. Cuidado con lo que me haces.
 —No me digas que me ande con cuidado —dijo Nebel—. Nadie te está haciendo nada y lo sabes perfectamente. —Ahora se percató de que se las estaba habiendo con Arlene—. Ya basta, Arlene. Déjate de tonterías. ¿Me has oído? Si quieres hablar como una señora, muy bien, pero...
 —¿Y qué sabrás tú lo que es una señora? —dijo Arlene. Nebel se enfureció pero consiguió contenerse.
 —¿Te dijo Jensen que sería mejor que murieras, Arlene? ¿Le dijo eso a Candy?
 —Ella se lo dijo a él —contestó Arlene.
 —¿Y qué dijo Jensen?
 —Se mostró de acuerdo.
 —¿Se encontraba ella en su despacho hablando por teléfono con él?
 —Sí.
 —¿Qué otra cosa le dijo él? —preguntó Nebel.
 —Le dijo que no hablara de ello con nadie más.
 —Que no hablara, ¿de qué? ¿Del hecho de que no se encontraba bien?
 —Le dijo que no hacía falta que acudiera a otro médico. Le dijo que no le ocurría nada.

Nebel trató de conseguir que Arlene se mostrara de acuerdo con él a propósito de la incompetencia de Jensen, pero ella se negó a seguirle el juego y, en su lugar, dijo:

—No le ocurría nada ni mental ni físicamente. No necesitaba a ningún otro médico. —Arlene le volvió la espalda a Nebel en la cama y se comprimió el puño contra la boca.

—¿Por qué te metes la mano en la boca, Arlene?

—Para no gritar pidiendo auxilio —repuso ella con voz quebrada.

—¿Qué clase de auxilio necesitas? —preguntó Nebel—. Te lo facilitaremos ahora mismo.

Arlene empezó a llorar y Nebel la rodeó con sus brazos. Entonces volvió a aparecer Candy, su esposa, sumiéndose entre sollozos en un sueño natural.

Nebel pudo averiguar algo más acerca de las conversaciones de Candy con Jensen a propósito del suicidio en otra grabación sin fechar en la cual interpretó el papel de Jensen y le preguntó a Candy si estaba de acuerdo con él en que se sentía mucho más fuerte siempre que aparecía Arlene.

—Sí, soy más fuerte —contestó Candy.

—¿Piensa todavía en suicidarse? —preguntó Nebel en el papel de Gilbert Jensen.

—No he pensado en ello —repuso Candy en la creencia de que se encontraba de nuevo en el despacho de Jensen—. Quien piensa en ello es *usted*. Siempre me dirige preguntas acerca de eso. Usted es muy raro.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Nebel—. Yo nunca le digo que se suicide.

—No, pero me habla del suicidio constantemente. Siempre me anda preguntando que cómo lo haría y...

—Muy bien, pues, dígame cómo lo haría —la retó Nebel.

—Oh, no, no me lo haga repetir.

—Vamos, dígamelo.

—No me acuerdo.

—¿Se siente usted alguna vez deprimida hasta el punto de pensar en el suicidio?

—No, no, no. Sólo cuando pienso en usted.

En el transcurso de esta sesión hipnótica sin fecha Candy le dijo a Nebel que no escuchara a «esta mujer que trata de surgir de mí y te dice idioteces».*

—Eres fuerte, Candy Jones —le dijo Nebel—. No tienes por qué permitir que surja esta mujer.

—Ahora mismo está intentando abrirse camino —dijo Candy con voz en la que se reflejaba cierto dolor. Mantenía el cuerpo doblado y se sostenía el estómago.

—No, no es cierto —dijo Nebel—. Tú eres más fuerte que ella.

—Lo sé. Lo soy. Pero ya no puedo seguir luchando así. Estoy cansada de luchar. Ya no puedo luchar más. Él va a conseguir que lo deje.

—¿Quién va a conseguir que lo dejes? —preguntó Nebel.

—El doctor Jensen.

—¿Qué es lo que te va a hacer el doctor Jensen?

—No va a hacerme nada. Va a conseguir que lo haga yo misma. Dejarlo.

—¿Dejar qué, Candy?

* Cinta 16, Cara A.

—No lo sé. Lo que él diga.

—¿Te dijo él que tenías que dejarlo?

—No. Dijo que me prestaría su ayuda en caso de que alguna vez tuviera que hacerlo.

—¿Qué quieres decir con eso de dejarlo, Candy? ¿Acabar con tu vida?

—Él no dijo eso, pero es lo que quería decir.

—¿Qué piensas ahora acerca del doctor Jensen? —preguntó Nebel.

—Creo que me causó mucho daño. Antes creía que me había hecho mucho bien. —Se detuvo y después añadió—: Quería que bajara y me arrojara desde la roca.

—¿Eso te dijo Jensen?

—Me dijo que sería muy bonito porque a mí me gusta lo de allí abajo. [Se estaba refiriendo a las Bahamas.]

—¿Qué otra cosa dijo? —le preguntó Nebel a Candy.

—Dijo: «Sería conveniente que fuera, ¿a qué esperar?».

—¿Eso te aconsejó?

—No. Dijo que, si alguna vez me sentía desdichada, podría ir y hacerlo.

Nebel trató de convencerla de que Jensen ya no ejercía ningún control sobre ella pero sus esfuerzos resultaron inútiles, por lo menos en aquella sesión. Candy dijo que tenía que hablar con Jensen para que éste pudiera «invertir las cosas». Después añadió: «Traté de llamarle a California el otro día.» Fue una nueva e inquietante referencia al hecho de haber establecido contacto con Jensen tras su boda con John Nebel.

En otra sesión hipnótica, también sin fechar, Nebel tendría ocasión de averiguar más detalles acerca de los planes que Jensen había urdido con vistas al suicidio de Candy. En esta ocasión fue informado por Arlene.*

La sesión se inició en el momento en que Arlene se disponía a llevar a cabo una misión, siguiendo las instrucciones de Jensen. Durante la regresión, Arlene se encontraba en Miami y le dijo a Nebel que *Candy* había viajado a Miami y que, una vez allí, ella había recibido la orden de sustituirla, cosa que había hecho.

—¿Te gusta Candy?
 —Me encanta —contesta Arlene en tono insolente.
 —¿Eres valerosa, Arlene?
 —No soy valerosa sino simplemente estúpida, fuerte y rápida.
 —¿Acaso Candy no es fuerte?
 —Es fuerte pero no es tan rápida como yo.
 —¿Te aconsejó Jensen alguna vez que te suicidaras?
 —No es tan sencillo librarse de mí. No se lo permitiré ni a ella,
ni a él.
 —Pero, si Candy muere, tú también morirás.
 —Candy no lo sabe.
 —¿Crees que Candy sería capaz de matarse?
 —Eso no se llama matarse. Es simplemente detener algo.
 —¿Qué significa eso?
(Arlene contesta en tono condescendiente.)
 —Significa detener la progresión de una acción positiva.
 —Eso no tiene sentido.
 —Es la detención del movimiento —contesta ahora Arlene,
hastada.
 —¿Te refieres a la muerte?

—Sí, claro.
—¿Te gustaría estar muerta, Arlene?
—Ya lo estoy.
—Si estás muerta, ¿cómo es posible que hables?
—¿Por qué no te mueres tú y lo averiguas?

Nebel y Arlene siguieron hablando acerca de Candy y de su estado mental en aquellos momentos. Arlene dijo que Candy se encontraba metida en un lío con Jensen y que Jensen estaba buscando a Candy.

—¿Qué hará Jensen si encuentra a Candy? —preguntó John—. ¿La inducirá a que se suicide?

—No —repuso Arlene—. Pero es posible que Candy se mate. Es muy posible.

En otra sesión hipnótica sin fechar Nebel tuvo oportunidad de preguntarle a Candy si creía que Jensen podría causarle alguna vez algún daño.* Candy había retrocedido en el tiempo y Nebel estaba interpretando el papel de su *altor ego*.

—¿Crees alguna vez que tu vida está en peligro?

—Mi vida está en peligro las veinticuatro horas del día. Y estoy agotada. Quisiera poder tenderme y descansar.

—¿Por qué haces algo que te hace correr un peligro y te agota? ¿Porque Jensen te dice que lo hagas? No es tu amigo. Te ha causado mucho daño.

—No me matará.

—¿Por qué no?

—No va a hacer nada a no ser que pueda conseguir que parezca accidental.

—¿Me estás diciendo que te mataría si *pudiera* hacer pasar tu muerte por un accidente?

* Cinta 40, Cara A.

—No. No haría eso porque se podría establecer alguna conexión con él.

Nebel no pudo conseguir más detalles en el transcurso de esta sesión pero, en fecha posterior, pudo averiguar algo más acerca de la presunta «última misión» de su esposa.

A medida que se iban sucediendo las sesiones, afloraban cada vez con mayor frecuencia los detalles relativos a los planes de Jensen con vistas al suicidio de Candy. Tendría que ocurrir en diciembre de 1972. Jensen había reservado pasaje de primera clase para ella en un vuelo de Ja Pan Am con destino a Nassau, Bahamas. Candy se alojaría en el Paradise Beach Ihotel del que ya había sido huésped a lo largo de los años, bajo el nombre de Candy Jones.

Pero Arlene Grant se reuniría con ella allí. Todo eso formaba parte del plan de Jensen. Éste le dijo a Candy que recibiría una llamada durante su segundo día de estancia en la isla. Ella le preguntó quién la llamaría, pero Jensen se negó a decírselo. Me imagino que iba a ser el propio Jensen quien la llamara y con ello lograría que Arlene sustituyera a Candy y la guiara hacia un escarpado risco sobre el mar. Arlene se zambulliría desde arriba, tal como solía hacer de niña. Y todo habría terminado para Candy Jones.

—¿Sabías que Arlene tenía previsto matarte en las Bahamas? —le preguntó Nebel a Candy durante una sesión hipnótica de julio de 1973.*

—Sí.

—¿Qué habías hecho para enojarla tanto?

—Todo es demasiado complicado —repuso Candy—. Me dijeron que me reuniera con ella allí.

—¿Dónde?

—En las Bahamas. En el Paradise Beach Hotel.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Nebel.

—En noviembre último. Entonces me lo dijeron.

Nebel interrogó a Arlene acerca de este incidente durante una regresión que tuvo lugar en su apartamento en fecha no especificada.*

* Cinta 58, Cara A.

—Candy es una red barredera que llevas atada al cuello —le dijo Arlene a Nebel—. Pero te necesitaba. Disponía de tiempo suficiente para trasladarse a la isla del Paradise en diciembre y darse la zambullida, pero se casó contigo.

—Si Candy se matara, Arlene, tú también morirías.

—Ni hablar —repuso Arlene—. Yo iba a sobrevivir.

Jensen había persuadido a Arlene de ello.

—¿Y qué me dices del matrimonio de Candy con John, Arlene? ¿Has tratado deliberadamente de destrozar este matrimonio?

Arlene soltó una áspera y amarga carcajada.

—¿Qué quieres decir con eso de si he tratado? Lo *he* destrozado.

La boda con John Nebel, que tuvo lugar el 31 de diciembre de 1972, impidió que Candy efectuara el viaje a las Bahamas. Sin embargo, a pesar de constituir una circunstancia alentadora en el sentido de que, con una motivación suficiente, Candy estaba en condiciones de hacer caso omiso de ciertas instrucciones de Jensen, ello no marcó el término de todo el dominio que Gilbert Jensen había conseguido establecer sobre ella. La presencia de éste se hizo sentir en el transcurso de los primeros años del matrimonio y, en numerosas ocasiones, amenazó con destruirlo, tal como la propia Candy se hubiera destruido de haberse arrojado desde lo alto de la roca de Nassau.

El presente

¿Podría alcanzarse alguna vez un término neto y definitivo de la aventura de la que habían sido protagonistas Candy Jones y John Nebel desde su boda celebrada el 31 de diciembre de 1972? Ello no sería posible en modo alguno sin una excesiva y totalmente inadecuada licencia literaria. El hecho de esperar semejante término significaría ignorar toda la serie de complejos e interesantes aspectos de las personalidades de ambos y negar una verdad fundamental: la de que somos el compendio de lo que hemos sido.

* Cinta 68, Cara B.

De ahí que no pueda escribirse el final de la historia. Sin embargo, se ha adoptado una decisión por la cual, en lugar de escribir un capítulo final acerca de la vida de Candy Jones, se aborda la cuestión de la *otra dama*, es decir, de la señora Arlene Grant.

«*¡No existe la tal Arlene!*», afirma actualmente Candy muy convencida y John Nebel se suma a sus afirmaciones. Ambos saben, sin embargo, que siempre habrá una Arlene Grant en sus vidas. La diferencia estriba ahora en que ésta se ha convertido en una vieja tía solterona que de vez en cuando efectúa alguna visita durante las vacaciones.

Hasta hace muy poco tiempo, Arlene solía entremc-

terse con tal furia y tenacidad en las vidas de John y Candy que hubo una época en que pareció que conseguiría salirse con la suya destruyendo a su creadora Candy Jones y colmando las esperanzas de su mentor Gilbert Jensen. De haberlo conseguido, es indudable que hubiera destruido también a John Nebel dado que la vida de éste depende del bienestar de Candy. Irónicamente, sin embargo, el carácter destructivo de Arlene fomentó una unión entre John y Candy que la mayoría de los matrimonios no suelen alcanzar jamás.

La reducción de Arlene ha sido un proceso lento y gradual, obstaculizado por el persistente control ejercido por Jensen y tal vez por la propia Agencia Central de Inteligencia.

Hubo un período en el que todos los movimientos de Candy en Manhattan eran observados de cerca por un hombre enfundado en una gabardina de color beige oscuro. Éste apareció por primera vez en escena cuando Candy vivía con su madre en el número 1.199 de la Avenida Park. Por regla general, solía permanecer sentado en el interior de un automóvil color azul claro aparcado al otro lado de la calle, fumando incesantemente y vigilándolo todo. Candy le describe como zurdo, de estatura mediana, tez clara y ojos oscuros. Apareció a principios de 1972, poco después de que Candy le dijera a Jensen que había terminado para siempre y volvió a presentarse de manera irregular hacia mediados de 1973.

—Hablé de él con el doctor Jensen —le dijo Candy a John durante una sesión hipnótica.

—¿Y qué dijo Jensen? —preguntó Nebel.

—Dijo que no debería intentar averiguar quién era aquel hombre. Dijo que me mantuviera apartada de él.

Candy se acercó al hombre en cierta ocasión. Una noche había sacado a pasear a su pastor alemán Lady y cruzó la calle dirigiéndose al lugar en el que se encontraba aquel hombre. Éste no se movió y Lady empezó a gruñir y a tirar de la correa. El hombre se volvió y echó a andar calle arriba sin decir nada.

—¿Por qué no le denunciaste a la policía? —preguntó Nebel en el transcurso de aquella misma sesión hipnótica.

—Ya lo hice.

—¿Y no hicieron nada?

—Yo no quise. No presenté una denuncia oficial.
—¿Y por qué no?
—Gil [Jensen] me había dicho que no lo hiciera.

En muchas otras ocasiones Candy tuvo que efectuar súbitas llamadas telefónicas. Cuando Nebel le preguntaba que a quién tenía que llamar, ella le contestaba invariablemente: «No lo sé.» Cuando Nebel le preguntaba a qué número deseaba llamar, Candy se limitaba a contestar en voz baja: «Al número de Murray Ilili.»

«Jamás pude comprender qué es lo que la impulsaba a efectuar aquellas llamadas —dice Nebel—. Había algo que la inducía a entrar en acción. No me cabía la menor duda. Cada vez que ocurría, era Arlene la que insistía en dirigirse al teléfono. Candy se transformaba en Arlene en cuestión de segundos y mi máximo temor estribaba en el hecho de que Jensen y la Compañía pudieran en cierto modo establecer contacto con ella ya fuera mediante un encuentro en la calle o en un autobús o bien a través de algún extraño artificio mecánico u eléctrico. Nunca podía estar seguro. De lo único que podía estar seguro era de que todo ello estaba ocurriendo con excesiva frecuencia como para permitirme estar tranquilo y de que nuestra unión estaba empezando a peligrar.»

Existen algunas pruebas en las cintas de que tal vez los temores de Nebel en relación con la posibilidad de que Jensen o la CIA pudieran establecer contacto con Candy no carecieran de fundamento.

Durante una sesión hipnótica que tuvo lugar una noche, Candy evocó lo que había estado haciendo aquella misma tarde.²⁴ Creyó estar hablando con su *ciliter ego* y mostró preocupación por el hecho de que su marido John Nebel pudiera averiguar dónde había estado. Nebel, interpretando el papel de su *altcr ego*, le aseguró que John jamás lo averiguaría. Más tranquila, Candy empezó a revelar lo que había hecho tras abandonar el apartamento para ir presuntamente a comprarse un par de botas.

—Le he llamado pero no estaba —le dijo a Nebel durante su regresión.

24 Cinta 72, Caras A y B.

—¿A quién has llamado? —le preguntó éste.
—Al coronel Paxton.²⁵ Ya ha vuelto. Se ha retirado pero ha vuelto.
—¿Y por qué le has llamado? —preguntó Nebel.
—Para pedirle... que arregle las cosas... Tengo que saber qué significan estas llamadas telefónicas.
—¿Qué llamadas telefónicas? La cuestión ya está resuelta.
—Pero sigo recibéndolas. Son unas llamadas muy extrañas. Ya no quiero recibirlas. Paxton puede arreglarlo.

Las ulteriores preguntas de Nebel en el papel del *alter ego* indujeron a Candy a referirse a un despacho de Nueva York desde el que Paxton actuaba. Según Candy, se trataba de una tapadera de la CIA. En el transcurso de esta sesión Nebel no consiguió averiguar la localización de este despacho, pero en una sesión hipnótica posterior Candy le dijo que el despacho se encontraba situado en un gran edificio comercial de Manhattan, ubicado en el número 90 de la Avenida Park.²⁶ En esa misma sesión grabada, Candy evocó sus actividades de otra tarde muy reciente. En tal ocasión, había tratado de nuevo de establecer contacto con alguien de la Compañía en la esperanza de poder

²⁵ Nombre imaginario.
²⁶ Cinta 89 «A», Cara A.

resolver los problemas de su vida actual. Temía que John no se mostrara satisfecho de lo que estaba haciendo.

Y le dijo a su *alter ego*:

—Mi marido estaba durmiendo cuando abandoné el apartamento. No sabe lo que he hecho.

—¿No crees que tu marido se enojaría y se ofendería si lo supiera? —le dijo John.

—No lo creo —replicó Candy—. Yo lo hago únicamente para protegernos a los dos. El sabría comprenderlo.

El 3 de julio de 1973, más de seis meses después de la boda, se recibió el siguiente mensaje a través del contestador automático del teléfono del apartamento.* «Ja- pan Airlines llamando el 3 de julio a las cuatro y media de la tarde... Se ruega a la señorita Grant llamar al 759- 9100... Tiene reservado pasaje en el vuelo 5 de la Japan Airlines del 6 de julio, Kennedy-Tokio con extensión a Saigón. Llamamos en nombre de Cynthia. Muchas gracias.»

Una comprobación efectuada en las Japan Airlines confirmó que el 759-9100 es el número de la sección de reservas de dicha compañía. Sin embargo, dado que el viaje no se realizó y los pasajes no se recogieron, en la computadora de las líneas aéreas no consta quién efectuó la reserva por cuenta de la señorita Grant.

El término «en nombre de Cynthia» que figuraba en el mensaje grabado resulta interesante. El mensaje no decía que la señorita Grant tuviera que ponerse en contacto con una empleada de la sección de reservas de las Japan Airlines llamada Cynthia. En la sección de reservas de las Japan Airlines de Nueva York no existe ninguna empleada que se llame Cynthia. El mensaje decía: «Llamamos en nombre de Cynthia».

Algunos amigos míos pertenecientes a las secciones de reservas de otras compañías aéreas me han dicho que el nombre de Cynthia podría ser la denominación en clave de alguna organización. Las compañías aéreas reservan pasajes por cuenta de importantes organizaciones mediante la utilización de numerosas claves y pienso que, si yo estuviera en tratos con la CIA y buscara alguna denominación en clave, el nombre de Cynthia sería el que más adecuado me parecería para indicar a la CIA.

* Cinta 37, Cara A.

La posibilidad de que Jensen y la CIA hayan estado en contacto con Candy tras la boda de ésta con John Nebel no puede excluirse. Sin embargo, lo que no constituye una posibilidad sino una realidad es el hecho de que los muchos años de manipulación hipnótica y química de Candy han dejado en ésta una profunda huella. He estado personalmente con John y Candy en distintas ocasiones en que ésta se ha sumido en un estado hipnótico espontáneo hallándose en algún lugar público, a causa de la luz de una vela o bien de una monótona música oriental.

Una noche de verano de 1975 estábamos cenando juntos en nuestro restaurante chino preferido. Aquella tarde nos la habíamos pasado estudiando distintos aspectos del libro y la atmósfera que reinaba en nuestra mesa era alegre y despreocupada. A medida que avanzaba la cena, empecé, sin embargo, a percibir una creciente tensión en Candy. Como es lógico, Nebel, que ha estado mucho más cerca que yo de estas situaciones, se dio cuenta de ello con mucha más rapidez.

«Perdonadme», dijo Candy levantándose y alejándose de la mesa. La observamos mientras pasaba en silencio junto a uno de los propietarios del restaurante y a un querido e íntimo amigo suyo y de John y ascendía por la graciosa escalinata que conducía al segundo piso en el que se hallaban instalados los servicios.

Nebel y yo empezamos a hablar de cosas que no guardaban relación ni con Candy ni con el libro pero, transcurridos quince minutos, yo le pregunté a Nebel si no consideraba la ausencia de Candy insólitamente prolongada.

«Desde luego que sí —me contestó él bastante enojado—. Pero, ¿qué quieres que haga? ¿Que organice una escena? ¿Quieres que le pida a alguna señora de aquí que suba al piso de arriba y compruebe qué es lo que está haciendo?»

Permanecimos sentados en silencio, aguardando el regreso de Candy. Cuando, al final, regresó, Candy era una persona totalmente distinta. Era Arlene. Me miró enfurecida mientras volvía a sentarse estoicamente con expresión solemne y rígida, mantenía los ojos clavados en la lejanía del espacioso local y respiraba despacio y con deliberación. Nebel comprendió inmediatamente lo que había

ocurrido porque era lo mismo que ya había sucedido otras muchas veces en el pasado. Pagó rápidamente la cuenta y los tres subimos de inmediato al taxi más próximo.

Los tres —John, Arlene y yo— nos dirigimos al apartamento. Nada más llegar, Arlene se acostó.

Lo que había ocurrido aquella noche en los lavabos de señoras ya había ocurrido en otros lavabos de la ciudad así como en el diminuto cuarto de baño del apartamento. *El espejo*. Candy se percató de los intentos de Arlene de aflorar al exterior y, cuando se acerca a un espejo y lo mira, no se ve a sí misma sino que ve a esta oscura y ominosa persona con la que comparte un cuerpo común, es decir, a Arlene Grant.

El parpadeo de la llama de una vela puede provocarle también un estado hipnótico espontáneo. Otro de los restaurantes preferidos de John y Candy es un local especializado en platos de carne, situado en la Zona Oeste. Se trata de un restaurante de atmósfera muy íntima en cuyas mesas parpadean suavemente unas velas. John y Candy dejaron de acudir al mismo debido a la frecuencia con que las velas inducían en Candy el estado hipnótico impulsándola a ella, o bien a Arlene, a actuar de manera irracional. En cierta ocasión, el parpadeo de las velas indujo en Candy un estado hipnótico que la hizo retroceder en el tiempo. Fue una experiencia extraordinaria puesto que la regresión la llevó de nuevo a San Francisco y al hotel Mark Hopkins en el que había cenado una noche con Gilbert Jensen hacía muchos años. Nebel describe lo que ocurrió:

Sabía por otras experiencias vividas en aquel mismo restaurante que las velas constituían un problema, razón por la cual tomé un menú y traté de ocultar con él de la vista de Candy la que había sobre nuestra mesa. Observé, sin embargo, que ella había estado mirando fijamente las velas de las mesas contiguas y empecé a preocuparme...

Pedimos para cenar bistec con ensalada y nos pasamos unos quince minutos sin hablar. Justo en el momento en que estaban a punto de servirnos la cena, Candy anunció que se iba al lavabo. Se levantó con paso vacilante como si fuera a

caerse y llegó incluso a rozar las espaldas de varias personas que se hallaban sentadas a otras mesas mientras avanzaba en dirección a los servicios...

Cuando regresó de nuevo a la mesa y se sentó, comprendí en seguida que ya no estaba cenando con mi esposa Candy sino con Arlene. Traté de hacer caso omiso de la situación y empecé a comerme el bistec que ya me habían servido y que había tenido que enviar otra vez a la cocina para que me lo conservaran caliente en su ausencia. Ella se tomó algunos bocados del bistec, me miró y me dijo: «Vamos a casa. Me reuniré con usted en la calle...»

Aunque me enojé por el hecho de que Arlene me hubiera estropeado la cena, lo que más me preocupaba era evitar una escena en el restaurante. A Candy y a mí nos conocían muchas personas, tanto clientes como camareros, y no deseaba que Arlene armara un alboroto que pudiera resultar embarazoso para ambos. Llamé al camarero y le pedí la cuenta. Cuando el ca-

marero se hubo alejado, Arlene me miró y me dijo: «Déme la pistola...»

No sabía de qué demonios me estaba hablando pero había aprendido que era mejor seguirle a Arlene la corriente en lugar de llevarle la contraria y provocar su cólera. Introduje la mano en el interior del bolsillo de mi chaqueta y saqué lo que para ella debía ser un arma. En realidad, se trataba de mi mano vacía asiendo un objeto imaginario del tamaño de la pistola. Arlene abrió inmediatamente la cremallera de su enorme bolso. Supuse que deseaba que colocara el arma en el bolso y simulé hacerlo así...

Ella se levantó rápidamente y dijo con su profunda voz gutural: «Detendré un taxi y me reuniré con usted en la calle.» El camarero se acercó con la cuenta. Arlene no le prestó la menor atención y se dirigió pausadamente hacia la salida. El camarero me preguntó si había ocurrido algo. Le aseguré que no al tiempo que buscaba el dinero para pagar la cuenta y se lo entregaba diciéndole que se quedara con el resto. Me levanté en el momento en que Candy llegaba al peldaño que se hallaba situado frente a la puerta. Tropezó con él pero recuperó el equilibrio y salió a la calle. Al darme cuenta de que otros clientes estaban observando nuestras acciones, la seguí rápidamente...

Subí al taxi y la interrogué acerca de la pistola. Ella se negó a contestarme y atravesamos Manhattan en silencio. Una vez en nuestro apartamento, volví a interrogarla pero ella me dio con la puerta del cuarto de baño en las narices y permaneció encerrada en él por espacio de veinte minutos. Yo estaba a punto de acostarme y me encontraba sentado en el borde de la cama cuando ella entró en el dormitorio. Ahora se había convertido en una persona totalmente distinta... era mi Candy Jones. Le pregunté qué era lo que

había ocurrido hacía apenas unos minutos, pero ella ya no recordaba nada. Sólo que habíamos acudido al restaurante y sabía que en aquellos instantes nos encontrábamos en nuestro apartamento. Había olvidado por completo lo que ocurrió en el espacio de tiempo intermedio.

Nebel tendría ocasión de descubrir la génesis de aquella escena en el transcurso de una sesión hipnótica que tuvo lugar algunas

semanas más tarde. Según Candy, que se encontraba sumida en estado hipnótico en su dormitorio, había empezado a sentirse débil y a experimentar dolores abdominales cuando estaba sentada a la mesa del restaurante. Había acudido a los lavabos de señoras y se había mirado al espejo durante unos instantes. Al reunirse con Nebel en la mesa, *éste* ya no era John Nebel. Era Gilbert Jensen y ella, Arlene, se encontraba en su compañía en el hotel Mark Hopkins de San Francisco.

Durante aquella cena en California, Jensen llevaba una pistola y estaba preocupado por el hecho de tener que pasar junto al detector de metales instalado por la dirección del hotel para evitar el robo de cubiertos de plata del restaurante. Arlene le aconsejó que colocara la pistola en su bolso de bandolera. Ella sostendría el bolso por la correa manteniéndolo lo suficientemente inclinado como para pasar por debajo del nivel del detector de metales. En el restaurante de Nueva York, la regresión de Candy había hecho retroceder a ésta a aquella misma escena del Mark Hopkins.

Semejantes regresiones espontáneas se repetirían una y otra vez en los meses sucesivos. Las regresiones tenían lugar en autobuses, en taxis y en restaurantes y prácticamente todas las noches en el apartamento. Arlene parecía una fuerza incontrolable, inexpugnable e invisible que se había interpuesto entre John y Candy amenazando con adueñarse de todos los aspectos de sus vidas.

La tensión estaba destrozando a Candy. Ésta acusaba a Arlene, maldecía el día en que por primera vez la había visto en los espejos del tocador de su abuela, la amenazaba, le suplicaba que se fuera y la dejara en paz. Pero sus protestas eran inútiles porque lo cierto era que en su interior, intelectual y emocionalmente, Candy Jones se negaba a reconocer que Arlene Grant hubiera existido alguna vez.

«No, no, eso no ocurrió», decía Candy tras pasarle Nebel alguna cinta en la que Arlene hubiera emergido en el transcurso de una sesión hipnótica. «No, yo no dije eso.»

Nebel también estaba siendo víctima de los efectos de la tensión. Jamás podía estar seguro de si aparecería Arlene y esta angustia constante anulaba toda su confianza. Estaba preocupado por los efectos que aquella situación pudiera ejercer sobre las muchas personas con las que se relacionaba ya fuera en el campo de

su profesión o bien en el círculo de sus amistades de tantos años. Cada noche, cuando se disponía a dirigirse con Candy a los estudios, se preguntaba: «¿Aparecerá Arlene esta noche?»

Afortunadamente y por extraño que pueda parecer, Arlene jamás se entremetió en el programa nocturno de seis horas de duración. Con anterioridad al comienzo del programa, había aparecido varias veces en la emisora haciéndole a Nebel comentarios desagradables y amenazándole con organizar un escándalo. Pero, una vez se encendía la luz roja, Candy recuperaba su dominio. Y en los casos en que se acomodó en la silla de entrevistadora ocupada por Candy Jones, Arlene apenas dijo nada. El programa y Candy siguieron adelante y ésta se ha convertido ahora en una magnífica y estimulante profesional de la radio que ha dado a la WMCA el único equipo marido-y-mujer de los programas radiofónicos nocturnos.

En casa, sin embargo, no todo se desarrollaba con tanta suavidad. A pesar del éxito que había alcanzado con Candy como hipnotizador, Nebel comprendía que era necesario recabar la ayuda de los médicos y empezó a consultar con varios a los que conocía y en los que tenía depositada su máxima confianza. El principal entre ellos era Herbert Spiegel. Pero Candy se resistía a ver a Spiegel. Éste era un médico y a ella la habían programado de manera tal que evitara todos los médicos con la excepción de Gilbert Jensen. Nebel se lo imploraba inútilmente.

Algunas mañanas, cuando entraba en el cuarto de baño, Nebel descubría desesperados mensajes escritos con lápiz de labios sobre el espejo: *Arlene, déjame en paz* o *¡Por favor, ayúdame!* Una mañana, Nebel descubrió una toalla extendida sobre el espejo. Candy lo había hecho de noche para librarse de la imagen de Arlene reflejada en el espejo.

Uno de sus hijos le había enviado a Candy una docena de rosas rojas para el Día de la Madre. Ella las había colocado en un jarrón encima del aparato de televisión en color y se había ido con John a la WMCA.

Al regresar, Nebel se acostó inmediatamente. Cuando despertó, Candy se encontraba durmiendo a su lado. Fue entonces cuando Nebel vio las rosas y lo que a éstas les había ocurrido. Las flores habían sido cuidadosamente cortadas de sus tallos y se hallaban

esparcidas por el suelo. Encima del televisor, junto al jarrón, podían verse unas tijeras.

Arlene reconoció haberlo hecho aquella mañana mientras John dormía. Se echó a reír. Destruir las rosas le había resultado muy divertido.

La preparación de este libro no contribuyó a arreglar la situación. Nebel dejó, al final, de hipnotizar a Candy pero, cuando decidió hacerlo, Candy, a través de Arlene, ya se había interpuesto con energía y decisión en el proyecto. Empecé a recibir diariamente cartas suyas de ocho

o diez páginas de extensión, escritas inmediatamente después de su regreso al apartamento procedente de los estudios de la emisora. A pesar de su agotamiento, parecía como si se sintiera impulsada a anotar para mí toda la información que pudiera extraer de los recovecos de su mente hasta el extremo de inducirme a dudar de que semejan los detalles hubiera podido recordarlos en estado consciencia.

Pero entonces recibí la siguiente carta escrita por los gruesos trazos de un rotulador rojo desde el apartamento que Candy tenía para su propio trabajo al lado de su apartamento habitual.

Don:

Para recordar a Arlene, los viajes y *aquellos tiempos*, lugares y experiencias y anotarlos todo para ti en un papel, tengo primero que utilizar un espejo y mirarlo para que se produzca el «precioso» hechizo de Jensen y aparezca *ella*: Arlene.

Lo malo,, sin embargo, es que cuando regreso a nuestro apartamento para acostarme, lo cual es posible que tenga lugar al mediodía o incluso más tarde, me siento tan agotada que no puedo volver a ser *yo misma*.

Hoy va a ser el último día que utilice el espejo por temor a que me ocurra de nuevo lo arriba apuntado.

Es difícil que otra persona lo comprenda con la excepción de John, y sé que todo ello ha destruido buena parte del respeto que éste me tenía.

Le quiero mucho y sé que le estoy preocupando, no deliberadamente pero no está bien.

Es posible que muchas de las detalladas páginas que te he escrito resulten inútiles, pero es necesario que le impida el paso a Arlene por las mañanas o a cualquier otra hora.

Debes comprender que, cuanto más cansada me siento, tanto más fácil resulta que mi otra personalidad pueda *emerger*. Pero, tal como ya te he dicho, al cabo de un rato me es imposible controlarla y ello está destrozando a John y, sin lugar a dudas, me está perjudicando a mí físicamente.

Por consiguiente, ya basta de escritos mecanografiados matinales acerca del pasado o de cualquier otra cosa relacionada con Arlene.

Estoy deseando que el libro constituya un gran éxito — por muchas razones y por el bien de todos—, pero mi proyecto número uno es ahora el de rehacer y reorganizar nuestra vida. Vamos, pues, a darlo por concluido, ¿eh?

Con mis mejores saludos,
C. J.

P.D. Me ronda por la cabeza algo relacionado con *una corbata* que a menudo utilizaba con mis trajes. Procuraré recordarlo para ti.

Intuí en aquella carta una determinación que jamás había observado en Candy, una especie de decisión de afrontar directamente a Arlene y de adoptar medidas encaminadas a eliminarla. Más tarde tendría ocasión de averiguar que dicha decisión no había surgido en Candy por generación espontánea puesto que, cuando me escribió la carta, ésta ya había decidido empezar a ver a Herbert Spiegel en calidad de paciente. Su buena disposición a este respecto resultó muy alentadora para Nebel que se había esforzado enormemente en su intento de romper el domi-

nio de Jensen en relación con la posibilidad de que Candy estableciera contacto con otros médicos. Cuando ella le anunció su intención de recabar la ayuda de un profesional, Nebel estalló de alegría.

Candy empezó también a visitar al doctor Frederick

Dick, interno de Manhattan, que, en su calidad de alumno de Spiegel, utiliza la hipnosis para el tratamiento de aquellos pacientes cuya capacidad para la hipnosis ya ha sido previamente establecida y cuyos problemas tengan muchas probabilidades de resolverse mediante el uso de las sugerencias hipnóticas. Dick se mostraba reacio a tratar a Candy en un nivel psicológico. Era el médico de John Nebel y Candy había empezado a visitarle al principio en su calidad de interno. Sin embargo, tanto ella como John respetaban grandemente a Dick, tal como respetaban a Spiegel, y precisamente este respecto y esta confianza, a los que ambos médicos correspondían, se consideraron, al final, los ingredientes más idóneos para la solución de los problemas de Candy.

Candy había vivido toda su vida en contacto o bajo las órdenes de personas que habían destruido toda su confianza en sí misma. Su madre, que era una mujer desequilibrada, destrozaba su espíritu en todo momento. Harry Conover la había explotado y su boda con éste sólo había servido para mutilar ulteriormente su espíritu y su propia estima. Y Gilbert Jensen había aprovechado deliberadamente todos los acontecimientos de su pasado, fragmentándola y destruyéndola para sus propios fines.

No es de extrañar que apareciera Arlene en la vida de Candy. Arlene resultó ser una tabla de salvación de lo más extraña, un artificio por medio del cual Candy pudo hacer frente a las fuerzas destructoras que la rodeaban. Es posible que, sin Arlene, no existiera hoy en día Candy Jones. Sin Arlene, es posible que su destrucción hubiera sido final y definitiva.

Ahora, en cambio, se encontraba rodeada por personas que le inspiraban confianza —su marido, Spiegel, Dick— y se veía con ánimos para enfrentarse con Arlene. Es más, Candy había decidido anunciarle a Arlene que deseaba prescindir de sus servicios.

Candy fue sometida a toda una serie de tests —entre ellos un examen cerebral, un TAT (Test de Apercepción Temática) y un test de Rorschach— con el fin de establecer si sus problemas obedecían a alguna causa psicofísica. De los resultados de las pruebas pudo deducirse que no era así, lo que puso término a los crecientes pero tácitos temores de Candy en el sentido de que tal vez estuviera loca.

En el transcurso de numerosas sesiones de lavado de cerebro, Jensen la había advertido de que, en el caso de que le revelara a alguien las relaciones que la unían con él, sería considerada una demente. A medida que transcurrían los meses, Candy había empezado a dudar de su propia cordura, razón por la cual los positivos resultados de estas pruebas contribuyeron en gran medida a que recuperara la confianza en sí misma.

Los doctores Spiegel y Dick sabían que Candy no era una enferma mental. La experiencia y la importancia de Spiegel en el campo de la psiquiatría y de la hipnosis junto con su extraordinaria amabilidad y sinceridad, llenaron de fe y esperanza a Candy, que, al observar el positivo carácter que revestían sus reacciones ante las personas que la rodeaban, empezó a aceptar favorablemente las estrategias que dichas personas le sugerían.

Fundamentalmente, Candy fue adiestrada bajo hipnosis en el sentido de que, dado que ella misma había creado a Arlene, no tenía mas remedio que estar en condiciones de dominarla. Este sistema lo suele utilizar Spiegel en el tratamiento de personas que sufren ataques. A un paciente que sufre cierto tipo de ataques involuntarios se le puede enseñar a provocarse a sí mismo un ataque, bajo hipnosis. Una vez se da cuenta de que es capaz de provocarse un ataque, el paciente comprende que está en condiciones de impedirlo. Se trata de una explicación muy simplificada de este sistema cuyo éxito depende de la habilidad y la experiencia de un buen profesional. Sin embargo, la filosofía en la que dicho sistema se basa es muy simple y, al haberla comprendido, Candy ha descubierto que no se halla bajo el dominio de Arlene. Ella, Candy Jones, es la que impone las condiciones y la que libra las batallas.

Aparte esta estrategia encaminada a hacer frente a Arlene, todos aquellos que rodean a Candy han procurado infundir en ella un profundo sentido de su propia valía y una gran seguridad en sí misma. La confianza en su propia capacidad se ha traducido en una disminución del valor que poseía Arlene para Candy.

La historia de Candy Jones, tal como yo la he conocido y vivido, ha puesto en evidencia el egoísmo de que somos víctimas la mayoría de nosotros, y yo inclusive.

Recuerdo la reunión que celebre con Ed Kuhn y Bob Gleason de la Playboy Press poco después de haber decidido seguir adelante con el proyecto de *La manipulación de Candy Jones*.

«Lo que más me preocupa —dijo Kuhn— es el hecho de que, al escribir el libro, contribuyamos en cierto modo a perpetuar los problemas de Candy. No me gustaría que ocurriera tal cosa.»

Gleason y yo compartíamos, como es lógico, su opinión.

Sin embargo, cuando empezó a escasear el material que me facilitaba Candy tras haber ésta decidido impedir que Arlene siguiera interpretando un papel predominante en su vida, una profunda decepción se apoderó de mí. Había muchas preguntas sin respuesta acerca de las cuales me hubiera gustado indagar ulteriormente pero sabía, al igual que John Nebel, que el hecho de hacerlo así tal vez provocara lo que tanto temía Ed Kuhn.

Una de dichas preguntas sin respuesta se refería a la posdata de la última carta que Candy me había escrito. En ella se hablaba de una corbata y yo me preguntaba por qué me la habría mencionado. La propia Candy contestó a mi pregunta aproximadamente un mes más tarde al recordar, en estado consciente, que Jensen le había entregado la corbata con el fin de que la utilizara como arma. Era de goma y podía utilizarse como garrote. Además, poseía el suficiente peso como para poder descargar con ella un golpe capaz de dejar inconsciente a una persona. Se trataba de uno de los muchos objetos de este tipo creados por la CIA para uso de sus agentes.

Otras preguntas han quedado sin respuesta si bien es posible que el enigma se resuelva, no a través de Candy sino de aquellos que están investigando las actividades de la Agencia Central de Inteligencia. He reprimido mi natural inclinación a seguir indagando por mi cuenta en determinados aspectos de la historia de Candy. Resulta muy tentador seguir estudiando el programa de pruebas de la CIA y hurgar más profundamente en las actividades secretas de la Agencia, pero tal cosa exigiría ulteriores investigaciones con vistas a la redacción de otro libro análogo a éste por parte de periodistas dispuestos a desarrollar semejante labor.

Quedan también muchas cuestiones por resolver acerca del asesinato de Robert Kennedy y de la posibilidad de que se utilizara la hipnosis para programar a Sirhan Sirhan. Una vez más, ello exigiría

la redacción de un libro aparte.

Para mí, este libro tenía que ser la historia de una mujer y de las experiencias que ella misma había relatado en su calidad de sujeto de prueba y correo de la Agencia Central de Inteligencia. Y, sobre todo, tenía que ser el relato de la vida matrimonial de dos personas extraordinarias, John Nebel y Candy Jones, afectada por las anteriores experiencias de ésta con la CIA y con sus discutibles proyectos de investigación.

En el caso de Candy, se trataba de dejar atrás aquellos aspectos de su vida que habían sido desagradables con el objeto de poder convertirse en la hermosa, inteligente y saludable dama que es en realidad.

En cuanto a John Nebel, éste experimentaba el profundo deseo de que toda esta aventura terminara de una vez. Hubo un tiempo en que Nebel consideró muy en serio la posibilidad de trasladarse a California y dispararle a Jen- sen un tiro en la cabeza. A este extremo le habían hecho llegar por aquel entonces sus relaciones con Candy.

Ahora, sin embargo, Nebel se alegra de que se haya podido contar la historia y de que él y su esposa puedan vivir tranquilamente los años que les quedan por delante.

«Espero que todo haya terminado —fueron las últimas palabras de Nebel al finalizar yo de escribir este último capítulo y entregarlo a la Playboy Press—. Confío en que sí, aunque algunas veces me despierto en el temor de escuchar una llamada a la puerta, ir a abrirla y encontrarme con un policía de uniforme que me expresa su condolencia por la muerte de mi esposa. Sigo convencido de que Jen- sen y la CIA pretenden establecer nuevamente contacto con ella. Ojalá me equivoque.»

After reading thi.3 book

I rnarvel at the author's patience for the
factual reporting of the vast details
involved» his sonsit- ivity and resista neo
to diusll on much of the sensationalism
contain- e d, and tha Herculean task it ra-
quired to telling my story, Ünly a master
craftsrnan» Don Bain, could do it. For all
of this I am grateful

Had it not been for John

Nebel, I aiouldn* t hav/e been alive:

Jensen nearly won out. I
almost lost my marriage-which is my
evsrything.

iwon' t hav/e now.
take

I
Candy Jones to

that suuim

Tras la lectura de este libro, me asombra la paciencia que lia demostrado el autor en la reproducción exacta de los vastos dediles implicados, su sensibilidad y su capacidad para hacer frente a buena parte del sensacionalismo contenido así como el esfuerzo hercúleo que ha sido necesario para contar mi historia. Sólo un hábil maestro como Don Bain pudo hacerlo. Por todo ello, le doy las gracias De no haber sido por John Nebel, no estaría viva en estos momentos.

Jensen estuvo a punto de triunfar. Y yo estuve a punto de perder mi matrimonio, que lo es todo para mí. Ahora no tendré que nadar en *estas* aguas.

Apéndice 1

El perfil de inducción hipnótica

El Perfil de Inducción Hipnótica (PIH), desarrollado por el doctor Herbert Spiegel, se sirve de la inducción efectiva de un estado hipnótico con el fin de medir la capacidad general de hipnosis de un sujeto. Está basado en el método de inducción hipnótica de levitación de puesta en blanco del ojo en el que el sujeto, cómodamente sentado en una silla frente al hipnotizador (operador) recibe la orden de hacer ciertas cosas y de comentar sus reacciones ante las mismas. Los comentarios del sujeto, junto con lo que observa el hipnotizador, se anotan en una hoja especial y la puntuación resultante constituye el grado del PIH del sujeto. La escala de puntuación oscila entre cero y cinco pero, puesto que se dan muy pocos ceros o cincos, puede decirse que la escala operativa oscila entre uno y cuatro. Cuanto más elevada es la puntuación tanto mayor es la capacidad del sujeto de sumirse en estado hipnótico.

Existen otros tests que también pueden utilizarse en la medición de la capacidad hipnótica pero el PIH es el que ofrece el planteamiento más clínicamente disciplinado de las pruebas permitiendo que los operadores se intercambien información sobre la base de un estándar válido para todos y aplicable en la mayoría de los casos.

Desde un punto de vista superficial, la determinación del PIH de un paciente no parece poseer otro valor como no sea el de permitir al operador conocer hasta qué punto es susceptible un sujeto de sumirse en un estado hipnótico. En realidad, sin embargo, la utilización del PIH ofrece al médico otras muchas ventajas. A lo largo de los años de pruebas y de correlación de investigaciones, el doctor Spiegel ha conseguido establecer un nexo entre la capacidad de hipnosis y la personalidad o carácter. Se trata de una hipótesis muy compleja e interesante cuyo impacto en el campo de la psiquiatría ya está empezando a cosechar los primeros frutos.

Candy Jones se ha sometido cuatro veces a todo el proceso de pruebas del PIH. La primera vez tuvo lugar durante una pausa en el seminario de Columbia que dirigía el doctor Spiegel. El doctor Robert T. London y la doctora Bárbara DeBetz, que habían presentado algunas de las partes del programa, realizaron pruebas de PIH en los asistentes al seminario por cortesía para con éstos así como para demostrarles a los estudiantes la manera más adecuada de llevar a cabo las pruebas. La primera prueba de Candy corrió a cargo de la doctora DeBetz, psiquiatra en ejercicio y profesora de la facultad del Centro Médico de la Universidad de Nueva York. La doctora se acomodó frente a Candy en un rincón del escenario sosteniendo sobre sus rodillas una carpeta en la que se encontraba la única hoja que utilizan los hipnotizadores para anotar las reacciones y las puntuaciones de la prueba. He aquí la transcripción de una copia de la primera hoja de pruebas del PIH de Candy.

—¿Cómo se llama usted?

—Candy Nebel.

—¿Ha sido usted hipnotizada alguna vez con anterioridad?

—No sé si he sido hipnotizada. No lo creo.

—¿Utiliza usted lentes de contacto?

—No.

—Algunas veces se nos plantean problemas con las lentes de contacto cuando se pide a la persona que levante la mirada. Muy bien, ¿se encuentra usted cómoda?

—Sí.

—Ahora levante la mirada todo lo que pueda, bien hacia arriba. No la cabeza, sino sólo los ojos. Ahora mantenga los ojos hacia arriba y cierre los párpados lentamente... Ciérrelos... Respire hondo... Mantenga los ojos cerrados... (*Candy abrió los ojos en este momento.*) ... Vamos a probarlo otra vez... Levante la mirada todo lo que pueda... Mantenga los ojos hacia arriba y cierre los párpados lentamente... Respire hondo y contenga la respiración... ahora espere... y concéntrese en la acción de flotar.

(*La doctora DeBetz anotó en la hoja de puntuación su opinión acerca de la capacidad de poner los ojos en blanco de Candy. Existen, además, otras sutiles consideraciones tales como la mirada de soslayo; sin embargo, lo más importante es la capacidad de poner los ojos en blanco y de mantenerlos levantados hacia arriba al tiempo que se cierran lentamente los párpados.*)

—...Imagine que su cuerpo se siente muy libre, liviano y relajado y que e de flotar. ... F.s una sensación muy cómoda y relajante.

... Mientras usted se concentra en la sensación de flotar de su cuerpo, yo voy a concentrarme en su mano y en su antebrazo izquierdo... Dentro de un rato, voy a frotarle el dedo medio de la mano izquierda y una sensación de movimiento se extenderá desde el dedo medio hasta su brazo y entonces su antebrazo izquierdo flotará hacia arriba hasta doblarse a la altura del codo. ... Verá usted que la experiencia le va a resultar muy divertida.

(*En esta fase de la prueba la doctora DeBetz observa si Candy levanta el brazo. En el caso de que esta acepte inmediatamente la sugerencia de levantar el brazo, la levi-*

tación se anota en el correspondiente lugar de la hoja de puntuación. En caso contrario, la doctora DeBetz repetirá la sugerencia utilizando un lenguaje más visual con el fin de acrecentar la sensación de flotar y dirá, por ejemplo, que unos globos hinchados con helio se hallan ajustados al brazo o bien que un imán está tirando del mismo hacia arriba. El brazo de Candy empezó a elevarse inmediatamente después de la sugerencia inicial y la correspondiente puntuación anotada en la hoja fue la de cuatro. Debe señalarse también que la doctora DeBetz hizo una sugerencia post-hipnótica al decirle a Candy que la experiencia le resultaría divertida. La doctora DeBetz estudia el rostro de Candy en busca de la sonrisa indicativa de que ésta ha aceptado la sugerencia. Las preguntas dirigidas al finalizar el estado hipnótico contribuirán a establecer si Candy se divirtió.)

—Ahora que su brazo se mantiene en esta posición, va usted a sumirse en un estado de completa relajación. ... Cada vez que realice este ejercicio le irá resultando más fácil alcanzar este estado de relajación. Es más, su brazo permanecerá en esta posición incluso cuando yo le diga que abra los ojos. En el caso de que yo trate de bajárselo, el brazo volverá a esta posición y la seguirá conservando hasta que yo le toque el codo izquierdo. Una vez le haya tocado el codo izquierdo, recuperará usted la sensación normal de control del antebrazo y la mano izquierda. ... Cada vez que practique usted este ejercicio y quiera abandonar este agradable estado de relajación, contando hacia atrás a partir de tres, respirará hondo, levantará la mirada y abrirá los párpados lentamente. ... ¿Preparada? ... Tres... respire hondo... Dos... Levante los ojos y abra los párpados. ... ¡Uno!

(La doctora DeBetz le dirigió posteriormente a Candy una serie de preguntas.)

—¿Percibe usted una sensación de hormigueo en el antebrazo y la mano izquierda?

—Sí.

—¿Le parece que su mano izquierda forma tanta parte de su cuerpo como la derecha?

—No.

(La doctora DeBetz tomó entonces la muñeca de Candy entre su pulgar y su dedo índice y trató de levantar suavemente el brazo izquierdo de Candy, el que empezó a levantarse.)

—Quiere volar hacia arriba.

—¿Se sorprende usted?

—Sí —contesta Candy riéndose.

—Ahora, para establecer una comparación levante el brazo derecho. *(Candy sigue la instrucción.)* Ahora bájelo. ¿Nota usted alguna diferencia en el dominio que ejerce sobre su mano derecha comparándolo con el de la izquierda?

—Sí.

—¿Le parece que ejerce más dominio sobre la mano derecha que sobre la izquierda?

—Yo me daba cuenta de que levantaba el brazo derecho pero, en cambio, el izquierdo se levantaba sin que me diera cuenta, sin que yo *hiciera* que se levantara.

—Muy bien. Y ahora, ¿qué? ¿Ejerce usted el mismo dominio sobre ambos brazos?

(Candy se señala el brazo derecho.)

—Este brazo lo noto más pesado.

—¿Y qué me dice del dominio? ¿Nota usted que ejerce pleno dominio sobre el brazo izquierdo?

—Sí. Supongo que sí. Ahora no flota. *(Se ríe.)*

—Muy bien. Ahora que la hipnosis ha desaparecido de su mano y su brazo izquierdo, ¿tiene usted idea de qué es lo que la ha hecho deaparecer?

—No.

—¿Le dije yo cómo desaparecería?

—No.

—¿Le toqué el codo?

—Sí.

—¿Experimentó usted una sensación como de flotar? —Sí.

—¿En el brazo y en el cuerpo?

—Sí, en todo mi cuerpo.

—¿Se ha sentido usted relajada a lo largo de toda la experiencia?

—Maravillosamente.

La doctora DeBetz le hizo repetir a Candy el ejercicio de levantar la mirada porque éste había alcanzado una puntuación más baja que la que hubiera cabido esperar comparándola con la actuación de Candy en el resto de las pruebas. La segunda vez, Candy alcanzó una puntuación más elevada si bien en la hoja quedó anotada la puntuación inicial.

«Ocupa usted un lugar muy elevado en la escala de hipnotizabilidad», le dijo la doctora DeBetz a Candy.

La segunda prueba de PIH a que fue sometida Candy tuvo lugar a primeras horas de la madrugada del día 6 de febrero de 1975 y corrió a cargo del doctor London en los estudios de la WMCA. El doctor London intervenía aquella noche en el programa en calidad de invitado y, durante una larga pausa comercial, se llevó a Candy a una sala vacía. En las pruebas a que la sometió el doctor London, Candy alcanzó una puntuación mucho más alta que en las de la doctora DeBetz.

El Perfil de Inducción Hipnótica de Candy practicado por el doctor Spiegel se reproduce en la sección fotográfica y documental. No sería posible aquí facilitar una explicación detallada de su desarrollo y significado. Su importancia reside en el hecho de que Candy alcanza una puntuación extremadamente elevada en la escala de la capacidad hipnótica y de que sólo los sujetos que alcanzan esta puntuación tan elevada están con condiciones de vivir el tipo de experiencias por ella relatadas.

Candy ha sido examinada también por el doctor Frederick Dick, el interno de Manhattan que estudió hipnosis terapéutica con el doctor Spiegel y que se ha convertido en el médico de cabecera de Candy y John. Aparte el hecho de ser su interno, el doctor Dick ha trabajado con Candy durante largas sesiones hipnóticas con el fin de organizar la estrategia más adecuada para enfrentarse con Arlene. Dicha estrategia se expone en el capítulo 20.

Apéndice 2

Informe al presidente elaborado por la comisión de investigación de las actividades de la CIA dentro de los Estados Unidos

Actividades Internas de la Dirección de Ciencia y Tecnología

En el transcurso de las pasadas dos décadas la CIA ha atribuido creciente importancia a la recogida de información exterior de espionaje a través de medios técnicos y científicos.

En 1963 el director John McCone trató de coordinar el desarrollo científico de los sistemas y dispositivos de espionaje mediante la creación en el ámbito de la CIA de la Dirección de Ciencia y Tecnología. La mayoría de sistemas científicos y tecnológicos habían sido desarrollados con anterioridad por la Dirección de Planes (ahora Operaciones).

La Dirección de Ciencia y Tecnología es responsable actualmente de todas las investigaciones y estudios de la CIA en los campos de la ciencia y la tecnología. En los proyectos se incluyen desde complejos sistemas de satélites hasta la creación de cámaras fotográficas en miniatura y dispositivos ocultos de escucha.

La industria privada se encarga, bajo contrato, de llevar a cabo buena parte de las investigaciones así como del desarrollo de nuevos dispositivos de recogida de información de espionaje.

Aparte su dedicación a la investigación y al desarrollo de nuevos dispositivos, algunas secciones de la Dirección de Ciencia y Tecnología facilitan el necesario apoyo operativo con vistas a la utilización de los dispositivos de recogida de información de

espionaje creados por esta Dirección.

Otras secciones de la Dirección están a cargo de la recogida de información de espionaje en el extranjero utilizando dispositivos de recogida de información de espionaje no creados con vistas a su empleo por parte de los agentes de operaciones.

La Comisión investigó toda una serie de proyectos de la Dirección de Ciencia y Tecnología relacionados con personas residentes en el territorio de los Estados Unidos.

La mayoría de dichas actividades eran legales y correctas si bien se descubrieron las incorrecciones abajo apuntadas.

A. Experimentación de sistemas científicos y tecnológicos dentro de los Estados Unidos

Aunque la investigación y el desarrollo de los nuevos dispositivos científicos y técnicos de la CIA se lleva a cabo, como es lógico, dentro del territorio de los Estados Unidos, las pruebas de que dispone esta Comisión muestran que, con la excepción de algún que otro caso aislado, los dispositivos y sistemas en cuestión no han sido utilizados operativamente en el interior de este país.²⁷

La Agencia, sin embargo, ha experimentado en los Estados Unidos algunos de sus nuevos métodos científicos y tecnológicos. Uno de tales programas incluía la experimentación de ciertos fármacos modificadores de la conducta. Varios otros incluían la experimentación de equipos destinados al control de conversaciones. En todos los programas descritos, algunas de las pruebas se llevaron a cabo utilizando sujetos que no eran conocedores de las mismas y que, en su mayoría, eran ciudadanos norteamericanos.

1. Experimentación de fármacos modificadores de la conducta en

²⁷ Algunos dispositivos de control acústico desarrollados por la Dirección de Ciencia y Tecnología han sido utilizados por la Oficina de Seguridad en el transcurso de investigaciones sobre personas dentro del territorio de los Estados Unidos. Además, varios dispositivos desarrollados por la Agencia han sido utilizados por otros organismos federales en operaciones realizadas dentro de los Estados Unidos.

sujetos, sin consentimiento de éstos, dentro de los Estados Unidos

A finales de la década de los cuarenta, la CIA empezó a estudiar las propiedades de ciertos fármacos modificadores de la conducta (tales como el LSD) así como la posible utilización de los mismos en el campo del espionaje. Su interés a este respecto estuvo motivado por ciertos informes en el sentido de que la Unión Soviética estaba experimentando dichas sustancias y por las conjeturas relativas a la posibilidad de que las confesiones obtenidas en el transcurso de juicios celebrados en la Unión Soviética y otros países del bloque soviético a finales de la década de los cuarenta se hubieran debido a la utilización de sustancias químicas o bien de la hipnosis. El interés por las técnicas soviéticas y norcoreanas de «lavado de cerebro» siguió manifestándose hasta principios de la década de los cincuenta.

El programa de investigación de sustancias químicas formaba parte de un más vasto programa de la CIA encaminado a estudiar los posibles medios de controlar la conducta humana. En otros estudios se analizaron los efectos de las radiaciones, el shock eléctrico, la psicología, la psiquiatría, la sociología y las sustancias de hostigamiento. El principal objetivo del programa de experimentación de sustancias químicas era el de contrarrestar los efectos de la utilización de fármacos modificadores de la conducta, administrados clandestinamente por el enemigo si bien cabe señalar que se consideró también la posibilidad de la utilización operativa de los mismos fuera de los Estados Unidos.

Por desgracia, no se dispone en la actualidad más que de informes muy limitados acerca de las pruebas llevadas a cabo dentro de estos programas de utilización de fármacos. En 1973 se ordenó la destrucción de todos los informes relativos a este programa que incluía un total de 152 archivos separados.

Por otra parte, todas las personas directamente relacionadas con las fases iniciales del programa o se encontraban ausentes del país y no podían ser entrevistadas o bien habían fallecido. A pesar de lo cual, la Comisión pudo conocer algunos de los detalles de

varias pruebas con LSD realizadas en sujetos sin el consentimiento de éstos entre 1953 y 1963.

La posibilidad y la importancia de la experimentación de sustancias químicas de posible influencia sobre la conducta (incluido el LSD) en seres humanos se sugirió por primera vez en 1953. Por aquel entonces se apuntó también la posibilidad de utilizar como sujetos de prueba a los futuros agentes de la CIA en período de adiestramiento. Todas estas pruebas tenían que ser cuidadosamente supervisadas y realizadas únicamente en presencia de un médico competente.

Tras la experimentación en laboratorio del LSD y de otras sustancias susceptibles de modificar la conducta, se llevaron a cabo algunas pruebas en sujetos voluntarios. En 1955, gracias a un acuerdo oficioso con la Oficina Federal de Control de Consumo de Drogas, se inició un programa de pruebas sin el consentimiento de los sujetos, en situaciones sociales normales. Las pruebas se llevaron a cabo inicialmente en la Costa Oeste.

En 1963 el inspector general de la Agencia tuvo conocimiento de este programa y empezó a poner en duda la licitud de semejantes pruebas realizadas sin el consentimiento de los sujetos. El inspector general informó en el sentido de que, en varios casos, los sujetos de prueba habían enfermado durante varias horas e incluso días como consecuencia de la administración de tales sustancias. ITubo un caso de hospitalización cuyos detalles no pudo averiguar esta Comisión por haberse destruido los correspondientes archivos y no existir ningún testigo.

Sin embargo, la Comisión pudo averiguar que, en el transcurso de las fases iniciales del programa (en 1953), se administró LSD a un empleado del Departamento del Ejército sin su conocimiento mientras dicho empleado participaba en una reunión con el personal de la CIA que trabajaba en este proyecto de experimentación de fármacos.

Antes de serle administrado el LSD, dicho sujeto había participado en unas discusiones en cuyo transcurso se había aprobado, en principio, la experimentación de los fármacos sin el consentimiento de los sujetos. El empleado no supo que le había

sido administrado LSD hasta veinte minutos más tarde. A causa de los graves efectos secundarios que se le manifestaron, el empleado fue enviado a Nueva York con un acompañante de la CIA con el objeto de ser sometido a tratamiento psiquiátrico. Varios días más tarde, el empleado se arrojó desde la ventana de su habitación de un décimo piso y murió a causa de la caída.²⁸

El fiscal general decretó que el fallecimiento se había debido a «circunstancias ocasionadas por un experimento realizado en el transcurso de unos servicios oficiales por cuenta del Gobierno de los Estados Unidos», asegurando de este modo la concesión de determinados beneficios a sus herederos. El director de la Agencia Central de Inteligencia reprendió a los dos funcionarios de la CIA responsables del accidente.

Como resultado de los estudios realizados por el inspector general en relación con este programa de experimentación de sustancias químicas en 1963, la Agencia decidió establecer nuevos criterios con respecto a la experimentación de sustancias en seres humanos. Todas las experimentaciones de sustancias potencialmente peligrosas sin conocimiento de los sujetos fueron prohibidas. Entre los años 1963 y 1967 siguieron realizándose algunas pruebas con sustancias químicas pero sólo en sujetos voluntarios, especialmente reclusos de distintas instituciones penitenciarias. En 1967 finalizaron todos los proyectos relacionados con el uso de fármacos modificadores del comportamiento.

La actual política de la CIA se orienta hacia la no utilización de sustancias sin el consentimiento de los sujetos. La norma que se sigue en todas las experimentaciones es la de atenerse estrictamente a las directrices del Departamento de Salud, Educación y Bienestar relativas a la utilización de sujetos humanos y todos los contratos actuales de la CIA están basados en estos principios.

²⁸ En los escasos archivos de que se dispone en la Agencia existen indicaciones en el sentido de que tal vez esta persona hubiera registrado una historia de inestabilidad emocional.